

Enrique Ayala Mora

---

# El oficio de historiar

---

Estudios sobre  
historiografía nacional

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador  
Ediciones Abya-Yala

# **EL OFICIO DE HISTORAR**

Estudios sobre  
historiografía nacional



*Enrique Ayala Mora*

# EL OFICIO DE HISTORIAR

## Estudios sobre historiografía nacional



UNIVERSIDAD ANDINA  
SIMÓN BOLÍVAR  
Ecuador



ABYA  
YALA

2014

**EL OFICIO DE HISTORIAR**  
**Estudios sobre historiografía nacional**

*Enrique Ayala Mora*

Enrique Ayala Mora, 2013

Primera edición: Ediciones Abya-Yala  
Av. 12 de Octubre N24-22 y Wilson, bloque A  
Apartado postal: 17-12-719  
Teléfonos: (593 2) 250 6267 / (593 2) 396 2800  
e-mail: [editorial@abyayala.org](mailto:editorial@abyayala.org)  
[www.abyayala.org](http://www.abyayala.org)  
Quito-Ecuador

Universidad Andina Simón Bolívar,  
Sede Ecuador  
Toledo N22-80  
Apartado postal: 17-12-569  
Teléfonos: (593 2) 322 8085, 299 3600  
Fax: (593 2) 322 8426  
e-mail: [uasb@uasb.edu.ec](mailto:uasb@uasb.edu.ec)  
[www.uasb.edu.ec](http://www.uasb.edu.ec)  
Quito-Ecuador

ISBN Ediciones Abya-Yala: 978-9942-09-218-2

ISBN Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador: 978-9978-19-640-3

Diseño, diagramación

e impresión: Ediciones Abya-Yala, Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, agosto de 2014.

# Contenido

Presentación .....	9
--------------------	---

## Estudios historiográficos

<i>La historia del Ecuador</i> , de Oscar Efrén Reyes.....	15
Los contenidos de Historia de <i>El libro del escolar ecuatoriano</i> .....	29
Rodrigo Villegas, historiador de Imbabura .....	45
<i>La historia de la República</i> , de Alfredo Pareja Diezcanseco .....	55
<i>La historia del periodismo</i> , de Alfredo Albuja Galindo .....	65
<i>Jornaleros, grandes propietarios y exportadores, 1790-1925:</i> el gran aporte de Manuel Chiriboga.....	79

## Aportes bibliográficos

<i>Imbabura en la cultura nacional</i> , de Alfredo Albuja Galindo .....	91
Historia del Seguro Social .....	93
Un gran trabajo de historia agraria .....	97
Historiografía ecuatoriana .....	101
En la ruta de los viajeros.....	103
<i>Creo en el hombre y en la comunidad. La imagen de Monseñor:</i> una autobiografía de Leonidas Proaño.....	107
<i>Memorias de un maestro, para que lean mis hijos,</i> de Manuel A. Pasquel.....	109
<i>Quito</i> , de Jorge Salvador Lara.....	115
<i>Perú y Ecuador: tiempos y testimonios de una vecindad,</i> de Juan Miguel Bákula.....	117
<i>Diccionario biográfico del Ecuador</i> , de Rodolfo Pérez Pimentel .....	121
<i>La deuda eterna: una historia de la deuda externa ecuatoriana,</i> de Alberto Acosta .....	123
<i>Fuerzas Armadas y sociedad</i> , de Paco Moncayo.....	125
<i>Cuenca colonial</i> , de Ricardo Márquez Tapia.	
Notas para su relectura.....	131
<i>Ecuador a comienzos de siglo</i> , de Claudio Mena Villamar.....	135

<i>Los ministros de la Audiencia de Quito</i> , de Tamar Herzog.....	137
<i>Del desarrollo al espejismo</i> , de Germánico Salgado .....	139
<i>El rey de la noche</i> , de Mark van Aken .....	141
<i>Manuela Sáenz, presencia y polémica en la historia</i> , de María Mogollón y Ximena Narváez.....	145
Una relectura de <i>El poder político en el Ecuador</i> , de Osvaldo Hurtado .....	147
<i>El proceso de dominación política en el Ecuador</i> , de Agustín Cueva .....	153
<i>Las mujeres también hacen historia</i> , por Mercedes Jiménez de Vega.....	157
<i>Gracias a la vida</i> , de Pedro Jorge Vera .....	159
<i>Fray Jodoco Rique y Fray Pedro Gocial</i> , de Agustín Moreno .....	161
<i>Hispanoamérica y sus paradojas en el ideario filosófico</i> de Juan León Mera, de Catalina León Pesántez .....	163
<i>Contando Historia: Guallupe</i> .....	165
<i>El gran ausente</i> , de Robert Norris .....	167
<i>América nuestra</i> , de Miguel Albornoz.....	171
<i>Luis Robalino Dávila, el hombre, el historiador, el político</i> , de Isabel Robalino B. ....	173
<i>El Imperio y las Repúblicas del Pacífico</i> , de Luís Cláudio Villafañe .....	175
<i>Historia ilustrada del Ecuador</i> , de Eduardo Kingman.....	179
<i>El proceso juliano: pensamiento, utopía y militares solidarios</i> , de Jaime Breilh Paz y Miño y Fanny Herrera.....	183

### La huella de los historiadores

El Padre Varguitas .....	189
En memoria de Agustín Cueva .....	193
Alfredo Pareja, la huella de un buscador .....	197
Gonzalo Rubio Orbe, el rastro de un pionero .....	201
Leopoldo Benites Vinueza, biógrafo del pueblo ecuatoriano.....	203
Jorge Pérez Concha, internacionalista e historiador.....	205
Carlos de la Torre Reyes, historiador a pesar de sí mismo .....	207
Patricio Ycaza, testimonio de coherencia .....	209
El recuerdo de Fernando Velasco en el vigésimo aniversario de su muerte.....	211
Alfonso Rumazo González, biógrafo de los libertadores.....	215
Reinaldo Miño, el legado de un luchador .....	217
Salvador Lara.....	219
Leonardo Espinosa, renovador de la historia regional .....	221

El legado de Agustín .....	223
Roberto Morales, promotor de la conciencia ibarreña.....	225

### **Hitos en la construcción de la Nueva Historia**

La Nueva Historia, compromiso y desafío .....	229
El comienzo de una tradición .....	239
Historia para la paz y la integración.....	245
Historias de ciudades en el cuarto centenario de Ibarra.....	251
En el Bicentenario de la Revolución de Quito .....	259



# Presentación

Se ha repetido muchas veces la frase de Pierre Vilar: “El objetivo de la Historia no es *hacer revivir el pasado*, sino *comprenderlo*”.<sup>1</sup> Esto significa que los historiadores no debemos instalarnos en el pasado, sino hacer el ejercicio científico de estudiarlo para vivir el presente. Por ello, es preciso recobrar cada vez y cuando la actualidad del trabajo histórico, puesto que, como insiste Fontana, “Toda visión global de la Historia, constituye una genealogía del presente. Selecciona y ordena los hechos del pasado de forma que conduzcan en su secuencia hasta dar cuenta de la configuración del presente, casi siempre con el fin, consciente o no, de justificarlo”.<sup>2</sup> Investigamos y escribimos historia para vivir ahora.

Con esas consideraciones en mente, he repetido varias veces que, para cada pueblo, “escribir y reescribir su historia es una necesidad de supervivencia”.<sup>3</sup> La Historia es una necesidad social. No un mero ejercicio para satisfacer la curiosidad o el prurito de coleccionar recuerdos. Pero, si bien esto lo hemos sabido desde hace mucho, pocas veces nos detenemos a pensar en cómo se escribe historia. Es decir que nos preocupamos poco de la historiografía, o sea de un análisis de la producción histórica sobre nuestro país. Siguiendo un conocido diccionario, la historiografía es “la Historia de los historiadores, agrupada según períodos, tendencias, países, etc.”.<sup>4</sup> Es, en pocas palabras, la “historia de la Historia”. Sobre eso hay pocos estudios específicos en nuestro país.

A lo largo de mi trayectoria como historiador he escrito numerosos trabajos sobre temas historiográficos. Pero solo en una ocasión, hace

- 
- 1 Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 22.
  - 2 Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, p. 9.
  - 3 Enrique Ayala Mora, edit., *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 1. Quito, Corporación Editora Nacional / Editorial Grijalbo, 1988, p. 9.
  - 4 Frederic Chordá, Teodoro Martín e Isabel Rivero, *Diccionario de términos históricos y afines*, Madrid, Istmo, 1983, p. 157.

ya algunos años, enfrenté esta materia en forma sistemática, en el estudio introductorio de un libro que recogió diversos ensayos de interpretación, cuyo acápite central ofrecía una visión general de la historiografía ecuatoriana, desde Juan de Velasco hasta los años ochenta del siglo XX.<sup>5</sup> Con este antecedente, y con la convicción de que era necesaria una publicación especializada, en 2012 me propuse escribir un trabajo específico. Lo hice en el libro *La historiografía ecuatoriana: apuntes para una visión general*, que contiene, precisamente, una panorámica sobre el tema.<sup>6</sup>

Al preparar esa obra me topé con la gran cantidad de trabajos que por años había realizado. Contenían estudios sobre autores y obras de la historiografía ecuatoriana. Y me pareció que podía juntarlos en un solo volumen. Así fue como surgió la idea de estructurar este libro.

No soy afecto a las “recopilaciones” de ensayos, artículos, comentarios y discursos que algunos colegas ponen periódicamente unos junto a otros y los publican como libros. No me parece que tiene sentido académico hacer recolecciones de popurrí o miscelánea que aparecen sin que exista un asunto central o articulante de la publicación. Por ello, he pensado el presente libro como un conjunto de trabajos sobre historiografía ecuatoriana. Es decir, los textos están juntos porque se ubican en un ámbito temático definido: el oficio de historiar.

Este libro está dividido en cuatro partes. La primera, “Estudios historiográficos”, agrupa varios trabajos sobre autores y su obra. Todos son fruto de investigaciones sobre obras relevantes: la *Historia del Ecuador* de Oscar Efrén Reyes,<sup>7</sup> la *Historia de la República* de Alfredo Pareja Diezcanseco,<sup>8</sup> la historia del periodismo de Alfredo Albuja Galindo,<sup>9</sup> un

---

5 Enrique Ayala Mora, edit., *La Historia del Ecuador. Ensayos de interpretación*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1985.

6 Se espera que *La historiografía ecuatoriana: apuntes para una visión general*, se publique a fines de 2014.

7 Este texto fue parte de: Enrique Ayala Mora, Rosemarie Terán Najas y Milton Luna Tamayo, *La enseñanza de historia en el Ecuador*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1999. Aparece aquí con unas pocas correcciones gramaticales.

8 Este texto es una sistematización de algunos trabajos realizados sobre la obra de Alfredo Pareja Diezcanseco en diversos momentos.

9 El texto recoge la parte pertinente del estudio introductorio de: Alfredo Albuja Galindo, *El periodismo en la dialéctica política ecuatoriana*, Quito, La Tierra, 2013.

texto sobre Rodrigo Villegas, historiador de Imbabura,<sup>10</sup> un comentario de corte pedagógico sobre el contenido de Historia en el *Libro del escolar ecuatoriano*,<sup>11</sup> la presentación del libro *Jornaleros, grandes propietarios y exportadores, 1790-1925*, de Manuel Chiriboga.<sup>12</sup>

La segunda parte, “Comentarios sobre aportes bibliográficos”, contiene reseñas, referencias y comentarios sobre libros de diversos autores. La gran mayoría de ellos son historiadores y unos pocos no, pero todas las obras son de contenido histórico. Aparecieron en varias publicaciones, fundamentalmente en la revista *Procesos*.<sup>13</sup> Estos trabajos no son estudios como lo que constan en la primera parte, sino textos más cortos, como exigen las publicaciones especializadas. Todos contienen datos y aportes que pueden interesar a los lectores que buscan información historiográfica.

La tercera parte, “La huella de los historiadores”, agrupa textos sobre personas. Los he publicado con motivo de aniversarios, fallecimientos u homenajes, pero no son meros productos de compromiso u ocasión. He procurado incluir solo aquellos que pueden aportar al conocimiento de la dimensión intelectual o profesional de quienes han sido objeto de la publicación. También en este caso se trata de textos más bien cortos, la mayoría publicada en *Procesos*. Todos ellos tienen contenido historiográfico. La casi totalidad son sobre historiadores, pero hay unos pocos que se refieren a intelectuales de otra orientación, pero que han escrito obras de contenido histórico.

La cuarta y última parte, “Hitos en la construcción de la Nueva Historia”, contiene varios discursos directamente referidos a la reno-

---

10 Este texto ha sido preparado especialmente para este libro a base de varios trabajos realizados sobre el autor, especialmente su principal obra: Rodrigo Villegas Domínguez, *Historia de la Provincia de Imbabura*, Ibarra, Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, 1988.

11 Este texto fue parte de: E. Ayala Mora, R. Terán Najas y M. Luna Tamayo, *La enseñanza de historia en el Ecuador*, p. 33.

12 Manuel Chiriboga, *Jornaleros, grandes propietarios y exportadores, 1790-1925*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Corporación Editora Nacional, 2013.

13 *Procesos: Revista ecuatoriana de historia*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / TEHIS / Corporación Editora Nacional, 1991-2014.

vación historiográfica del Ecuador, que se dio desde los años ochenta. Nunca fui partidario de publicar discursos junto a textos académicos, pero incluyo estos, estrictamente seleccionados, porque contienen definiciones y posturas y porque son testimonios de un proceso del que algunos historiadores hemos sido parte en las últimas décadas. Aquí se insertan el discurso de presentación de la *Nueva Historia del Ecuador* en 1988, y varios de los pronunciados en las reuniones del Congreso Ecuatoriano de Historia.<sup>14</sup>

Muchas personas contribuyeron, en diversos momentos, a la producción de los trabajos de este libro. No puedo, por ello, sino expresar un agradecimiento colectivo. Pero siento la obligación de mencionar en forma personal a Jorge Ortega, que me ayudó a recopilarlos, no sin ciertas dificultades. Ana María Canelos, como siempre, me asistió en varios momentos de la preparación de la obra. Sandra Troya, Renata Herdoíza y Elena Uscocovich levantaron varios textos. También expreso mi reconocimiento a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, a Editorial Abya-Yala y a su personal técnico por sus esfuerzos en la coedición de esta obra.

Al agrupar numerosos textos de diversa procedencia que contienen aportes historiográficos, escritos a lo largo de más de dos décadas, me propuse contribuir a la discusión sobre una disciplina poco cultivada entre nosotros. Si la lectura de este libro permite conocer mejor a nuestros historiadores y sus obras, habrá cumplido su objetivo central. Así seguiremos en la ruta de construir la historia de nuestra Historia.

*Enrique Ayala Mora*  
Septiembre de 2013.

---

14 El Congreso Ecuatoriano de Historia se ha realizado en forma periódica en Quito (1993, 1995, 1998, 2009), Guayaquil (2002), Cuenca (2004), Ibarra (2006) y Montecristi (2012). Ha concitado la atención de especialistas, estudiantes y profesores de todo el país y se ha convertido en un referente de los debates académicos.

# Estudios historiográficos



# *La historia del Ecuador,* de Oscar Efrén Reyes

## **La obra**

Durante la década de los años treinta, Oscar Efrén Reyes publicó su *Historia de la República* (1931) y la *Brevísima Historia general del Ecuador* (1934). Al fin, en 1938 y 1940 publicó la *Breve Historia general del Ecuador*, su conocido manual definitivamente sistematizado, que con sucesivas actualizaciones fue editado diecinueve veces.<sup>1</sup>

La motivación fundamental de Reyes para escribir la obra fue cumplir con su vocación de maestro que sentía la necesidad de un instrumento pedagógico. Concibió su libro como apoyo a la docencia y seguramente pensando en centenares de maestros que no podían producir sus propios “copiados”. Su criterio básico fue, pues, didáctico. Vale subrayar que el libro fue en este sentido un instrumento de divulgación. Y muy exitoso por cierto.

Pero es evidente que más allá de esa intención pedagógica, o complementaria con ella, había en la obra una clara intención ética, puesto que no se orienta a informar exclusivamente, sino que intenta también formar la conciencia, es decir, desarrollar valores morales a partir del conocimiento de la “maestra de la vida”. Buena parte de sus comentarios y reflexiones apuntan a este fin.

Sería incompleta esta breve caracterización del manual de Reyes si no se destacara también en ella la intencionalidad política de la obra. Reyes era un maestro laico, vinculado a una generación militante. Su obra, pues, tiene una dimensión política que, por una parte, aspira a contribuir a la consolidación de las reformas liberales y el Estado laico,

---

1 Oscar Efrén Reyes, *Breve Historia general del Ecuador*, tres tomos. Este es el manual con mayor número de ediciones. En este trabajo usaremos la novena edición realizada en 1974, a menos que se indique en cada caso otra edición.

y, por otra, pretende avanzar en la definición de un sistema educativo secular, sin prejuicios, alejado de las visiones extremistas prevalecientes en esa época.

## Método y periodización

La *Breve Historia general del Ecuador* de Oscar Efrén Reyes debe estudiarse en forma particular como uno de los más destacados productos historiográficos en su género. La característica más relevante de la obra es que logra, en efecto, ofrecer una visión general y equilibrada de la trayectoria histórica del país, como sucede con los manuales clásicos. Con su lectura se obtiene no solo una gran cantidad de información, sino una perspectiva de conjunto del proceso ecuatoriano y una caracterización de sus épocas diversas.

La *Breve Historia*, como la gran mayoría de las obras de su época, es un trabajo de énfasis fundamentalmente político. Se refiere a los hechos públicos, y entre ellos de manera especial a aquellos que tienen que ver con el gobierno y la lucha por el poder. Su metodología es eminentemente biográfica, es decir que se construye alrededor de la acción de protagonistas individuales como presidentes, líderes militares y grandes personajes. En no pocos casos el tratamiento de un tema está antecedido de la breve biografía de quien se considera el actor fundamental de los hechos.

Desde luego que la obra no es exclusivamente política y biográfica. El autor también incluye en ella información y comentarios críticos sobre hechos culturales, sociales e inclusive económicos. Esto, empero, no cambia el sesgo básico del libro, que por cierto es compartido con toda la historiografía tradicional ecuatoriana. Y es evidente que ese sesgo básico vino a ser con el tiempo la más notable de sus limitaciones, puesto que desde los años sesenta los estudios superarán la metodología biográfica para centrarse en el estudio de actores colectivos y procesos de estructura.

Toda historia general se organiza a base de una periodización, que en algunos casos es producto de un esfuerzo de búsqueda intelectual expresa, aunque en la mayoría más bien se produce una adopción de las propuestas vigentes. Reyes asumió la tradicional división de nuestra historia y dedicó a ella un tomo de la obra. El primero cubría la

“prehistoria” y la Colonia, el segundo la Independencia y el tercero la República. Años después, presumiblemente por razones de comercialización, se editaron juntos los tomos II y III. De modo que en su versión definitiva la obra llegó a tener dos volúmenes.

Respetando esa división en tomos, el autor realizó un esfuerzo de periodización general de nuestra historia, en la que se descubre fundamentalmente la preocupación pedagógica del autor, que buscaba unidades de contenido temporal que facilitaran la caracterización de los períodos. Reyes plantea diez “partes” para toda su obra:

1. Prehistoria  
La Antigüedad.- Formación y constitución de los pueblos aborígenes ecuatorianos. Los incas<sup>2</sup>
2. Conquista española
3. Descubrimiento y conquistas<sup>3</sup>
4. La Colonia<sup>4</sup>
5. Las luchas por la Independencia

Orígenes de la revolución hispanoamericana.- La Revolución del 10 de agosto de 1809, caracteres generales de la Revolución de Quito.- La segunda etapa de la Revolución 1810-1812.- Los partidos y las ideas constitucionales de 1812: monarquistas y republicanos.

6. La Independencia y Gran Colombia  
Las campañas libertadoras<sup>5</sup>

---

2 Cfr. Oscar Efrén Reyes, *Breve Historia general del Ecuador*, t. I. Quito, presumiblemente impreso en el Colegio Técnico Don Bosco, s/f. (En esta edición, al parecer realizada en 1992, se incluye una nueva visión de la “Prehistoria” escrita por el arqueólogo Pedro Porras, aunque se mantiene el texto original a continuación).

3 Esta parte tiene un solo gran capítulo que se divide en cortos acápites, que no corresponden a períodos sino a temas de relieve.

4 Esta extensa parte no está dividida en capítulos, sino en los acápites ya mencionados, que enfrentan temas específicos, que abordan la relación de los hechos y de las instituciones.

5 También esta parte no se divide en acápites o períodos, como la anterior. Hay que notar que el tomo I termina con la parte cuarta y se inicia con la quinta. El autor, presumiblemente por equilibrar el número de páginas de ambos tomos, dividió la Independencia en dos partes.

## Gran Colombia

La anexión a Colombia.- Cuestiones ecuatorianas durante la Gran Colombia

### 7. La república en el Ecuador independiente<sup>6</sup>

Iniciación de la república independiente.- Época marcista.- Gabriel García Moreno.- La dictadura y la restauración.- Los caudillos liberales.- Eloy Alfaro.

### 8. Hechos contemporáneos<sup>7</sup>

### 9. La historia internacional del Ecuador<sup>8</sup>

### 10. Diccionario histórico del Ecuador

Como se ve, ocho partes de la obra siguen la secuencia histórica en tanto que la novena es un estudio de tipo general, y la décima es un instrumento de apoyo docente. A veces las partes están divididas en subtítulos que corresponden a períodos, como en el caso de la República (1830-1925), pero hay partes desarrolladas a base de un punteo temático y no de la periodización, como en el caso de la Colonia. En los casos en que hay periodización, sin embargo, esta está determinada por la acción de las grandes figuras individuales con énfasis en el análisis político y biográfico.

Es muy complejo llegar a un equilibrio entre el uso de documentación original y referencias bibliográficas en la preparación de un trabajo de tan extensa cobertura temporal como una historia general. Pero en este punto Reyes revela su gran calidad como historiador y maestro. La obra tiene no solo una adecuada distribución de volúmenes de texto citado, sino un bien logrado balance en el uso de referencias directas

---

6 Esta parte abarca desde 1830 a 1925 y está dividida en acápites o capítulos que corresponden a un período de la historia republicana.

7 Bajo este título Reyes estudio la secuencia hasta los años cincuenta primero y luego sesenta. Para ediciones posteriores a su muerte, como la última (1992?) que no estamos usando, sus herederos encargaron una “actualización” que en este caso llega a 1992. Su contenido es descriptivo y más bien precario.

8 También en esta parte las últimas ediciones traen añadidos que afrontan las nuevas realidades territoriales como el mar y la órbita geoestacionaria. (Cfr. Oscar Efrén Reyes, *Breve Historia del Ecuador*, t. II-III. Quito, Imprenta del Colegio Técnico Don Bosco. s/f).

de fuentes originales y de citas bibliográficas de trabajos de terceros y publicaciones oficiales.

El uso de las fuentes está funcionalizada a la organización expositiva. En general, es importante destacar que toda la construcción del libro está centrada en la búsqueda de organización expositiva, claridad y sencillez. Habrá quienes no consideren a Reyes como un gran escritor, porque su estilo, especialmente en esta obra, es simple y directo, porque no parece tener la intención de producir obras de arte del lenguaje, sino un instrumento de enseñanza.

## **La nación ecuatoriana y el Estado laico**

Resultaría excesivamente extenso tratar de realizar aquí un seguimiento de la idea de nación a lo largo de los tres tomos de la obra de Reyes. Pero sí es posible enunciar en términos generales su postura al respecto. El autor, siguiendo la interpretación de la historia tradicional, entiende al Ecuador como “el Quito” cuyo origen se pierde en el pasado. La nación quiteña o ecuatoriana antecedió a la fundación del Ecuador como Estado independiente. En esa perspectiva estudia desde la “Prehistoria” hasta los acontecimientos contemporáneos. Al iniciar el estudio de la anexión a Colombia, Reyes establece los “antecedentes históricos y políticos de la Presidencia de Quito” en estos términos:

El Ecuador actual fue, antiguamente, el Reino de Quito. Este Reino se convirtió, bajo la dominación española, en Real Audiencia o Presidencia de Quito, en un área territorial que se comprendía entre Paita y Buenaventura, por el lado del Pacífico; entre Moyobamba-Motilones y Poyayán, siguiendo el callejón interandino, y entre el Océano Pacífico y las vastas regiones amazónicas “con todo lo demás que se descubriere”, hacia el Oriente.

Sólo como Presidencia de Quito, vivió, se afirmó y desarrolló esta entidad histórica, política y geográfica a través de cerca de 300 años.

Nada había interrumpido, en tanto, el proceso formativo de una unidad nacional. Nada se había opuesto, dentro de esta área geográfica, al crecimiento de los sentimientos nacionales.

Sólo en los primeros años del siglo XIX, o sea muy poco antes de la emancipación, se cercenaron, parcialmente, ciertas funciones adminis-

trativas de la jurisdicción de la Presidencia de Quito en la región amazónica y ciertas funciones navales o militares en el litoral quiteño. Y solo en 1810, o sea en plena revolución, el Virrey Abascal, en su empeño del bloqueo y exterminio de esta parte del continente, se permitió segregar Cuenca y Guayaquil a su Virreinato del Perú, aunque no sin protesta inmediata y rotunda del Cabildo de Quito, en su sesión del 26 de Noviembre de ese mismo año.<sup>9</sup>

La construcción de la nación-Estado Ecuador es para Reyes un proceso ininterrumpido en el que las interferencias de las autoridades virreinales y luego las del Perú independiente han conspirado contra la unidad nacional. “Había, pues –dice– para el siglo XIX, los principios básicos de una unidad política y de una nacionalidad. Ni las limitaciones administrativas accidentales, ni las cédulas reales de última hora fueron suficientes para destruirlos”.<sup>10</sup>

Pero Reyes no solo ve a la incidencia peruana como un peligro para la unidad nacional del Ecuador. También cree que las diferencias político-religiosas son una amenaza para un país unido. Por ello, como hemos visto, se esmera por contribuir a la superación del enfrentamiento laico-clerical o conservador-liberal.

En efecto, este es quizá uno de los elementos más destacados de la obra de Reyes. Como maestro e historiador se confiesa liberal, pero al mismo tiempo hace un gran esfuerzo de imparcialidad, entendida como la voluntad de evitar caer en la ardorosa polémica liberal conservadora que en los años treinta y en los subsiguientes cobraba nuevo vigor. Especialmente en la interpretación histórica el enfrentamiento de posturas era sumamente duro. Se confrontaban las caracterizaciones de García Moreno y Alfaro como paradigmas de cristiandad y de democracia.

Reyes busca un equilibrio en su interpretación y ejerce un sentido de crítica que lo coloca en el centro de las posturas extremas de la polémica. Su juicio sobre García Moreno, por ejemplo, es una excelente muestra de esa tendencia, porque no lo sataniza ni lo canoniza, sino que destaca lo significativo de su obra de material, al mismo tiempo que sus

---

9 Oscar Efrén Reyes, *Breve Historia general del Ecuador*, t. II y III, 1974, 9a. ed. Quito, p. 27.

10 *Ibid.*, p. 27.

tendencias extremistas y autoritarias. El resultado de su esfuerzo fue tan significativo como que el libro se usó masivamente en la educación pública, pero también en algunos establecimientos católicos.

Esta actitud práctica de consecuencia con el laicismo lleva al autor a asumir no solo una visión sobre la polémica vigente, sino también el conjunto del proyecto nacional laico. Con la Revolución Liberal se redefinió la autocomprensión del país como mestizo, fruto de la mezcla de lo indígena y lo hispano, superando la visión criolla aristocratizante que predominaba en el siglo XIX y en la historiografía conservadora. Reyes asume este proyecto nacional en su obra y contribuye así a la construcción del Ecuador moderno que hoy conocemos.

## La guerra en la historia

Las menciones a guerras y enfrentamientos armados son recurrentes en nuestros textos de historia. Esto tiene varias causas. Primera, aunque parezca perogrullada reconocerlo, porque se han dado numerosos enfrentamientos armados en nuestro pasado. Segunda, porque, para las concepciones historiográficas tradicionales, las guerras y las batallas importantes se consideran hitos definitorios de la evolución histórica. Por ello, buena parte de los clásicos está destinada a estudiar las causas, eventos y consecuencias de los conflictos castrenses. Tercera, debido quizá a que las guerras y batallas permiten destacar las figuras de sus protagonistas, que se transforman en los héroes de los imaginarios nacionales.<sup>11</sup>

La guerra crea símbolos que expresan las identidades, los valores de libertad, autonomía e igualdad. Pero al mismo tiempo favorece también la exaltación de la violencia y del enfrentamiento. En algunos casos las victorias militares generan en los pueblos una imagen falsa de sí mismos. Y, en no pocas ocasiones, las derrotas marcan de tal manera la experiencia colectiva que son causas de verdaderos traumas nacionales que, a su vez, desarrollan autoimágenes de inferioridad e impotencia, y tendencias guerreristas.

---

11 En efecto, las figuras más destacadas de la historia nacional son, con pocas excepciones, militares-gobernantes.

Oscar Efrén Reyes concede una gran importancia a las guerras y enfrentamientos bélicos como elementos definitorios de los procesos históricos. Ya desde que analiza el primer poblamiento del territorio de lo que hoy es la República del Ecuador manifiesta su inclinación a dar a las causas militares mucho más peso para la definición de la realidad de lo que podríamos llamar causas económico-sociales. Entre esos enfrentamientos no solo se refiere a los internacionales, sino también a las frecuentes guerras civiles o internas que han sido una de las realidades recurrentes de nuestra historia.

No es posible analizar todos los conflictos bélicos a que el manual hace referencia, pero se puede hacer mención a la manera como enfrenta tres de los que se consideran comúnmente los más destacados: las guerras de la Independencia; el enfrentamiento con el Perú de 1829 y la batalla de Tarqui; la invasión peruana de 1941 y la suscripción del Protocolo de Río de Janeiro en 1942.

Reyes centra el estudio de la Independencia desde dos perspectivas. En primer lugar, la que podríamos llamar política, que analiza las motivaciones de los enfrentamientos desde la óptica de la lucha por el poder, y, en segundo lugar, la más estrictamente militar, que enfatiza las condiciones y circunstancias del control bélico del territorio, que se consiguió librando batallas decisivas. Menciona solo muy marginalmente las condiciones económicas y sociales en que esos procesos se dieron, aunque en algunos casos realiza alguna observación aislada sobre estos asuntos.

Aunque no resulta original en esta forma de análisis, porque varios autores ya lo hicieron antes, al establecer las condiciones de la Independencia, Reyes distingue las etapas iniciales de la insurrección, caracterizadas por el aislamiento que condujo a su fracaso, de las posteriores en las que se produjo una integración de fuerzas desde Venezuela hasta el Río de la Plata. En realidad, en su manera de ver, la Independencia solo pudo ser posible gracias a que la guerra se generalizó como una realidad continental. Al hacer un balance sobre la revolución de Quito dice:

La primera etapa de la Revolución de Quito, de 1808 a 1809, se desarrolló, culminó y llegó a su fin en medio de un completo aislamiento.

Aún las noticias referentes a lo que se había hecho en Chuquisaca y La Paz, en 25 de Mayo y 16 de Julio de 1809, no llegaron a Quito sino cuan-

do ya los patriotas se encontraban presos o perseguidos, una vez disuelta que fuera la primera Junta Suprema.

En el año de 1810, en cambio, toda América española ardía en la revolución. Caracas, el 19 de Abril; Buenos Aires, el 25 de Mayo; Santa Fe de Bogotá, el 20 de Julio; México, el 16 de Septiembre, y Chile, el 18 de este mismo mes, habían depuesto ya completamente a los funcionarios españoles o los habían desterrado, organizando juntas, que asumían, de hecho, la soberanía popular y la autonomía política y administrativa. Claro que, al principio, dichas juntas patrióticas, de idéntica manera que la Junta de Quito, comenzaron llamándose “defensores de los derechos de Fernando VII”.

A pesar de esta simultaneidad, la lucha tuvo que realizarse de modo aislado, dentro de las respectivas Presidencias, Capitanías o Virreinos, principalmente a causa de las divergencias internas. Esas mismas divergencias internas fueron causas de los desastres que acabaron, hasta 1816, con la mayor parte de movimientos autonomistas. Quito, pues, tuvo que batirse solo y en nuevo aislamiento, también en su segunda etapa revolucionaria, comprendida entre 1810 a 1812.<sup>12</sup>

En pocos años, cuando el esfuerzo de Buenos Aires con San Martín a la cabeza pudo lograr los éxitos independentistas de Chile y se logró luego el control marítimo con la escuadra de Lord Cochrane, los líderes de Guayaquil se resolvieron por la causa independentista y dieron el golpe de octubre de 1820: “Tanto Bolívar como San Martín –dice el autor– apreciaron en el acto la importancia del suceso”<sup>13</sup> y apoyaron el pronunciamiento. En poco tiempo enviaron refuerzos que fueron definitivos en la campaña. El hecho militar más destacado de ella fue la batalla de Pichincha, cuyas incidencias narra Reyes con detenimiento, incluyendo la acción heroica de Abdón Calderón, que habría de convertirse en el máximo héroe del país.<sup>14</sup> Pero, más allá de los hechos castrenses, el autor destaca la convergencia continental en el evento:

Si las tropas de Sucre eran ya continentales y hasta cosmopolitas –pues en ellas había guayaquileños, patriotas del interior que acudían de los

---

12 *Ibid.*, p. 11.

13 *Ibid.*, p. 18

14 *Ibid.*, p. 24.

pueblos del tránsito a engrosar voluntariamente las filas; venezolanos, granadinos, ingleses y españoles— las que enviaba San Martín reunían elementos argentinos, chilenos, bolivianos y peruanos; América independiente estaba, pues, reunida para los combates decisivos, tal como había aconsejado Eugenio de Santa Cruz y Espejo y otros precursores eminentes. Estas mismas fuerzas americanas, con la adición del contingente ecuatoriano, dará, dos años después, la batalla final de Ayacucho.<sup>15</sup>

Pero con la liberación de la antigua Presidencia de Quito la guerra no terminó. Reyes no considera que la batalla de Pichincha hubiera sido el fin de la campaña independentista. Solo un esfuerzo continental permitiría su verdadera culminación con la derrota del Virreinato y su capital Lima. El autor, con una clara intención de subrayar las ulteriores oposiciones Ecuador-Perú, establece:

Libres unos cuantos pueblos; pero con el realismo omnipotente en el Virreinato del Perú —foco de los ejércitos represores desde 1809—, la campaña resultaba incompleta. Por eso era justa la apreciación de San Martín en Febrero de 1814, citando a la capital, no como punto estratégico precisamente, sino como la cabeza política de la permanente reacción realista: “hasta que no estemos sobre Lima, la guerra no acabará”...<sup>16</sup>

El autor realiza un análisis relativamente extenso de la anexión de Quito y Guayaquil a Colombia. Destaca la acción de Bolívar frente al intento del Perú y de San Martín de anexar el puerto a ese país. Dedicó una sección a lo que denomina “la cuestión de Guayaquil”, en la que exhibe los argumentos históricos para la integración de esa ciudad y sus distritos a Colombia y luego al Ecuador. Luego realiza un análisis de las “cuestiones ecuatorianas durante Gran Colombia”.

Con el antecedente de las tensiones por la anexión de Guayaquil, las “cuestiones militares” fueron fundamentalmente el costoso apoyo del Distrito del Sur a la independencia del Perú, que Reyes cuantifica valorizando el esfuerzo bélico, y la disputa que culminó con la invasión de 1829, con el evento más destacado que fue la batalla de Tarqui. El autor, empero, no dedica sino un modesto párrafo a toda la guerra y apenas

---

15 *Ibid.*, p. 22.

16 *Ibid.*, p. 13.

una brevísima referencia a la batalla que otros autores consideran la más importante y decisiva de nuestra historia militar.

Todo el estudio de la Época Republicana contiene referencias a la disputa territorial con el Perú, en las que el autor enfatiza los derechos del Ecuador y la falta de condiciones políticas para lograr un arreglo. En el marco de una referencia general a la Segunda Guerra Mundial, Reyes destaca la guerra Perú-Ecuador de 1941. En una extensa nota hace referencia a los numerosos actos de heroísmo que se dieron en la desigual resistencia ante la invasión de una fuerza militar muy superior en número, que al fin logró una victoria, cuyo corolario fue la suscripción del Protocolo de Río de Janeiro en 1942. Reyes, que en la obra se revela como ardoroso partidario del presidente Arroyo del Río que protagonizó la derrota y la vergüenza nacional, hace serios esfuerzos por librarlo a él y a su gobierno de la responsabilidad en los hechos, pero no puede dejar de destacar que trajeron un grave impacto en el país.<sup>17</sup>

## La integración

Una de las características más destacadas de las versiones tradicionales de nuestras historias nacionales latinoamericanas es que estudian los procesos dentro de los límites estrictos de las fronteras estatales que hoy existen. Esto sucede aun cuando se trata del lejano pasado, cuando faltaban siglos para que los actuales países comenzaran a existir. Este rasgo debemos reiterarlo aquí, enfatizando que una de las consecuencias de este hecho es que, muy frecuentemente, la explicación del pasado se descontextualiza de un marco mundial, continental o regional, limitando la causalidad y a veces hasta la mera secuencia de los eventos a una lógica que comienza y termina en los límites nacionales.

En especial los textos y manuales escolares, una de cuyas características es la brevedad y la simplicidad de contenidos, se circunscriben a la narración de hechos internos sin conexión con las realidades exteriores. Casi siempre la única oportunidad en que se rebasan los límites

---

17 Curiosamente, cuando se refiere a Velasco Ibarra en 1944-46, Reyes pierde su permanente actitud equilibrada y deja correr su entusiasta “arroísmo”, atacando al caudillo popular.

nacionales y aparece un cuadro de influencias más amplio es cuando se habla de las guerras otros eventos bélicos. Las guerras de conquista desde la Época Aborígen, las de la Independencia, los conflictos por fronteras y las consecuencias de las conflagraciones mundiales ponen un marco exterior más amplio a las historias nacionales. Resultan ser las únicas ocasiones en que se atisba, aunque no se explica, la interacción de nuestros países con las realidades regionales o globales.

Resulta, pues, paradójico que el encuentro con la dimensión internacional se dé a propósito de conflictos que enfrentan a unos países con otros. Con esta realidad como referente, la enseñanza de historia dista mucho de favorecer una perspectiva que enfatice las realidades y procesos de integración, o peor aún que los promueva.

Esta obra de Reyes, como sucede con otras de nuestra historia tradicional, agota prácticamente el análisis dentro de los límites del país y no estudia las condiciones internacionales que han incidido en nuestra realidad interna. A eso hay que añadir el énfasis político-biográfico que tiene la narración, sin que el autor haga ningún intento por sistematizar un análisis económico y social, para el que ciertamente el marco externo es fundamental. Por ello, quizá salvo el ya mencionado caso de las guerras de la Independencia, el estudio o al menos la referencia a la dimensión integracionista de nuestra historia es absolutamente inexistente. En el tratamiento que el autor hace de la vida de Colombia, por ejemplo, no destaca la visión integradora de Bolívar al plantear la creación de Colombia, ni menciona la convocatoria al Congreso de Panamá.

En la época en que el libro fue escrito, desde luego, la propuesta de integración de nuestros países no estaba en el horizonte político. Solo unos pocos bolivarianos soñadores o izquierdistas radicales hablaban de ella, con más retórica que con la idea de su viabilidad. Reyes no podía tener ni idea de la integración, pero quizá debe destacarse que intentó abrir una dimensión internacional a su estudio. Al fin dedicó la novena parte a la “Historia internacional del Ecuador”.<sup>18</sup>

En ella, como puede entenderse sin dificultad, el primer acápite está dedicado a la “Historia Territorial” del país, que se reduce a la secuencia del conflicto territorial con el Perú. En un segundo acápite, sin

---

18 *Ibid.*, p. 327.

embargo, enfoca los “hechos internacionales contemporáneos” con referencias a la creación de la ONU, de la OTAN y de algunos mecanismos del sistema interamericano. Hace referencia a la participación del Ecuador en diversas conferencias internacionales, sin olvidar un congreso eucarístico, así como el ingreso del país en organismos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento.

## Tareas pendientes

Al intentar realizar un esfuerzo crítico sobre las obras básicas de la enseñanza de Historia del Ecuador, el análisis del manual de Oscar Efrén Reyes es un punto fundamental; no solo porque es uno de los libros individuales que mayor influencia ha tenido en la educación ecuatoriana, sino porque es un gran ejemplo en su género, cuya lectura permite reivindicar el significado de los trabajos de divulgación, tan necesarios como despreciados en nuestro medio intelectual.

Pocas obras habrán contribuido a la creación de los imaginarios nacionales del país como la de Reyes, a la que no se puede negar sus grandes aportes. Pero en nuestros días es importante destacar también que tiene sus límites.

A fines de este siglo, luego de setenta años de que el *Breve resumen* fue preparado, en muchos sentidos ya no responde a las necesidades de docencia actual, pero se ha transformado, en cambio, en uno de nuestros grandes clásicos. Debemos profundizar por un lado en el estudio de su contribución a la historia nacional, y por otro lado realizar el esfuerzo, complejo y riesgoso por cierto, de producción de un manual que en nuestro aquí y ahora cumpla las tareas pedagógicas y culturales que el clásico cumplió.



# Los contenidos de Historia de *El libro del escolar ecuatoriano*

## La obra

La serie de textos escolares denominada *El libro del escolar ecuatoriano* se ha venido publicando por cuatro décadas.<sup>1</sup> Su autora es una destacada maestra normalista, doña Rogelia Carrillo de Landázuri, que desempeñó varias funciones de dirección en establecimientos de educación y realizó inversiones en empresas educativas. *El libro del escolar ecuatoriano* es una de ellas, ya que su producción y distribución anual se organizaron como un negocio familiar. Aunque no se conocen cifras exactas de tiraje y venta, puede afirmarse que es el texto más vendido en el Ecuador. Circula mayoritariamente en la Sierra, pero también se lo utiliza en amplios sectores de la Costa.

*El libro del escolar ecuatoriano* cubre los campos básicos de enseñanza de la antigua escuela primaria: Matemáticas, Idioma Nacional, Ciencias Naturales y Estudios Sociales. Estos últimos cubren Geografía, Historia y Educación Social y Cívica. La obra está organizada por años. Cada grueso texto corresponde a un grado (de primero a sexto). Se ha ido adaptando a los diversas reformulaciones de los planes y programas de estudio, pero ha mantenido un esquema didáctico único, aunque en las últimas ediciones se han introducido ilustraciones a color.

Los maestros consideran que este texto está “probado”, que resulta fácil para el manejo en clase y que los alumnos se acostumbran a su lectura con facilidad. Su éxito radica en la simplicidad de su esquema y en la redacción clara y sencilla de sus textos. Pero también coadyuvan

---

1 Desde los años sesenta del siglo XX. En este trabajo, a menos que hagamos referencia expresa a otra edición, usamos: Rogelia Carrillo de Landázuri, *El libro del escolar ecuatoriano* (textos para cuarto quinto y sexto grados), Quito, Edimpres, 1997.

para ello el hecho de que se trata de una serie editorial extremadamente conservadora en sus contenidos, tanto en las ciencias exactas y naturales como en las ciencias sociales, y que es un libro escrito para la educación oficial laica, pero no contiene elementos anticatólicos.<sup>2</sup>

EL LIBRO DEL ESCOLAR ECUATORIANO DISTRIBUCIÓN DE LAS ASIGNATURAS POR PÁGINAS				
	4º grado	5º grado	6º grado	Total
Total	407	409	432	1.248
Matemáticas	92	96	96	284
Idioma Nacional	106	86	76	268
Ciencias Naturales	76	72	92	240
Estudios Sociales	133	155	168	456
Geografía	68	101	65	234
Historia	47	37	83	167
Cívica	18	17	20	55

Los textos de cuarto, quinto y sexto grados dedican un promedio del 36,53% de sus páginas a los Estudios Sociales y de ellas un 18,20% del total a la Historia, como puede verse en el cuadro. El contenido dentro de cada materia se divide en unidades de enseñanza, que a su vez se desarrollan en títulos y subtítulos. Al final de cada unidad se incluye una corta lectura, generalmente tomada de otros textos de historia, que transcribe una leyenda, un episodio en particular o la semblanza de un personaje. Luego, en un recuadro, aparece un resumen del contenido de la unidad en forma de punteo. Se incluyen también un corto vocabulario en el que se explican palabras nuevas o de comprensión difícil para los niños, un cuestionario destinado a medir lo que el alumno ha retenido de la unidad, y un listado de actividades que se sugieren para dentro y fuera del aula.

- 
- 2 Como lo hemos mencionado en otra parte de este trabajo, es importante notar que en la tradición educativa ecuatoriana se ha dado un gran enfrentamiento entre la educación laica y la confesional, que se expresó en el uso de diferentes textos de historia.

El texto está diseñado con párrafos cortos y tipografía grande. Los títulos se destacan con tamaños especiales y diferente color. Las ilustraciones aparecen en un promedio de una por página y se imprimen a color. Su calidad es muy baja. La mayoría de las ilustraciones son dibujos de personajes. También se incluyen mapas y croquis sencillos. Eventualmente se usan tablas que ilustran el contenido.

De acuerdo con los planes y programas vigentes, la Historia Nacional se enseña en cuarto quinto y sexto grados. Se analizará, por ello, esos textos en este trabajo.

## La periodización

El contenido de la obra en lo relacionado a Historia Nacional es eminentemente descriptivo, con un gran peso de la acción de las figuras individuales y los eventos políticos. Su periodización básica es la que dicta el programa, que a su vez mantiene la división tradicional. Las tres partes, que corresponden cada una a un año, cubren:

Cuarto: Desde el inicial poblamiento a la conquista española.

Quinto: Desde la conquista española de América hasta la Independencia.

Sexto: Desde la Independencia hasta lo que la autora llama “época contemporánea”.

Para la época aborígen, que la autora ya no llama en la última edición “prehistoria”, pero no la denomina tampoco de otra manera, la obra utiliza en primer término la periodización propuesta por los arqueólogos. La primera unidad establece estos períodos:

Precerámico (10000-4000 aC)

Formativo (3000-500 aC)

Desarrollo regional (500 aC - 500 dC)

Integración (500-1500)

Desde la segunda unidad la autora utiliza una división más bien confusa que sigue la antigua versión del Padre Juan de Velasco y varios de sus discípulos:

Confederaciones del Ecuador

El descubrimiento. Conquista y dominación de España en América

Primer período colonial (1529-1593)

Segundo período colonial (1593-1700)

Tercer período colonial (1700-1822)

La Independencia

Para el texto de quinto curso, luego de una revisión de la Conquista, la obra adopta, como se dijo, el esquema de periodización de la *Nueva Historia del Ecuador*, no solo en la división temporal, sino en el énfasis por caracterizar la economía y la sociedad.<sup>3</sup> El texto expone la situación de las instituciones de la conquista y la colonización, así como los enfrentamientos y levantamientos desde el siglo XVI al XVIII. Aunque en el título del tercer período colonial incluye hasta el fin de la guerra de independencia en 1822, en realidad lo trata separado ese período con sus eventos iniciales de 1809 y 1810.

El texto de sexto curso repite el estudio del inicio de la independencia y lo culmina en su primera unidad. Destina otra unidad a la Gran Colombia y desde la tercera a la décima divide la historia republicana en ocho períodos:

La independencia del Ecuador

La Gran Colombia

El floreanismo (1830-1845)

Etapa nacionalista (1845-1859)

Período garciano (1861-1875)

El progresismo (1875-1895)

El liberalismo (1895-1933)

El velasquismo (1933-1963)

El militarismo (1963-1979)

Época contemporánea (1979-1996)

La periodización republicana de la obra es uno de sus aspectos más débiles y atrasados. Sigue las formas tradicionales de división de la Historia de la República, que se realizaron a base de identificar el pe-

---

3 La autora sigue la sistematización del *Resumen de Historia del Ecuador* de Enrique Ayala Mora (Quito, Corporación Editora Nacional, 1993).

río con la figura considerada dominante (floreanismo, garcianismo, velasquismo) o con una denominación que pretende describir sus características políticas más salientes. Pero en realidad no hay un criterio único y coherente para el establecimiento de los períodos. Inclusive, hay un uso indiscriminado y confuso de los términos “período”, “época” o “etapa”, que la autora utiliza indistintamente.

En el estudio de la República se prescinde del análisis de estructuras económico-sociales e instituciones. En cada período o acápite se inicia por los datos biográficos del gobernante y luego se pasa a la enumeración de los eventos políticos de su gobierno. En ciertos casos se resume el contenido de la constitución vigente entonces. Esta forma expositiva no puede menos que llevar al memorismo y a la falta absoluta de análisis del pasado como un proceso. Tanto los esquemas como los cuestionarios solo profundizan esa visión individualista y desarticulada de la historia.

Como puede apreciarse, las periodizaciones utilizadas en los tres textos son dispersas y no corresponden a un solo criterio, aunque una visión biográfico-tradicional prevalece. Esta es la misma que, en términos generales ha informado ediciones anteriores de la obra.<sup>4</sup> Con los cambios realizados para la edición que actualmente circula, se opta por un agrupamiento que establece de mejor manera las unidades de estudio pero, en el caso de la Época Aborígen, le hace perder la coherencia de la visión tradicional sin lograr una perspectiva nueva articulada. La periodización colonial mejora indudablemente al texto. La republicana reunifica temas muy disgregados en ediciones anteriores en períodos-unidades, pero no supera la limitación metodológica ya mencionada.

Resulta claro que al utilizar en cada texto y época un criterio distinto de periodización, la autora utiliza también instrumentos metodológicos diversos y confusos en cada caso. Eso impide una exposición sistemática de los temas y procesos, especialmente de su causalidad, y provoca más bien que el estudio de la historia se mantenga como la fijación de estereotipos y la memorización de nombres y fechas sin contenido.

---

4 Es muy difícil establecer diferencias entre las reimpressiones y reediciones de la obra, que ha sido “actualizada” frecuentemente. En 1998 hay todavía de venta una versión anterior de distinto formato que se imprime sin fecha.

## La idea de nación-Estado

En la edición anterior de *El escolar ecuatoriano*, luego de estudiar el origen del hombre americano y ecuatoriano, la autora habla de las “naciones y tribus antiguas” que terminan por ser integradas por una denominada el “Reino de Quito”, al que expresamente se lo concibe como el inicio de la nacionalidad ecuatoriana. Aunque esta idea no se desarrolla en las siguientes partes, la exposición supone la existencia de una nación desde antes de la conquista inca, que se proyecta a nuestros días como un hecho de continuidad.

En la edición que actualmente circula, el estudio de la Época Aborigen se inicia con una breve referencia a la llegada de los primeros hombres por Bering y una mención individualizada de las “culturas representativas” de la Costa, Sierra y Amazonía con su ubicación, hábitos de caza, pesca o agricultura y principales expresiones cerámicas. Para ubicarlas en el espacio utiliza perfiles del mapa del Ecuador con los límites de la línea Tumbes-Marañón de frontera con el Perú.<sup>5</sup> Se identifica, pues, un Ecuador de hace doce o cuatro mil años con la imagen de la segunda mitad del siglo XX.

Al estudiar las “confederaciones” indígenas que siguieron se las ilustra con igual mapa, pero en este se dibujan, inclusive, los límites provinciales actuales. Se asume luego la formación del “Reino de Quito” que postula el P. Juan de Velasco, a cuya obra se considera importante fuente de la “Historia Nacional”. La ilustración muestra un mapa del Reino de Quito con los límites extendidos dentro de lo que ahora son Perú y Colombia.

Al estudiar el Incario, el libro menciona su origen mítico y destaca varios elementos del Estado, asentado sobre clases sociales. Luego habla de “Los incas en el Ecuador”, título que por sí solo ratifica la identificación de nuestro actual país con el norte del Tahuantinsuyo que, para la autora, mantuvo su perfil de “Reino de Quito”. Este, aunque no se lo explicita como en los textos anteriores, sería el origen remoto de

---

5 Hasta antes del acuerdo de 1998 con Perú, las autoridades ecuatorianas exigían que el mapa del Ecuador comprendiera el territorio completo de la Amazonía. Esa era la línea Tumbes-Marañón.

la nacionalidad y la disputa entre Atahualpa y Huáscar se ve como un enfrentamiento de países.

El texto enfatiza la continuidad. El Quito de la Audiencia se asume como el Ecuador actual. Luego se habla de que “el Ecuador formó parte de la Gran Colombia por 8 años”. Al explicar la guerra colombiano-peruana, se dice que su causante, el presidente peruano La Mar, era “de nacionalidad ecuatoriana”.

La formación del “Estado autónomo” que se llamó Ecuador en 1830 se asume como el inicio de la “influencia extranjera” de Flores, que fue derrocado por una revuelta que dio paso a un período en que se “reforzó el espíritu nacional”. Pocos años después se ve a García Moreno como el vencedor del desorden y de la dispersión de gobiernos en que se había dividido el país. Cuando en 1895 se dio la crisis de la “venta de la bandera”, se dice que “la anarquía se ponía de manifiesto en toda la nación”. Desde la Revolución Liberal hasta el presente, el texto no menciona la nación ecuatoriana, limitándose a la cronología estatal y a las referencias personales de los gobernantes, que ya mencionamos.

Como para la generalidad de los textos escolares ecuatorianos, la idea de la existencia de un Estado-nación ecuatoriano es un hecho. No se la discute, se la asume, como si la nación ecuatoriana hubiera existido siempre, dándose solamente cambios en el tipo de Estado y su organización política. Aún más, de la lectura se desprende que la autora utiliza indistintamente las palabras “nación”, “Estado” y “patria” para referirse al Ecuador. En los acápites referidos a la Cívica utiliza una frase de Bolívar para identificar a la Patria como el suelo nativo en donde se ha formado la “esencia de nuestro país”.

En la edición anterior de la obra, se inicia el estudio de Cívica en sexto curso con un concepto de nación:

Nación es una sociedad civil autónoma, cuyos miembros están unidos por las tradiciones, la historia, los lazos étnicos y la sujeción a unas mismas leyes. Así podemos hablar de nación chilena, colombiana, ecuatoriana, etc.

La nación ecuatoriana tiene su origen en lo que fue el antiguo Reino de Quito, núcleo de varias tribus de diferente estado cultural y social; y en

la Real Audiencia de Quito, creada por los españoles a base de estos núcleos, con peculiaridad histórica y geográfica bien definidas y propias.<sup>6</sup>

Luego de mencionar la creación de la Real Audiencia de Quito (1563), la autora define a la nación ecuatoriana como “el conjunto de individuos nacidos en el territorio que comprende el Ecuador y sometidos a las mismas leyes y autoridades, con tradiciones y con historia y costumbres iguales”.<sup>7</sup> Se establecen los fundamentos de la nacionalidad en términos geográficos, históricos y étnicos, y se menciona al fin un grupo de personalidades, desde Atahualpa a Alfaro como “forjadores de nuestra nacionalidad”.

En la edición que circula actualmente, se ha producido un cambio significativo en el tratamiento del tema, aunque se parte de otro concepto muy tradicional de nación: “La nación es una unidad superior de cultura y civilización, sobre la que asienta sus destinos la vida del Estado, en la que sus elementos se hallan profundamente enlazados por una misma historia, una lengua común, una cultura, costumbres, un ideal, objetivos y metas comunes, alrededor de los que gira la consecución del bien común”.<sup>8</sup>

Define a los elementos de la nación como el natural o territorio, el psicológico (cultura, religión, lengua), el etnográfico y la “composición de estos elementos en la historia”, que aplicada al caso ecuatoriano la autora ve de esta manera:

Es necesario que los elementos natural, psicológico y etnográfico se fusionen a lo largo de un proceso histórico.

La nación no se constituye de la noche a la mañana sino que debe irse conformando dentro de la historia, la misma que actúa como comunidad de un pasado idéntico. La historia es la fuerza moldeadora que permite que la nación se vaya “haciendo cada día”.

Una nación a través de la historia va encontrando los rasgos comunes que le unen, los procesos que han tenido que pasar los pueblos para

---

6 Rogelia Carrillo de Landázuri y Fanny Arregui de Pazmiño, *El libro del escolar ecuatoriano*, Quito, Voluntad, s/f. p. 183.

7 *Ibid.*, p. 183.

8 R. Carrillo, *Escolar ecuatoriano*, Sexto grado, p. 426.

constituirse como nación. La historia permite conocer el pasado para entender el presente y proyectarse hacia el futuro.

La historia permite que los elementos que constituyen una nación sean uno solo, en el Ecuador, por ejemplo, pese a que conviven varias razas, a que hay varias regiones naturales, diferentes manifestaciones culturales, todos nos sentimos identificados como ecuatorianos con una bandera, un escudo y un himno nacional. La historia ha ido moldeando la nación ecuatoriana y es por ello que todos nos sentimos ecuatorianos”<sup>9</sup>

Como puede apreciarse, aunque hay un esfuerzo por repensar la idea de nación, especialmente admitiendo las grandes diversidades que caracterizan al Ecuador, estas ideas contradicen el planteamiento del análisis histórico que se desarrolla en las tres partes de los textos de cuarto, quinto y sexto grados. Allí no se recoge la construcción paulatina de la nación ecuatoriana, ni la presencia de las diversidades que integran el Ecuador actual (“razas”, “regiones”, “culturas”). Los indígenas dejan de ser actores sociales con la conquista, la diversidad regional se ve a través de esporádicos enfrentamientos regionalistas, no aparece en ninguna parte la diferenciación de culturas dentro del país.

En términos generales, puede observarse que la autora percibió la necesidad de revisar la visión tradicional de la naturaleza y construcción de la nación ecuatoriana. Por ello, en la nueva edición de la obra, suprimió las menciones expresas a la preexistencia de la nación ecuatoriana desde el Reino de Quito, pasando por la Colonia, hasta la fundación del Ecuador. Pero las concepciones fundamentales se mantienen en la base de la interpretación y se expresan en el conjunto de la obra. Por ello no logra ofrecer una nueva perspectiva de este complejo asunto. Las omisiones, ambigüedades y contradicciones llevan a confusión, aunque el reconocimiento por parte de la autora de nuevas realidades e interpretaciones es un signo positivo.

## La idea de la guerra

Los textos ecuatorianos para la enseñanza de Historia se han caracterizado por reflejar estas concepciones de la guerra y por dar a los

---

9 *Ibid.*, p. 429.

enfrentamientos armados un peso definitorio en nuestra vida nacional. En los últimos años, empero, las cosas han cambiado un tanto. En *El libro del escolar ecuatoriano* se ha dado este principio de cambio, sin que el esquema tradicional haya variado del todo. Sus fundamentos se mantienen. Ya desde la explicación del origen de las “confederaciones” se hace referencia a las alianzas matrimoniales y al intercambio entre tribus, pero se enfatiza también en su carácter de alianzas militares o defensivas ante el avance incaico. Una vez que se estudia la incorporación del norte andino al Tahuantinsuyo el peso de la guerra en la explicación histórica aumenta, para llegar a un punto definitorio en la explicación del enfrentamiento entre Huáscar y Atahualpa:

Cuatro años vivió en paz, según su deseo, con su hermano Huáscar. Pero pronto éste empezó a demostrarse contrariado por la fama creciente de Atahualpa. Por otra parte, la madre del inca cuzqueño, Mama Ragua Ocllo, inició una campaña de intrigas e incitaciones con el objeto de que Huáscar se lanzara contra su hermano.

La guerra empezó entre los dos hermanos a causa de la traición de un jefe Cañari que, deseando más libertad, pretendía pertenecer a Cuzco. Atahualpa y Huáscar movilizaron sus tropas. El primero para defender lo que legítimamente le pertenecía; el segundo para aprovecharse de la decisión de los Cañaris y dar comienzo a la usurpación de los dominios de su hermano.

La guerra fue sangrienta, y en los primeros encuentros, salieron victoriosas las fuerzas peruanas, y posteriormente las fuerzas comandadas por Atahualpa.

La guerra entre los hermanos fue la ocasión para que la fragilidad de las conquistas imperiales se revelara. Las rebeliones se multiplicaron; algunos pueblos indígenas apoyaron a Atahualpa, como los Caranquis, y otros a Huáscar, como los Cañaris.

Atahualpa venció finalmente a su hermano y lo ejecutó cuando se encontraba prisionero de los españoles, en Cajamarca en 1532.<sup>10</sup>

La guerra civil que dividió al imperio ha sido vista por los etnohistoriadores como resultado de una diferenciación entre los procesos del norte

---

10 R. Carrillo, *Escolar ecuatoriano*, Cuarto grado, p. 382.

y el sur del Tahuantinsuyo.<sup>11</sup> La autora lo insinúa en el último párrafo, pero mantiene explícitamente la interpretación tradicional de corte subjetivo, en la que el enfrentamiento resulta ser producto de traiciones e intrigas femeninas y termina con la derrota de “las fuerzas peruanas”, dándose una visión que prefigura la disputa Perú-Ecuador de la Época Republicana.

Cuando el texto llega a la conquista española, no se adhiere a las tradicionales visiones de la “gesta hispánica”, destacando más bien la resistencia indígena, personificada en la legendaria figura de Rumiñahui. La autora, inclusive, propone una explicación de la conquista que destaca la participación indígena del lado español y señala factores “psicológicos” como el temor de los indígenas por lo desconocido; “militares” como las armas de fuego; “políticos” como la división del imperio, y sobre todo “biológicos” como las enfermedades traídas por los europeos que diezmaron a la población aborígen.

Aunque la autora reconoce que el siglo XVI “fue uno de los más violentos de la historia de la actual República del Ecuador”, en su tratamiento de la Época Colonial no privilegia la guerra como elemento explicativo de los procesos. Apenas hace referencia a las “guerras civiles” entre españoles y menciona, también sin detenerse demasiado en ello, las sublevaciones indígenas, especialmente en el siglo XVIII. Es en la Independencia que el texto adjudica a la guerra un papel definitorio, y el protagonismo fundamental a las figuras de los líderes militares, especialmente Bolívar y Sucre, cuya “genialidad militar” independizó cinco países.

La autora destaca la batalla de Pichincha como hecho culminante de la guerra independentista (24 de mayo de 1822). Explica la presencia de la fuerza expedicionaria colombiana al mando de Sucre y su avance desde Guayaquil hasta Quito. Cuenta las incidencias de la batalla, destacando el valor de los patriotas. Omite, empero, un hecho que ha sido obligada muestra de heroísmo en nuestras versiones tradicionales de la

---

11 Cfr. María Rostorowski de Diezcanseco, *Historia del Tahuantinsuyu*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1988; Udo Oberem, “El período incaico en el Ecuador”, en Enrique Ayala Mora, edit., *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 2. Quito, Corporación Editora Nacional / Grijalbo, 1988; John V. Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, IEP, 1975; Franklin Pease, *Los Incas*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1991.

historia, especialmente en los libros de texto; la acción de Abdón Calderón, el “héroe niño”.<sup>12</sup>

Dentro del texto, luego de la Independencia, el evento más destacado de la etapa grancolombiana es la batalla de Tarqui, hecho culminante de la guerra entre Colombia y Perú de 1829 que, según lo establece la autora, se debió al intento de este último país de anexarse Guayaquil y los territorios amazónicos de Jaén y Maynas. La invasión a las tierras del Distrito del Sur comandada por La Mar fue detenida en el Portete de Tarqui por el ejército dirigido por Sucre. El tema del Perú-agresor es recurrente en el texto, que dedica varias páginas a la crisis de 1859 en medio de la cual el Perú invadió el Ecuador; al “problema de 1910” y por fin a la invasión de 1941 y el Protocolo de Río de Janeiro de 1942, “en el que el Ecuador perdió gran parte de su territorio nacional”. Posteriormente, el texto hace referencia a los conflictos armados con el Perú de 1981 y 1995. El énfasis de estas menciones es el despojo territorial del que nuestro país fue objeto por parte del Perú y la reivindicación de su presencia amazónica.

Mención aparte debe hacerse del relieve que la autora da a la situación recurrente de guerra civil que se da en el Ecuador republicano. En muchos casos, en la narración el hecho militar adquiere mayores proporciones que la propia dimensión política. Su explicación, sin embargo, no rebasa una vaga idea de ambiciones por el poder o tensiones regionales. La mención que se hace, en cambio, a las guerras entre potencias internacionales (como el caso de la primera y segunda guerras mundiales) se centra fundamentalmente en sus consecuencias en las crisis económicas internas dentro del país, sin que se las explique adecuadamente o se las caracterice con menos retórica. Pero esto, desde luego, no llega a ser un replanteo del esquema tradicional para ver la guerra.

## La integración

*El libro del escolar ecuatoriano* menciona por primera vez el término “integración” en un cuadro sinóptico al final de la primera unidad

---

12 Calderón forma parte fundamental del imaginario nacional ecuatoriano, sobre todo a partir de la versión de su actor heroico narrado por Manuel J. Calle en sus *Leyendas del tiempo heroico*.

del libro de cuarto año, para referirse al período que va desde el año 500 al 1500. Se limita a citarlo tomándolo de los manuales de Arqueología.<sup>13</sup> Se entendería que esa “integración” se dio con el apareamiento de las “confederaciones” que agrupaban a varios pueblos. Posteriormente, la conquista inca es vista como el principio de un enfrentamiento más bien que la integración del espacio andino en un solo imperio. El texto, sin embargo, relievra como positivo el hecho de un “primer mestizaje” entre “vencedores y vencidos”.

Aunque no constituye un eje del estudio de la Conquista y la Colonia, el texto menciona el surgimiento del mestizaje español-indígena, pero no lo vincula a la integración de los diversos espacios coloniales. Por otra parte, el haber incorporado ciertos niveles de análisis de la economía colonial permite al texto, sobre todo en el segundo período, entender la integración de la Real Audiencia de Quito en el conjunto del Imperio Hispánico en América, a través de la producción textil destinada al mercado de los espacios económicos que giraban alrededor de Potosí.

La autora no tiene quizá la intención de destacar que la integración política al imperio colonial venía aparejada con la integración económica de sus regiones, como fue el caso de Quito-Potosí, pero el enfoque que da al análisis permite a los estudiantes descubrir la relación de lo que hoy es el Ecuador con otros espacios continentales, por motivos que no fueran la guerra. Esta realidad de integración, empero, no se manifiesta solamente en el auge, sino que se hace también patente, quizá con mayor fuerza, en la crisis del siglo XVIII, a que el texto se refiere brevemente.

Las guerras de la Independencia, como ya se ha destacado, son un escenario privilegiado para entender nuestra historia desde una perspectiva continental. *El libro del escolar ecuatoriano* destaca la acción de Bolívar y Sucre, así como la de sus ejércitos, pero no enfatiza en el esfuerzo autonomista americano global. Cuando trata de la subsiguiente constitución de la República de Colombia, en cambio, la autora destaca que se dio mediante la integración de Venezuela, Nueva Granada y Quito, gracias a la “amplia visión de futuro” de Bolívar.<sup>14</sup> El texto menciona

---

13 La periodización ha sido sistematizada por los arqueólogos Evans y Meggers, fundamentalmente. Porras la expone en su *Arqueología del Ecuador* (Quito, 1984).

14 R. Carrillo, *Escolar Ecuatoriano*, Sexto grado, p. 354.

luego el hecho de la disolución de la Gran Colombia y la muerte del Libertador, destacando el fracaso del intento integracionista debido fundamentalmente a la “voluntad de los pueblos por constituirse en Estados independientes” y a las distancias y dificultades de relación entre ellos.

El texto narra la fundación de la República en 1830 con la declaración de la primera constitución de confederarse con los demás Estados de Colombia para formar una sola nación: “Esta confederación si bien no llegó a hacerse realidad, tenía el propósito de mantener los lazos de unión con los Estados hermanos de los que acababa de separarse.”<sup>15</sup>

A lo largo de toda la Época Republicana la visión de nuestra historia que ofrece *El escolar ecuatoriano* es reducida a lo político-burocrático de la secuencia de las administraciones presidenciales y confinada, a veces con notorios errores, a los límites estrictos del país. Salvo dos referencias a las guerras mundiales y a su influencia en la limitación de las exportaciones, el texto ni siquiera menciona la inserción internacional del Ecuador. Los esfuerzos iniciales de integración regional y continental tampoco aparecen. El texto omite toda referencia al marco internacional de los sesenta y sus radicales transformaciones. Tampoco hace mención alguna a la formación del Grupo Andino y a los acuerdos latinoamericanos de libre comercio. La descripción de las dos últimas décadas, particularmente pobre, ofrece una visión aislada del país, sin que los fenómenos de integración y globalización tengan presencia.

Esta omisión que se descubre en el texto que hemos analizado, y en otros que usan los estudiantes ecuatorianos, no es imputable, desde luego, a la visión individual de los autores o maestros. En realidad recoge una actitud colectiva del país, en donde los procesos de integración no han logrado, como en otras latitudes, legitimidad en sectores amplios de la población, aunque duran ya por más de tres décadas.<sup>16</sup> Si la integración no es una política fundamental de Estado o una necesidad socialmente sentida, los maestros no tienen motivos especiales para destacarla en el contenido de la educación. Cambiar esta realidad

---

15 *Ibid.*, p. 359.

16 En efecto, el “Grupo Andino” es una institución ya antigua, pero no ha logrado la adhesión de sectores amplios de la población de nuestros países, que no sienten que la integración andina sea una necesidad generalizada, como es el caso de la Unión Europea y, en parte, el Mercosur.

es un camino de ida y vuelta. Supone, por una parte, la voluntad política de introducir el tema en la educación para incentivar su interés social; pero, por otra parte, demanda que exista una razón social, una necesidad, para que el conjunto de la opinión pública demande sea analizada. La integración debe significar algo concreto para amplios grupos de la población si va a ser uno de los nuevos elementos de una cultura de la paz y la colaboración entre los países.

1998.



# Rodrigo Villegas, historiador de Imbabura

## **Nacimiento, formación y trayectoria**

Rodrigo Villegas Domínguez, destacado intelectual y exponente de la identidad de Imbabura, fue abogado y maestro de profesión e historiador de vocación. Escribió varias de las obras clave para el estudio de la identidad de la provincia. Todos le debemos un merecido homenaje, no solo por sus aportes académicos, sino también por su acción como profesional y hombre público.

Recordemos brevemente los datos de su vida. Rodrigo Villegas nació en 1918 en la parroquia Atuntaqui, cuando todavía era parte del cantón Ibarra. Realizó sus estudios en la Escuela 24 de Mayo de Atuntaqui, los secundarios en los colegios Juan Montalvo y Abraham Lincoln de Quito. Los superiores en la Universidad Central del Ecuador. En la Facultad de Filosofía y Letras se graduó de licenciado en Filosofía y Letras, especialización de Historia y Geografía; en la de Jurisprudencia obtuvo los títulos de licenciado en Ciencias Políticas y Sociales; doctor en Jurisprudencia y abogado de los Tribunales de la República. Durante sus años de estudiante ejerció la cátedra en los Colegios Central Técnico y Manuel María Sánchez de Quito. Fue también profesor de la Universidad Popular.

En los años de formación académica de Villegas se mantuvo una aguda crisis en el Ecuador, pero también fueron tiempos de agitación social e intelectual. El Normal Juan Montalvo y, sobre todo, la Universidad Central a donde concurrió como alumno, estaban en sus mejores momentos. Se conjugaban, entonces, un nivel académico elevado junto con preocupaciones sociales profundas y gran apertura a la discusión y la circulación de nuevas ideas. Tuvo, por entonces, la oportunidad de ser alumno de maestros como Alfredo Pérez Guerrero y de los más notables juristas e historiadores. Como estudiante obtuvo una medalla de oro en un concurso universitario.<sup>1</sup> Viajó

---

1 Hugo Larrea Andrade, *Breviario del recuerdo: semblanzas literarias y pequeñas antologías de escritores ecuatorianos*, Quito, Ed. Tirso de Molina, 1957, p. 101.

a Chile y vivió allí interesantes experiencias. Hugo Larrea Andrade destaca en su semblanza que Villegas pudo vencer las adversidades y culminar sus estudios. Así desarrolló una fuerte sensibilidad social:

De ahí su profunda raigambre y su gran amor hacia la clase trabajadora, a la cual perteneciera en los albores de su juventud y en cuyo lapso conoció de cerca el dolor, la miseria y la explotación de que son casi siempre víctimas propiciatorias de la clase adinerada, de la clase pudiente. De allí su empeño indeclinable de guiar, enseñando a esa noble mayoría ciudadana para que sea basamento esplendoroso del futuro de la Patria y no materia maleable por su analfabetismo e ignorancia.<sup>2</sup>

Habiendo desarrollado su compromiso social, desde muy joven se inclinó por la militancia de izquierda y se afilió al Partido Socialista Ecuatoriano y activó por algunos años en esa organización política. Durante su estancia en Quito participó activamente en la lucha contra el vergonzoso gobierno oligárquico de Arroyo del Río y en el movimiento del 28 de mayo de 1944.

Se graduó de doctor en Leyes en 1953. Luego se instaló en Ibarra, donde llevó adelante una exitosa práctica profesional. Fue secretario relator de la Corte Superior de Justicia de Ibarra, juez de lo Civil en la ciudad de Ibarra, y varios años con juez permanente de la Primera Sala de la Corte Superior de Justicia. Por largos años se dedicó al ejercicio libre de su profesión, y fue considerado como uno de los mejores abogados de la ciudad. Fue presidente del Colegio de Abogados de Imbabura. Escribió la obra *La sociedad conyugal en la legislación ecuatoriana*. Colaboró en varias revistas nacionales y extranjeras; *Revista Forense*, órgano de la Academia de Abogados del Ecuador, *Revista Universidad de Antioquia* y *Revista Estudios de Derecho* de la misma universidad, Medellín, Colombia; *Revista del Colegio de Escribanos* de Buenos Aires y otras publicaciones.<sup>3</sup>

Cuando en los años sesenta y setenta se produjo la crisis y división del socialismo, dejó la militancia, pero no la vida política ni sus principios de izquierda. Fue elegido concejal de la Municipalidad de

---

2 *Ibid.*, p. 101.

3 Rodrigo Villegas Domínguez, *Historia de la Provincia de Imbabura*, Ibarra, Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, 1998, p. 291.

Ibarra. En 1990 integró la lista del Partido Socialista para la diputación de la provincia de Imbabura y fue elegido diputado alterno. Durante muchos años fue columnista principal del diario *La Verdad* de Ibarra. Fue también presidente de la Federación Deportiva de Imbabura.

Más allá de su trabajo profesional y de su participación política, aunque tuvo también una producción poética destacable, la mayor parte del esfuerzo intelectual de Rodrigo Villegas se canalizó a la investigación histórica y a la biografía. Fue un activo miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, donde ejerció posiciones directivas, entre ellas la presidencia de la institución. También fue asiduo colaborador de la revista del Núcleo, donde publicó varios avances de sus obras y algunos artículos.

## Sus obras

Rodrigo Villegas publicó varios libros de carácter histórico-biográfico, todos ellos referidos a temas vinculados a la provincia de Imbabura. Uno de los primeros es la *Monografía sintética de Atuntaqui*, obra de valor informativo, en la que inserta algunas interpretaciones novedosas sobre la realidad de su ciudad natal.<sup>4</sup> Aunque ofrece una visión general, el énfasis fundamental lo pone en la Época Aborígen.

Una obra fundamental fue la *Vida de Abelardo Moncayo*, una de las más importantes figuras de la Revolución Liberal.<sup>5</sup> Perseguido durante su vida, calumniado a cada rato, hasta luego de su muerte, su memoria tuvo que esperar largo hasta que fuera reivindicada. El libro de Villegas contribuyó poderosamente a que este país comenzara a pagar su grande deuda con ese luchador y maestro. La obra está bien escrita, es sólidamente documentada y rica en reflexiones interesantes sobre el proceso del que el biografiado fue protagonista de primera línea, como el prologuista José Miguel Leoro lo reconoce:

Uno de los hombres más representativos de una época azarosa, romántica y llena de contrastes es, sin duda alguna, don Abelardo Moncayo.

---

4 Rodrigo Villegas Domínguez, *Monografía sintética de Atuntaqui*, s/f.

5 Rodrigo Villegas Domínguez, *Vida de Abelardo Moncayo*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1961.

Tipo de rebelde auténtico en quien se hallarán riquezas y excelencias de espiritualidad y de entendimiento, Las crudezas del ambiente cada vez más hostil, lo pusieron en el camino de la conjuración; y, por reiteradas instigaciones y muy a pesar suyo, en el del tiranicidio que por entonces se consideraba como algo saludable para los pueblos oprimidos.<sup>6</sup>

En el libro hay una excelente combinación de la secuencia vital del personaje con un análisis de la situación sociopolítica imperante en el Ecuador. Del “tiranicidio” del 6 de agosto de 1875 hasta el triunfo liberal del 95 y la carnicería de enero de 1912, el análisis avanza coherente, agudo y asentado sobre evidencias documentales numerosas. En la obra hay dos serias limitaciones que se deben mencionar. La primera es formal, el autor no establece las referencias de la documentación que usa, haciendo perder a su obra utilidad como fuente de consulta. La segunda es de concepción y contenido. La biografía descansa sobre visiones que privilegian la contradicción conservadorismo-liberalismo. Es, en ese sentido una obra tradicional, ya que se mantiene en el ámbito del debate laicismo-clericalismo. Pese a que hace referencias a aspectos de la lucha social, su concepción del proceso ecuatoriano no asume los conflictos básicos de la lucha social como motor de la acción histórica.

Pero, justo es reconocerlo, esta última limitación es una postura compartida por muchos intelectuales de izquierda formados desde los treinta hasta los sesenta, que asumieron la lucha contra el laicismo, que la claudicación liberal pro-oligárquica abandonó muy pronto, como la más importante bandera de lucha inmediata. De allí que cuando estos autores escriben sobre hechos y personajes del liberalismo, defienden ardorosamente y sin distinciones críticas al “ala izquierda”, al alfarismo y sus continuadores, sin advertir sus límites. La transformación laica del Estado fue una etapa que logró innegables y profundos avances progresistas, pero fue también la consolidación del predominio de la burguesía, que de ninguna manera quiso permitir luego el desarrollo de las fuerzas revolucionarias.

Rodrigo Villegas dedicó su mayor esfuerzo como intelectual, al estudio de lo que los historiadores solían llamar “Prehistoria”, como si los pueblos comenzaran a tener vida, historia y derechos humanos al

---

6 *Ibid.*, p. 15.

iniciarse la invasión y el genocidio hispánico. Felizmente el autor no participa de semejante visión y valora como histórica a la Época Aborígen. Fruto de ese interés por esa época fue su obra “La cultura caranqui”, que desgraciadamente está inédita. Con esa misma inclinación académica y esa visión básica escribió *El último inca del Tahuantinsuyo*, una biografía de Atahualpa, resultado de prolijas investigaciones.<sup>7</sup> Al esbozar la vida del emperador nacido en tierras imbabureñas, no glorifica la barbarie de los conquistadores y hace un balance histórico muy serio sobre la conquista. En el proemio de la obra dice:

Esta monografía de Atahualpa aspira a expresar con la mayor fidelidad que ha sido posible, una de las épocas más importantes de la Protohistoria Ecuatoriana, no como evocación lírica o sentimental, ni como un recurso fugaz de una cultura y de un hombre que desaparecieron en el tumultuoso devenir de las generaciones, sino mas que todo, como una relación de causalidad entre el pasado y el presente, descartando los subjetivismos para reemplazarlos con la investigación y el análisis de las relaciones económico sociales que caracterizaron al incanato, a partir de la conquista de Túpac Yupanqui.<sup>8</sup>

El autor entendió su trabajo como una visión integral de relación del pasado con el presente. Por ello dice que “no se trata de una simple narración de hechos político-militares, sino de buscar las condiciones que hicieron posible el reajuste de los grupos étnicos que habitaban lo que es hoy el Ecuador, para llegar a integrarse como nación libre y organizada, frente a la embestida de la Confederación peruana, que lucha por imponer su ley y sus costumbres”<sup>9</sup> Pensaba que la obra no era solamente sobre un personaje, sino también sobre su entorno, que es una base fundamental de la realidad que vivimos en nuestros días.

A las motivaciones generales, se debe añadir una que en el caso del autor es muy importante. Para un imbabureño, destacar la acción del Inca Atahualpa es reivindicar a la figura más relevante de nuestra historia local y regional. El Inca caranqui es el mayor de los persona-

---

7 Rodrigo Villegas Domínguez, *El último inca del Tahuantinsuyo*, Ibarra, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1977. (Reeditada en 2011).

8 *Ibid.*, p. 7.

9 *Ibid.*

jes que nacieron en estas tierras. Fue emperador y conquistador como Alejandro Magno, César o Napoleón. Visto desde esa perspectiva, es el “imbabureño” que más se destacó en el mundo. Su vida es un referente fundamental para todos nosotros.

Vista en perspectiva, la *Historia de la Provincia de Imbabura* es la obra más importante de Rodrigo Villegas y también una de las más destacadas de su género en el país.<sup>10</sup> Había comenzado a escribirla en los años setenta y la fue publicando por partes en la revista del Núcleo Imbabura de la Casa de la Cultura. Desde 1984, el Centro de Ediciones Culturales de Imbabura se interesó por preparar una monografía de la provincia y me encargó su coordinación. Como se había pensado que el primer volumen debía contener una visión general de la historia de Imbabura, propuse a Rodrigo Villegas que utilizáramos su texto. Él aceptó de inmediato y llevamos adelante en conjunto la tarea. Definimos una periodización y establecimos aquellas partes que tenían vacíos o requerían ampliaciones.<sup>11</sup> Rodrigo realizó los trabajos con esmero y en unos meses estaba listo el nuevo texto. Por mi parte, luego de una larga y cuidadosa búsqueda bibliográfica de la producción sobre la historia imbabureña, seleccioné treinta y ocho textos de otros autores que complementaban el contenido de la obra y los introduje como recuadros. Luego de un gran esfuerzo editorial, el libro fue presentado en 1988. Pese a su brevedad, es una historia integral. Aun así, el autor es más bien modesto al presentar su obra:

Con este libro queremos llegar al rescate de los valores del pasado, para que ellos sean la enseñanza del presente y acaso una guía para el futuro de este girón de patria en constante cambio y transformación.

---

10 R. Villegas Domínguez, *Historia de la Provincia de Imbabura*.

11 El esfuerzo mayor que demandó la preparación de la obra estuvo en el establecimiento de una adecuada periodización. De la Época Aborigen a la Independencia no se registraron mayores complicaciones en este campo. Pero la Época Republicana requirió de varias formulaciones alternativas. En realidad, ninguna de las monografías provinciales y locales establece una secuencia de períodos desde el terremoto en 1868. Un serio avance en este sentido se logró en la obra, que estableció una secuencia de períodos desde finales del siglo XIX hasta los años ochenta del siglo XX.

No tenemos la pretensión de haber logrado realizar una obra total; todo lo contrario, este resumen es apenas un esbozo de nuestro acontecer histórico, escrito, eso sí, con amor de imbabureño y seguro de que vamos a contribuir al conocimiento de muchos hechos que estuvieron olvidados o dispersos en libros, revistas, periódicos y en tanta otra publicación que ha visto la luz de tiempo en tiempo.

Sin otra esperanza que la de ser leído por quienes aman a este bello rincón ecuatoriano, ponemos a consideración de niños, jóvenes y adultos, esta historia que es parte fundamental de la historia nacional.<sup>12</sup>

La *Historia de la Provincia de Imbabura* inicia con el estudio de los pueblos originarios caranqui-cayapa-colorados. Pone especial énfasis en las tolas y la toponimia caranqui. Analiza la conquista inca de estas tierras y luego la conquista española, con la acción de Atahualpa como último gobernante del Tahuantinsuyo. Ya en la época colonial, dedica el análisis al Corregimiento de Otavalo, a los indígenas y negros, y a la organización política y administrativa. Luego estudia la fundación de Ibarra y su corregimiento, así como los aspectos culturales sociales y eclesiásticos. La Independencia y sus conflictos, así como los años de la Gran Colombia son objeto de especial interés. La Época Republicana se inicia con el análisis de Imbabura en el siglo XIX y varios hechos políticos. El terremoto que sufrió la provincia en 1868 y las obras de reconstrucción son objeto de especial atención. Luego de revisar los acontecimientos finales del siglo XIX, enfrenta la realidad y los conflictos regionales suscitados por la Revolución Liberal. Sendos capítulos se dedican a la etapa comprendida entre los años veinte y los cuarenta, y a la subsiguiente entre estos últimos y los cincuenta. En ellos se enfatiza la organización popular, la vida cultural y las universidades. La obra concluye con una revisión de los acontecimientos desde los sesenta a los ochenta, poniendo énfasis en algunos aspectos socioeconómicos. Inclusive tiene un anexo con una referencia al terremoto de marzo de 1987.

Con las limitaciones de fuentes, de espacio y del tiempo en que fue escrita, la *Historia de la Provincia de Imbabura* de Rodrigo Villegas es una obra importante, puesto que es una visión ágil, organizada, equilibrada y sucinta de la trayectoria de los pueblos que han habitado lo que

---

12 *Ibid.*, p. 34.

hoy es la jurisdicción provincial. Es un instrumento básico para el estudio y desarrollo de nuestra identidad múltiple. Como una visión general contenida en un solo volumen, tiene el valor de ofrecer una perspectiva de conjunto. En este sentido, la *Historia* de Villegas es complementaria con las antiguas monografías locales y cantorales, y con las nuevas que se han preparado en estos últimos veinte años, especialmente las de Otavalo e Ibarra, fruto de esfuerzos colectivos muy destacables.

La obra de Villegas es muy importante también por otros motivos. En primer lugar, debido a que el autor es un intelectual bien formado y con una larga experiencia de investigación. Era un gran conocedor de nuestra historia provincial, de sus fuentes y debates. En segundo lugar, porque concibe a Imbabura como una unidad, como una totalidad. No la plantea como muchas obras similares, como la historia de una ciudad, generalmente la capital, y sus alrededores. El libro se refiere a los diversos componentes geográficos y humanos de la provincia. En tercer lugar, porque la obra no se limita a la mera crónica, como la gran mayoría de las monografías locales. Hace un gran esfuerzo de interpretación de los hechos históricos y logra dar una visión de un proceso complejo. Y por fin, aunque no menos importante, porque analiza las diversas dimensiones de la realidad, reconociendo la relación entre ellas. El libro estudia las condiciones de producción económica, la organización de la sociedad y sus aspectos políticos, sin descuidar la narración de los hechos y los eventos e instituciones de la cultura.

En 1990, el Centro de Ediciones Culturales de Imbabura publicó una nueva obra de Villegas, *Biografía de Antonio Ante* un opúsculo destinado a hacer conocer “la vida de uno de los más esclarecidos imbabureños, el Dr. Antonio Ante, nacido en nuestros lares, educado a la manera clásica en el Convictorio de San Fernando y en la Universidad de Santo Tomás de Aquino”.<sup>13</sup> La obra recoge la trayectoria de ese protagonista olvidado de nuestra Independencia, a base de la revisión bibliográfica. Luego de analizar su contribución a la causa patriota y a la fundación de la República, el autor cuenta cómo Antonio Ante vino a morir en

---

13 Rodrigo Villegas Domínguez, *Biografía de Antonio Ante*, Ibarra, Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, 1990, p. 5.

Otavaló, en su tierra imbabureña.<sup>14</sup> Como anteño, Villegas cumplía el deber de divulgar la vida del patrono de su cantón, pero también hacía una reflexión más amplia sobre el carácter de los patriotas y los héroes en la historia.

Su propuesta es, en este sentido, interesante: “La naturaleza antihistórica que ha sido característica de las biografías de los grandes hombres, ha hecho que disminuya su valor; por eso hemos querido realizar un trabajo, modesto, sí, pero dentro de un marco de objetividad y de respeto tanto para el biografiado, como para los lectores. Nada de fantasías ni de subjetivismos, porque esto desfigura la verdad. Nuestra obligación es la de presentar al hombre tal como fue y no tal como hubiera querido que sea”. Y añade más adelante: “El biógrafo clásico vivía pegado a su héroe; el de la nueva escuela investiga, ordena e interpreta hechos y momentos históricos, con una autorrenuncia a todo aquello que sea pasión, parcialidad o falta de visión histórica. La nueva biografía es una especie de descripción de un héroe sin tacha, la comprensión de los fenómenos sociales y económicos de la comunidad para llegar a las más acertadas conclusiones político-sociales”.<sup>15</sup>

## Una perspectiva general

Las cinco obras históricas mencionadas serían por sí solas un aporte sustancial a la historiografía de Imbabura y del país, pero a ellas hay que añadir otras producciones, como ponencias y artículos. Ese es el caso, por ejemplo, de una excelente biografía de Pedro Moncayo que se incluye en una obra sobre el gran periodista ibarreño.<sup>16</sup> En la abundante producción periodística de Villegas, sobre todo sus artículos dominicales en *La Verdad*, podrá encontrarse tanto referencias a nuestra historia, como a la realidad local y la coyuntura política nacional, todas iluminadas por una seria actitud crítica. Un estudio sistemático de la obra de

---

14 *Ibid.*, p. 54.

15 *Ibid.*, pp. 5-6.

16 Cfr. Rodrigo Villegas Domínguez, “Rasgos biográficos de Pedro Moncayo”. Enrique Ayala Mora, edit., *Pensamiento político de Pedro Moncayo*, Quito, Corporación Editora Nacional / Corporación Imbabura, 1993.

este notable intelectual está por hacerse. Estos párrafos apenas son una primera aproximación.

Sin poder hacer una apreciación individualizada de cada una de sus obras, al menos cabe aquí destacar que es ampliamente reconocido el hecho de que las publicaciones de Rodrigo Villegas están bien escritas y que tocan temas de gran interés con solvencia y no sin una buena dosis de actitud polémica. Ese es un mérito que debe destacarse, especialmente porque su trabajo intelectual llevó a cabo en condiciones del todo adversas. “En Ibarra, escribí en 1988, hay muy pocos libros de consulta; no llegan revistas especializadas; casi no pasan conferencistas que mantengan viva una corriente académica y, doloroso es reconocerlo, son muy escasas las personas con formación y disposición intelectual para mantener un diálogo crítico y enriquecedor sobre la producción cultural, especialmente en el campo de la Historia.”<sup>17</sup> Rodrigo Villegas llevó adelante su trabajo en la soledad intelectual. Para investigar y escribir debía buscar oportunidades marginales, robándole tiempo a la rutina del ejercicio de la abogacía. Todo ello sin recursos ni ayuda calificada; a veces, sin siquiera el reconocimiento social de su verdadera valía.

Rodrigo Villegas Domínguez fue un gran imbabureño y un notable promotor de la identidad local. En todos sus escritos se encuentra, por una parte solvencia y sentido crítico y, por otra, la voluntad de rescatar la historia profunda y la identidad múltiple de nuestra tierra y nuestra gente.

Ibarra, noviembre de 2007.

---

17 R. Villegas, *Historia de la Provincia de Imbabura*, prólogo de Enrique Ayala Mora, p. 28.

# *La Historia de la República,* de Alfredo Pareja Diezcanseco

## **Alfredo Pareja y su influencia**

Hay obras que han influido en nuestro pensamiento nacional porque desarrollaron tesis básicas que atrajeron a una o varias generaciones de intelectuales. Hay otras, en cambio, que lograron influir en la gente común y corriente, en los colegiales y los lectores no especializados. La *Historia* de Alfredo Pareja Diezcanseco llegó a ser una obra referente por ambos motivos. Fue en los años cuarenta del siglo pasado un trabajo innovador y de propuesta que orientó a otros escritores, al mismo tiempo que varias de sus ediciones fueron ampliamente usadas como manuales educativos. Ahora que se publica su *Historia de la República* en una colección de amplio tiraje y cobertura, estos párrafos intentarán destacar sus rasgos fundamentales y la contribución de su autor a la Historiografía nacional; son también un homenaje con ocasión de celebrarse el centenario de su nacimiento.

Alfredo Pareja Diezcanseco es uno de nuestros grandes escritores nacionales. Todos reconocen que su enorme obra novelística, que se destacó con fuerza junto con la de los otros cuatro miembros del “Grupo de Guayaquil”, es un patrimonio cultural nacional de primera línea. Sus escritos biográficos e históricos se han considerado muy relevantes en nuestra trayectoria intelectual. Su acción como docente y diplomático también se ha destacado. Y se debe añadir que fue un hombre de gran vocación democrática.

Alfredo Pareja Diezcanseco nació en Guayaquil en 1908. Fue hijo de Fernando Pareja y Pareja de una familia de fortuna, pero que la había perdido, y de Amalia Diezcanseco, miembro de una distinguida familia limeña. Estudió en el Colegio Vicente Rocafuerte y luego algunos años en la Universidad de Guayaquil. Desde joven incursionó en la literatura y formó parte del “Grupo de Guayaquil”, que en los años treinta prota-

gonizó el gran auge de nuestra narrativa social. Así inició una carrera de escritor en la que se mantuvo toda la vida. Entre sus novelas están *El muelle*, *La Beldaca*, *Don Balón de Baba*, *Hombres sin tiempo*, *Las tres ratas*, *Los poderes omnímodos*, *Las pequeñas estaturas*, *La Manticora*. Todas ellas son obras destacadas de nuestra literatura.

En su juventud ocupó varias funciones públicas y privadas, y mantuvo posturas políticas contestatarias, que le llevaron al destierro en Chile y luego, en 1938, a la elección de diputado constituyente en las listas socialistas. Con ello definió una vocación política que, aunque sin militar en un partido, mantuvo toda su vida. En los cuarenta cumplió algunas funciones internacionales, entre ellas encargado de negocios del Ecuador en México. En los cincuenta fue miembro del Consejo Nacional de Economía y de la Junta Monetaria, y también escribió varias obras. Se incorporó a la Casa de la Cultura e inició su actividad docente en la Universidad Central y en el Instituto de Estudios Políticos de Costa Rica.

En los años siguientes, combinó su actividad de escritor con la cátedra en algunas universidades de Estados Unidos, donde fue profesor invitado, y con funciones directivas en la banca privada. Tuvo una activa labor como promotor periodístico y columnista de prensa. Fue miembro de la Junta Consultiva de Relaciones Exteriores y algunos años después canciller de la República en el gobierno progresista de Jaime Roldós. Posteriormente fue embajador ante el gobierno de Francia y ante la UNESCO. Sus últimos años los dedicó a escribir y a la docencia de posgrado en la Universidad Central, la Universidad Católica y FLACSO. Como embajador-asesor del Ministerio de Relaciones Exteriores impulsó la modernización de su archivo. Murió el 3 de mayo de 1993.

Pareja es una figura consagrada en el Ecuador. Desde hace años se lo ha considerado como uno de los grandes intelectuales del siglo XX, y sus obras han sido objeto de la crítica literaria dentro y fuera del país; han sido también referentes historiográficos locales. Fue uno de los primeros ciudadanos en recibir el premio nacional “Eugenio Espejo” y, aún en vida, fue objeto de numerosos homenajes y reconocimientos. Sus obras han sido reeditadas varias veces y son material de lectura no solo para los cultores de la literatura, sino también para docentes y alumnos en el sistema educativo.

## Obra historiográfica de Pareja

Pareja Diezcanseco fue una “vocación tardía” en la historia. Produjo sus obras historiográficas cuando se había consagrado ya como uno de nuestros mayores novelistas. Su obra, empero, tuvo un enorme impacto ya que fue una versión alternativa y crítica con grandes posibilidades didácticas y de proyección política. Su tránsito de la literatura a la historiografía se dio a lo largo de un período en que ambas actividades disputaron su energía de autor. El resultado de ello es una de sus obras capitales: *La hoguera bárbara*, biografía del caudillo revolucionario Eloy Alfaro, publicada en 1944, en una etapa de gran ebullición nacional, luego de la derrota del país frente al Perú y justo en vísperas de la “gloriosa” del 28 de mayo de 1944.

En años anteriores, Alfredo Pareja se había identificado ya con posturas progresistas en la literatura y participó activamente en la “ola izquierdista” de los cuarenta. Entonces comenzó a comprender la personalidad del “Viejo Luchador”, a quien había tenido antipatía en sus primeros años, debido a las inclinaciones conservadoras de su padre. Pareja se enamoró de su personaje y en este libro se destacan su maestría en el manejo de la lengua para pintar a Alfaro y su tiempo, y la fuerza de su compromiso para producir una obra de contenido histórico y político. *La hoguera bárbara* no solo es una gran biografía, sino también un manifiesto de defensa del laicismo y su máximo exponente en el Ecuador. Al leerla no se comprende solo la vida y obra del caudillo, sino todo el complejo proceso de la Revolución Liberal y sus consecuencias a lo largo de todo el siglo XX. Para complementar esa comprensión fue importante su libro *El Ecuador de Eloy Alfaro*, publicado en 1966.

Pocos años después, en 1946, por solicitud del gobierno de México, preparó su *Breve Historia del Ecuador*, el primero de una serie de libros que ofrecen una visión general de la trayectoria de nuestro país. En los años siguientes reformuló y amplió esa versión, produciendo en 1954 su *Historia del Ecuador*, obra en cuatro tomos que tuvo repercusión en los medios intelectuales. En 1962 publicó *Historia del Ecuador*, que en esa oportunidad era un manual o “compendio” de historia nacional para el sistema educativo. El libro se transformó en un referente

de la versión progresista de la enseñanza en los colegios fiscales. En este manual y en el de Oscar Efrén Reyes estudiaron muchos ecuatorianos.

En las dos décadas siguientes, Pareja reformuló el texto y produjo una versión de la historia republicana, que se editó por primera vez en 1974 con el título *Historia de la República del Ecuador de 1830 a 1972*. Retomando su preocupación por una historia general, publicó en 1979 *Ecuador, de la prehistoria a la conquista española*. El mismo año apareció *Ecuador. La República de 1830 a nuestros días*. Pocos años antes, en 1975, había publicado *Las instituciones y la administración de la Real Audiencia de Quito*. Había estudiado toda nuestra historia, pero no llegó a estructurar su ambicionado proyecto de sistematizar una nueva versión del conjunto. Pero su historia republicana siguió siendo reeditada con gran éxito. Inclusive se realizó una versión narrada de su texto en cinta magnetofónica. Se la distribuyó en casetes por algunos años.

## La Historia de la República

En 1985 Alfredo Pareja preparó una nueva versión de su historia republicana para que fuera publicada por la Editorial El Conejo. Se la planificó para ser editada en fascículos impresos a todo color, que luego podían ser encuadernados en tres tomos de formato grande. El autor realizó una revisión y reajuste de los textos. Escribió también una actualización de los hechos hasta el año en que fue publicada la obra. Con el apoyo del equipo de la editorial se buscaron ilustraciones y se seleccionaron, o se prepararon ad-hoc, numerosos recuadros de él mismo o de otros autores, cuyo contenido era complementario al texto. La obra apareció con el título *Ecuador, Historia de la República*. Circuló en 1986 en fascículos que podían recopilarse en tres tomos secuenciales y uno complementario denominado: “Los protagonistas de la Historia Republicana”. Esta versión, que se debe considerar como definitiva, es la que recoge la nueva edición realizada por la Campaña Nacional de Lectura. Se la publica íntegra, aunque dada la naturaleza de la colección en que aparece, sin los recuadros y las ilustraciones; pero con la totalidad del texto secuencial revisado.

Esta nueva edición mantuvo el esquema general de la historia republicana que el autor había diseñado para sus versiones anteriores. Sin

embargo, fue objeto de varios reajustes y añadidos en toda la extensión del texto, pero principalmente, como es entendible, en las partes finales, para llegar hasta el año de su publicación. Si Pareja Diezcanseco nunca tuvo particular interés en las periodizaciones rigurosas, en esta oportunidad, en que la obra se editaba en fascículos, tuvo menos posibilidad de estructurarla con una división temporal sistemática de largo alcance. Su método expositivo fue la secuencia de cuarenta y un textos monográficos en orden temporal, antecedidos de una semblanza del autor y seguidos de tres ensayos de perspectiva general de la plástica, la economía y la literatura. De esta manera se lograba una “visión de síntesis” de nuestra historia. Los editores presentaban así la serie editorial:

Es una visión de síntesis. Es decir, una obra donde todos y cada uno de los acontecimientos son vistos dentro de una panorámica general de todo el país y no solo dentro del estrecho contexto de su coyuntura.

La ventaja de una obra de síntesis, como ésta que el lector tiene en sus manos, es que todos los aspectos, todas las facetas de un hombre o un acontecimiento son vistas dentro de una perspectiva total, única garantía de un juicio veraz y objetivo.

Organizada como una síntesis, la *Historia de la República* logró presentar una visión animada y atractiva de nuestra trayectoria como país, con un énfasis fundamental en la crónica política y con numerosas anotaciones sobre las diversas dimensiones de la cultura. Comienza en los antecedentes inmediatos de la Independencia y concluye con la “reconstrucción nacional”, o sea con la administración Febres Cordero, que se hallaba en su segundo año. Como en versiones anteriores, los aspectos que los historiadores llamamos “estructurales”, es decir el carácter de la sociedad y sus relaciones, la organización productiva y económica en general, no se estudian en forma sistemática, aunque muchas observaciones del autor, agudas y oportunas, contienen orientaciones válidas en estos campos. Inclusive, esto vale la pena recordar, la *Historia* de Pareja en manos del gran público fue un instrumento en la lucha contra el gobierno socialcristiano que asumió varias actitudes indemocráticas.

Esta edición, no solo por el gran esfuerzo editorial que demandó, sino también por su amplia divulgación, vino a ser la consagración definitiva de esa historia como un clásico. Era la reedición de una obra

con larga tradición que, al mismo tiempo que circulaba ampliamente en esos años, estaba siendo reemplazada por un conjunto de estudios inspirados en la renovación historiográfica latinoamericana, que han sido impulsados en nuestro país por una corriente que se denominó “Nueva Historia”, y que produjo la obra colectiva del mismo nombre. Así lo entendió el propio autor, que dio la bienvenida a las nuevas tendencias, sintiéndose además, y con toda justicia, antecesor en algunos aspectos del esfuerzo que entonces se iniciaba y ahora es ya una alternativa asentada del quehacer historiográfico.

## **El método de Pareja**

Sin haber tenido formación sistemática como literato, Pareja fue autodidacta. Y lo fue también como historiador. Conforme fue reformulando y enriqueciendo sus textos históricos, tuvo que ir asimilando sobre la marcha las técnicas del trabajo histórico, el manejo de las fuentes y las evidencias. Sus escritos revelan gran esmero por documentarse y buen sentido para entender el pasado. Logró desarrollar una forma de trabajo en el que confluían la agilidad para la presentación de los hechos con la agudeza para entender los procesos históricos desde una perspectiva crítica y polémica. Para ello usaba su inmensa reserva de lecturas y de experiencias personales, una gran dosis de imaginación y un acervo de fuentes primarias, que estudiaba con detenimiento.

Su obra, sin embargo, aunque tiende a ofrecer cuadros generales de la sociedad, como ya se observó, revela escaso o ningún análisis de la dimensión económico-social. En ciertos acápites ofrece referencias sobre comercio exterior o políticas fiscales, pero la explicación no deja de asentarse en el conflicto personal y de grupo, o en el funcionamiento formal de las instituciones. Esta falencia, empero, está balanceada por la gran riqueza narrativa de sus obras, ya que logra como ningún otro historiador, antiguo o nuevo, presentar un cuadro vivo, animado de la realidad. En Pareja podemos descubrir una continuidad de la tradición de historia política del país, al mismo tiempo que una veta, rara por cierto, para la reconstitución de la historia de la vida cotidiana.

Así como la presentación de los cuadros humanos es un fuerte de la obra de Pareja Diezcanseco, una de sus debilidades, quizá la mayor,

es su renuncia expresa a una opción metodológica definida. Rechazaba expresamente al marxismo como método o instrumento de análisis, sin intentar comprenderlo o polemizar con él. Afirmaba que seguía lo que llamaba ambiguamente el “método histórico”. Ese “método” le permitió formular una narración rica y vigorosa, pero le impidió ver los procesos desde una perspectiva estructural, cediendo a veces a visiones subjetivas, cargadas de prejuicios ideológicos. Tal es el caso, por ejemplo, de su concepción empobrecedora de García Moreno y su papel en la consolidación del Estado nacional. Al fin y al cabo, siendo heredero y continuador de los grandes defensores del laicismo, no solo que no pudo superar, sino que contribuyó a mantener, la polémica liberal-conservadora, que concebía nuestra historia como el enfrentamiento de los grandes tendencias expresadas en las personalidades de García Moreno y Alfaro, como polos de un enfrentamiento entre buenos y malos.

Pareja hizo un gran aporte al conocimiento de la trayectoria del país, pero no pudo superar los límites de la historiografía tradicional de la que fue parte, y se mantuvo en la polémica laico-clerical, y en la interpretación de corte biográfico. Tuvo que venir una nueva generación de historiadores que, precisamente influenciados por el marxismo, superaron la visión maniquea liberal-conservadora, para formular interpretaciones en que se ven los procesos sociales desde sus causas estructurales y actores colectivos.

De todas maneras, es un hecho patente, que las diversas versiones de la *Historia* de Pareja, especialmente la republicana, tuvieron enorme impacto en la cultura nacional, particularmente en la educación. Como se ha dicho, su manual fue usado por numerosas generaciones de alumnos de secundaria, que recordaron más allá de las aulas las imágenes vivas de los actores de nuestro pasado. Ahora, en un nuevo siglo y cuando hay nuevos instrumentos de lectura y de enseñanza, es uno de los grandes clásicos de nuestra literatura especializada y una obra importante para entender el desarrollo de la nación ecuatoriana.

## **Una pasión: la Patria**

En muchas ocasiones, como lo hemos hecho en párrafos anteriores, se ha destacado la importancia que tuvo Pareja como literato y autor

de libros claves de biografía e historia nacional. Pero sus contribuciones al país no son solamente de carácter estético o ensayístico. Pareja escribió sus obras pensando en la Patria, con una clara intención de defensa de la soberanía nacional y la democracia. Por ello, puede considerarse como un forjador de la nación ecuatoriana. Y este es un aspecto que debe destacarse.

Desde sus primeras producciones literarias se descubre en Pareja un intento consciente por hurgar en la identidad ecuatoriana. Aunque sus preocupaciones estéticas son evidentes, escribió también para valorar al mestizo, al montubio, al campesino migrante en las ciudades, al cholo urbano, y a las clases medias azotadas por las crisis. Su obra literaria no es solo de denuncia, sino también de autocrítica y de consolidación de los valores de la Patria. En sus obras biográficas e históricas hay una permanente preocupación por ofrecer una visión de país y por consolidar las conquistas progresistas por los que lucharon muchos ecuatorianos.

En sus trabajos relacionados con el análisis político, el eje fundamental es la defensa y consolidación de la democracia, entendida centralmente como la vigencia amplia de las garantías ciudadanas, y adicionalmente como un ejercicio de redistribución de la riqueza social. Fue así como, al igual que muchos intelectuales de su tiempo, todavía más importante que sus indudables preocupaciones sociales venía a ser *La lucha por la democracia en el Ecuador* consigna fundamental que dio el nombre a una de sus obras. Y, justo es reconocerlo, siempre fue leal a esa tesis y, con el tiempo, lejos de claudicar como varios de los escritores de su tiempo, que terminaron bien asentados en la derecha y hasta cínicamente abjurando de su pasado izquierdista, Pareja fue radicalizando sus posturas democráticas, su crítica de las dictaduras, y sus postulados de reforma social.

Su defensa de la democracia, con énfasis en la vigencia de las garantías políticas y la promoción de las libertades económicas con un sector privado en expansión, venía de la matriz liberal de su pensamiento y también de su vinculación a la banca privada en calidad de directivo, aunque no como importante accionista. Esta postura, sin embargo, fue progresista y en cierto sentido militante. Mantuvo una actitud moderada y combatió con la misma energía lo que, por un lado, consideraba

el extremismo de izquierda, y por otro, al neoliberalismo, cuyo triunfo atestiguó en sus últimos días.

En sus escritos y en su actuación política, muchas veces Pareja exaltó la democracia norteamericana y condenó el estalinismo; tuvo como referentes a algunos ideólogos liberales del capitalismo y consideró al marxismo como ideología extremista. En sus diversas actuaciones políticas combatió a las dictaduras, civiles o militares, y se negó sistemáticamente a colaborar con ellas. Apoyó posturas autodenominadas de “centro izquierda” y censuró a quienes desde de izquierda las enfrentaban con actitud militante y de defensa de la organización popular. Fue un radical promotor de los derechos humanos, de la paz mundial y de la solidaridad entre los pueblos.

Alfredo Pareja Diezcanseco contribuyó a la construcción del Ecuador. Más allá de su calidad estilística, de su gran erudición y buena información, buscaba incidir en la consolidación de una conciencia amplia de defensa del laicismo y los valores nacionales. Escribió historia para rastrear los caminos de la nación ecuatoriana y para defender la democracia constantemente amenazada.

2009.



# *La historia del periodismo,* de Alfredo Albuja Galindo

## **Presentación**

La prensa es un elemento importante de la vida nacional. Allí se han reflejado los hechos, procesos, conflictos de la historia y del presente. Los periódicos han sido testigos y cronistas, pero también actores de la trayectoria de los países. En sus páginas se han relatado las glorias y vergüenzas nacionales, las guerras, la vida política, los éxitos colectivos, los actos sociales y los escándalos. Allí han aparecido importantes documentos públicos y textos literarios, al mismo tiempo que han publicado lo que se podía comprar o vender. Pero, sobre todo, en la prensa se han librado grandes batallas por la democracia, por la libertad de pensamiento y de conciencia. Por ello es importante conocer su trayectoria.

El libro *El periodismo en la dialéctica política ecuatoriana* de Alfredo Albuja Galindo es un valioso instrumento para conocer esa trayectoria. Es un esfuerzo por delinear una historia del periodismo ecuatoriano, visto desde la dimensión política de la prensa. Es un extenso trabajo que ofrece una trayectoria de la prensa escrita y de los periodistas desde fines del siglo XVIII hasta fines del siglo XX. Como su título lo sugiere, el énfasis de la obra es descubrir la dialéctica, es decir el proceso de contradicciones que se ha dado en la vida nacional y se ha reflejado en los medios de prensa que han aparecido en el Ecuador.

Su autor, Alfredo Albuja Galindo fue un destacado educador, escritor y hombre público imbabureño, que con su obra se propuso hacer un aporte al conocimiento de una importante dimensión de nuestro pasado. Albuja fue profesor normalista, egresado de la Universidad Central y militante socialista con una amplia vida profesional y pública. “Toda su dinámica vida la entregó sin medida ni descanso a vitalizar su intenso ideal de promover un mundo mejor, en medio de las relativas proporciones al alcance de lo que significan bien, justicia, libertad. Dueño de una

extensa formación humanista, plasmada en las aulas de establecimientos de prestigio incuestionable, creyó firmemente en la eficacia de la cultura para romper en nuestro limitado ambiente las redes del subdesarrollo, que no permiten liberarse al pueblo ecuatoriano”.<sup>18</sup>

Albuja “fue uno de los últimos exponentes de esa generación de maestros de clara vocación y altísima calidad académica que engrosaron las filas del laicismo ecuatoriano y dieron a la educación nacional su nivel más elevado y sus frutos más ricos. Eran hombres que supieron conjugar la lucha y el compromiso con la calidad de la enseñanza y el pensamiento”.<sup>19</sup> La obra que ahora se publica es una de las más importantes del autor.

La obra aparece en la Colección Pensamiento Socialista con el doble fin de rescatar la obra de una figura intelectual valiosa, y de ofrecer al mismo tiempo a los lectores, un texto de consulta muy importante, que puede aportar abundante información a docentes, estudiantes, comunicadores sociales y lectores en general. Su cobertura y enfoque son muy raros en la literatura especializada del Ecuador. Por ello el libro adquiere especial importancia.

## Trayectoria vital

Alfredo Albuja Galindo nació el 9 de febrero de 1910 en Quiroga, parroquia del cantón Cotacachi.<sup>20</sup> “Eran sus padres don Abelardo Albuja Proaño, teniente político del lugar y doña Eloísa Galindo Proaño, la única profesora de la única escuelita de dicha jurisdicción. De tal manera que sus primeras letras las recibió directamente de su madre por unos

---

18 Editorial del diario *La Verdad* de Ibarra, escrito por Roberto Morales Almeida, publicado el 10 de febrero de 1993.

19 Enrique Ayala Mora, “Discurso de homenaje al Profesor Alfredo Albuja Galindo en su funeral”, Quito, 10 de febrero de 1993.

20 El propio Albuja describe a Quiroga como una parroquia agrícola: “Se cultiva especialmente los cereales. Es la tierra del maíz, de la buena arveja, lenteja y chocho. El cultivo de hortalizas es muy escaso. [...] Quiroga se ha distinguido desde los lejanos tiempos por la industria de tejidos de poncho y macanas de hilo, manufacturados hasta con arte en admirables muestras. También la manufactura de sombreros de paja tiene buen desarrollo.” (Alfredo Albuja Galindo, *Estudio monográfico del Catón Cotacachi*, Quito, Talleres Gráficos Minerva, 1962, p. 222).

tres años consecutivos.<sup>21</sup> En pocos años, sus padres fueron a vivir a la ciudad de Cotacachi y allí culminó su educación primaria.

Sus padres debieron hacer sacrificios para enviarlo a Ibarra para su educación secundaria.<sup>22</sup> En 1924 ingresó en el Seminario San Diego. Cursó allí los primeros años, para luego pasar al Normal Juan Montalvo de Quito, donde realizó su formación como maestro. Durante la década de los treinta el normalismo y el laicismo vivieron una etapa de auge. Se renovaron los estudios pedagógicos, se elevó el nivel de la educación nacional y en un ambiente de movilización social y agitación política, el socialismo pasó a ser el referente político e intelectual de la educación pública. En esos años se definió la vocación intelectual y la militancia política de Albuja. Se formó como maestro y escritor, al mismo tiempo que empezó a militar en el Partido Socialista, en cuyas filas se mantuvo hasta su muerte.

Desde sus años de colegio, Albuja sintió inclinación por la Filosofía, influido por los maestros de ese tiempo, entre ellos Juan David García Bacca. También el grupo de sus compañeros habrá ejercido un influjo importante en su desarrollo intelectual.<sup>23</sup> En 1935 se graduó de profesor normalista. Pasó de inmediato a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, de donde egresó con especialización en Historia y Geografía. Contrajo matrimonio con doña Aída Chávez Granja, con quien tuvo una extensa familia.

Luego de un breve lapso como profesor de la Escuela Experimental Anexa del Normal Juan Montalvo, en 1944 fue designado profesor del Colegio Nacional Teodoro Gómez de la Torre de Ibarra. Ese fue un año crucial, puesto que se produjo la “gloriosa revolución” del 28 de mayo, en que la juventud de izquierda tuvo un papel fundamental. Albuja realizó su labor docente en el Teodoro Gómez con gran empeño

---

21 José Albuja Chávez, *La ibarreñidad profunda*, vol. 2, *Cuatro eximios maestros*, Ibarra, Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura, 2004, p. 143.

22 “De todas maneras la decisión se toma y llega cargado de su maleta y unos pocos libros y textos donados por su tío Fray Alfonso María Galindo, así como de un libro que le obsequiara el padre Enrique Vacas Galindo, con su firma y dedicatoria, a su sobrina doña Eloísa Galindo”. *Ibid.*, p. 144.

23 Entre sus compañeros estaban Gonzalo Rubio Orbe, José Ignacio Narváez, Luis Ubidia, quienes también se destacaron como maestros e intelectuales socialistas.

y aceptación. Enseñó Historia, Filosofía, Sociología, Cívica, Economía y Derecho Político. Publicó por algunos años *El Ideal* y propició certámenes filosóficos. Desempeñó en tres ocasiones el vicerrectorado del establecimiento. En 1965 fue nombrado rector del Colegio Nacional de Señoritas Ibarra, y en 1969 pasó a ejercer las funciones de director provincial de Educación de Imbabura, dignidad que ya había ostentado entre 1955 y 1956. En otro campo de actividad, se desempeñó también como presidente de la Federación Deportiva de Imbabura.

Manteniéndose siempre en una línea coherente con su postura de izquierda, Albuja Galindo estuvo al frente del socialismo de Imbabura por varias décadas. Fue elegido consejero provincial y luego presidente de esa corporación, entre 1951 y 1953. Desde 1967 a 1969 fue concejal de Ibarra. Se lo ha reconocido como uno de los principales ideólogos socialistas del país.<sup>24</sup>

Alfredo Albuja desarrolló una amplia labor cultural en su provincia nativa. Fue uno de los fundadores del Núcleo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, de cuya revista fue un asiduo colaborador.<sup>25</sup> Publicó varios periódicos, entre ellos *El Imbabureño*, en 1950 y 1951, *La Voz del Magisterio*, entre 1962 y 1968. Dirigió también la revista *Perspectivas*. Junto a su labor intelectual desarrolló también una amplia tarea como dirigente del magisterio. Dirigió la Unión Nacional de Educadores, UNE, de Imbabura entre 1972 y 1979, en la época en que los maestros socialistas llevaban adelante luchas gremiales que iban acompañadas de defensa del laicismo y la exigencia de la elevación de la calidad del sistema educativo y la capacitación de los docentes.

Durante los años setenta llevó adelante su más intensa labor editorial, ya que publicó cuatro libros. En la década siguiente, cuando se había trasladado a vivir en Quito, participó de las actividades de la Casa de la Cultura, de la Academia Nacional de Historia y de la Academia de Educación, de las que fue miembro. A inicios de los años noventa,

---

24 Enrique Ayala Mora, *Imbabura en el corazón, Nuestra propuesta socialista*, Ibarra, Consejo Provincial Socialista de Imbabura, 1991, p. 25

25 Entre 1952 y 1992, se publicaron 38 números de la *Revista* del Núcleo Imbabura de la Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura. Albuja publicó 35 artículos, es decir prácticamente uno cada año. Abarcaron temas de Historia, Cívica, Filosofía, crítica literaria y periodismo.

en medio de graves complicaciones de salud, preparó su síntesis de la historia nacional. Murió en Quito, poco antes de poder verla impresa, el 13 de febrero de 1993. En su funeral, tuve el privilegio de reconocer el aporte de su vida y su entrega a la vocación docente:

Es imposible pensar siquiera en la vida y la obra de Alfredo Albuja sin entenderlo como un maestro de cuerpo entero. Esa fue su vocación fundamental, vitalmente mantenida a lo largo de su acción pública y privada. No solo fue profesor brillante, de muchas generaciones, sino formador, suscitador, conductor de propuestas y acciones. Lo que pensó y escribió lo dedicó primordialmente a la enseñanza, y lo hizo con claridad, con pasión, con un imperativo ético permanente.<sup>26</sup>

Esa vocación se mantuvo viva hasta el fin de sus días. En las páginas finales de su obra póstuma decía: “Este panorama general de la tremenda crisis educativa que nos agobia a todos los ecuatorianos, nos obliga a pensar en lo mucho que tenemos que realizar, orientar y organizar en nuestra educación”.<sup>27</sup> Y, a casi dos décadas de que Albuja escribiera esas frases, la tarea de rescate de la educación aún sigue pendiente.

## Su obra

La producción bibliográfica de Alfredo Albuja es grande. Publicó ocho libros, varios folletos, más de treinta estudios académicos y una gran cantidad de artículos periodísticos, que aparecieron en revistas, varias dirigidas por él mismo, y en diversos periódicos. En 1962 publicó su *Estudio monográfico del Cantón Cotacachi* obra premiada en el concurso promovido por el Concejo Municipal de Cotacachi por el centenario de cantonización. La obra, un homenaje del autor a su tierra, comprende desde los aspectos geográficos e históricos, hasta la realidad presente de entonces, tanto de la ciudad capital cantonal, como de sus parroquias. El estudio es extenso y contiene mucha información documental y bibliográfica, con un esfuerzo interpretativo. Albuja manifiesta: “Hemos

---

26 E. Ayala Mora, “Discurso de homenaje al Profesor Alfredo Albuja Galindo en su funeral”.

27 Alfredo Albuja Galindo, *La otra cara de la historia ecuatoriana*, Quito, Sin pie de imprenta, 1993, p. 477.

querido dar a conocer lo sustancial y permanente por encima de lo accidental y pasajero”.<sup>28</sup>

Ese mismo año 1962 apareció su obra *El Colegio Nacional Teodoro Gómez de la Torre: trayectoria de cultura y libertad*.<sup>29</sup> Fue un tributo del docente del establecimiento a una de las instituciones fundamentales de la provincia. Ofrece una visión de su historia, sus realizaciones y destacados exalumnos. En 1973, Alfredo Albuja ganó un concurso nacional promovido por el Ministerio de Educación, con su libro *Juan Montalvo, un grito de Hispanoamérica*.<sup>30</sup> La obra ofrece muchas pistas importantes para entender la vida y la obra del “Cosmopolita”.

En 1970, con el auspicio de la municipalidad de Ibarra, apareció la obra *Imbabura en páginas de historia y letras*. Albuja la escribió “con el anhelo de colaborar con algo efectivo de Ibarra y de la Provincia, a fin de contribuir a forjar el futuro que deben ambicionar las presentes generaciones estudiantiles”.<sup>31</sup> Contiene un conjunto de estudios referidos a la historia de Imbabura y a varias dimensiones de su producción literaria. Su preocupación fundamental al presentar el libro era enfrentar la crisis de valores que detectaba en el sistema educativo:

Se ha comercializado tanto la enseñanza a tal punto que hoy se encuentra huérfana de sentido educativo, de valores morales permanentes. Apenas se instruye con urgencia y a destajo, sin acercarse al corazón del alumno para descubrir sus potencias creadoras, sus aptitudes, ideales y hasta sus derechos, con una distancia enorme entre profesor y alumno a guisa de dejarle en libertad. Así, no se encamina al estudiante hacia el conocimiento e investigación de lo nuestro, de los valores humanos. No se estimula el amor al libro, la consulta de nuestro pasado. De aquí que los estudiantes asesinan al pasado que desconocen. No conocen, por ejemplo, nuestra historia y nuestros valores humanos de Imbabura. Es que partimos de las mismas equivocaciones del pasado: queremos redu-

---

28 A. Albuja Galindo, *Estudio monográfico del Cantón Cotacachi*, p. 10.

29 Alfredo Albuja Galindo, *El Colegio Nacional Teodoro Gómez de la Torre: trayectoria de cultura y libertad*, Ibarra, 1962.

30 A. Albuja Galindo, *Juan Montalvo, un grito de Hispanoamérica*. Ya se ha hecho referencia a esta obra.

31 Alfredo Albuja Galindo, *Imbabura en páginas de historia y letras*, Ibarra, Imprenta Municipal, 1970, p. 4.

cir la niñez del niño y del joven con cantidad de hombre maduro y de viejo, sin pensar que la madurez y la cultura son creación no del adulto y del sabio, sino que nacieron del niño.<sup>32</sup>

Albuja amplió el contenido de esta obra y desarrolló otros temas. Con ello armó un nuevo libro *Imbabura en la cultura nacional*, que apareció en 1979. El objetivo de la obra era presentar “los valores cimeros culturales de la Provincia, tomando como centro a Ibarra, que es la capital provincial de Imbabura. La ciudad de Ibarra es el foco de donde ha irradiado la cultura a todos los ámbitos provinciales y la que ha recibido más directamente la influencia de la Capital de la Nación”.<sup>33</sup> El autor se propuso presentar dentro de una secuencia histórica, la participación de la comarca imbabureña en el desenvolvimiento cultural del Ecuador. La trama expositiva es clara y coherente. La recopilación de información es fruto de gran esfuerzo y gran capacidad de seleccionar e interpretar los datos, en un esfuerzo por entender a la provincia, que Albuja define en su diversidad de esta manera:

Imbabura, es un organismo social, político y cultural, con el mismo escenario geográfico, con la misma belleza natural, con su límpido cielo, con sus mismas lagunas y volcanes, que han sugerido el canto de sus poetas y pintores. Es el mismo paisaje, descritos admirablemente, desde Aloburo y Otavalo por Gonzalo Zaldumbide, o por Carlos Suárez Veintimilla ante la contemplación de las lagunas y del paisaje. Es el mismo donde se imprime el trabajo creador. El mismo indio de las alturas y de los páramos inclemente, así como el mismo negro de los valles calientes. El mismo trabajador del campo, que a veces trabaja en beneficio de otro, planteando así un problema y un compromiso de solucionarlo en justicia. En los libros de los novelistas, de los poetas, historiadores, ensayistas imbabureños, se puede observar cómo vive el pueblo ecuatoriano en la realidad de la provincia, pero también, sus capacidades creadoras.<sup>34</sup>

---

32 *Ibid.*, p. 3.

33 Alfredo Albuja Galindo, *Imbabura en la cultura nacional*, Ibarra, Imprenta Municipal, 1979, p. 3.

34 *Ibid.*, pp. 3-4.

En las páginas del libro se descubre un enorme conocimiento de Imbabura y de su gente, la rica formación humanística del autor, y su cariño enorme por su tierra y por su pueblo. Pero debe anotarse que se descubren en el libro algunos vacíos de investigación. Ciertas etapas históricas o instituciones están menos tratadas que otras en que se nota gran riqueza de material. Por otra parte, debe observarse que toda la valiosísima información manejada carece de notas bibliográficas. Esto es grave para quien quiere referirse a las fuentes.<sup>35</sup> De todas maneras, el libro sigue siendo hasta el presente un texto fundamental para la comprensión de la provincia y su gente.

El mismo año 1979, Albuja publicó *El periodismo en la dialéctica política ecuatoriana*, la obra que ahora se reedita y que se estudia en el acápite siguiente. Luego de más de una década, a inicios de los noventa, el autor dio los toques finales a su obra de mayor aliento, a la que bautizó como *La otra cara de la historia ecuatoriana*. Llegó a ver las pruebas de edición, pero murió sin tener en sus manos el libro impreso. Su familia realizó la labor de impresión en 1993, pocos meses después de su deceso.

La obra tiene 488 páginas. El autor la consideraba no un texto de aprendizaje, sino más bien un libro de consulta. Lo pensó como una visión alternativa a las visiones históricas dominantes hasta las últimas décadas del siglo XX, que se habían escrito desde la perspectiva de la dominación, en tanto que Albuja enfatiza fundamentalmente la perspectiva que ve el pasado como un largo proceso de lucha por la liberación:

Lo que hasta aquí se ha escrito de nuestra historia es, a lo más obra de España en América y no de nuestra auténtica historia, porque nuestra historia, antes que en el dominio conquistador, se encuentra en nuestro propio poder de liberación. Nuestra historia, es de liberación, que se contrapone a ese devotismo insubstancial de llamarle a España, nuestra madre patria, negando así a nuestro sagrado derecho de la maternidad de América y de nuestra propia identidad quiteña. Es por ello, que presentamos *La otra cara de la Historia Ecuatoriana* como una alternativa, para tratar de llegar a la verdad de nuestra historia.<sup>36</sup>

---

35 Esta es una limitación que debe advertirse en toda la obra de Albuja Galindo. Las citas sin referencia impiden la localización de las fuentes por parte de los lectores.

36 A. Albuja Galindo, *La otra cara de la historia ecuatoriana*, p. 1.

El libro, inicia con un capítulo denominado “Las raíces de nuestra Historia Nacional”, que está seguido de otros dos en que el autor esboza una visión general de la historia ecuatoriana.<sup>37</sup> Allí afirma: “la Historia en función de futuro, que es significado y perspectiva, explica mejor el presente y las raíces mismas del pasado.” Desde este punto de vista, la historia no es “sólo el ser que ha llegado a constituirse, sino el devenir, el movimiento constante capaz de formar un verdadero proceso social. Y es en este movimiento, en este hacerse de los pueblos y sociedades, donde el hombre se sumerge en el afán de descubrir las fuerzas que la impulsan y las leyes que la rigen”.<sup>38</sup>

Buscando esas leyes establece: “En síntesis, dice, dominio y liberación son las fuerzas profundas que rigen como leyes inmutables, el desarrollo natural de las sociedades humanas. Y aún más, que las sociedades trazan una definida trayectoria: del dominio y la conquista a la liberación. De la heterogeneidad a la unidad e integración. Del instinto de destrucción y muerte, al instinto de vida y creación”.<sup>39</sup>

Aplicando esta visión a nuestra realidad, plantea: “Con esta concepción no ha sido todavía escrita nuestra historia nacional”. Y añade: “Le han hecho servir a los intereses de las clases dominantes, la han desvalorizado a nuestra historia, la han empequeñecido, recluyéndola a una servil alabanza a conquistadores y dominadores, siguiendo los prejuicios acerca del indio y del negro. Han subestimado aún sus grandes leyendas que explican toda su grandeza”. Y sigue cuestionando la historia oficial:

Nuestra historia para muchos historiadores oficiales principia con la conquista española, ya sí seguimos dividiéndola en etapas congeladas y yertas; de los conceptos de trabajo sólo para el indio, salió la molicie del blanco con todos sus defectos. El indio trabajó hasta el cansancio y la muerte, pero también se rebeló con todas sus fuerzas ancestrales, también luchó con heroísmo ejemplar.<sup>40</sup>

---

37 Es el texto de su discurso de incorporación a la Academia Nacional de Historia (Quito, 26 de octubre de 1983), que creyó conveniente insertar como una perspectiva general, que luego desarrolla en el libro.

38 A. Albuja Galindo, *La otra cara de la historia ecuatoriana*, p. 3.

39 *Ibid.*, p. 5.

40 *Ibid.*, pp. 19-20.

El contenido del libro cubre toda la trayectoria histórica del país, desde la Época Aborígen hasta los años setenta. A lo largo de la obra, el autor inserta muchos textos completos de sus anteriores publicaciones. Al fin, como un colofón, se detiene en la consideración de la crisis política y sobre todo educativa de los años ochenta del siglo XX. Sin poder analizar aquí todo el contenido del libro, es importante destacar que, asumiendo un visión progresista de la historia, Albuja establece que en ella hay un proceso dialéctico con un sentido ascendente, donde están presentes fundamentalmente actores colectivos.

### **El periodismo en la dialéctica política ecuatoriana**

En el mejor momento de su producción intelectual, Alfredo Albuja Galindo, publicó *El periodismo en la dialéctica política ecuatoriana*, un libro de cuatrocientas páginas dedicado a un tema que, si bien es una constante de toda nuestra historia, no había sido enfrentado antes desde esa perspectiva.<sup>41</sup> Se trata de una historia del periodismo nacional escrita desde la visión del papel político. El autor dice que no es un historia acabada, sino “apenas una trayectoria del quehacer periodístico en el torrente de nuestra política, agitada, convulsa y hasta turbulenta”.<sup>42</sup> En esa trayectoria, los protagonistas son los periódicos y los periodistas, reconociendo que ambos son parte de un proceso de desarrollo de la sociedad que se da a base de una dialéctica de contradicciones y enfrentamientos, al cabo de los cuales avanzan dificultosamente la libertad y la democracia.

Pero Albuja cree que esa trayectoria tiene una finalidad superior. “La misma política como praxis y el periodismo, dice, no tienen valor en sí mismo, sino en cuanto se convierten en medio o instrumento de servicio social y de ordenamiento jurídico.”<sup>43</sup> Hay, por tanto, una visión que podríamos llamar humanística:

Si concebimos que todos los hombres deben ser considerados como fin en sí no como instrumento, no deberíamos consentir que unos hom-

---

41 Alfredo Albuja Galindo, *El periodismo en la dialéctica política ecuatoriana*, Quito, Talleres Gráficos Minerva, 1979.

42 *Ibid.*, p. 9.

43 *Ibid.*

bres y unas clases sociales, sean objeto de explotación y de servidumbre de otros hombres y clases. Pero, la realidad implacable por desgracia es así; una clase minoritaria dominadora y explotadora, frente a una masa inmensa, silenciosa, dominada y explotada. Una clase dominante, oligárquica, sonora y con todos los medios de cultura a su servicio incluso la prensa, frente a una mayoría sombría, silenciosa y analfabeta. Una clase rica, poderosa, poseedora de todos los bienes, frente a una mayoría miserable, marginada y a ras del suelo.<sup>44</sup>

La visión humanística de Albuja, como la de los pensadores socialistas del siglo XX, está marcada por una concepción de la sociedad de clases, que es la base del análisis histórico, tal como fue prefigurado por Leopoldo Benites Vinueza en los años cuarenta.<sup>45</sup> La historia no es lineal, está marcada por las contradicciones sociales. Albuja subraya: “Las clases sociales son además, una realidad histórica viva, palpitante que nadie puede negar. Negarla sería una hipocresía que ningún humanista puede aceptar. Y aquí está la dialéctica, el antagonismo social, la lucha por las desigualdades económico sociales”.<sup>46</sup> Esta visión es una de las ideas fuerza de toda la obra histórica de Albuja Galindo, que articula la visión de clase con la perspectiva étnica.<sup>47</sup>

---

44 *Ibid.*, pp. 9-10.

45 Leopoldo Benites Vinueza, *Ecuador, drama y paradoja*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Quito, Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1986.

46 A. Albuja Galindo, *El periodismo en la dialéctica política ecuatoriana*, p. 10.

47 Al referirse a la Colonia escribe: “Obedeciendo a las leyes sociológicas, se forma en tierras ecuatorianas una gama de clases sociales y castas, diferenciadas por la sangre, por caracteres psicológicos, y más aún, por económicos: una clase aristocrática acaparadora de las tierras, clase ociosa, dueña de las riquezas sin trabajo; una clase media, mestiza, inconforme de donde saldría el artesano, el industrial, el maestro, el abogado, el médico y propiamente, lo más vital del pueblo. Una inmensa clase indígena como masa trabajadora de los campos, única productora, pero por paradoja, despojada de las tierras donde trabaja, clase que fuera sometida a la fuerza al trabajo. Por último, la clase negra, la esclava por excelencia, reconocida legalmente. En todos estos grupos sociales fundamentales, hubo subdivisiones notables, jerarquías y distingos no estables y definitivos”. A. Albuja Galindo, *Imbabura en páginas de historia y letras*, pp. 138-139.

Con estas bases, el autor escribió esta obra, que su original prologuista, Humberto García Ortiz, consideró “un curso completo de la Historia del Periodismo en el Ecuador”, justamente basándose en la idea de que “la historia del periodismo en nuestro país es casi una historia de la política nacional, e inclusive puede decirse, de la Historia en general”. En realidad, esta obra no solo podría verse como una historia especializada, sino una historia general vista desde la perspectiva de la prensa y los periodistas, como García Ortiz la consideraba:

Su libro es un curso completo de Historia del Periodismo en el Ecuador; su enjuiciamiento y su análisis son certeros y justos; sus conceptos respaldados por la doctrina científica, son exactos; y sus conclusiones son valederas para este tiempo precisamente, en el que el periódico ha llegado a ser un factor o elemento socio-cultural de primer orden. Vivimos en la hora de auge del periodismo y aunque la radio y la Televisión tratan de sustituirlo, no sin éxito, al menos por lo que a información se refiere, quedará siempre como tarea encomendada exclusiva o privativamente a la Prensa la de defender la verdad é ilustrar la mente del hombre común, del hombre de la calle, de aquel que, por sus ocupaciones o por cualquier otro motivo, no ha tenido ni tiene tiempo de llegar al libro.<sup>48</sup>

La obra es, como se ha dicho, una historia de la prensa y en especial de su papel político. No se refiere a otros medios de comunicación, sino muy marginalmente. Pero es una visión nacional y global. En este sentido, es muy singular, ya que en el Ecuador las historias de la prensa se han circunscrito a ciudades, provincias y regiones. En la mayoría de los casos han sido una relación de los periódicos publicados en la localidad, comentados por orden de su aparición. Desde luego que estos trabajos son valiosos, pero no siempre permiten entender el contexto social y político en que la prensa ha surgido y actuado. La obra de Albuja, en cambio, se basa justamente en esa relación entre prensa y política.

El libro inicia con un análisis de las fuentes del periodismo en el Ecuador y América Latina, para luego realizar un análisis desde finales de la Colonia. Pone énfasis en caracterizar los diversos momentos histó-

---

48 Carta de presentación del libro del Dr. Humberto García Ortiz de Alfredo Albuja Galindo, *El periodismo en la dialéctica política ecuatoriana*, pp. 6-8.

ricos y conflictos políticos, pero se centra en la producción de las grandes figuras del periodismo como Eugenio Espejo, Pedro Moncayo. Juan Montalvo, Manuel J. Calle y otros, relacionándolas con el medio general en que les tocó actuar. También se refiere a los periódicos y revistas más relevantes en particular.

La idea central del libro es destacar que la prensa funciona en un medio social y político que influye en ella, al mismo tiempo que la prensa también incide sobre la realidad. La mayoría de los periódicos del pasado, lo constata Albuja, se establecieron como instrumentos de la lucha política. Luego surgió la prensa comercial. Pero todos deben cumplir un papel social, aunque esto no siempre se da. Ese papel es posible solo si hay libertad de pensamiento, pero también si los medios periodísticos y los periodistas cumplen con una misión superior. Por ello, la obra cierra con una propuesta que destaca: “la misión de la prensa y el periodismo tiene que ser educadora y civilizante, y los periódicos especialmente, fruto de un apostolado de verdad, de libertad y de justicia”<sup>49</sup>

La obra, que por desgracia ha tenido muy poca divulgación desde que apareció en 1979, fue producto de una lectura muy amplia de nuestra prensa y de la literatura referida a ella. El autor cita una gran cantidad de periódicos y sobre todo libros originales. Desgraciadamente, como ya se ha observado, no hace las correspondientes citas bibliográficas, aunque a veces se refiere al nombre de la obra o al autor. Esta debe ser considerada la limitación mayor de este libro. También son limitaciones, no imputables al autor desde luego, el que la edición original tuviera numerosas erratas y muchas fallas editoriales, que han sido corregidas muy cuidadosamente, hasta donde ha sido posible, por esta edición.

De la lectura del libro se desprende que hay mucho que trabajar sobre los temas a que se refiere. Pero, de todas maneras, si se toma en cuenta que se trata de un esfuerzo por cubrir al menos dos siglos y de dar una visión nacional, su lectura es muy importante. Por ello es muy destacable el esfuerzo de Ediciones La Tierra para publicar este libro de Alfredo Albuja Galindo, como parte de una serie dedicada al pensamiento socialista. La obra debe ser leída como una importante parte de ese pensamiento. Al mismo tiempo, debe ser también considerada

---

49 A. Albuja Galindo, *El periodismo en la dialéctica política ecuatoriana*, p. 392.

como material de consulta para académicos, estudiantes y periodistas. A inicios del siglo XXI, el libro va a vivir una nueva vida con esta edición.

Ibarra, 13 de abril de 2012.

# *Jornaleros, grandes propietarios y exportadores, 1790-1925:* el gran aporte de Manuel Chiriboga

## Una nueva edición

La segunda edición de esta obra aparece a más de treinta años de su aparición original en 1980.<sup>50</sup> Un tiempo largo, en cualquier caso, pero todavía más extenso si se toma en cuenta la importancia del libro y el hecho de que luego de haberse agotado muy rápidamente, era reclamada en forma insistente, sin ser conseguida ni por oro ni por plata. Muchos han sabido de su existencia, pero no han logrado verla. Algunos han podido leerla porque consiguieron una fotocopia de la fotocopia que algún comedido acertó a prestarles, bajo amenaza de terribles represalias si no era devuelta. De todas maneras, debemos considerar que, en todo este tiempo transcurrido, el trabajo ha sido considerado no solo como un texto de lectura obligada sobre el tema que trata, sino un clásico de la literatura socioeconómica del Ecuador. Clásico, en varios sentidos, inclusive en la dificultad de acceder a él, como sucede con no pocas obras consagradas de la literatura social ecuatoriana.

En realidad, a poco tiempo de su primera edición, el libro de Manuel Chiriboga era ya visto por muchos de los que ya entonces trabajábamos en las Ciencias Sociales como “un aporte definitivo a la historia especializada de nuestro país. Esto, no solamente por la importancia del asunto que trata, sino también y sobre todo por la calidad de trabajo científico que desarrolla”. Esto lo escribí en una reseña de hace tres dé-

---

50 Manuel Chiriboga, *Jornaleros, grandes propietarios y exportadores, 1790-1925*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Corporación Editora Nacional, 2013.

cadás.<sup>51</sup> Y puedo repetirlo ahora, cuando tengo el privilegio de hacer su presentación, con igual certeza.

Manuel Chiriboga ofrece en su obra una visión amplia y sistemática de la presencia del cacao en nuestra historia, con las hondas implicaciones en la economía ecuatoriana de sus auges, crisis y depresiones; con el impacto causado por la inserción del país en la economía capitalista internacional como principal productor de la “pepa de oro”. Pero aunque el trabajo reúne las mejores condiciones desde el punto de vista del análisis económico, es por opción expresa un estudio de los actores sociales de ese proceso largo y complejo. Es decir que, más allá del análisis de las unidades productivas y del funcionamiento del conjunto de la economía, está la definición de los protagonistas colectivos de la historia; los trabajadores y los “grandes cacaoteros”.

Antes de la publicación del trabajo de Chiriboga, en el Ecuador conocíamos muy poco sobre el llamado “auge cacaotero”. Sobre ello se había investigado tan solo lateralmente. La obra de Andrés Guerrero *Los oligarcas del cacao* y la traducción del libro de Lois Crawford de Roberts aparecieron el mismo año 1980.<sup>52</sup> La investigación de Gonzalo Ortiz Crespo se publicó unos años más tarde.<sup>53</sup> De modo que el libro de Chiriboga es un pionero, junto con los autores mencionados. La obra viene a ser parte de una producción generacional muy importante en el desenvolvimiento de la Historia y las Ciencias Sociales en el Ecuador, que se dio con gran fuerza y originalidad entre los decenios de 1970 y 1980.

- 
- 51 La reseña fue escrita en 1981, junto con las de otros dos libros sobre la historia de la producción cacaotera en el Ecuador, que solo fueron publicadas, años después, en una recopilación de algunos estudios especializados (Enrique Ayala Mora, *Estudios sobre historia ecuatoriana*, Quito, TEHIS / IADAP, 1991, p. 105). Esta presentación recoge casi la totalidad de ese texto.
- 52 Andrés Guerrero, *Los oligarcas del cacao*, Quito, El Conejo, 1980. Lois Crawford de Roberts, *Ecuador en la época cacaotera: respuestas locales al auge y colapso en el ciclo monoexportador*, Quito, Ed. Universitaria, 1980. Título original: *Ecuador and Cacao: Domestic Responses to the Boom-Collapse Mono Export Cycle*, 1970.
- 53 Gonzalo Ortiz Crespo, *La incorporación del Ecuador al mercado mundial*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1988, 2a. ed.

## Contenido de la obra

El autor divide la obra en seis partes. La primera se inicia con una rápida visión de la economía del país hasta el primer *boom* cacaotero que se ubica entre 1770 y 1842. Luego hace un análisis de las economías regionales de la Costa y Sierra en el siglo XIX. Llama aquí la atención la enorme cantidad de información nueva que el autor ofrece, así como su novedoso relieve del papel de las pequeñas y medianas propiedades (sus auges y crisis) dentro de sistemas económicos en que el latifundio era de una manera u otra, el rasgo dominante. Esta primera parte concluye con una revisión del marco jurídico con que funcionaban las estructuras latifundistas en el Ecuador decimonónico.

La segunda parte del libro está dedicada al análisis de las transformaciones políticas provocadas por el robustecimiento de la burguesía porteña y la elevación del nivel de lucha de los campesinos montoneros de la Costa; es decir, al marco político del proceso, que va desde los antecedentes a la consumación de la Revolución Liberal.

La tercera parte contiene un extenso estudio del proceso de concentración de la tierra en los espacios de producción cacaotera y del crecimiento de la clase terrateniente en la Costa. Chiriboga no solo analiza la Costa, zona por zona, sino que incluso logra establecer las proporciones del monopolio de la tierra mediante un cuidadoso listado de complejos familiares de grandes propietarios, con el origen, distribución geográfica y destino posterior de sus posesiones. Allí están los Aspiazu, Seminario, Puga, Burgos Cerro, Morla, Madinyá y otros tantos. El esfuerzo de recolección de informaciones, de sistematización y de ulterior interpretación que se observa en esta parte del libro es realmente significativo.

La cuarta parte contiene una visión pormenorizada del proceso productivo del cacao. A partir de un análisis del crecimiento de la población en la Costa, más particularmente en las zonas de producción cacaotera, el autor estudia paso a paso la producción de las plantaciones cacaoteras, reproducción de la fuerza de trabajo. Chiriboga establece que en las relaciones productivas prevalecientes mediaba un “salario”. No se trata, desde luego, de la figura del salario con formaciones sociales claramente capitalistas, sino de una realidad de transición con un “mercado de trabajo poco formado en la que la gran masa de población se estaba

proletarizando”. Por otra parte, el autor analiza la inserción del trabajador en el mercado, su relación con tiendas y comerciantes y su nivel de consumo de bienes (alimentos y manufacturas). Hay un buen estudio de la relación salarios-precios entre finales del siglo XIX e inicios del XX.

El autor participa del criterio generalmente aceptado de que la casi totalidad de la producción cacaotera ecuatoriana estaba en manos de capitalistas nacionales, incluidos entre estos últimos, los extranjeros radicados aquí. Chiriboga va más allá cuando estudia la relación de los grandes propietarios y el capital extranjero. De este modo, puede establecerse con precisión la real influencia de los intereses capitalistas europeos y norteamericanos sobre la economía nacional, que es ciertamente mayor que el volumen porcentual de control sobre producción y exportaciones.

El libro contiene un exhaustivo cálculo de los volúmenes de ganancia, renta y acumulación de las haciendas cacaoteras. De este análisis se desprende, entre otras cosas, la clara diferenciación en la clase terrateniente: “Una fracción hegemónica que percibe la mayor parte de las sobre-ganancias y rentas extraordinarias, y una mayor, que no poseyendo la proporción de las anteriores, tiene un comportamiento más tradicional, que percibe una utilidad media, pero no percibe ganancias extraordinarias”. Hay pues que distinguir entre los verdaderos “grandes cacaos” y la mayoría de los productores de la fruta, terratenientes medios, que no pueden ser asimilados sin más ni más a la oligarquía porteña.

La cuarta parte del libro finaliza con varios acápites destinados al estudio de los tipos fundamentales de relación productiva que se dan en la plantación cacaotera: jornaleros y plantadores o “redentores” de cultivos. Sobre la primera, Chiriboga subraya “su naturaleza no típicamente rentista, sino como una solución que asegura la extracción de un máximo de plustrabajo”. Sobre la segunda relación, el autor insiste en su naturaleza salarial moderna, aunque no desconoce la pervivencia en ella de poderosos rasgos serviles y precapitalistas.

La quinta parte está dedicada al estudio de la esfera de circulación de las rentas. El primer punto que trata es la evolución y estructura del comercio de exportación, sus mecanismos de funcionamiento, caracterización de las principales firmas y la relación establecida con el mercado mundial. En segundo lugar, el autor estudia el funcionamiento del comercio importador, dentro del marco de un análisis más amplio de las

condiciones de consumo y mercado internos. En los acápite siguientes, Chiriboga analiza la inversión canalizada hacia las empresas de servicios y a la producción industrial y manufacturera de entonces. En todos los capítulos de esta quinta parte se nota también un trabajo notable de investigación sobre fuentes originales.

Más adelante, estudia la constitución y el funcionamiento del sistema bancario en la etapa cacaotera. Retomando un análisis ya iniciado en páginas anteriores sobre el origen del capital y la composición accionarial del Banco del Ecuador, el autor se ocupa ahora del Banco Comercial y Agrícola, para el que repite el mismo esquema. En ambos casos y en otras instituciones de crédito, la información original es abundantísima. Por fin, el autor retoma la visión de conjunto de los grupos dominantes porteños, al dedicar unas páginas al estudio de sus organizaciones gremiales y de presión.

La sexta parte de la obra versa sobre la crisis cacaotera. Chiriboga analiza el fenómeno desde el inicio de la década de 1910 hasta cuando el auge desemboca definitivamente en la debacle económica de los años de 1920. La guerra mundial, las enfermedades del cacao, la contracción del mercado externo y la caída de los precios se ven como factores interrelacionados de la crisis; de este modo, deja de lado interpretaciones simplistas y de causalidad mecánica. Al autor le preocupa, como se ha subrayado ya, no solo el funcionamiento de lo estrictamente económico, sino la reestructuración del sistema de clases, el papel de los organismos de representación gremial y las transformaciones en el ámbito del Estado.

## **Alcances y límites**

La breve exposición realizada, si no consigue reflejar la obra, al menos permitirá ver su magnitud y proporciones. Que se trata del esfuerzo más serio realizado hasta la fecha de su publicación en su tema, es indudable. Y esto sigue siendo verdad treinta años después. Su estudio detenido de la estructura interna de la hacienda cacaotera y el análisis de la imbricación dada entre los grupos dominantes costeños podrían considerarse sus logros más visibles. La abundancia de información, ya destacada, es uno de sus fuertes. La cantidad de temas que deja abiertos

para ulterior investigación y rescate es también significativa. La originalidad de no pocas de sus interpretaciones y propuestas sigue llamándonos la atención.

De otro lado, se puede decir también que su más notoria limitación está en aquello que, según se ha insistido, es uno de los puntos más fuertes. Es tal la cantidad de información acumulada, que en ciertos momentos se procesa de manera deficiente o simplemente es subutilizada. Se notan en el libro presiones de tiempo para su terminación que hacen que ciertos acápites queden sin organización suficiente. En general, en el esquema de la obra se descubre una visible falta de tiempo para la organización y discusión, que hubieran obviado algunas reiteraciones y faltas de orden. Aclaremos que varias de estas limitaciones solo pueden ser imputables a la primera edición; ya han sido ajustadas y corregidas por el autor para esta segunda edición.

En lo de fondo, podría decirse que el trabajo de Chiriboga revela dos debilidades. En primer lugar, la naturaleza del conjunto de relaciones productivas no queda del todo clara. ¿Cuáles son las proporciones del proceso de proletarización? ¿El carácter “transicional” hace ya capitalistas a esas relaciones? ¿Cuáles son las diferencias de evolución a nivel regional? En segundo lugar, quedan algunas perplejidades en la diferenciación entre los sectores dominantes. Dicho brusca y generalizadamente: ¿quiénes están dentro de la “burguesía costeña”?

Cuando Manuel Chiriboga publicó su libro, esta última pregunta estaba aún por contestarse. Agustín Cueva había caracterizado a una “burguesía agroexportadora” de la Costa, enfrentada al latifundismo tradicional de la Sierra. En ella incluyó a los terratenientes, banqueros y comerciantes como una unidad.<sup>54</sup> Esa era la interpretación aceptada y solo trabajos ulteriores permitieron conocer que no era exacta.

En efecto, a lo largo del siglo XIX, especialmente en sus últimas décadas, se desarrolló en la Costa la producción destinada al mercado externo que generó una acumulación, que, a su vez, puso las bases del surgimiento y ulterior consolidación del capitalismo como modo dominante de producción. Pero el tránsito a la moderna sociedad capitalista se caracterizó por el predominio de formas intermedias precapitalistas

---

54 Agustín Cueva, *El proceso de dominación política en el Ecuador*, Quito, Ed. AC, 1981.

en la Costa, y por la supervivencia de las relaciones serviles en la Sierra. Con el auge cacaotero se consolidó en la Costa una clase terrateniente que, si bien estaba volcada a una producción mercantil especializada, no debe ser caracterizada como “burguesía”. En cambio, a partir de este grupo social, se formó y definió una burguesía urbana que a finales de siglo estaba constituida.<sup>55</sup> Dicho de otra manera, no formaban la burguesía todos los sectores dominantes costeños, ni todos los terratenientes, sino solo un grupo, en su mayoría de origen latifundista, pero que constituía un sector diferenciado de banqueros y comerciantes que era otro actor social y económico, aunque continuó vinculada por su origen y estructura al latifundismo.

## Conclusión

Estos párrafos son una presentación. No pretenden, por tanto, ser un estudio sistemático, que esta obra merece y debe ser emprendido pronto. Por ello no voy a decir nada más sobre sus aportes, logros y límites. Pero sí quisiera reiterar aquí una apreciación que hice en la reseña de hace años. Dije entonces que el libro batía de golpe dos récords. El primero era que resultó ser el libro peor editado en años. La culpa no era del autor ni del CIESE y el Consejo Provincial que auspiciaron la publicación, sino de los impresores que hicieron un trabajo tan malo que la obra apareció con una larga “fe de erratas” que, sin embargo, no las registraba todas. El otro récord es que, después de la *Geografía* de Teodoro Wolf, este es el trabajo de Ciencias Sociales que mayor cantidad de información y documentación de primera mano aporta.<sup>56</sup> Concluí diciendo: “Lo primero puede –y debe– ser corregido en una segunda edición. Lo segundo coloca al libro entre los clásicos especializados. Y esto ya no es rectificable”.

Felizmente, esta edición, realizada con enorme trabajo y gran cuidado, ha logrado enmendar los problemas editoriales de la primera.<sup>57</sup> En cuanto al segundo récord, se mantiene, aunque quizá debería

---

55 Cfr. Andrés Guerrero, *Los oligarcas del cacao*, Quito, El Conejo, 1980.

56 Teodoro Wolf, *Geografía y geología del Ecuador*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1975.

57 Manuel, personalmente, realizó una revisión detenida del texto y los materiales. El taller de la Corporación Editora Nacional, especialmente Jorge Ortega, llevó ade-

compartirlo con otro libro: *Ecuador, del espacio al Estado nacional* de Jean-Paul Deler.<sup>58</sup>

Manuel Chiriboga es reconocido como uno de los más destacados académicos del país, con gran prestigio internacional y una larga hoja de servicios como intelectual comprometido con las organizaciones campesinas. También ha hecho sustanciales contribuciones al país como funcionario público y experto, aunque esas tareas no han estado exentas de malos ratos, que permitieron, a la larga, apreciar mejor la calidad de sus aportes. No se trata aquí de revisar su currículum, pero quisiera destacar dos de sus contribuciones institucionales. En los inicios de la Corporación Editora Nacional, Manuel contribuyó decisivamente a la publicación de su Biblioteca de Historia, encargándose del estudio reivindicativo de Roberto Andrade.<sup>59</sup> Fue un pilar en la preparación de la *Nueva Historia del Ecuador*, en cuyo Comité Editorial participó activamente. Por su parte, la Universidad Andina Simón Bolívar lo ha contado por años como docente y promotor de sus estudios agrarios. Tenemos, por ello, un motivo especial para haber realizado esta edición, que no podía ser publicada sino en la Biblioteca de Ciencias Sociales, que agrupa hasta aquí 76 estudios que dan cuenta de tres décadas y media de pensamiento crítico.

Todos estos años, Manuel no ha cesado de trabajar y producir intelectualmente, aun venciendo el peso cotidiano de la enfermedad. Por todo ello, esta no es solo una publicación de su libro, sino la ocasión para un homenaje que los promotores de la edición le hacemos al colega y amigo que ya ha sido objeto de varios merecidos reconocimientos en el Ecuador y fuera de él.

Como empecé diciendo, ha pasado mucho tiempo desde la primera edición de este libro. Ahora su autor y sus compañeros de generación hemos duplicado la edad que teníamos entonces. Hemos crecido

---

lante el levantamiento y armado que demandó un enorme trabajo, dada la mala calidad de la edición anterior.

58 Jean-Paul Deler, *Ecuador, del espacio al Estado nacional*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / IFEA / Corporación Editora Nacional, 2007, 2a. ed. (La primera edición fue hecha por el Banco Central del Ecuador en 1987).

59 Manuel Chiriboga, "Estudio introductorio", en Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, primera parte, Quito, Corporación Editora Nacional, 1984.

en experiencia académica, hemos publicado otros trabajos y dedicado años a la docencia e investigación. Hemos caminado mucho y nos hemos equivocado bastante. Pese a eso, creo que la cosecha es más rica de lo que pensamos. Por todo ello, puedo decir, así sencillamente, que nos enorgullece sobremanera haber compartido estos años de esfuerzos intelectuales con Manuel Chiriboga y que asumimos como propios sus notables éxitos. Nos sentimos también parte de una experiencia vital comprometida de la que siempre será un nítido ejemplo el Conejo Velasco, cuya presencia y perenne juventud jamás nos han abandonado.

La nueva edición de este libro le da al país un renovado motivo de estudio y debate. Es un desafío para la investigación futura. Es la ocasión de reconocer la obra de Manuel Chiriboga Vega. Pero, sobre todo, es un hermoso pretexto para admirar un ser humano al que queremos entrañablemente, sabiendo que siempre seguiremos soñando los sueños que viven detrás de sus palabras.

Quito, febrero de 2013.



# Aportes bibliográficos



## *Imbabura en la cultura nacional,* de Alfredo Albuja Galindo\*

En septiembre pasado, se llevó a cabo un acto del que no podemos menos que estar orgullosos: el lanzamiento de la obra de un imbabureño, sobre un tema imbabureño. Esta observación está muy lejos del chauvinismo lugareño. No es sino la constatación de que en nuestra tierra hay interés por el rescate de nuestros propios valores.

En las semanas transcurridas he leído el libro *Imbabura en la cultura nacional* de Alfredo Albuja Galindo. El solo conocimiento del autor y sus obras previas prometían de antemano que la lectura iba a ser interesante y fructífera; pero estas expectativas quedaron cortas. La obra es buena. Y creo que esa palabra dicha en todo su contenido es más adecuada que un párrafo lleno de otros adjetivos. El objeto del trabajo es presentar, dentro de una secuencia histórica, la participación de nuestra comarca imbabureña en el desenvolvimiento cultural del Ecuador. Albuja consigue exitosamente el fin propuesto y nos entrega la obra más completa que se haya producido, dentro del tema.

La trama expositiva es clara y coherente. La recopilación de información es fruto de gran esfuerzo y gran capacidad de seleccionar e interpretar los datos. En las páginas del libro se descubre un enorme conocimiento de Imbabura y de su gente, al mismo tiempo que una rica formación humanística del autor, quien es a no dudarlo uno de los talentos más lúcidos de nuestra provincia. Por fin, y esto quizá está por demás observarlo, la obra revela un cariño enorme del autor por su tierra y por su pueblo. Ojalá todos los que hemos tenido que dejar Ibarra e Imbabura para ir a vivir en otros lados pudiéramos pagar el pecado de la ausencia, ¡como Albuja ha querido hacerlo!

No quedaría completo este comentario sin una referencia a las limitaciones de la obra. En primer lugar se descubren en el libro algunos

---

\* Alfredo Albuja Galindo, *Imbabura en la cultura nacional*, Ibarra, Imprenta Municipal, 1979.

vacíos de investigación. Ciertas etapas históricas o instituciones están menos tratadas que otras en que se nota gran riqueza de material. Por otra parte, y este es el problema capital, toda la valiosísima información manejada carece de notas bibliográficas; esto es grave para quien quiere referirse a las fuentes. Digo esto no solo por un acto de honestidad intelectual, sino porque esperamos de Alfredo Albuja nuevos aportes a la cultura regional y nacional.

Por fin, una congratulación y una sugerencia al Municipio. La felicitación se debe a la iniciativa de auspicio de la obra, pero también a la calidad del trabajo editorial realizado por el personal de la Imprenta Municipal. La sugerencia es más bien sencilla. Una vez que contamos con un libro de tanto valor para el conocimiento de nuestra tierra, ¿por qué el Cabildo no promueve su lectura, estableciendo un concurso en escuelas y colegios? No es verdad que los estudiantes de hoy no leen. Con un poco de promoción adecuada, se lograría interesar a muchos en el conocimiento de la presencia de Imbabura en la cultura nacional.

*La Verdad*, Ibarra, 1980.

# Historia del Seguro Social\*

Las crónicas y reseñas institucionales, que por un largo período se escribieron profusamente en el Ecuador, pasaron de moda a mediados de siglo. La ráfaga de modernización traída por los planteamientos desarrollistas y los impulsos transformadores de kikuyos adversos a “cosas viejas” dieron paso a “diagnósticos institucionales”, “organigramas”, “propuestas de reestructuración”, que venían a suplir a esos extensos y “anticuados” libros donde se contaba la fundación y la trayectoria de las instituciones, junto con las vidas y obras de sus figuras personales más destacadas.

En nuestros días, sin embargo, las cosas parecen haber cambiado nuevamente, puesto que hay varias iniciativas por reconstruir la historia de instituciones clave del Estado ecuatoriano. Hace algunos años se publicó un recuento histórico de la Contraloría General del Estado; el Banco Central realizó una interesante publicación en sus cincuenta años y ahora realiza estudios de profundización de su trayectoria; la Superintendencia de Bancos ha concluido una Reseña Histórica, en la que me ha tocado una participación personal. Hace muy pocas semanas se lanzó a la circulación una *Historia del Seguro Social Ecuatoriano*, a la que se dedicarán algunos párrafos de este artículo. Y hay otras iniciativas en curso, como investigaciones municipales y de nivel local y regional.

Vale la pena hacer algunas observaciones generales sobre las nuevas características de la mayoría de estos trabajos historiográficos institucionales. Estos aparecen, como se ha dicho, dentro de la continuidad de un género tradicional, pero al mismo tiempo incorporan varias de las innovaciones de la nueva corriente historiográfica. En este sentido puede decirse que conjugan la experiencia en el manejo documental y la utilización del análisis social moderno.

Dejando de lado las tendencias de corte biográfico que enfatizan la actuación de los actores individuales, los nuevos trabajos enfatizan

---

\* Jorge Núñez S. y otros, *Historia del Seguro Social Ecuatoriano*, Quito, Voluntad, 1984.

más bien los procesos estructurales en donde los grandes actores son los grupos. Los episodios y las anécdotas quedan, de este modo, integrados dentro del marco del estudio analítico general. Por otra parte, las instituciones no se ven en forma aislada, sino integradas dentro de la trama del Estado y la evolución de sus aparatos frente al sistema en su conjunto. De este modo puede presentarse el cuadro en el que la “biografía” de una institución se ve inmersa en la sociedad.

Aparte del interés interno que tienen en cada caso, o la curiosidad intelectual que pueden legítimamente despertar, estos trabajos son de gran importancia ya que contribuyen invaluablemente a la construcción de una historia del Estado ecuatoriano. Y esta es, indudablemente, una tarea crucial en las Ciencias Sociales de hoy. Por ello investigaciones y publicaciones de esta índole son más que bienvenidas. El dinero invertido en ello, que normalmente es bien poco, no puede estar mejor gastado.

La *Historia del Seguro Social Ecuatoriano* es un libro importante. Y su aparición representa un significativo esfuerzo por recobrar la identidad institucional, y por analizar críticamente el papel de una institución clave de nuestra vida nacional. La obra es producto del trabajo de un equipo dirigido por Jorge Núñez, uno de los destacados historiadores ecuatorianos. Abre Núñez la obra con estas afirmaciones:

Desde su ya lejana fundación, en 1928, el Seguro Social Ecuatoriano ha tenido una compleja evolución institucional, cuya característica más notable ha sido ciertamente la finitud y falta de permanencia en sus organismos e instituciones.

Nacido al calor de las grandes luchas sociales y políticas de los años veinte y treinta, su presencia marcó un hito significativo en la modernización administrativa del país, a tal punto que el Estado ecuatoriano contemporáneo no puede ser comprendido cabalmente sin con conocimiento previo de la amplia y multifacética labor cumplida por el Seguro Social, a través de sus diversas instituciones.

La obra arranca desde los orígenes del Seguro Social Ecuatoriano, antes de la década de los veinte, y estudia luego las diversas instituciones en secuencia temático-cronológicas: la Caja de Pensiones, la Caja del Seguro, el Instituto Nacional de Previsión, la Caja Nacional del Seguro

Social y el actual Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social. Un acápite especial se dedica a la evolución de los servicios médicos del Seguro.

El trabajo logra dar una visión general del proceso y muestra con enorme fuerza la relación de las instituciones del seguro con el Estado y la sociedad ecuatoriana en general. La lectura es amena, aunque en momentos se carga un poco la información jurídica. La documentación utilizada es abundante y refleja una prolija labor de archivo. Se ve que se ha trabajado en equipo, aunque a veces hay cierto desbalance en el ritmo entre un artículo y otro. Buena parte de las limitaciones, necesario subrayar, se deben a la limitación de tiempo y a la dificultad de investigación que hay en nuestro medio.

El director Jorge Núñez subraya la importancia del apoyo institucional ofrecido por el IESS y por su director de entonces Patricio Ávila, y destaca el trabajo del equipo cuya integración menciona:

La publicación del presente libro es el resultado mayor de este importante esfuerzo del IESS por rescatar su memoria institucional. Su preparación ha sido posible gracias a la inteligente colaboración de Lenin Miño, Juan Carrera Colín, Matilde Wolter, Selma Merino, Luisa Rodríguez, Enrique Abad y Cecilia Mantilla, que tuvieron a su cargo la investigación, contando con el concurso de Susana Salgado, Fernando Sánchez, Mónica León, Gaby Costa y Silvia Larrea, en calidad de auxiliares.

Un esfuerzo como este merece una cálida felicitación, tanto más que el libro que se comenta no es una iniciativa aislada, sino que se inserta en un conjunto de publicaciones de la Unidad Editorial del IESS, entre las que hay que mencionar a la revista *Estudios Sociales* y a las ediciones de las Actas de la Caja de Pensiones, reproducidas en forma facsimilar.

Junto a las reiteradas congratulaciones por estos esfuerzos y a la satisfacción de ver floreciente de nuevo un género historiográfico importante, va para los responsables dentro del IESS una pregunta de bibliómano: ¿por qué los que no han tenido la suerte de recibir el libro como regalo no tienen la opción de comprarlo en las librerías?

Quito, 1985.



# Un gran trabajo de historia agraria

Es innegable que en los últimos años se ha dado un significativo avance de las investigaciones sobre historia económica. Los trabajos de destacados economistas agrarios sobre la Sierra han incluido capítulos de tipo histórico. Tal es, por ejemplo, el caso del libro de reciente aparición *Haciendas y pueblos en la Sierra ecuatoriana*, de Wilson Miño, uno de cuyos capítulos analiza lo que fue el sistema de hacienda serrano, especialmente referido a la Sierra interandina norte. El autor, académico con preocupación y solvencia sobre la dimensión histórica, trata el tema con extensión, profundidad y buena dosis de información empírica.

Pero la lectura del importante trabajo de Miño, como la de otros anteriores, confirma la necesidad de contar con información y materiales de primer grado que auxilien la investigación. Por ello debe destacarse la publicación de la serie Estructura Agraria de la Sierra Centro Norte 1830-1930. Se trata de cinco volúmenes en los que aparece el resultado de un trabajo de investigación llevado a cabo por un equipo a lo largo de los últimos años, en el Centro de Investigación y Cultura del Banco Central.

Los tres primeros volúmenes contienen un índice de unidades productivas en las provincias de Carchi, Imbabura, Pichincha, Cotopaxi, Tungurahua y Chimborazo. El cuarto contendrá un índice de familias terratenientes en las mismas provincias. El quinto estará dedicado al informe interpretativo de la investigación. Este artículo va a referirse a los tres primeros volúmenes, que están ya en circulación.

El índice mantiene la división territorial por provincias, y en ellas se establece un orden alfabético de acuerdo a los nombres de las propiedades. La información detectada sobre las haciendas aparece bajo el nombre de su denominación actual, con la ubicación geográfica (parroquia). Luego las referencias se incluyen en secuencia cronológica. Cada referencia incluye el nombre del propietario de la hacienda, arrendatario o comprador. Se determina además la fecha de referencia y el lugar de su origen: archivo, serie, etc. Las informaciones recolectadas se

refieren a herencias, donaciones, contratos de compra-venta, hipoteca, arrendamientos, juicios de tierras, aguas y trabajo. Para ello se ha trabajado en quince archivos, revisándose expedientes, catastros y escrituras.

Con toda la información que incluyen los tres volúmenes, resultan invalorable auxiliares para la investigación de la Historia Económica. En ciertos casos, la secuencia de datos sobre una hacienda en particular es casi completa, de modo que podría reconstruirse su trayectoria con cierta facilidad. Y aun cuando la información es escasa y parcial, en otros casos, este es un buen punto de partida para el trabajo ulterior.

La propia presentación de las obras advierte sobre sus limitaciones. Se trata de los enormes vacíos de información existentes. Esto, no solamente en lo que se refiere a su recolección, sino también en su procesamiento. Hay archivos que no se revisaron, otros que no se revisaron completamente, varias informaciones que, pese a tenerlas a mano, no se incluyeron; tal es el caso, por ejemplo, de la extensión y avalúo de cada hacienda, como aparece en los catastros. En varias oportunidades se confunde el nombre de las propiedades, se cambia o altera el nombre de los dueños o los herederos. Hay, por lo que se ve, también confusiones de tipo jurídico; afortunadamente, no frecuentes.

Quizá los lectores atentos con conocimientos específicos de cada lugar o hacienda descubran más errores o limitaciones que las que sus editores advierten, pero todo ello no quita valor a este trabajo que, desde el principio, sus editores lo presentan con “un primer esfuerzo de recolección documental”. Con el tiempo los investigadores e incluso los lectores curiosos considerarán un instrumento indispensable a esta serie editorial. Lo que sí resultará también evidente es que el Banco Central debería usar un criterio de mayor racionalización en el uso de los recursos al hacer este tipo de ediciones. Un catálogo podría imprimirse con ahorro de espacio, con un papel más adecuado e infinitamente más barato. Por sobre criterios de perfeccionismo editorial debe imponerse el de mayor proporción con los recursos y necesidades del país y con el tipo de publicación que se hace. Eso quizá permitiría que el propio Banco pueda editar más libros.

El trabajo de preparación de los tres volúmenes ya publicados y el de los que están por salir ha estado a cargo de un equipo de funcionarios del Centro de Investigación y Cultura, cuya dirección ejerce Carlos

Marchán Romero, distinguido académico especializado en México bajo la dirección de Carlos Sempat Assadourian. Ya antes de la publicación de esta serie editorial era Marchán uno de los destacados especialistas del país. Este trabajo solo lo ratifica como tal. Sus dos investigadores auxiliares son Bruno Andrade y Eduardo Guevara, dos jóvenes de gran talento que deberían continuar dedicados al trabajo de historia especializada, ya que prometen mucho.

Desde luego que tan importante e ímprobo esfuerzo de recolección documental no es ni mucho menos fruto del esfuerzo exclusivo de las personas especialmente mencionadas. En realidad, trabajos como el realizado son posibles gracias a la enorme y rica estructura de que ahora dispone el Centro de Investigación y Cultura del Banco Central: moderna biblioteca, colecciones de periódicos y otras publicaciones y, sobre todo, un Archivo Histórico bien dotado y en constante crecimiento. A todo lo que hay que añadir el rescate y organización de varios archivos locales que el Banco ha tomado a su cargo.

*El Comercio*, 9 de mayo de 1985.



# Historiografía ecuatoriana\*

La Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano ha comenzado su segunda serie con un libro que, a su vez, inicia la publicación de una nueva área del pensamiento ecuatoriano: la Historiografía. Se trata de una colección de textos representativos, organizados y prologados por un destacado académico. Como los editores indican;

Este volumen contiene una extensa selección de las diversas formas de trabajo que se han dado en el desarrollo de la historiografía ecuatoriana. La antología va precedida en un estudio introductorio en el que el Profesor Rodolfo Agoglia establece el marco general de las diferentes formas historiográficas, tal como se han dado en Europa y América Latina. Agoglia distingue estos modelos historiográficos: crónica y crítica histórica documental, historia descriptiva, historia explicativa, historia comprensiva, historia interpretativa. Luego propone una lista que agrupa a los diversos autores nacionales en los modelos establecidos. Al fin se incluye la selección de textos dentro de la clasificación propuesta.

Rodolfo Agoglia, una de las más destacadas figuras del Filosofía Latinoamericana, trabajó en nuestro país por varios años, a lo largo de los cuales hizo una contribución definitiva al desarrollo de la Historia de las Ideas, es decir, un nuevo acercamiento a las formas de conciencia de nuestros pueblos en la búsqueda de su identidad. Poseedor de una sólida formación académica, de un manejo adecuado del instrumental metodológico crítico y renovador, Agoglia desempeñó la cátedra con brillantez, contribuyó a gestar un grupo de académicos nacionales que ahora llevan adelante el trabajo iniciado por Arturo Roig y Hernán Malo, colaboró en publicaciones periodísticas, y produjo numerosos libros que son ahora referente fundamental de nuestra cultura. Uno de ellos es *Historiografía ecuatoriana*.

---

\* *Historiografía ecuatoriana*, estudio introductorio y selección Rodolfo Agoglia, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Quito, Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1984.

De entre las diversas maneras de aproximarse al tema historiográfico, Agoglia escoge la tipología. Su preocupación no es, y en consecuencia, una secuencia analítica de las diversas obras y corrientes del trabajo histórico en el Ecuador. Prefiere más bien establecer las formas básicas en que se da la historiografía. Analiza los “modelos historiográficos” desde sus presupuestos teóricos y sus formas metodológicas y técnicas. La exposición es sólida y refleja un amplio conocimiento de la bibliografía pertinente.

La aproximación que Agoglia usa para los tipos de trabajo historiográfico le lleva a la discusión general de cada uno de ellos. Al final de su estudio introductorio desemboca en lo concreto de nuestra realidad ecuatoriana, pero no dedica al tema sino tres páginas, enunciando luego un listado de autores y obras. Tal como se presenta es un aporte significativo pero deja muchos puntos y obras sin mencionar, muchos puntos por trabajar y dilucidar. Queda planteada la necesidad de estudios específicos posteriores.

La propia Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano en su segunda etapa, cuya realización es fruto de la actitud de continuidad institucional y de apoyo abierto y lúcido de la cultura del Banco Central y de la Corporación Editora Nacional, incluirá en sus siguientes números varios volúmenes dedicados a la historiografía.

Apertura, actitud crítica, uso adecuado de categorías de análisis científicas, lucidez sobre la razón de ser de la ciencia. Todo ello revela Agoglia en su obra antológica *Historiografía ecuatoriana*. Por ello no puede ser más bienvenida por todos quienes aspiramos a que el trabajo histórico no sea un mero lujo intelectual, sino una necesidad de supervivencia de nuestra cultura.

Quito, 1986.

## En la ruta de los viajeros

Si alguien en algún momento dudara de la importancia que han tenido los visitantes extranjeros en la vida de nuestro país, no tiene más que acordarse del nombre “ecuador”, sustantivo cargado de connotaciones tropicales con que los sabios venidos de la lejana Europa bautizaron, a lo mejor por descuido o mala costumbre, a estas tierras de la Real Audiencia de Quito.

Claro está, posteriormente los asambleístas de 1830 adoptaron el nombre en forma oficial; pero la verdad es que si bien demostraron ser hábiles para superar los recelos regionales que la quiteñidad despertaba, nos hicieron un flaco servicio con su falta de originalidad a quienes vemos cotidianamente amarrado el nombre de la patria al cinturón caliente del globo terráqueo. Pero dejando de lado las lamentaciones, el hecho claro es que los viajeros dejaron su huella imborrable hasta en la denominación de nuestra tierra.

El Ecuador, se afirma con frecuencia, hasta hace no mucho tiempo quedaba tan a trasmano, tan inaccesible que realmente muy pocos visitantes venían a dar por aquí. Pero esto no es argumento en contra sino a favor de la afirmación inicial. Justamente por ser de tan fácil acceso, los escasos viajeros que llegaron en uno u otro tiempo se esmeraron en dar detenida cuenta de lo que vieron, aprendieron y soportaron aquí. De este modo podemos contar hoy con una rica veta de material historiográfico.

Aunque no hay datos precisos a este respecto, podemos creer a quienes afirman que existe más de un centenar de recuentos de visitas al Ecuador. La mayoría de ellos, por cierto, están inéditos; y una muy buena parte ni siquiera reposa en nuestros archivos y bibliotecas. Son más bien pocos los escritores e investigadores ecuatorianos que han ido tras la pista de este tipo de información. Más escasas son todavía las publicaciones que pueden encontrarse a este respecto. Sin embargo, a riesgo de cometer la odiosa omisión de personas que desarrollan un valioso trabajo, hay que mencionar al que puede ser el libro más importante que se ha produ-

cido en el país dentro de este campo. Se trata del volumen de la Biblioteca Ecuatoriana Mínima denominado “El Ecuador visto por los extranjeros”. Humberto Toscano, a cuyo cargo estuvo el volumen, introduce la temática en forma muy sugerente, para presentar luego una apretada selección de escritos que cubre casi dos siglos. La lectura de este tomo es un paso obligado del conocimiento de la realidad ecuatoriana.

Los cronistas de Indias fueron los primeros visitantes del país que dejaron escritas sus impresiones. Después de ellos, aparte de las actas y reportes burocráticos de organismos y funcionarios (que no pueden considerarse como relatos de viajes) se conocen varias narraciones de clérigos y visitantes especiales. El pirata Dampier dejó noticia de su fracasado asalto a Guayaquil. Los miembros de la Misión Geodésica, además del membrete ecuatorial, dejaron también recuentos de su paso por estas tierras. Las *Noticias Secretas* de Jorge Juan y Antonio de Ulloa son un documento de inestimable valor. A finales de la Colonia estuvo aquí el Barón de Humboldt, uno de nuestros más ilustres visitantes.

El siglo XIX fue una etapa de oro de visitas y viajeros. Por aquí estuvieron Stevenson, Hassaurek, Osculati, Holinski, Orton, Thoron, Whymper, Weiner, Festa, entre otros. Charles Darwin encontró en las Islas Galápagos una rica vertiente para su postulado evolucionista que cambió el curso de la Historia de la Ciencia. Llegado el siglo XX, el número de visitantes aumentó, dadas las mejoras de las condiciones de viaje. Pero tendían a escribir menos. Sus informaciones, empero, no dejan de ser interesantes. Por ello tiene gran importancia el rescate de esos relatos de viajeros que nos ayuda a conocer mejor el pasado del país.

Un esfuerzo, quizá el más sostenido de publicar aquí las relaciones de extranjeros que nos visitaron, es la “Colección Ecuador; testimonio de autores extranjeros” que la Corporación Editora Nacional está publicando, con el auspicio de la Corporación Financiera Nacional. Rescatar los textos; en buena parte de los casos, traducirlos; preparar un estudio preliminar que organice y oriente su lectura; y luego editarlos en libros de demanda más bien limitada; es un esfuerzo que requiere de un subsidio. Así lo ha entendido la Corporación Financiera Nacional al respaldar la mencionada colección. Y vale la pena destacar que lo ha hecho ya por algunos años, con criterio eminentemente institucional y de promoción de la cultura, bajo varias administraciones y dos gobiernos nacionales sucesivos.

En 1980 la Corporación Financiera Nacional auspició la reedición de *Ecuador: geografía humana*, del inglés C. R. Enock, traducida al castellano por César O. Bahamonde. Luego se inició la colección con *La Revolución de Quito*, un conjunto de versiones sobre el 10 de Agosto, preparado por Jorge Salvador Lara. Los títulos siguientes fueron: *América ecuatorial* del francés Enrique Onffroy de Thoron, traducido por Filoteo Samaniego; *Ecuador: retrato de un pueblo*, de Albert Franklin, con introducción de Eugenio Aguilar; *La economía colonial*, relaciones socioeconómicas de la Audiencia de Quito, organizado por Manuel Miño. El último título aparecido hace pocos días es *Imagen del Ecuador*, una visión de nuestro país de Joaquín de Avendaño, un viajero y diplomático español que lo visitó a mediados del siglo XIX. Está introducido por Leoncio López-Ocón.

*El Comercio*, 22 de enero de 1986.



*Creo en el hombre y en la comunidad.*  
La imagen de Monseñor:  
una autobiografía de Leonidas Proaño\*

Pocas vidas tan atractivas y polémicas como la de Monseñor Leonidas Proaño. Fue un hombre de fe inquebrantable y convicciones profundas; un cristiano hecho en el molde de aquellos que desafiaron a las fieras en el circo romano; un buscador de la verdad que transitó muchos caminos y descubrió otras tantas sendas nuevas; un trabajador asiduo, laborioso y hasta terco que vivió intensamente su compromiso; un ecuatoriano y latinoamericano que supo sentir en nuestras raíces más hondas; un hombre sencillo de fe y de obras.

El día de su muerte, hace un año, era ya una gran figura nacional y latinoamericana, a quien nadie se atrevió a disputar su estatura intelectual y moral. Pero no siempre había sido así. Desde sus primeros años vivió acompañado por la pobreza material, por la lucha, la incomprensión y la persecución. Solo al cabo de una vida entera de trabajo duro, enfrentamientos y búsqueda intensa de nuestra verdad, se alzó su personalidad señera como uno de los más altos referentes del Ecuador del siglo XX. Ahora, esa figura ha crecido todavía más con el vacío de su ausencia física y el reconocimiento mundial de su valía. Hasta quienes más lo combatieron buscan afanosamente utilizar su memoria.

Se corre el grave riesgo de que la verdadera imagen de Proaño termine por obra de sus odiadores de no hace mucho, en un fetiche, en la imagen de una “Narcisa con mitra”, como lo dijo Simón Espinosa. Por este imperativo de ir recobrando la personalidad de contradictorio Obispo en su autenticidad, tiene enorme importancia la publicación de *Creo en el hombre y en la comunidad*, su autobiografía, por la Corporación Editora Nacional.

---

\* Leonidas Proaño, *Creo en el hombre y en la comunidad. Autobiografía*, Quito, Fundación Pueblo Indio del Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1989.

El libro es un testimonio íntimo de su trayectoria vital, de sus raíces, de su vocación, de su búsqueda, de sus fracasos y logros. Fue escrito luego de uno de los momentos más amargos de su vida, sin pretensiones autobiográficas, con humildad, pero también con gran apego a la verdad. Es a veces dura, terrible en su simpleza contra quienes se constituyeron en sus perseguidores; pero está lleno de amor cristiano, de optimismo ausente de venganza o amargura. Ahí está el hombre íntegro visto desde dentro.

Sin que él lo quisiera, *Creo en el hombre y en la comunidad* es una autobiografía de Leonidas Proaño. Y esto no solo por la fuerza de su autenticidad, sino también por la gran calidad expositiva del autor, experimentado maestro y comunicador social, expositor sencillo y directo.

Se edita el texto completo de su segunda edición, que incluía un prólogo del P. Agustín Bravo y el original de la primera edición escrito por el P. José Gómez Izquierdo. Los lectores quizá extrañarán unas páginas adicionales que den cuenta de la vida de Monseñor desde donde la obra concluye hasta su muerte; pero se ha preferido mantener la obra intacta, sin el riesgo de adiciones realizadas por terceros. Se ha incluido en cambio, como anexos, uno de sus últimos escritos, su testamento y una cronología que ofrece los hitos y las fechas más relevantes de su trayectoria vital.

Esta edición se ha hecho mediante convenio con la “Fundación Pueblo Indio del Ecuador”, institución a la que Monseñor Proaño legó sus magros bienes y los derechos de autor de sus obras.

Ojalá que la lectura de esta biografía de Proaño siga levantando polémica. El espíritu de rebeldía que lo anima nos permite pensar que así sucederá.

Ibarra, 31 de agosto de 1989.

## *Memorias de un maestro, para que lean mis hijos, de Manuel A. Pasquel\**

Hace no muchos años, si se hubiera hablado de la posibilidad de publicar este libro, con seguridad la respuesta hubiera sido negativa. En realidad, este escrito de Manuel Pasquel Saá no tiene valor significativo como obra literaria; no contiene tampoco información sobre eventos trascendentales de la vida del Ecuador, ni siquiera de la de Ibarra. Su autor, en el plano nacional, no era una persona importante; ni su acción fue descollante en la vida pública. Por lo demás el propio autor jamás pensó que su escrito iba a publicarse. Lo preparó “para que lean mis hijos” más bien como un ejercicio de pedagogía doméstica, quizá temiendo que moriría joven sin poder educar directamente a su prole, como en realidad sucedió.

Pero justamente ahora, cuando los estudios históricos en el Ecuador se orientan por nuevos rumbos, esta obra que en otras circunstancias hubiera sido condenada a quedar inédita, sale a luz como una de esas escasas muestras, y por ello sumamente valiosas, de testimonios de vida cotidiana en un momento lejano ya de la vida del Ecuador.

Manuel Pasquel Saá era un ibarreño nacido en 1840, miembro de una familia *notable* local. Creció en la orfandad y la extrema pobreza, pudiendo, eso sí cursar los estudios más avanzados de su época, que eran justamente aquellos que conducían al sacerdocio. No llegó a concluir su carrera eclesiástica y más bien se instaló en su nativa Ibarra, donde se casó justo pocos meses después del terremoto de 1868, con Mercedes Monge Burbano. Sus estudios, su poca aptitud para la agricultura y su pobreza le orientaron a la única profesión posible para un intelectual de

---

5 Manuel A. Pasquel, *Memorias de un maestro. Para que lean mis hijos*, Colección Testimonios, No. 5, Quito, Corporación Editora Nacional / Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, 1992.

provincia, el magisterio, que también había sido la de su padre Miguel Pasquel Ruales.

En su vida alternó su mal pagada función de profesor o “preceptor”, con la de escribano, inspector de obras públicas y a veces desempleado ocasional. Participó en la política local respaldando al hombre de confianza de García Moreno en la Provincia, don Juan Manuel España. Fue concejal de Ibarra justamente en los tiempos de la reinstalación y en pocos años se convirtió en proscrito político por andar en la oposición de Veintemilla. Su propia obra lo revela como una persona sensible, caritativa, débil de carácter y pesimista hasta el extremo; profundamente católico. No había dejado, sin embargo, de leer obras de contestatarios liberales y de averiguar sobre novedades científicas del momento.

Pasquel murió en 1883 dejando una larga familia que su viuda logró criar y educar pobremente en las mejores tradiciones del catolicismo y los valores locales. Su primogénito Alejandro fue cura, canónigo y vicario general de Federico González Suárez, que lo consideró su amigo de confianza. Tuvo papel destacado en las polémicas de establecimiento del “Estado laico” y terminó su vida como Obispo de Ibarra (1932-1934), inmensamente querido y respetado por su gente. Su hijo Timoleón abrazó la carrera militar y llegó a ser hombre de confianza de Alfaro. Sus dos hijos menores, Manuel Enrique, abogado y poeta de prestigio local, y Luis Antonio, largos años funcionarios públicos, fueron personas muy considerados en Ibarra, así como sus hijas. En la descendencia de Manuel Pasquel Saá se encuentran su nieta Blanca Lucía Pasquel, casada con Mariano Suárez Veintimilla quien luego de la larga carrera política fuera Presidente de la República; o su bisnieto Enrique Ayala Pasquel, dirigente político local, varias veces gobernador y legislador. En realidad, aunque sus descendientes que llevan su apellido Pasquel son ya pocos, muchas familias de Ibarra y el país lo cuentan como un ancestro.

En 1870, a los treinta años, cuando ejercía como profesor de la escuela de niñas de Ibarra, resolvió empezar los apuntes de los acontecimientos de su vida diaria. En su cuaderno fue anotando, a veces a página saltada, pero siempre con una rigurosa referencia a la fecha, mes y año, todas las incidencias cotidianas; embarazos, abortos, nacimientos, bautismos y muertes en la familia y sus amigos; enfermedades con sus síntomas y métodos de cura; incidencias de su cátedra, apuros económicos

por falta de pago, préstamos, caridades que le hacían y hasta testimonios de días de hambre y angustia; reflexiones sobre su inestabilidad y desempleo, ejercicios espirituales, planes de sacrificios diarios; invitaciones a reuniones sociales, matrimonios y recuerdos de su aprendizaje de la guitarra y “agarrones” con sus amigos; noticias de la política nacional y local, avances de la reconstrucción de Ibarra e inclusive detalles sobre la construcción de su propia casa; reflexiones sobre sus diálogos y lecturas, incidencias de la lucha política y recuento de actos públicos y visitas.

Pasquel insertó en sus “anotaciones” copias de las cartas que dirigió a veces a sus amigos, o funcionarios públicos, del discurso que le tocó pronunciar en la reinstalación de la ciudad y poemas escritos como cumplido en la vida social de entonces. Para que se entendieran mejor los hechos y personajes a que hizo referencia, insertó unos apuntes anteriores a la fecha en que inició su escrito, que dan cuenta de su familia y del terremoto de Ibarra. Escribió constantemente hasta 1874. Desde 1875 sus notas fueron más bien esporádicas, hasta 1880 en que dejó de anotar. Algo más de dos años después murió.

El inmenso valor de este documento radica justamente en aquello por lo cual hubiera sido minusvalorado por una crítica de literatura “cultura” o la historiografía nacional. Pasquel escribió espontáneamente, sin pensar que sus anotaciones iban a ser publicadas. Por ello sus confesiones son transparentes, no pretenden justificar nada. Pasquel, un ibarreño común y corriente de la destruida ciudad, relató incidencias sin trascendencia pública, minucias de su vida diaria. Su obra, en consecuencia, resultó ser diversa de otras contemporáneas, justamente porque habla de lo que los autores de la literatura oficial, los viajeros extranjeros y los cronistas políticos no hablan.

Ahora, cuando se ha llegado a entender que la Historia no puede ser solo la de generales, obispos, grandes terratenientes y políticos de primera fila, sino también la de la gente común y corriente: el testimonio de un empobrecido maestro de escuela de una ciudad mediana y reducida a ruinas es un documento fundamental no solo por su contenido, sino por su rareza. El recuento de la vida cotidiana de una familia citadina considerada como de “visos social”, pero inmensamente pobre, es una rica veta para el conocimiento de la vida pasada de todo nuestro pueblo. Un libro como este nos da cuenta con mucha mayor riqueza y vividez que

muchos ensayos pretendidamente teóricos sobre la *cotidianidad*. Por eso consideramos que la publicación de estos *Apuntes* es una contribución así sugerente como pionera en nuestra nueva historiografía.

Apuntes, diarios y otros testimonios de esta naturaleza se escribían con más frecuencia de lo que nos imaginamos en períodos anteriores de nuestra historia. Pero por descuido, ignorancia y hasta por recelo de que se divulguen detalles que supuestamente cuestionarían un “abolengo”, esos escritos han sido ocultados y hasta destruidos. Por ello, contar con un documento completo como este es una ventaja. Pero no debe considerarse una coincidencia, ya que su conservación y transcripción para la lectura pública se debe a Mercedes Pasquel de Ulloa, nieta del autor.

Michita Pasquel es una personalidad en nuestra tierra. Entre sus méritos personales debe contarse el haber dedicado su vida, primero, a asistir a la vieja generación de los Pasquel, comenzando por el Obispo, y, luego, a conservar la memoria familiar con verdadera devoción. La casa, la biblioteca, los álbumes de fotos y postales, la correspondencia, los escritos y recuerdos de la vida pública y privada de los Pasquel Monge han sido preservados por su cuidadosa acción. Ella supo de la existencia del “Diario del Abuelo”, lo conservó y en un momento dado resolvió transcribirlo, poniendo en orden los apuntes e interpretando la pequeña y apretada escritura del original.

Para esta publicación se ha insertado un estudio genealógico preparado especialmente por el Dr. Fernando Jurado Noboa, como introducción al texto de Pasquel, que se transcribe íntegro pero con la ortografía actualizada. Como anexo se inserta un artículo de mi autoría que pasa revista a un *Informe* sobre el estado de la reconstrucción de Ibarra e Imbabura en 1875, justo cuando Pasquel escribía sus *Apuntes*. Se incluyen también algunos cuadros sobre la población de la ciudad, el cantón y la provincia, elaborados a base de datos suministrados por el *Informe*.

Las ilustraciones que se insertan reproducen desde una fotografía del autor, presuntamente tomada en 1874, y un ferrotipo de la década anterior, tomado a Mercedes Monge Burbano, hasta una colección de fotografías de los Pasquel-Monge, que cubren cuatro generaciones de la familia.

Aunque resulta muy satisfactorio en términos personales ver publicado este “involuntario” libro de mi tatarabuelo, creo que los lectores advertirán que el haberlo dado a imprenta no corresponde a la vanidad familiar o local, sino a un interés académico y científico de ofrecerles un raro documento de interés general que nos muestra con gran riqueza un aspecto poco o nada estudiado de nuestra vida nacional. Como historiador no puedo menos que sentir que la edición de esta obra contribuye a promover estudios de la cotidianidad y de los protagonistas pequeños y oscuros de nuestra historia local. Ojalá que su lectura incentive a quienes tienen textos similares a la mano, a ofrecerlos para estudio y publicación.

Ibarra, marzo de 1991.



## Quito, de Jorge Salvador Lara\*

La aparición del libro *Quito* de Jorge Salvador Lara ha llenado un vacío sentido, puesto que no se ha escrito en el pasado una monografía destinada específicamente a estudiar el desarrollo de la ciudad a lo largo de sus siglos de vida. La obra aparece en la colección “Ciudades de Iberoamérica” de la Editorial Mapfre de España. En sus cuatrocientas páginas ofrece una visión integrada y multifacética de la historia de nuestra capital.

Muy pocas personas estaban tan bien preparadas para acometer la tarea, como Jorge Salvador Lara. Quiteño de cepa, historiador de amplia lectura e investigación, actualmente Cronista de la Ciudad. El resultado de su trabajo será meritorio por varios motivos.

El *Quito* de Jorge Salvador es un trabajo de amplia utilidad. Por una parte, dada su extensión, amplitud temática y amenidad, puede ser usado como obra de referencia por maestros, alumnos e interesados en general, y al mismo tiempo puede ser utilizada como instrumento de consulta para la investigación, ya que incorpora gran cantidad de información novedosa y adecuadamente estructurada.

El libro está dividido en ocho capítulos. Primero da una descripción del medio geográfico de la ciudad; luego ofrece una secuencia histórica que comprende las fundaciones aborígenes e hispánicas, la colonia, la independencia, el siglo XIX y el siglo XX; por fin, el autor da una imagen del presente y las perspectivas futuras. La obra incluye bibliografías, una cronología auxiliar e índices, onomástico y toponímico.

Parece importante destacar al menos tres de las características más visibles de la obra. La primera es que el autor ha logrado centrar con mucho oficio el carácter del sujeto de su trabajo histórico. Quito se destaca nítidamente como la protagonista de su propia historia, en la que apa-

---

\* Jorge Salvador Lara, *Quito*, Madrid, Mapfre, Colección Ciudades de Iberoamérica, 1992.

recen hechos y personas ilustrando su complejidad, pero sin hacernos perder de vista el gran cauce de la vida milenaria de la urbe.

La segunda característica es que la obra ha sido estructurada con un sólido trabajo de periodización que revela la formación del autor y su esfuerzo por relacionar los diversos momentos de la vida de la ciudad con los del país en general. Salvador Lara equilibra la visión de Quito ciudad con la de Quito capital de la República y eje regional de la Sierra centro-norte.

La tercera característica, y quizá la más notable, es que la visión de Quito que contiene el libro se estructura mediante la combinación de varios niveles de análisis que incluyen los aspectos demográficos y espaciales, la vida y los conflictos económicos, la estructura social, las incidencias políticas y las manifestaciones artísticas y culturales. El trabajo es integrado y articula solventemente todas esas dimensiones del estudio sin perder amenidad.

El libro tiene dos límites que parece necesario mencionar. En primer lugar, estudia muy escasa y asistemáticamente la vida del cabildo de la ciudad, cuando un examen de la documentación municipal arrojaría muchísima luz sobre aspectos novedosos de la historia quiteña. En segundo lugar, la obra desenfatisa también una visión sistemática y expresamente estructurada de la vida cotidiana de la ciudad, aunque en muchos acápite la menciona y ofrece interesante información.

Estas falencias pueden ser enfrentadas por el autor en próximas ediciones, pero mientras tanto, si se logra que lleguen ejemplares suficientes de España o que se reimprima la obra en el Ecuador, los ecuatorianos tenemos ya material de lectura sobre la vida de Quito, "Patrimonio de la Humanidad".

## *Perú y Ecuador: tiempos y testimonios de una vecindad,* de Juan Miguel Bákula\*

Desde que leí las primeras páginas del libro *Perú y Ecuador: tiempos y testimonios de una vecindad* del Dr. Juan Miguel Bákula supe que estaba ante un clásico de la literatura ecuatoriano-peruana, un libro destinado a perdurar y a ser un referente en el entendimiento de nosotros mismos.

Desde el punto de vista técnico historiográfico, la obra contiene aportes de indudable importancia. Trata de entender a Ecuador y Perú en su historia complicada. La obra es un gran esfuerzo que aclara aspectos difíciles de nuestra relación, y contribuye a entender la conflictiva construcción de los Estados-nación que surgieron de la independencia. Esto supone un gran esfuerzo metodológico, porque la historia diplomática ha estado lejos de afrontar los cruciales problemas de constitución nacional; limitándose al relato factual y a la discusión jurídica, de problemas que van más allá de la argumentación legal y que tienen que ver con la propia naturaleza de nuestros pueblos.

Este, como todo libro de historia bien hecho, trata del pasado pero se refiere al futuro. Esa es una de sus contribuciones más importantes. Coincido con muchos de sus análisis, pero mis discrepancias son numerosas; no solo porque el Dr. Bákula es un funcionario del servicio exterior peruano y yo soy un profesor de historia ecuatoriano; sino también porque pertenecemos a generaciones diversas.

La bibliografía, que se publica en el primer tomo íntegro, es enorme, es un trabajo destinado a ser referente de historia territorial y de las relaciones con el Ecuador-Perú. El trabajo, empero, está poco sistema-

---

\* Juan Miguel Bákula, *Perú y Ecuador: tiempos y testimonios de una vecindad*, 3 t. Lima, Centro Peruano de Estudios Internacionales, CEPEI / Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales, FOMCIENCIAS, 1993.

tizado. Incluye desde cuestiones estrictamente vinculadas con el tema territorial, o con el tema de las relaciones Ecuador-Perú, hasta títulos que tocan estos asuntos muy tangencialmente.

Los tomos II y III recogen la perspectiva histórica, algunos de cuyos puntos vale la pena comentar. Bákula se inscribe en la tradición historiográfica peruana que ve el pasado en la perspectiva de las sociedades andinas. En su lúcida visión del Tahuantinsuyo hace falta, sin embargo, una consideración de la individualidad de lo que los etnohistoriadores llaman los “Andes del Norte” o “Andinoamérica Ecuatorial”, es decir de lo que hoy es Ecuador.

El espacio colonial, gestado desde el siglo XVI, es complejo. Las tierras que hoy son Ecuador, Perú, Bolivia y parte de Chile fueron el Perú virreinal; pero ese espacio virreinal no tuvo las mismas características, ni la misma solidez, ni siquiera los mismos alcances territoriales durante la Época Colonial. Se ha estudiado el fenómeno de descomposición del espacio territorial peruano y el surgimiento temprano de un fenómeno de regionalización. Nuestros países surgen con el problema de integración regional y definición territorial.

Uno de los momentos en los que se puede entender la naturaleza del problema ecuatoriano-peruano es aquel de los alegatos y trajines del arbitraje del Rey de España. Me parece lúcida la visión del autor sobre la “batalla de las cédulas”. En Ecuador hemos dado demasiado peso a las cédulas reales en la defensa de nuestros derechos amazónicos. Nuestro “Derecho Territorial” se ha asentado en un legalismo colonialista excesivo. De allí que la exhibición de la Cédula de 1802, por ejemplo, resultó casi un desastre para nuestra postura. Creo que la “batalla de las cédulas” no puede agotar ni nuestros derechos territoriales, ni puede constituirse en eje de la discusión territorial. En el imperio hispánico no había límites territoriales. El concepto moderno territorial de las repúblicas surge después. El “Uti Possidetis Juris” es un principio vago que no ha ayudado a resolver disputas fronterizas. En ese sentido, es importante relativizar el alcance de las cédulas. No quiero decir que determinados actos jurídicos de los monarcas españoles no sean antecedentes de derechos territoriales; pero no pueden ser títulos definitorios para nuestros países, sin que se consideren otros elementos históricos, políticos, étnicos y geográficos.

Otro problema, quizá el más álgido que trata el libro, es el de nuestras políticas sobre la cuestión territorial desde 1941. Da la impresión que las posturas peruana y ecuatoriana desde entonces son un monumental diálogo de sordos. Por un lado, el Perú sosteniendo que no hay ningún problema; que es cuestión de animarse a poner los hitos porque no existe diferendo territorial con el Ecuador. La historia de nuestros pueblos y la realidad han sido mucho más poderosas que esa afirmación repetida absolutamente de espaldas a la realidad.

La postura ecuatoriana ha sido destacada por varios autores. El Dr. Bákula la expone en forma sangrienta. Me refiero a la inestabilidad de las tesis ecuatorianas sobre la vigencia, aplicabilidad, y validez del Protocolo de Río de Janeiro. Esta parte del libro está bien sistematizado y es una lectura obligatoria, aunque un trago amargo para los ecuatorianos. No puedo coincidir con el autor, sin embargo, en que el hecho del 41 no fue una invasión peruana al Ecuador; no solamente porque los ecuatorianos lo hemos sentido así, sino por las características del enfrentamiento. Los pretextos que se produjeron antes de julio del 41 jamás podrán ocultar la realidad de lo que fue realmente una invasión sistemáticamente preparada por la cúpula militar peruana, que sostenía la necesidad de la toma de una “prenda territorial”.

Otro punto en que disiento con el autor es que el Protocolo pudo darse sin las condiciones que la agresión y la guerra generaron. El Protocolo no puede ser considerado sin el antecedente de la guerra. En el lado peruano habrán habido concesiones respecto de sus tesis territoriales maximalistas y esfuerzos para aceptar la demarcación que existe en el Protocolo de Río de Janeiro; pero es indudable que ese Protocolo era impensable fuera de las condiciones en que se produjo, es decir, bajo la realidad de una ocupación territorial y de la amenaza de un avance de las fuerzas peruanas, en el marco de una conferencia internacional en la que ni siquiera se oyó al canciller ecuatoriano.

Creo, por otro lado, que la nulidad del Protocolo no es una mera cuestión jurídica. José María Velasco Ibarra, que fue tan inconsistente frente al problema territorial con el Perú, fue sin embargo un hombre intuitivo y se dio cuenta de que más allá del problema jurídico del Protocolo está el sentimiento nacional que lo rechaza. Me parece que con esta visión sociopolítica sobre el Protocolo debemos avanzar buscando

una solución sensata y realista con el Perú. Desde luego, no es cuestión de decir ahora que el Protocolo sí es válido, pero ese instrumento es un hecho que tiene su aplicación en la práctica. No podremos apartarnos de esa aplicación si queremos llegar a un arreglo con el Perú; aunque esto no quiere decir que el arreglo pueda darse exclusivamente en el marco de la vigencia de un Protocolo que la conciencia nacional ecuatoriana rechaza. Pero ha llegado el momento de “desenfaticar” el asunto de la nulidad que no lleva a ninguna parte, para buscar caminos frescos que permitan un arreglo adecuado.

El libro debe leerse como un esfuerzo de un diplomático peruano, trabajador de las ciencias sociales. Ese es su mérito y también, desde la perspectiva ecuatoriana, su límite. Porque hay diferencias que todavía nos separan a peruanos y ecuatorianos. Pero no cabe duda de que esta obra esté hecha para avanzar hacia el futuro en un problema complejo y difícil.

*Procesos*, No. 5, 1993-94.

## *Diccionario biográfico del Ecuador,* de Rodolfo Pérez Pimentel\*

Al cabo de un ya largo debate entre visiones que subrayan los actores individuales y planteamientos que privilegian los actores colectivos en el análisis histórico, hemos logrado desterrar el reduccionismo biográfico y hacer prevalecer formas de aproximación al hecho histórico, en las que se admite que no es suficiente conocer la vida de los individuos para entender la realidad. Hay ahora una fuerte historiografía económica y social e incluso importantes trabajos de genealogía que van en esa línea.

Pero lo dicho no descalifica a los estudios biográficos que contienen aportes importantes para entender nuestra realidad. Afirmar que la secuencia de las vidas públicas de los notables no explica el proceso histórico, no significa que esas aproximaciones biográficas no contribuyan con información valiosa e interpretaciones sugerentes al entendimiento del conjunto.

Por ello es importante destacar la aparición del tomo VI del *Diccionario Biográfico del Ecuador* del Dr. Rodolfo Pérez Pimentel, auspiciado por FONCULTURA y editado por la Universidad de Guayaquil. El libro pertenece a una secuencia que su autor anuncia llegará a los veinte y cinco volúmenes, cinco de los cuales habían ya aparecido anteriormente.

Pérez Pimentel, atendiendo a una demanda generalizada de información, ha optado por una alternativa que privilegia gran número de biografiados, con una amplia gama de representatividad, sobre la profundización en un solo sujeto. De este modo logra ofrecer a los lectores entre cincuenta y sesenta microbiografías por tomo. Lo cual quiere decir que cuando la obra esté completa contendrá sobre mil doscientos nombres. Los libros se publican con índices onomásticos y temáticos y

---

\* Rodolfo Pérez Pimentel, *Diccionario biográfico del Ecuador*, t. VI, Guayaquil, Universidad de Guayaquil, 1994.

una bibliografía individualizada. Las biografías aparecen en orden alfabético dentro de cada tomo.

Algunos críticos han mencionado varias veces ciertas limitaciones de la obra. El autor no puede realizar una tarea exhaustiva y sistemática en cada caso; la información es a veces incompleta; los criterios de selección son bastante disímiles; los nombres escogidos no tienen el mismo peso y significación. Todo ello, a mi juicio, es perfectamente explicable si se observa el carácter del trabajo. Hay, empero, una crítica técnico-metodológica fundamentada que yo recojo. El autor no hace referencias de sus fuentes. Esto, aparte de que resta valor a la obra porque impide la consulta ulterior, resta credibilidad a sus afirmaciones y datos, especialmente a los más polémicos.

Como el autor anota, varias de las críticas serán satisfechas con un reajuste en una nueva edición, aunque la falta de referencias de fuentes parece ser insubsanable. Pero eso, desde luego, no invalida la obra de Pérez Pimentel ni mucho menos. Es una gran ayuda de consulta bibliográfica, especialmente para estudiantes y para lectores interesados. Es también el único libro en el país que recoge información de su tipo que, de otra forma, se perdería irremisiblemente. También es importante anotar que la falta de profundización va en beneficio de un inmenso número de biografiados.

A los méritos de persistente buscador, de gran conocedor de la gente de su país, especialmente de Guayaquil, hay que añadir el gran esfuerzo que ha hecho Rodolfo Pérez Pimentel para publicar una obra de tan grandes proporciones, que no es rentable, y que no ha podido fácilmente encontrar editor dadas las limitaciones prevalecientes en un país en que la inversión editorial, especialmente la dedicada a temas culturales, se ve cada vez más limitada.

## *La deuda eterna: una historia de la deuda externa ecuatoriana,* de Alberto Acosta\*

La realidad presente se asimila y dimensiona en su real importancia cuando tiene historia. Por ello, el recurso de los déspotas ha sido propiciar el olvido. Por eso, los beneficiarios del subdesarrollo y la pobreza tratan de convencernos de que se deben a la “idiosincrasia” de los ecuatorianos y latinoamericanos. Pero nuestra miseria y nuestro atraso tienen pasado. En cierto sentido solo se explican desde el pasado. Por ello, estudiar historia, y hacerlo comprometidamente, es una necesidad del presente.

Una de las cargas más duras que arrastramos del pasado, desde el día en que nació el Ecuador, es la realidad de una deuda que a fuerza de haber financiado, ciertamente bien poco, nuestra independencia, se ha transformado en una de las perennes causas de nuestra dependencia. Dependencia sí, porque aunque el término dizque ha pasado de moda, allí sigue terca la realidad que la palabra describe.

La historia de la deuda externa era cosa de iniciados. Era cuestión técnica. Sintomáticamente uno de los pocos que la divulgó con específico contenido político fue Alfaro con *La deuda gordiana*. En los últimos años de endeudamiento agresivo se habló mucho de ella, sin explicarla.

Ha aparecido en 1994 una nueva edición del libro *La deuda eterna*, de Alberto Acosta. Esta es una obra comprometida, que devuelve a la conciencia nacional un tema que, si bien es arduo y complejo, puede y debe ser entendido por los no iniciados, por los que somos cotidianas víctimas de la deuda. Está escrito con pasión y compromiso, con claridad y sencillez. Pero no es superficial. Es un trabajo riguroso y serio, ampliamente fundamentado en una copiosa bibliografía. Tiene el

---

\* Alberto Acosta, *La deuda eterna: una historia de la deuda externa ecuatoriana*, Libresa, Quito, 1994, 4a. ed.

enorme mérito de balancear la calidad investigativa con la capacidad de comunicación y la visión de conjunto.

El libro contiene un recuento histórico secuencial que arranca desde la independencia y se detiene en cada uno de los momentos de la renegociación y ampliación de la deuda externa del Ecuador. No solo estudia las complejas negociaciones con los tenedores de bonos y con los organismos financieros internacionales, sino que establece la relación del endeudamiento con la economía y la sociedad. La obra no solo habla de los hechos, sino también de los nombres de la deuda. En este sentido es también un texto de denuncia.

*La deuda eterna* ha recibido ya el veredicto de los lectores. No solo que se han vendido tres ediciones previas, sino que es ya obligada fuente de consulta, paradójicamente, hasta para los negociadores de la deuda. Ahora aparece en edición actualizada abriendo la trocha de una nueva aventura editorial, la “Colección Ensayo” de la Editorial Libresa de Quito.

*Procesos*, No. 7, 1995.

## *Fuerzas Armadas y sociedad,* de Paco Moncayo\*

Eran los inicios del siglo. Los cambios secularizantes que impulsaba el régimen liberal estaban en marcha. El enfrentamiento Iglesia-Estado había llegado a un punto muy duro cuando se emitieron las leyes de matrimonio civil y divorcio. Entonces se produjo un conflicto de otra naturaleza que marcaba también una manera de ser del país. En el ejercicio de sus atribuciones, el Congreso Nacional eligió rector de la Universidad Central al coronel Emilio María Terán. La reacción del claustro fue violenta. Los alumnos se negaron a aceptar al designado y se dio un impasse que desembocó en el cierre de la universidad. El gobierno llegó incluso a abrir una facultad universitaria en el Instituto Nacional Mejía para quienes quisieran recibir clases, pero la protesta no disminuyó. El argumento de que el coronel Terán era doctor en Derecho y un conocido escritor no convenció a los universitarios. Ante todo era coronel y no había hecho una carrera en la docencia universitaria. Al fin, Terán no llegó a ejercer el rectorado. Sus oponentes ganaron.

Este incidente ocurrido entre 1903 y 1904 marcaba un divorcio entre el espacio castrense y la academia, que ha sido uno de los rasgos de la vida nacional por años, y que arreció en la segunda mitad de este siglo. En efecto, que lance la primera piedra aquel profesional o intelectual, especialmente de los formados en los sesenta y setenta que no haya tenido aunque sea un momentáneo ataque antimilitar con ribetes antigorilas. Y que haga el primer disparo el soldado que no haya creído que algunos claustros eran centros de delincuentes, a tal punto que muchos universitarios, con uno que otro rector incluido, debía más bien ser huéspedes de la ya clausurada colonia penal de Galápagos.

En medio de este enfrentamiento fue imposible que pudiera descubrirse en esos años que en los cuarteles y en las universidades había

---

\* Paco Moncayo Gallegos, *Fuerzas Armadas y sociedad*, Quito, Corporación Editora Nacional / Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 1995.

algunas preocupaciones comunes y reflexiones parecidas. La identidad, la soberanía el desarrollo nacional, el manejo del sector público productivo, entre otros. Hay una consistente línea de pensamiento sobre la relación de las Fuerzas Armadas con la sociedad y el Estado que se ha desarrollado en el Ecuador. Por ello, la obra de un destacado jefe como Paco Moncayo, lúcido como intelectual y como soldado, no es un hecho aislado, aunque quizá es el más notable.

La obra está concebida para la consulta amplia, pues aunque el autor advierte que no presume de ser escritor, en realidad escribe con agilidad y claridad. Por demás está decir que primero y sobre todo lo hace con solvencia, con gran esfuerzo de sistematización y lectura de temas que ha manejado durante toda una vida militar. El libro abre con un planteamiento general sobre la razón de ser de la fuerza armada, analizando la realidad del conflicto y la necesidad de la administración de la violencia:

La naturaleza de las Fuerzas Armadas se deriva de su condición de medio, de recurso de última instancia, para el logro de los fines de la política; de ser una de las herramientas de la estrategia, que puede usar de ellas, conforme a sus mejores intereses, conveniencias y aptitudes. El establecimiento de su dimensión, condición, medios, doctrina, son decisión de la política, en consonancia con sus propios intereses y proyecciones.

El segundo acápite enfrenta la participación política de las fuerzas armadas en América Latina. En realidad este no es un tema nuevo en la región, porque se ha escrito buena cantidad de material sobre él. Pero también en este caso el mérito de la obra es la sistematización, amén que ofrece una visión desde el Ecuador, francamente no ensayada con esas características en el pasado. Debe destacarse que el análisis no es puramente interno o institucional, sino que nunca pierde de vista el eje de relación con la sociedad y la caracterización de la sociedad misma en sus diversos periodos de vida independiente. Quienes conocemos a Paco Moncayo no nos extrañamos de su perspectiva analítica destaque la lucha por la construcción de los estados nacionales en medio de una división mundial de consolidación de la dependencia. A estas alturas del siglo, me parece particularmente lúcido su análisis de la revolución cubana:

La revolución cubana conmovió hasta las raíces las estructuras internas de los países latinoamericanos y modificó sustancialmente su relacionamiento externo. En la mayoría de los Estados los grupos marxistas consideraron la opción armada para realizar la revolución comunista en todos ellos también los grupos hegemónicos comenzaron a tomar medidas para prevenir el que se repita un proceso similar al cubano. La represión se incrementó. Los Estados Unidos comenzaron a intervenir todavía más intensamente en la política interna de los Estados. Las dictaduras se multiplicaron. El Congreso norteamericano asignó fondos para el entrenamiento antisubversivo de los militares norteamericanos. Los planes de estudio de la Escuela de las Américas se orientaron a esta forma de lucha. Comisiones en entrenamiento militar viajaban a los países de esta Área. Se politizó la instrucción militar con contenidos antimarxistas. Se estudiaba “Democracias y Comunismo” en los cursos de contraguerrillas. Los mecanismos del TIAR se comenzaron a utilizar contra la amenaza comunista. Adicionalmente, si infiltró y dividió el movimiento obrero.

El cuarto acápite de la obra está dedicado a una visión histórica de la participación política de las fuerzas armadas en el país. El análisis comienza con la época aborigen, aceptando una tesis renovadora de que es allí donde comienza la historia y no cuando llegan los invasores europeos. Luego de una breve referencia colonial, el estudio enfrenta el proceso independentista y colombiano, rápida pero consistentemente.

El tramo más rico y ciertamente más polémico del libro es el que enfrenta la época republicana. El estudio se basa en una relación estrecha, conflictiva, simbiótica, entre el ejército y el conjunto de las fuerzas armadas, con el penoso tránsito de establecimiento y luego de consolidación del Estado nacional en nuestro país. La visión sobre García Moreno acoge la postura historiográfica que la nueva historia del Ecuador ha desarrollado sobre García Moreno y relieves en términos significativos el aporte de la Revolución Liberal. Sus análisis de la fuerza armada bajo la plutocracia y luego durante la guerra con el Perú resultan duros pero certeros.

Por fin, la obra estudia el lapso que va desde la posguerra hasta nuestros días. Lo hace con menos detenimiento de lo que un lector atento querría y con poco análisis de la situación interna en el cuerpo militar y sus instituciones, pero con muchos elementos sobre el papel

castrense en la lucha por el poder de los últimos años, sin descuidar a movimientos insurreccionales como Alfaro Vive Carajo y Montoneros Patria Libre. Paralelamente, sus observaciones sobre la política de estos años son todo menos evasivas o generalizantes.

Un acápite final está destinado a un diagnóstico y una prospectiva de las fuerzas armadas en el país. Su relación con la seguridad, con el desarrollo, los derechos humanos, la democracia y la juventud ocupan al autor. Sería muy interesante que aquí leyera un párrafo final muy a tono con la coyuntura:

Por su parte los militares ecuatorianos han comprendido cual debe ser su papel en la dinámica vida social y han sabido constituir una fuerza disuasiva de costos aceptables para la economía del país, que asegure según su independencia, soberanía y continuidad histórica, con una adecuada relación de costo beneficio para la población. Esto lo lograrán no solo por la morigeración en los gastos militares, los más bajos de la región a pesar de las amenazas evidentes a sus objetivos nacionales, sino también por su decidida participación en las actividades de apoyo al desarrollo nacional.

En un trabajo tan ambicioso, aparte de destacar la capacidad de síntesis del autor, hay mucho que comentar. Me parece que, por ello, solo puedo escoger un tema para hacerlo: la relación de las Fuerzas Armadas y el Estado nacional.

No es ningún secreto que nuestros militares han sido tradicionalmente partícipes de una visión de la nación como algo sagrado, intocable, ya hecho. Claro está que esa visión que se identifica con esa forma de ver patriotismo no es exclusiva de nuestros soldados, sino que fue la dominante en el país por años. Pero el hecho es que el Estado-nación es una hechura histórica, que tuvo su comienzo y que ha tenido diversos momentos de afirmación, que ha atravesado etapas de dominio oligárquico y de participación popular, que se ha dado en medio de un avance imperial y colonizador sobre el mundo.

Por ello es destacable la lúcida visión de Paco Moncayo que ofrece una perspectiva del irse haciendo nuestra patria como Estado nacional moderno, en medio de ajustes y desajustes con la sociedad, con la fuerza armada como elemento de construcción y de disrupción de ese proceso,

en el que no siempre la democracia fue un referente. Toda esta visión crítica es lanzada con vigor y con patriotismo, porque no solo desde la guerra del Cenepa Paco Moncayo es un patriota. Lo ha sido siempre. Porque es patriotismo ver al Ecuador como es con las instituciones que ha tenido y no con las que nos hubiera gustado que tenga. Porque, además, no podemos dudar que el autor escribe no solo con cariño a su patria, sino también con amor a su uniforme y a la institución a la que ha entregado su vida.

Un libro de panorámica está condenado a dejar grandes campos sin estudiar y abundantes temas sin una mayor consideración. Si se quiere, esa es la limitación fundamental del trabajo, que también trata temas que pueden ser polémicos. De hecho, hay varios puntos en que personalmente discrepo y creo que muchos de los lectores lo harán también. Pero, ciertamente todos estarán de acuerdo en que se trata de un gran aporte a la literatura sociopolítica del Ecuador.

Los libros no los hacen solo quienes los escriben, sino también quienes los trabajan editorialmente. Merece por ello un reconocimiento el personal de la Corporación Editora Nacional, que ha publicado la obra. Pero en este caso, buena parte del crédito de la labor editorial es imputable a una persona entrañablemente cercana a Paco Moncayo, su madre, Aidita Gallegos de Moncayo, quien tomó a su cargo la revisión de pruebas, las correcciones y la supervisión del trabajo, realizado en buena parte mientras su hijo dirigía las acciones militares en la legendaria cabecera del Cenepa.

Sería injusto agradecerle a Aidita solo por su apoyo a la edición de la obra, o exclusivamente felicitarla por los éxitos de su hijo. En realidad ella es una destacadísima maestra, escritora y trabajadora de la cultura nacional, a cuya labor pionera se debe no solo el reconocimiento de los derechos femeninos, sino un sostenido aporte a la conciencia de la identidad nacional.

Me parece que este último fue el mejor remate de un comentario de una obra de un destacado hijo de una ilustre madre.

Quito, 1995.



# *Cuenca colonial,* de Ricardo Márquez Tapia. Notas para su relectura\*

Las ciudades no solo se hacen con el ritmo de su desarrollo físico y urbanístico. Van creciendo como sus gentes, cuando se forja una identidad propia. Y esa identidad no surge y se consolida por inercia, con el mero pasar del tiempo. Es producto de un gran esfuerzo colectivo que recorre largos, a veces inesperados caminos. Como esa personalidad propia de ciertas urbes parece cosa “natural”, muchas veces no se la valoriza en sus reales dimensiones. Simplemente se la considera como algo ya hecho.

Pero la experiencia nos enseña que detrás del “hacerse” de una ciudad hay mucho. La conmemoración de sus fechas destacadas, la exaltación de sus grandes personajes, la reconstrucción de su pasado, el rescate de sus raíces humanas, la búsqueda del origen de sus monumentos, todo ello contribuye a desarrollar una identidad. Pero también esta se configura con la valorización y hasta la reivindicación de lo cotidiano, de las cosas pequeñas, de las gentes comunes y corrientes, de los episodios nimios.

Pocas ciudades en América han logrado consolidar una identidad tan vigorosa y profunda como Cuenca del Ecuador. Claro que es ya una ciudad vieja, puesto que la antigua Tomebamba era nada menos que una de las capitales del Mundo Andino, antes de que se realizara su fundación española sobre lo que los conquistadores dejaron de la urbe indígena. Pero para la edificación de su personalidad histórica no han contado solo los años, sino también un secular y sostenido esfuerzo de sus gentes.

Cuenca es inconfundible, es única. Y la morlaquía es un hecho singular de la cultura ecuatoriana. Ha llegado a nuestro presente con los perfiles que conocemos al cabo de siglos de evolución como eje regional

---

\* Ricardo Márquez Tapia, *Cuenca colonial*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1995.

de una economía y una sociedad con rasgos definidos. En ese esfuerzo, desde luego, los actores fundamentales no han sido los individuos, sino la gente común y corriente, los anónimos protagonistas de la historia. Pero los historiadores, los cronistas, los cuentistas y hasta los conversadores han jugado un papel crucial en la conservación de la memoria colectiva. El Dr. Ricardo Márquez Tapia tenía un poco de todo ello y por eso su nativa Cuenca le debe como a pocos el esfuerzo de preservación de su identidad.

El Dr. Márquez, uno de los pocos autores ecuatorianos de quien se conserva una “autobibliografía” bastante completa, podía estar satisfecho de que gran parte de ella estaba dedicada a Cuenca, a sus gentes y a sus cosas. Desde artículos de periódico, escritos bajo presión del diario al cierre de edición, hasta libros de gran aliento, preparados durante años, un eje de su obra fue el rescate de los valores locales.

*Cuenca colonial* recoge dos volúmenes publicados por su autor como libros separados que, por su temática, deben considerarse como una unidad. Recoge fundamentalmente textos sobre Cuenca en tiempos republicanos. Se trata de monografías escritas dentro de los cánones más tradicionales del género. Sus temas y extensión son muy variados, pero todas responden a una misma preocupación general.

Uno de los libros que hoy forman este volumen lo leí hace como veinte y cinco años, cuando aún era estudiante universitario. Su autor me lo envió, generosamente dedicado, desde Cuenca y confieso que semejante deferencia alentó mi inclinación histórica. El otro lo he leído al preparar estas líneas. Desde el principio me impresionó el dominio que el Dr. Márquez tenía de la historia local cuencana. Eso no es solo producto de lecturas atentas de una bibliografía que, por lo demás, es muy escasa, sino resultado de un significativo esfuerzo de investigación original de archivo, que el autor realizó pacientemente por años.

Con la relectura he valorizado un hecho que no se percibe a primera vista, pero que es importantísimo en la reconstrucción de una identidad. Me refiero a la capacidad que tenía el autor de utilizar los testimonios orales. Se cree que esto de andar averiguando el pasado es vocación de desocupados, pero la verdad es que rescatar testimonios verbales directos de quienes conocen, recuerdan, pero no pueden escribir, es una de las tareas historiográficas más complejas. Y el Dr. Ricardo Márquez lo

hacía con solvencia, a base exclusivamente de su autoformación, porque las técnicas de historia oral no se enseñan ni aún hoy en las escuelas especializadas, peor en la Facultad de Medicina, que es donde el autor estudió hace muchos años.

La lectura de los lejanos setenta me dejó la impresión de que el autor tenía una inclinación pro hispanista, que no valorizaba suficientemente lo indígena y consideraba lo peninsular como la única base histórica de Cuenca. Ahora me parece que, aunque el hispanismo es evidente, hay también un reconocimiento del valor de lo criollo, lo indígena y lo popular, sobre todo en algunos de los estudios de la obra.

Debo hacer notar que el Dr. Márquez, como la gran mayoría de los autores de su generación, no ofrece referencias exactas de la bibliografía y la documentación que usaba. Eso dificulta grandemente trabajos posteriores. También he observado, como lo han hecho otros lectores de su obra, que a veces la narración se vuelve farragosa. Pero antes y ahora, quizá por deformación profesional de historiador, he preferido que así sea, porque de ese modo el Dr. Márquez da rienda suelta a su vocación por descubrir y destacar las cosas pequeñas, los incidentes nimios. Y creo que todos estaremos de acuerdo en que este prurito del detalle es a la larga uno de los puntos más fuertes del autor, que logra una visión del pasado llena de recovecos y matices.

Cuando mi entrañable amigo Juanito Tama me pidió que escribiera una “presentación” para esta obra de su ilustre abuelo, aparte de sentirme honrado con el compromiso, me quedé con la impresión de que ni el autor ni sus escritos realmente requerían de esa presentación. Primero, porque seguidamente aparece en el libro un texto que lo destaca como “historiador de Cuenca”. Segundo, porque se trata de un hombre público muy conocido. Y tercero, porque muchas veces las “presentaciones” se reducen a frases de compromiso. He escrito estos párrafos, sin embargo, porque quizá unas pocas reflexiones ya cerca del fin del siglo XX podrían contribuir a una relectura de una obra que debe tener nuevos contenidos y desafíos para cada generación.

Sucre, Bolivia, agosto de 1995.



## *Ecuador a comienzos de siglo,* de Claudio Mena Villamar\*

En los oscuros repliegues del medioevo europeo, el tránsito de un siglo a otro traía oleadas de desazón, de pánico, de histeria colectiva por la cercanía del fin del mundo. Agoreros y predicadores hacían su agosto. Y no faltaba también un arriesgado comerciante o un visionario eclesiástico que se hiciera rico con el temor general.

Con el paso del tiempo las fiebres milenaristas, al menos eso esperamos, han desaparecido pero el inicio de una nueva centuria no deja de provocar desasosiego y expectativa. Ahora mismo vemos que cada vez con mayor frecuencia se habla de que estamos ya en el “umbral del siglo XXI” y la gente actúa como si tuviera que completar un ciclo de vida antes de iniciar otro, como si se aproximara al fin de algo más que un año y al comienzo de otro.

Bastante de todo ello hay ahora y no menos curiosidad por hurgar en los repliegues de otros “comienzos de siglos”. El trabajo que ahora presenta Claudio Mena resulta ser una excelente respuesta a esa curiosidad y bastante más, puesto que no solo ofrece una detallada descripción de nuestro país entre el fin de 1899 y 1901, sino que bucea en el ambiente intelectual y la cotidianidad de entonces, proyectando una compleja y rica imagen de un país que no solo transitaba entre un siglo y otro, sino entre el viejo Estado oligárquico terrateniente y el “Estado laico”.

Claudio Mena empieza su trabajo revisando el panorama de enfrentamiento Estado-Iglesia que generó el estallido de la guerra civil de 1895. El conflicto entre Dios y Lucifer que sacudió al Ecuador finisecular duró décadas, pero quizás fue 1900 su momento más explosivo, porque se complicó con la amenaza de guerra internacional y con la realización de las primeras elecciones bajo el régimen liberal.

---

\* Claudio Mena Villamar, *Ecuador a comienzos de siglo*, Quito, Abya-Yala / Letranueva, 1995.

Tal como el autor lo presenta, la disyuntiva de Alfaro al elegir su sucesor no era solamente una cuestión de preferencias personales, sino una opción que comprometía el destino del liberalismo, empeñado en secularizar la sociedad y echar violentamente a la Iglesia fuera de ámbito del poder estatal.

Un panorama del Ecuador de inicios de 1900 solo podría ser completo si concede importancia a la vida de la gente común de ese entonces, a su existencia doméstica, diversiones, lecturas, educación y costumbres sociales. Esta obra dedica buena parte de sus páginas a la amena descripción de esas realidades, sin que le falte una dosis crítica de vez en cuando. Quito es objeto particular de estudio pero también hay muchas y muy interesantes páginas dedicadas a Guayaquil, donde no podrían faltar los clubes, los bomberos, la “filantrópica”, los acaudalados y hasta una inesperada corrida de toros.

Entonces como ahora, las limitaciones del erario público eran motivo de debate. También la situación municipal concentraba buena dosis de atención. Claudio Mena enfoca ambas cuestiones en forma atractiva y con datos de primera mano muy sugestivos. También echa un vistazo a la participación del Ecuador en la exposición de París de 1900.

Hace casi cien años los servicios públicos, transporte, luz eléctrica, correos y telégrafos eran objeto de gran atención ciudadana. Pero, a diferencia de hoy, corren el riesgo de caer bajo la avalancha privatizadora; entonces crecían más bien bajo el impulso de la inversión pública, que se pedía entusiastamente desde varias esquinas de la opinión pública.

Extenso y ameno viaje el que el autor esboza en su obra. Vale de veras la pena seguirlo en su aventura de periodista andariego y observador agudo. Al fin y al cabo en pocos años estaremos frente al siglo XXI y nos hará bien echar un vistazo al cuadro del Ecuador cuando se apagaba el Siglo de las Luces.

Quito, 1995.

## *Los ministros de la Audiencia de Quito,* de Tamar Herzog\*

Quienes estamos dedicados al oficio sabemos que uno de los trabajos más complejos y pesados de la investigación histórica es la sistematización de la información. Muchos que no están familiarizados con lo que hacemos, creen que nuestra tarea consiste en recolectar evidencias que de por sí nos permiten esbozar una visión del pasado. Pero en realidad, esas evidencias solo pueden conducirnos al conocimiento si han sido debidamente procesadas y organizadas.

Hay, pues, un trabajo que no es visible en el resultado final, pero que debe realizarse para que el conocimiento pueda avanzar con nuevos elementos explicativos. Ese trabajo es tedioso, largo y a veces poco productivo, pero en mucha medida de él depende el éxito y la calidad de los resultados. Una buena maestra es el producto de una labor de apoyo a una investigación realizada por Tamar Herzog sobre administración de justicia penal, que aparece como libro bajo el nombre *Los ministros de la Audiencia de Quito (1650-1750)*.

Para organizar su trabajo y conocer mejor a los actores de la administración audiencial quiteña en esos cien años, la autora realizó un fichero individualizado de cada uno de los presidentes, oidores, fiscales y protectores de indios. El fichero contiene el nombre completo, la forma de designación (con el precio pagado por el cargo, cuando lo hubo) del funcionario, las investigaciones oficiales que se realizaron sobre su desempeño (las llamadas “visitas” y “residencias”), sus funciones anteriores y posteriores, su situación económica y un listado de familiares conocidos. Al fin, cada ficha incluye una relación de las fuentes bibliográficas y documentales usadas.

La autora creyó que la publicación de su fichero podría ser útil para otras investigaciones y resolvió hacer con él un libro que aparece con una introducción explicativa sobre el funcionamiento de la Real Au-

---

13 Tamar Herzog, *Los ministros de la Audiencia de Quito (1650-1750)*, Quito, Libri Mundi, 1995.

diencia, su entorno urbano, la acción de sus miembros, su designación y carrera, sus competencias, rutinas y conflictos. La obra contiene también una explicación de su uso y un glosario de términos utilizados.

La sola descripción del contenido del libro da la medida de su importancia y utilidad, pero es preciso añadir que está escrita con mucha organización, con meticulosidad y esmero. Confieso que cuando recibí el manuscrito me había propuesto leer solo la parte introductoria, pero una vez comenzado lo terminé leyendo todo. Y luego, cuando tuve en mis manos el libro ya editado, he vuelto a buscar numerosas referencias. He leído varias veces, por ejemplo, la del presidente criollo quiteño Fernando Félix Sánchez de Orellana, cuya familia sola es un capítulo extenso de la historia del poder colonial.

En el libro de Tamar Herzog se descubre un doble mérito. Por una parte, contiene tal cantidad información que es un excelente instrumento de apoyo a ulteriores investigaciones. Por otra parte, en sí mismo es un modelo del tipo de trabajo que podría realizarse para otras etapas coloniales y republicanas. Es difícil encontrar limitaciones a un trabajo que de suyo tiene alcances muy definidos. Pero me parece que podría mencionar dos. La primera la confiesa la propia autora cuando dice que, al mencionarlas, no ha podido calificar las fuentes, y que en varios casos tiene la impresión de que no ofrecen información correcta, pero de todas maneras la incluye. La segunda se hace notar justamente cuando se aprecia el mérito de la sistematización y se nota la falta de un cuadro de secuencia temporal de los presidentes, oidores y otros funcionarios, que la autora pudo elaborar con el mismo material utilizado, y que ayudaría muchísimo a ver una panorámica de los cien años estudiados.

Me temo que un libro de la naturaleza del que presentamos no es apropiado para la discusión teórica o el esfuerzo retórico. Pero me complace sobremanera que nuestra literatura histórica pueda contar con trabajos como este, no solo porque son claves para orientar aspectos, digamos artesanales, en su mejor acepción, de estudio histórico, sino porque su lanzamiento es una ocasión para preanunciar la obra de la autora sobre la administración de justicia en la audiencia quiteña, que ahora se imprime en España.

## *Del desarrollo al espejismo,* de Germánico Salgado\*

La obra *Del desarrollo al espejismo: el tránsito de la economía ecuatoriana en los años 60 y 70* de Germánico Salgado Peñaherrera, es un trabajo de fondo, que invita a la lectura y provoca la reflexión y el debate.

Aun en los círculos más rigurosos de las Ciencias Sociales existe el prejuicio, con frecuencia discretamente oculto, de que los estudios que se hacen sobre el pasado inmediatamente anterior carecen de rigor, fundamentalmente por una ineludible ausencia de perspectiva. Esa falsa idea se acentúa cuando el autor del trabajo ha sido también protagonista de los procesos que estudia. Aunque semejante lugar común ha sido desvirtuado solventemente muchas veces, este libro de Germánico Salgado Peñaherrera es una elocuente prueba adicional de que un testigo y un actor, cuando tiene la solvencia intelectual y la rectitud necesarias, puede no solo realizar un trabajo de gran calidad, sino aportar dimensiones insustituibles al análisis de una realidad.

El hecho es que, en la mitad de la última década del siglo en que nos hallamos, los años sesenta y setenta han empezado a parecernos distantes. Definitivamente, los vemos ahora ya como parte del pasado. Y esto sucede no solo porque, efectivamente, se han alejado en el tiempo, sino porque en los años recientes los acontecimientos se han producido en forma rápida y han ido cambiando aceleradamente importantes aspectos de la realidad. La verdad es que un análisis de los sesenta y setenta hasta tiene ya la ventaja de la perspectiva, puesto que el movimiento histórico nos ha colocado ya lejos de esas décadas. Y ciertamente que un esfuerzo de esta naturaleza nos ayudará a conocer mejor nuestro pasado y también a enfrentar en mejores condiciones un porvenir que aparece más bien sombrío, sobre todo ahora que nos acometen las perplejidades finiseculares.

---

\* Germánico Salgado, *Del desarrollo al espejismo: el tránsito de la economía ecuatoriana en los años 60 y 70*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1995.

Germánico Salgado realiza en este libro un esfuerzo de análisis y reflexión verdaderamente significativo, en el que confluyen los conocimientos del profesional e investigador, con la experiencia del alto funcionario que ha desempeñado responsabilidades clave en la dirección de la economía del Ecuador. El tono del estudio refleja la manera de ser del autor. Es pausado, consistente, claro; pero no es “aséptico”, sino francamente comprometido con una visión del país, de sus posibilidades y limitaciones, que ha venido defendiendo vigorosamente sin ambages a lo largo de una larga vida profesional y pública.

El bien elegido título *Del desarrollo al espejismo* expresa la tesis fundamental de la obra, que trata sobre una realidad que se inicia a fines de los cincuenta, cuando el entusiasmo desarrollista era la tónica dominante, para avanzar luego hacia los años del boom petrolero, cuando sufrimos un colectivo fervor como el de la lechera de la fábula.

Desde luego que el libro trata varios temas menor profundidad que otros, y tiene tesis discutibles. Pero como obra de conjunto es un trabajo sólido, destinado a constituirse en un referente de nuestra literatura socioeconómica. Sería injusto, por lo demás, no mencionar que, aparte de una significativa dosis de autocrítica, este libro tiene una característica que le suma valor: está bien escrito. Su lenguaje permite la lectura no solo de los iniciados, sino de un amplio sector de interesados, que pocas veces pueden ver juntas la profundidad académica en lo económico y la calidad estilística.

Este libro aparece como volumen 45 de la Biblioteca de Ciencias Sociales de la Corporación Editora Nacional, que ha realizado significativos aportes a nuestra literatura socioeconómica. Es una coedición con la Universidad Andina Simón Bolívar, institución en la que Germánico Salgado colabora como docente desde 1993. Quiero expresar a Germánico mi agradecimiento por haber puesto en mis manos su manuscrito para que, sin ánimo de censor, juzgara su viabilidad editorial. Aparte de haberle formulado unas cuantas observaciones que el autor recogió gustosamente, mi opinión fue que la obra era no solo publicable sino necesaria como base crítica del pasado reciente.

Quito, 1995.

## *El rey de la noche,* de Mark van Aken\*

Juan José Flores ha sido, para ventura o desgracia del país del que llegó a ser proclamado “Padre de la Patria”, una figura polémica aún en nuestros días. Y esto es así por abundantes y buenos motivos. El general participó en las luchas independentistas; formó su hogar en Quito; aquí hizo su fortuna, tan cuantiosa como mal habida; gobernó el Ecuador por tres lustros en el trance de su fundación; una vez lanzado del poder pasó la vida tratando de reconquistarlo con el apoyo de potencias y mercenarios extranjeros; al fin de sus días volvió al país como victorioso jefe militar y ayudó a instalar en el mando a Gabriel García Moreno; y aun ya muerto, su descendencia familiar y política, la “Dinastía Mastuerzo”, fue clave en la lucha por el poder por más de un siglo.

Pero por si lo dicho no fuera suficientemente importante, hay también motivos adicionales, aunque menos conocidos y debatidos, por los que Flores es motivo de agrias polémicas aun al filo del siglo XXI. Y es porque, detrás de una trayectoria pública y castrense tan agitada, se expresó también en la vida del caudillo un conflicto estructural que ha acompañado al Ecuador en toda su historia: lo que ahora llamarían los científicos políticos “la cuestión de la gobernabilidad”.

Junto a una voracidad no ocultada por el poder y a una indudable inteligencia y habilidad para manejar a la gente, en los actos de Flores se encuentra también la preocupación por hallar una fórmula que permitiera estabilizar el funcionamiento político de países como los nuestros, que nacieron a la vida autónoma con débiles proyectos nacionales, indefinidos territorialmente, desintegrados regionalmente y, sobre todo, divorciados de su propia base popular andina.

Aunque muy pocas figuras de los albores de nuestra república se atrevieron a defenderlo en público, puesto que la institucionalidad repu-

---

\* Mark van Aken, *El rey de la noche*, Quito, Banco Central del Ecuador, Colección Histórica XXI, 1995.

blicana formal pareció predominar desde el principio, el hecho es que muchos pensaron entonces, y lo siguieron pensando por largo tiempo, que la solución de estabilidad para los países recién nacidos era la adopción de regímenes monárquicos. Para ello encontraron no solo el ejemplo europeo, sino inclusive las tendencias bolivarianas del fin de la República de Colombia. Flores fue, justo es reconocerlo, pro-monárquico desde joven. Y aunque se acomodó a las fórmulas republicanas del inicio, fue profundizando esa convicción con su experiencia política.

Aunque la historiografía ecuatoriana ha dedicado significativos esfuerzos y no pocas agrias polémicas a Flores y al floreanismo, ha trabajado muy poco, y yo diría más bien nada en forma sistemática, a estudiar el fenómeno monárquico del siglo XIX. Por ello, entre otros motivos, resulta sumamente importante destacar que el Fondo Editorial del Banco Central del Ecuador haya publicado una traducción enriquecida con textos originales de la obra *El rey de la noche*, de Mark van Aken, un trabajo publicado por su autor en inglés en 1989 en la editorial de la Universidad de California.

Aunque buena falta hace una biografía de Juan José Flores, este libro no es propiamente eso, si bien constituye, desde luego, el mejor acercamiento a la personalidad del caudillo. Van Aken se propone rastrear la trayectoria de Flores en la política desde sus inicios como funcionario de Colombia en el Distrito del Sur y estudiar lo que se podría denominar como su proyecto monárquico. Para ello aporta no solo un esfuerzo significativo de revisión bibliográfica, sino también una importante investigación original en varios archivos.

El autor ofrece una visión equilibrada y realista del personaje, y su mayor mérito constituye en que ubica su acción política en el marco de las circunstancias y el pensamiento de su tiempo. Para ello estudia las condiciones de Colombia desde 1824, enfrenta el problema de la construcción inicial del naciente Ecuador, especialmente en lo que hace relación con el enfrentamiento regional, trata de explicar la lógica de la “Carta de la Esclavitud” y se detiene extensamente en los proyectos floreanos de implantación monárquica, que caracteriza de esta manera:

El general Flores pretendía ser el único presidente legítimo del Ecuador y supuesto salvador de la nación. Los líderes del gobierno de Quito se referían al ex presidente sin embargo como pirata, bandido, tirano

y traidor. Estos epítetos tocaban una llaga, puesto que Flores se había convertido de hecho en un filibustero renegado, según el modelo de William Walker, Narciso López y otros aventureros de la época que se confabulaban con gobiernos extranjeros, levantaban ejércitos privados y conspiraban para tomar el poder por cualquier medio.

Aunque ya algunos otros trabajos han llamado la atención sobre este asunto, el de Van Aken logra con mayor claridad trazar un panorama en el que se aprecia la acción de Flores no solo frente al Ecuador, sino a América Latina en su conjunto. Dicho de otra manera, el general es visto como un exponente de una tendencia pro-monárquica amplia, con significativa base social y, sobre todo, con mucha mayor audiencia en las cortes europeas de entonces de la que sobre todo los autores ecuatorianos han estado dispuestos a admitir.

La versión inglesa de la obra está muy bien escrita y su lectura resulta amena e ilustrativa. Lo mismo puede decirse de la traducción castellana que hoy se publica; es esmerada y ágil para la lectura. No cabe duda de que será un libro de referencia básico de aquí en adelante.

Van Aken no puede ser acusado de que escribe con consignas políticas. Pero lo que uno saca en limpio de su trabajo es algo que nuevos aportes historiográficos en el país han venido subrayando sobre Flores. Fue un hombre inteligente, gran jefe militar, hábil caudillo político, amigable componedor de conflictos de interés, leal en sus convicciones monárquicas, pero no fue el estadista de la talla de los que se requieren cuando se fundan naciones. Por ello, además del aporte intelectual que la obra lleva consigo, el autor nos ha proporcionado, sin pasiones ni exageraciones, un título más justo que el de “Padre de la Patria” para Juan José Flores, el de “El rey de la noche”.



## *Manuela Sáenz, presencia y polémica en la historia,* de María Mogollón y Ximena Narváez\*

Manuela Sáenz es quizá la más destacada víctima del machismo que ha dominado nuestra cultura nacional y, dentro de ella, nuestros estudios históricos. Cuando estaba viva sufrió la persecución porque la amante del “longanizo”, como llamaban a Simón Bolívar, debía sufrir su misma suerte. Luego, cuando empezó el culto al Libertador, que en Quito y el Ecuador fue muy temprano, se mantuvo a su sombra. Se le disculparon sus actos “escandalosos” porque amó al gran hombre y hasta llegó a salvar su vida. Pasados los años, su figura, siempre subsidiaria a la de Bolívar, sirvió para que el romanticismo tipificara los frutos de la pasión. Hasta nuestros días, como reivindicación de la mujer, se ha llegado a hablar de su vida heterodoxa como símbolo de una temprana liberación femenina.

Desde la arenga escolar hasta la disertación refinada, cual más cual menos, para definir a Manuela se dice eso de que “detrás de un gran hombre hay siempre una gran mujer”. Se acepta que fue una gran mujer, pero el hecho es que ella siempre está detrás. Muy pocas veces se ha intentado verla a ella misma, desde luego que no separada porque es imposible, pero ciertamente distinta de Simón Bolívar.

Este libro es un esfuerzo por descubrir a Manuela por sí. Es acerca de cómo ella ha sido vista en nuestra historia, pero asumiéndola como protagonista de su propia vida. Luego de esbozar una breve biografía, se pasa a la lectura de los testimonios de los contemporáneos que la conocieron y escribieron sobre ella. En los capítulos siguientes se caracterizan los diversos períodos de nuestra vida republicana y se establecen las claves de percepción de la figura y la acción de Manuela Sáenz. La obra

---

\* María Mogollón y Ximena Narváez, *Manuela Sáenz, presencia y polémica en la historia*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1997.

concluye con los debates y reconceptualizaciones que se están dando en nuestros días, incluyendo aquellos que tratan de realizar una suerte de canonización subsidiaria de la “Libertadora del Libertador”.

Se advertirá que el libro es fruto de un gran esfuerzo de recolección bibliográfica y de sistematización. Contiene numerosos aportes dentro de un campo muy poco estudiado en nuestro país. Desde luego que tiene también muchas lagunas y limitaciones, pero estas, aparte de ser comprensibles dada la situación de nuestras ciencias sociales, son un desafío para ulteriores trabajos. De todas maneras, dadas sus características, es previsible que se constituya como un referente de nuevas interpretaciones.

En su origen este trabajo fue un proyecto de tesis de grado dedicada al estudio del contenido de nuestros textos de enseñanza. Cuando sus autoras maduraron la idea terminaron por escribir una propuesta de interpretación de las diversas visiones que se han dado en nuestra historia sobre la polémica figura de Manuela Sáenz. El esfuerzo fue muy grande y largo también, no solo hasta cuando la tesis fue presentada, sino luego, cuando se la transformó en libro.

Me cupo la satisfacción de ser el director de la tesis. Confieso que dirigir el trabajo fue una gran experiencia de la que aprendí mucho. Por ello estoy seguro de que los lectores lo van a encontrar también lleno de información y propuestas novedosas.

*Procesos*, No. 10, 1997.

## Una relectura de *El poder político en el Ecuador*, de Osvaldo Hurtado\*

Cuando, no sin algún esfuerzo, constaté que ya habían pasado veinte años de la primera edición de una obra que siempre he considerado como “nueva” en la literatura social del Ecuador, comencé a ratificarme en la idea de que el trabajo de toda una generación es ya en muchos sentidos parte del pasado y amerita una relectura evaluatoria. Por ello agradezco la oportunidad que nos ofrece Osvaldo Hurtado para que emprendamos una relectura de su obra *El poder político en el Ecuador* que apareció en 1977.

La primera constatación, quizá un poco cínica en boca de un historiador, es que eso de “veinte años no es nada” está bien para el tango pero no para la realidad. Veinte años son hartos años y en ellos pueden pasar muchas cosas. Verdad es que estas dos décadas han sido excepcionalmente movidas y la historia se ha acelerado, pero en cualquier momento son ya un considerable lapso, que puede ofrecernos la posibilidad de una perspectiva.

Hace ya algunos años, al comentar esta obra, hacía notar que fue producto de la década de los setenta que atestiguó un enorme desarrollo de los estudios sociales en el Ecuador. El fenómeno fue más bien tardío, en relación con otros países latinoamericanos, pero ha demostrado ser muy rico y fecundo.

Desde cuando apareció la obra era un trabajo bien estructurado, y en sus posteriores ediciones, sobre todo en su edición en inglés, el autor realizó ajustes importantes. El contenido general descrito, empero, se mantuvo. No cabe por ello duda de que la obra de Hurtado es un notable esfuerzo por llegar a una síntesis interpretativa de un proceso histórico complejo y poco menos que desconocido. Revela un enorme trabajo de

---

\* Osvaldo Hurtado, *El poder político en el Ecuador*, Quito, Planeta, 1997.

lectura de libros y otros materiales ya publicados, al mismo tiempo que un bien logrado tratamiento de algunas temáticas concretas. Aunque no es pionero en este campo, el libro representa también un paso adelante en la línea de consolidar un estilo de trabajo en las ciencias sociales, más ajustado a un marco analítico y basado en evidencias empíricas. En el Ecuador, hasta hace menos de medio siglo, el nivel no pasaba comúnmente de la biografía, el escrito apologético o el ensayo.

Esto, entre otras cosas, planteaba hace algunos años y añadía que el libro tiene muchos elementos sugerentes y mantiene unidad en su línea expositiva, pero no logra, en cambio, ofrecer una explicación integradora y coherente del proceso de lucha por el poder en el Ecuador. Esto se debe fundamentalmente a una autoconfesada renuncia a una opción teórico-metodológica concreta. El autor insiste en que la “naturaleza única” del desarrollo histórico ecuatoriano exige el uso de una mezcla de categorías y conceptos de diverso origen y distinto nivel de rigurosidad científica.

Siempre he sostenido que la opción interpretativa de Osvaldo Hurtado asentada en una postura política reformista es, en varios sentidos, la continuidad de una línea de entender el país. La síntesis de Hurtado contiene muchos elementos originales, pero su interpretación básica, en especial la del sistema hacendario, tiene claros antecesores en el pensamiento ecuatoriano. El más importante de ellos es Jacinto Jijón y Caamaño, lúcido historiador y al mismo tiempo líder del Partido Conservador. *El poder político en el Ecuador* representa, pues, la continuación de una tradición interpretativa concreta, al mismo tiempo que un brillante esfuerzo por actualizarla dentro de una moderna visión reformista.

En términos generales, ahora, luego de una agradable relectura del libro, sigo pensando básicamente lo mismo. En realidad la obra plantea rutas de análisis muy importantes, pero carece de una interpretación globalizadora. Discrepo con el autor en su idea de que la renuncia a una opción interpretativa expresa es uno de los fuertes de su obra. Primero, porque eso precisamente le impide desarrollar una visión integradora. Segundo, porque, en realidad, sí hay una opción metodológica e ideológica en el libro. El empirismo y el eclecticismo son posturas académicas que no vuelven a un trabajo “aséptico” o “desprejuiciado”, sino que lo caracterizan inequívocamente.

La obra es un trabajo profundamente comprometido, como no puede dejar de serlo el de un intelectual, sobre todo si es al mismo tiempo dirigente político. Es la más sólida base interpretativa de una postura política reformista que dominó el “centro” político del país por más de dos décadas.

Ahora, en un nuevo acercamiento a sus propuestas, creo, como el propio autor lo hace notar, que contiene varias líneas de interpretación de aspectos ideológicos y regionales que han sido revalorizados en los últimos veinte años desde varias posturas ideológicas. Y, desde luego, el trabajo sobre el funcionamiento de la hacienda tradicional sigue siendo un referente básico. En general creo que quien vuelve a leer la obra al cabo de los años, encuentra en ella una secuencia temática que trae consigo coherentes explicaciones de ciertos fenómenos, llamadas de atención sobre lugares comunes que no deben repetirse, propuestas de trabajo ulterior y, desde luego, una visión de todo el pasado del Ecuador. Creo, por ejemplo, que observaciones como las que se hacen sobre el populismo tienen, hay que reconocerlo, dolorosa actualidad.

Pero la nueva lectura de la obra me ha hecho presente uno de sus límites, francamente poco comentado antes, pero ahora definitivamente notorio. Me refiero al escaso desarrollo de una periodización que permita entender mejor la perspectiva histórica. El autor prefirió una segmentación temática más bien que diacrónica y eso conspira contra la posibilidad expositiva de la secuencia de los procesos. Justo es reconocer, empero, que esto se puede decir al cabo de más de dos décadas de que se ha trabajado en este campo y teniendo en cuenta que no es una limitación exclusiva de esta obra, sino común en el momento de desarrollo de la historiografía nacional en que fue escrita.

Como lo habrá hecho todo el mundo, lo primero que leí cuando cayó en mis manos esta vigésima edición fue la introducción que el autor escribió para ella. Allí, en sus primeras páginas encontré que Osvaldo había vuelto militantemente, ahora en tono más triunfalista que antes, a su polémica con trabajos de interpretación de la historia del Ecuador realizados desde la perspectiva que denomina sociología marxista. Como que el colapso de los sistemas de Europa Oriental y la crisis general y arrasadora del socialismo como propuesta hubieran provocado que esas interpretaciones carecieran ahora de vigencia.

Me parece que la crisis general no ha atacado solo a una tendencia vinculada con la militancia de izquierda, sino a todas las ciencias sociales en general. Muchos paradigmas se han venido abajo y la propia valorización social del trabajo de quienes nos dedicamos a este oficio ha venido a menos. No hay crisis solo en el pensamiento marxista, sino en todo el pensamiento social, y eso en realidad no le da la razón a nadie, sino que nos debe dar pena a todos.

En estos veinte y más años en que me he desempeñado, mal que bien como lector, autor, maestro y editor, he llegado a la convicción firme de que, más allá de que estén sustentados en uno u otro marco teórico, hay libros buenos, libros malos y libros medianos. Hay obras que aportan y prevalecen, se hacen clásicos. La interpretación del Ecuador de Jacinto Jijón y Caamaño es uno de ellos. Las obras de Leopoldo Benites Vinueza, Agustín Cueva y Fernando Velasco Abad también lo son. Todos sabemos que la polémica de Osvaldo se dio frente a autores como ellos, especialmente frente a los dos últimos, que vienen a ser como los abanderados de las posturas marxistas y dependentistas.

Hay que reconocer que mucha literatura de cafetín o de barricada del peor gusto estalinista ya no se lee y no se recuerda en el país. Pero eso francamente no es imputable al marxismo, sino a la calidad de sus autores. Pero Benites, en su estilo, y Cueva y Velasco, en su ámbito, son autores que no solo han influido en el pensamiento histórico y social ecuatoriano en el pasado, sino que ahora tienen una evidente actualidad. Claro que el dependentismo a ultranza debe ser criticado y que en todos los casos, y eso incluye también a Osvaldo Hurtado, el lector actual echa de menos en las obras un trabajo de investigación de fuentes de primera mano. Pero no cabe duda de que *Ecuador, drama y paradoja*, *Entre la ira y la esperanza*, *El proceso de dominación política en el Ecuador y Ecuador: subdesarrollo y dependencia*, ofrecen ahora con una calidad innegable aportes sólidos que nos ayudan a conocer el Ecuador de ayer y hoy. Obras como esas, en buena parte por su opción teórica y metodológica, por su naturaleza militante, lograron hacer aportes que se reconocen ahora, más allá de sus limitaciones de circunstancia. En suma, son libros buenos.

Me alegra que a sus veinte años *El poder político en el Ecuador* siga siendo una obra provocadora y que su autor siga promoviendo debate. Al fin y al cabo, no me metiera de apologista de difuntos si no estuviera

convencido de que Osvaldo Hurtado quería que este lanzamiento fuera en verdad un espacio crítico. Todos reconocen, estén o no de acuerdo con sus ideas, que su seriedad intelectual causa estragos hasta en las caballerizas de *El Cortijo*.

Creo que quien quiera conocer nuestra patria debería leer esos libros que el tiempo ha consagrado como clásicos. Con entusiasmo, y no solo por simpatía personal con su autor o la excelente presentación que Planeta ha dado a la obra, sigo recomendando a quienes quieren entender nuestro país la lectura de *El poder político en el Ecuador*. Les acercará a un autor serio, de indiscutible honestidad como analista y calidad como expositor. Porque nos sigue enseñando algo nuevo sobre nuestra patria y porque, a Dios gracias sigue despertando polémica, es un buen libro.

Intervención en la mesa redonda:  
“*El poder político en el Ecuador*  
de Osvaldo Hurtado, vigésimo aniversario”  
*Procesos*, No. 10, 1997.



## *El proceso de dominación política en el Ecuador, de Agustín Cueva\**

Cuando a inicios de la década de los setenta circulaba una modesta edición de *El proceso de dominación política en el Ecuador* Agustín Cueva, su autor (Ibarra, 1939-1992), aun cuando no era muy conocido para el público en general, era ya considerado en los medios académicos como uno de los más destacados intelectuales de izquierda del país.

Para entonces había cumplido ya un papel destacado en la gestación de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central, de la que fue director por algunos años. Precisamente, en el ejercicio de la cátedra había producido apuntes que fueron recogidos en publicaciones mimeografiadas para lectura de los alumnos. Esos apuntes los había trabajado cuidadosamente y presentado al ya célebre concurso Casa de las Américas de La Habana, obteniendo una mención. Luego los publicó como un pequeño libro que habría de convertirse en uno de los más leídos del país.

En una etapa de la vida nacional en que las propuestas teóricas de la izquierda marxista habían logrado creciente influencia en la educación y la cultura y el interés por los estudios sociales se había intensificado, el libro de Cueva se transformó en un obligado texto de lectura para profesores y estudiantes. En poco tiempo proliferaron las reediciones, varias de ellas piratas, realizadas más de una vez por instituciones universitarias y organismos estudiantiles.

Cuando Agustín se trasladó a vivir en México y obtuvo una cátedra en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), se desligó de la docencia en el Ecuador, pero mantuvo estrechos vínculos con el país, al que visitaba con regular frecuencia. También mantuvo un ritmo

---

\* Agustín Cueva, *El proceso de dominación política en el Ecuador*, Quito, Planeta, 1997.

de lectura permanente de los materiales de análisis social y económico producidos en Quito, y un activo diálogo con intelectuales y dirigentes políticos.

*El proceso de dominación política en el Ecuador* estuvo originalmente dividido en tres partes. La primera, la más extensa, estaba dedicada a un análisis de la lucha por el poder en el Ecuador del siglo XX. El trabajo estudia la sucesión de diversos momentos desde la revolución liberal hasta el último velasquismo. El análisis es más bien somero, pero en pocas líneas integra brillantemente aspectos de estructura social y definición de los grandes actores colectivos, con la dimensión coyuntural y la acción de los protagonistas individuales. Con el paso del tiempo, el autor fue realizando periódicas “actualizaciones” con nuevos textos que analizaban las nuevas etapas que iban desde principios de los setenta hasta inicios de los noventa.

La segunda parte de la obra estuvo dedicada al estudio particularizado del velasquismo. Aunque la primera parte fue, sin duda, la más leída, la segunda resultó ser la más polémica, puesto que la caracterización del fenómeno como “populismo” despertó lo que vino a ser el debate más sostenido de nuestras ciencias sociales. Personalmente, participo de la opinión de que el uso de la categoría “populismo” no fue muy feliz, puesto que, lejos de ayudar a entender la realidad, vuelve más oscura su explicación; pero siempre he opinado que eso no invalida ni mucho menos el trabajo, que ofrece sugerentes explicaciones sobre los diversos momentos de la trayectoria del velasquismo, la acción política de su caudillo Velasco Ibarra, sus propuestas políticas y sus relaciones con sectores sociales clave en el escenario político nacional.

La tercera parte del libro estaba dedicada a una breve discusión sobre la coyuntura presente de los setenta y sus proyecciones hacia el futuro. Con el tiempo, esta parte, actualizada y reformulada se integró a la continuación de la primera. Cuando la obra fue publicada por primera vez por la Editorial Planeta en 1988 en una “edición corregida y actualizada”, que él consideró definitiva, Cueva redactó un nuevo prólogo y añadió una nueva tercera parte, dedicada a la polémica con sus opositores en la interpretación del velasquismo.

El que esta obra de Cueva se hubiera transformado en un referente fundamental de los estudios histórico-sociales del Ecuador se debe,

sin duda, a múltiples factores; pero entre ellos están, ciertamente, el que cubría una necesidad de nuevas interpretaciones y el que Cueva realizaba un estudio integrado de las diversas dimensiones del análisis desde una opción teórica marxista, al mismo tiempo rigurosa e imaginativa. Pero debe también destacarse el hecho de que el autor no solo era un excelente analista de la realidad, sino que sabía interpretarla con un lenguaje fácil para el gran público que, lejos de empobrecer el contenido del estudio, le daba mayor calidad aún. El que Cueva fuera uno de nuestros grandes escritores fue también un factor del éxito de su obra.

Obra de su tiempo al fin, *El proceso de dominación política en el Ecuador* realizó contribuciones pioneras, pero tuvo también limitaciones. No pudo superar, por ejemplo, esa confusa caracterización de la “burguesía agroexportadora” costeña en que Cueva mezcló a diversos sectores dominantes regionales. Vista desde mi perspectiva de historiador, entonces como ahora, no puedo menos que criticar esa tendencia de Agustín a desvalorizar la labor de investigación empírica y documental que le llevó a pensar que era posible realizar un trabajo con puras referencias de otros libros y publicaciones periódicas, sin ir a las fuentes primarias.

Pero más allá de esas y otras limitaciones, este libro ha significado tan sustancial aporte en tan diversos aspectos que ahora ya nadie duda de que constituye uno de los clásicos de nuestra literatura social. El solo impacto, muy poco estudiado por desgracia, que logró en la enseñanza secundaria y superior lo consagra como tal. Por ello, la nueva edición que acaba de presentar Planeta contribuye a mantener al alcance de los lectores un libro que deben leer todos quienes buscan las raíces de nuestra identidad.



## *Las mujeres también hacen historia,* por Mercedes Jiménez de Vega\*

Si alguien denunciara que, masivamente, los manuales e investigaciones de nuestra historia nacional se refieren en forma dominante, desbalanceada o hasta exclusiva, solo a la mitad de la población, seguro que atestiguaríamos una fuerte protesta de los grupos marginados, especialmente si ellos resultan ser expresión del poder regional.

La verdad es que nuestros estudios históricos se refieren casi exclusivamente a quienes somos algo menos del cincuenta por ciento de la población del Ecuador: los hombres. Siglos de predominio machista han dejado un huella profunda y resulta que los protagonistas de nuestra historia, los colectivos y los individuales, son casi exclusivamente varones. Las mujeres solo ocupan espacios marginales, limitándose a veces a llenar cierto espacio en las anécdotas.

Hemos vivido años con esta inequidad. Nuestras historias hablan poco o nada de la participación de las mujeres. Hay muy escasa producción en historia de género. Y, definitivamente, no existe un texto que abarque en forma general la presencia de las mujeres en nuestro desarrollo histórico.

Frente a esta realidad, Mercedes Jiménez de Vega ha resuelto dedicar su esfuerzo a producir un libro que ofrezca una breve visión de conjunto sobre la mujer en la Historia del Ecuador y un perfil biográfico de varias figuras representativas de cada época.

Esta obra representa un paso importante no solo porque llena un vacío, sino porque está escrita por una persona que ha realizado un activo trabajo en pro de los derechos de las mujeres a nivel del país y en América Latina. Mercedes Jiménez de Vega conoce el tema de los derechos de la mujer y ha vivido sus luchas en su trabajo en diversas organizaciones.

---

\* Mercedes Jiménez de Vega, *La mujer en la Historia del Ecuador: las mujeres también hacen historia*, Quito, Comité Ecuatoriano de Cooperación con la Comisión Interamericana de Mujeres, 1998.

El libro parte de la tradicional división de nuestra historia en tres épocas: Aborígen, Colonia y República, con la Conquista y la Independencia como períodos de transición. Al tratar cada época esboza una perspectiva analítica general y luego formula una semblanza de sus figuras más importantes.

En la lectura de la obra he encontrado que recoge varias de las ideas más difundidas en nuestra historia tradicional, que no siempre son correctas. El libro repite, por ejemplo, una visión muy atrasada del “Reino de Quito”, en tanto que la moderna historiografía ha logrado importantes avances en el conocimiento de la constitución de los señoríos étnicos y el fin de la Época Aborígen.

Estas y otras observaciones podríamos hacer desde la perspectiva de la historia como disciplina científica. Pero la generalidad de los lectores no captará quizá estos puntos, sino que percibirá más directamente el calor que pone la autora en destacar la acción de nuestras grandes mujeres a través de sus minibiografías. Por lo demás, las debilidades que pueden hallarse en los siglos iniciales dan paso a un análisis mucho más sólido conforme la obra va llegando al siglo XX.

Mercedes Jiménez de Vega tiene mucha experiencia como escritora. Esto le permite ofrecer una obra de lectura ágil en la que hay numerosas páginas que capturarán el interés de hombres y mujeres que, no siendo especialistas, quieren conocer la historia desde una perspectiva de género.

En las páginas del libro se encuentran las mujeres de hace cinco mil años que impulsaron el desarrollo de la agricultura, las monjas destacadas de la Colonia, nuestra primera santa nacional, una brillante pero corrupta “primera dama” de hace siglos, las Manuelas de la Independencia, escritoras, dirigentes políticas, parlamentarias, artistas y líderes laborales e indígenas de la época republicana. Muchas son hasta ahora motivo de polémica, pero todas pueden ser objeto de una lectura atenta en las páginas de esta obra.

## *Gracias a la vida,* de Pedro Jorge Vera\*

Cuando en 1993 apareció la primera edición de la autobiografía de Pedro Jorge Vera, que el autor bautizó con esa sentida frase de Violeta Parra, “Gracias a la vida”, al leerla atravesé por tres momentos de acercamiento a la obra. Primero, curiosidad; luego, hallazgo de una fuente sobre nuestra historia; al fin, encuentro con un hombre.

Mi primera reacción al tener el libro en mis manos fue de curiosidad por saber cómo Vera había contado varios de los hechos de su vida pública que no solo han sido polémicos sino que constituyen hitos de la historia del país. Al fin y al cabo el autor, aparte de literato de oficio, ha sido también un político de izquierda activo y un periodista de barricada por más de cinco décadas.

Sin seguir el orden, saltando páginas, llegué a la “Gloriosa” de mayo de 1944. Vera la enfrenta con realismo, explicando, más que justificando, el optimismo que la izquierda tuvo por Velasco Ibarra y su discurso revolucionario, que en pocos meses devino en actitud de persecución. Con un nuevo salto en el texto leí la experiencia en las revistas *La Calle* y *Mañana*, que trajo polémica y distanciamiento con quien una vez fue “Juan sin Cielo”. El autor expone su punto de vista con coherencia pero sin rencores, sabiendo sobre todo que con el tiempo quedaría clara su posición.

Estas, me parece, son dos pruebas de la calidad de testimonio de Vera que, por otra parte, no rehúye tampoco un tema que por temor o pudor no forma parte de la mayoría de las biografías: la dimensión sentimental, los amores y aventuras.

Mi segunda reacción frente a *Gracias a la vida* fue de historiador. Cuando leí la obra desde el principio, me llamó la atención la gran masa de información sobre nuestro pasado. Era esperable, dada la personalidad del autor, que mencionara referencias sobre política y cultura, pero

---

\* Pedro Jorge Vera, *Gracias a la vida, autobiografía*, Colección Testimonios, vol. 8, Quito, Corporación Editora Nacional, 2a. ed., 1998.

hay gran cantidad de informaciones sobre la vida cotidiana de las familias, las oficinas, la calle, los grupos medios.

Al fin, más allá de la curiosidad y de la búsqueda de datos, mi actitud ante el libro fue de respeto por su autor. La obra es un testimonio de coherencia mantenida a puro pulso por un hombre de una vida larga, compleja y agitada. En muchos casos golpeado, pero siempre militante y en búsqueda de la identidad del Ecuador y de la vigencia de la democracia.

Desde luego, el libro está bien escrito, aunque esto casi no tiene sentido mencionarlo. Al fin y al cabo Vera es uno de nuestros escritores consagrados. Confieso, quizá por deformación profesional, que la lectura de la autobiografía me ha entusiasmado más que la de algunas obras literarias del autor que, por cierto, he encontrado siempre buenas.

En este año 1998 se realizó una nueva edición de la obra con unas cuantas páginas de actualización que cubren los hechos acaecidos desde 1993. En su relectura me he topado con las mismas reacciones de hace cinco años. Con oportunidad de un acto de presentación me he atrevido a escribirlas, ahora sin otro ánimo que alentar su lectura.

*Gracias a la vida* aparece como un nuevo volumen de la Colección Testimonios de la Corporación Editora Nacional. En esa serie editorial también pueden hallarse las autobiografías de distinguidos ecuatorianos que han ocupado las más diversas posiciones en distintos momentos históricos: Jorge Carrera Andrade, Leonidas Proaño, Luis Alfonso Ortiz, Leonardo Muñoz, Francisco Febres Cordero y, entre otros, un comandante del enfrentamiento con el Perú en 1995.

Vale la pena leer esta obra de Vera no solo como una buena muestra de autobiografía, sino como el testimonio de una generación de escritores que al mismo tiempo fueron activos militantes de izquierda. Y en ese sentido actores de la historia del Ecuador.

*Procesos*, No. 12, 1998.

## *Fray Jodoco Rique y Fray Pedro Gocial,* de Agustín Moreno\*

Desde los días de sus inicios coloniales en el siglo XVI, la ciudad de Quito ha mantenido una especial vinculación con la orden franciscana. Esto no solo porque fue fundada bajo la advocación de San Francisco, sino también porque sus religiosos han sido protagonistas de primera fila en el desenvolvimiento histórico de la urbe.

Y si al recordar esa ya centenaria vocación franciscana de nuestra capital deben mencionarse, en particular, nombres de frailes que han aportado decisivamente a la vida quiteña, no cabe duda de que los dos primeros deberían ser los de fray Jodoco Rique y de fray Pedro Gocial no solo por razones cronológicas, sino por el peso de su acción en los albores del desarrollo de la ciudad.

Por todo ello resulta particularmente importante la edición de una obra dedicada a estos “apóstoles y maestros franciscanos de Quito”. Este libro escrito por uno de los más importantes especialistas del país, fray Agustín Moreno, merece considerarse por muchos motivos como uno de los aportes más sólidos para el estudio de los primeros pasos en la vida de nuestra capital.

La obra del P. Moreno contiene una semblanza personal de los dos religiosos que realizaron un multifacético aporte a la orden franciscana y a la ciudad en sus primeros años. Fray Jodoco fue notable como constructor, maestro, dirigente político, propulsor de la agricultura, misionero, confesor y orientador de las conciencias. Fray Pedro “el pintor”, como lo llamaban, fue no solo uno de los fundadores de una rica tradición artística, sino también colaborador eficiente de fray Jodoco.

Fray Agustín Moreno es un gran conocedor, un investigador infatigable, un erudito. Todo ello se refleja en su libro. Ofrece gran cantidad de información, pero también logra adentrarse en la vida de sus perso-

---

\* Agustín Moreno, *Fray Jodoco Rique y Fray Pedro Gocial, apóstoles y maestros franciscanos de Quito, 1530-570*, Quito, Abya-Yala, 1998.

najes y su entorno. La obra, sin embargo, no se agota en el estudio de la personalidad de los dos franciscanos, sino que ofrece también una excelente visión de la realidad en que les tocó vivir. Es un sólido estudio sobre la sociedad quiteña de los albores de la Época Colonial.

Habiendo nacido en Flandes, fray Jodoco percibía la realidad en forma más clara y compleja que los religiosos convencionales. Luego de haber sido compañero de juegos de un futuro emperador y discípulo de un religioso que llegó a ser papa, podía ver el mundo con más perspectiva. Así lo hizo y dio a su acción en Quito una dimensión amplísima. Fue quizá la personalidad de más alto nivel que vino a Quito en siglos. Fue por ello no solo el eje de la fundación del convento máximo, sino también orientador del cabildo, consejero de las autoridades y protector de los indígenas.

Esto último destaca el P. Moreno en su obra con gran nitidez. Cuenta que el religioso flamenco dedicó grandes esfuerzos a la educación de la aristocracia indígena, así como a protestar por los abusos que se cometían contra las comunidades originarias, aunque esto lo enfrentara al poder. Era un visionario.

Gracias a los aportes del libro del P. Moreno ahora podremos conocer mejor a un hombre y a su tiempo, a sus colaboradores como Pedro Gocial, testigos privilegiados de los años primeros de nuestra franciscana capital.

*Procesos*, No. 13, 1998-1999.

## *Hispanoamérica y sus paradojas en el ideario filosófico de Juan León Mera, de Catalina León Pesántez\**

No cabe duda de que don Juan León Mera fue un intelectual múltiple. Compuso, como lo sabemos todos, la letra de nuestro himno nacional. Escribió el primer ensayo de crítica de la literatura ecuatoriana y una novela pionera en nuestro país. Produjo ensayo, crónica y poesía. Rescató cantares populares y tradiciones religiosas. Mantuvo correspondencia con grandes de la cultura de su época en América y Europa. Polemizó con varios de sus notables contemporáneos. Al mismo tiempo fue un político militante. Estuvo entre los fundadores de la Unión Republicana, organización política que antecedió al Partido Conservador. Escribió sus bases ideológicas y al mismo tiempo realizó una labor intensa de organización de la primera fuerza política del país.

Con todo eso, pese a que se ha escrito bastante sobre Mera, no se han estudiado algunas dimensiones de su producción intelectual. Una de ellas, por lo demás verdaderamente importante, es lo que podríamos denominar su pensamiento filosófico. El trabajo *Hispanoamérica y sus paradojas en el ideario filosófico de Juan León Mera*, de Catalina León Pesántez, enfrenta ese aspecto con gran originalidad y solvencia.

En la tradición intelectual ecuatoriana se había aceptado sin más la idea de que aquí en Ecuador no teníamos “temperamento filosófico”, de que el pensamiento abstracto era privilegio de los europeos. Fue Arturo Andrés Roig quien nos enseñó a los ecuatorianos que en este país, como en toda Latinoamérica, hay una historia de las ideas, un pensamiento estructurado, una filosofía. Con el tiempo, se fue abriendo el amplio campo en que Catalina trabajó durante sus estudios de posgra-

---

\* Catalina León Pesántez, *Hispanoamérica y sus paradojas en el ideario filosófico de Juan León Mera*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Corporación Editora Nacional / Abya-Yala, Serie Magister, No. 16, 2001.

do en la Universidad Andina, centrándose en las paradojas y los puntos fuertes del discurso de Mera.

La autora examina en este trabajo cuatro elementos fundamentales del pensamiento de Juan León Mera: su postura teórico-histórica y su percepción de elementos como el tiempo, la duración, su visión sobre la identidad americana o americanista, sus postulados y problemas sobre la nación ecuatoriana, y su contradictoria postura sobre el hispanismo. Un aporte muy interesante es el énfasis en la naturaleza polisémica y compleja de esos elementos.

El trabajo se realiza a través de una relectura de los diversos textos de Mera que se agrupan bajo los temas generales enunciados. Varios de esos textos han venido siendo estudiados ya por años, pero llama la atención la perspectiva con que se los enfrenta, buscando descubrir dimensiones antes no vistas o no desarrolladas. Una de esas dimensiones, y quizá la más importante, es justamente la filosófica.

En un medio intelectual como el de este país, en que los escritos de los “clásicos” o de los “maestros símbolos” como Juan León Mera son considerados por la crítica convencional como “obras permanentes” o “aportes definitivos”, es muy destacable el esfuerzo fundamentado por ubicar la producción en su tiempo y circunstancias. Catalina León se empeña en historizar la producción del autor, sin dejar por ello de reconocer su capital importancia para el pensamiento ecuatoriano y para el estudio de nuestros proyectos nacionales.

*Procesos*, No. 17, 2001.

## *Contando Historia: Guallupe\**

La investigación histórica es siempre una tarea compleja. Pero esta se vuelve más difícil cuando se refiere a grupos que por su situación social carecen de recursos para conservar sus testimonios. Hacer historia oficial, la de los gobernantes, los grandes propietarios, los obispos y comerciantes, tiene sus ventajas porque sobre esos sujetos pueden preservar sus testimonios, documentos y evidencias. Los periódicos, las actas de los organismos públicos y privados, los catastros de propietarios y contribuyentes, los documentos notariales, contienen mucha información sobre los personajes públicos, inclusive sobre las personas ordinarias de las ciudades.

Los pobres, en cambio, en especial los campesinos, solo tienen su memoria. Hasta hace poco, el analfabetismo rural era muy alto y la posibilidad de contar con documentos sobre el pasado de sus colectividades es muy baja. Por ello, el mejor recurso para reconstruir la historia de ciertos grupos populares es la recopilación y sistematización de los testimonios orales de las mismas comunidades. Así es como la historia oral se ha desarrollado mucho en el mundo, aunque en nuestro país su cultivo ha sido más bien limitado.

*Contando Historia: Guallupe*, una obra compilada por Cecilia Peñaherrera, es un excelente ejemplo de una buena obra de historia oral. El libro ha sido publicado por la Oficina Regional Ibarra del FEPP (Fondo Ecuatoriano Populorum Progressio). El FEPP es la entidad privada de desarrollo dedicada al sector rural más importante del país. Por más de dos décadas lleva adelante programas muy exitosos, en que los ejes fundamentales son la participación activa de las comunidades, la calidad del personal, la acción integral y la eficiencia.

Cecilia Peñaherrera Sandoval, una ibarreña dedicada a labores sociales y comunitarias, trabaja en el FEPP. Por varios años realizó sus

---

\* Cecilia Peñaherrera, comp., *Contando Historia: Guallupe*, San Juan de Lachas, Oficina Regional Ibarra del Fondo Ecuatoriano Populorum Progressio, 2001.

labores en la población de Guallupe y con esa oportunidad se propuso recopilar testimonios de sus habitantes más destacados sobre su pasado común. El libro recién publicado es el fruto de ese esfuerzo.

La obra inicia con algunos datos sobre los aborígenes del Cañón del Mira, para luego sistematizar los recuerdos de los fundadores de Guallupe, venidos de una experiencia de esclavitud. Transcribe los testimonios sobre la situación de los trabajadores sujetos al concertaje y sobre los esfuerzos de colonización de una amplia zona, que no solo cubre la actual parroquia de La Carolina, sino también de territorios circundantes de las provincias de Imbabura y Carchi.

El paso del Ferrocarril Ibarra-San Lorenzo por Guallupe cambió radicalmente a la población. La incorporación de sus habitantes al mercado, el acceso a Ibarra y Quito dinamizaron la economía local, pero la volvieron dependiente del precario servicio ferroviario, que terminó por desaparecer. La aplicación de la reforma agraria desde la década de los sesenta impactó muy fuertemente en la población, cuyos recuerdos sobre la acción del IERAC y el acceso a la propiedad de la tierra son más bien positivos.

El libro dedica una buena parte de sus páginas a los testimonios sobre las relaciones de género en Guallupe. Allí se ve una sociedad machista y conservadora en que las mujeres sufren explotación y discriminación; pero también se aprecia su trabajo más allá de la vida doméstica, en las acciones comunitarias y la construcción del pueblo. La obra refleja la fuerza de los valores familiares, solidaridad, apego a la tierra, respeto a los niños y los mayores.

Cecilia Peñaherrera recoge el testimonio de una docena de personas, que vienen a ser los coautores de la obra. Así rescata la vida cotidiana de un pueblo pobre pero con gran fuerza. El valor de la identidad cultural, de la diversidad, el sentido de la fiesta, del baile de la bomba, la solidaridad, la tradición, son ejes del trabajo. También se aprecian en sus páginas los conflictos, las discrepancias y fracasos colectivos. Pero es importante destacar que termina con un toque de optimismo cuando recoge una frase de una joven pobladora: “Quiero seguir viviendo en esta tierra porque me gusta caminar libre”.

## *El gran ausente,* de Robert Norris\*

“Regresaré, como he regresado otras veces”, dijo José María Velasco Ibarra luego de que fue derrocado en 1961 de su cuarta Presidencia de la República del Ecuador. Con esa frase que expresa una de las constantes de la vida del caudillo cierra Robert Norris el segundo y final tomo de su biografía *El gran ausente*, largamente anunciada y publicada al fin en elegantes versiones rústica y de tapa dura, por Ediciones Libri Mundi/Enrique Grosse-Luemern, con estudio introductorio de Carlos de la Torre.

Este libro no solo es un gran aporte para el conocimiento de la realidad de nuestro país, sino también una amena e interesante lectura para los preocupados en nuestra agitada vida política. Sobre José María Velasco Ibarra, el personaje individual que mayor influencia ha tenido en nuestra historia del siglo XX, conocemos muy poco. Nadie ha publicado algo que ni cercanamente pueda parecerse a una biografía. Por ello este libro es muy importante.

Robert Norris fue un académico norteamericano que llegó a ser un especialista en nuestro país, preferentemente en su historia política del siglo XX. Dedicó buena parte de su vida a escribir una biografía de José María Velasco Ibarra, a quien conoció personalmente y entrevistó repetidas veces. Mantuvo, además, con el caudillo una interesante correspondencia. A estos testimonios de primera mano se sumaron tanto una cuidadosa y extensa búsqueda en libros, folletos, periódicos y hojas sueltas como una serie de entrevistas con actores directos de la política por cuatro décadas.

Según lo observa de la Torre, este libro es una versión muy trabajada y muy modificada de la tesis doctoral de su autor, presentada en la Universidad de Nuevo México en 1969. Norris vino al Ecuador en 1961

---

24 Robert Norris, *El gran ausente. Biografía de Velasco Ibarra*, 2 t., Quito, Libri Mundi, 200.

con una beca Fulbrighth. Allí fue testigo del agitado cuarto velasquismo y conoció también a su esposa, la ecuatoriana Martha Zapata Casares. Con una fuerte motivación por conocer el Ecuador, luego de presentar su tesis, realizó varios viajes para completarla, aunque nunca logró escribir sobre los últimos años de la vida de Velasco Ibarra.

Norris logró manejar la más rica cantidad posible de fuentes sobre la vida de Velasco Ibarra, sus posturas ideológicas, su agitada vida personal, sus campañas electorales y tormentosos gobiernos. Con eso y un criterio de historiador entrenado logró producir una obra en la que se destacan, por un lado, una no disimulada admiración por el personaje, y, por otro lado, un notable esfuerzo por mostrar los aspectos más relevantes de su extensa vida. Desgraciadamente Norris, como ya observé, dejó su obra inconclusa, pues solo llega a 1961. No llegó a escribir sobre el quinto velasquismo, el último autoexilio y la muerte del caudillo. Pero, de todas maneras, su obra ofrece una visión bastante completa de la trayectoria vital del “gran ausente”.

La obra describe el entorno familiar del personaje, cuenta su infancia, educación, primeros años de ejercicio profesional y periodístico, su viaje a París para realizar estudios, su conflictivo primer matrimonio y su fulgurante ingreso en la política, que lo llevó en 1933 a la Presidencia de la República. Desde allí el libro se concentra en las incidencias de las campañas electorales velasquistas, sus enfrentamientos y resultados; las agitadas administraciones del “Profeta”, sus conflictos e intrigas; las aparatosas caídas y sus estancias en el exterior como “gran ausente”.

Como he dicho, la obra de Norris es muy bien informada. El autor explica la vida política de Velasco a partir de la presentación, a veces minuciosa, de una sucesión de episodios coyunturales, buenas y malas relaciones personales, maniobras exitosas o fracasadas. Tiene mucho éxito al caracterizar al polémico caudillo, pero no logra ubicar esa secuencia de eventos en el marco de los procesos estructurales que se dieron en el país por cuatro décadas. Para él, los éxitos políticos de Velasco se deben a su habilidad y carisma. Sus fracasos los adjudica a errores en las relaciones con otros políticos y sobre todo con los militares.

Por ejemplo, Norris explica el inestable cuarto velasquismo (1960-1961) y la caída del poder de Velasco por errores en la elección de los ministros y por la traición de algunos partidarios, cuando en reali-

dad la raíz del hecho fue una crisis del modelo exportador y la abrupta caída de los precios y las exportaciones de banano, que se dieron en el marco del inicio de una etapa de enorme agitación social y de una política continental de contrainsurgencia impulsada por Estados Unidos. Norris concede mínima importancia a estas grandes realidades. Francamente, más allá del carácter del presidente de la República y las complejidades de la política doméstica, en ese marco hubiera tambaleado cualquier gobierno.

Llama la atención, como se ha dicho, la enorme cantidad de información que el autor logró acumular a base de testimonios de personajes de la política ecuatoriana que vivieron los episodios narrados. Pero a ratos resultan débiles las versiones que Norris ofrece, puesto que asume las que le contaron a él sus coprotagonistas. En muy pocos casos coteja esas versiones con otras, o con documentos públicos o privados. Se debe reconocer, eso sí, que puso mucho cuidado al escoger sus informantes y establecer su credibilidad.

Sobre esta biografía se pueden hacer muchas observaciones. Por mi parte, para concluir, quisiera dirigir la atención de los lectores a dos temas que resultan nuevos en lo que se ha escrito sobre Velasco. En primer lugar, el autor saca a la luz las peripecias y limitaciones económicas del “gran ausente” durante sus destierros. Las cartas transcritas sobre estos temas son crudas e iluminadoras. En segundo lugar, Norris enfrenta un tema que nunca fue escrito, pero se ha repetido en los chismes políticos: Velasco Ibarra tuvo una agitada relación con mujeres durante una época. En la biografía se menciona, incluso con sus nombres, a aquellas de quienes se decía fueron sus enamoradas o amantes. Se recuerda, asimismo, el misterioso asesinato de su chofer, que nunca llegó a aclararse del todo.

Con ello, y muchos otros eventos que el libro recoge, se puede conocer mejor a un Velasco Ibarra más humano, un poco menos idealizado por el mito de su poca relación con las cosas triviales de la vida. Así quizá podrá entenderse mejor al “gran ausente” que, vencido por la muerte accidental de su esposa, hizo su viaje final a su Patria para “meditar y a morir”.



## *América nuestra,* de Miguel Albornoz\*

“Así ha venido a conformarse nuestra América, la América ibérica, dejando de ser el continente promisorio de cuarta parte novedosa del planeta para entrar en una etapa de búsqueda de rumbos definitivos. Así plantea Miguel Albornoz el compromiso presente de construcción de este subcontinente que llama “América nuestra”, al entregar al público una voluminosa obra a la que ha dado precisamente ese nombre.

El libro recoge una veintena de ensayos sobre la historia y la identidad de América Latina. Combina la rememoración de los hechos y sobre todo de las grandes figuras de nuestro pasado, con la propuesta de avanzar en la integración de nuestros países. Se aprecia con claridad que la intención de la obra no es la mera curiosidad o la retórica, sino un sentido interés porque el futuro de nuestro subcontinente lo encuentre desarrollado y unido, con los grandes personajes como referentes.

En todos los ensayos, Albornoz destaca la acción de las grandes figuras de la historia común que “lograron objetivos y marcaron etapas, demostrándonos que sí se puede”. Entre ellos hay descubridores, libertadores, exploradores y poetas que bregaron por construir el “Nuevo Mundo” con un destino de unidad. Al comenzar el ensayo “Los libertadores y la integración”, el autor dice: “Cabe preguntarnos ¿por qué a estas horas de los albores del siglo XXI es dable ocuparse de nuevas evocaciones de los héroes que nos dieron patria y que sembraron la libertad en los confines del Nuevo Mundo?”

Su respuesta es que los luchadores de la Independencia, desde México a Chile, no limitaron su acción a sus localidades. Empezaron una tarea de integración. Miranda, Hidalgo, Morelos, San Martín, Montevideo, Bolívar y Morazán no solo lucharon por sus propias tierras sino por un continente unido: América nuestra. Por ello son referente

---

\* Miguel Albornoz, *América nuestra*, Buenos Aires, COGTAL, 2006.

de esfuerzos actuales como la Comunidad Andina, Mercosur, Caricom; procesos integrativos que debemos apoyar y robustecer.

Buena intención encomiable, pero considerar que la historia la hacen fundamentalmente las grandes figuras, los notables, es una manera de ver que no corresponde a la realidad. Fue superada hace ya varias décadas por propuestas que ven en la historia la acción de los pueblos, de los grandes protagonistas colectivos.

A lo largo de *América nuestra* Albornoz se revela como un erudito y un liberal convencido. Tiene buen manejo de la bibliografía histórica y de la producción reciente sobre las relaciones internacionales latinoamericanas y el sistema mundial. Tiene también una visión muy amplia de la realidad global prevaleciente. Al mismo tiempo que expresa su fe en el futuro de Latinoamérica, manifiesta su entusiasmo por las bondades del sistema capitalista. Ese entusiasmo, desde luego, no comparto, teniendo al frente la depredación causada por el neoliberalismo; pero simpatizo con su preocupación por preservar el medio ambiente.

Siguiendo una tradición de varios políticos y diplomáticos del Ecuador y de América Latina, en esta como en otras de sus obras Albornoz no realiza investigación histórica, sino que escribe ensayo. Lo hace a partir de lectura de textos, los comenta e interpreta desde una perspectiva general. Espera cumplir una misión suscitadora y de divulgación, muy afín con su vocación inicial de periodista. En eso descansan las fortalezas y debilidades de su producción bibliográfica.

Miguel Albornoz es un hombre público de larga trayectoria. Ha sido embajador del Ecuador en la ONU y representante de ese organismo en varios países. Tiene una extensa producción bibliográfica, parte de la cual, por desgracia, es muy limitadamente conocida en nuestro medio. Es también periodista de larga trayectoria en todo el continente. Hizo una breve incursión en las elecciones cuando fue candidato del Partido Liberal a la Presidencia de la República en 1988. Contó esta experiencia en un interesante libro de crónica, *La campaña de los cien días*, que debe leerse para comprender muchos recovecos de nuestra vida pública.

Quito, 2006.

*Luis Robalino Dávila,  
el hombre, el historiador, el político,  
de Isabel Robalino B.\**

Político, periodista, diplomático, promotor humanitario. Eso y otras cosas pueden decirse de Luis Robalino Dávila (1882-1973). Pero por sobre todo fue historiador; en realidad, el más destacado del Ecuador en el siglo pasado. La verdad es, sin embargo, que se lo lee y se lo recuerda poco. El país tiene una gran deuda con él, uno de los constructores de nuestra nación.

Por ello, la aparición del libro *Luis Robalino Dávila, el hombre, el historiador, el político* es una feliz ocasión para recordar a ese eminente ecuatoriano y para volver a estudiar su obra. La obra, escrita por su hija, la Dra. Isabel Robalino Bolle, contiene una breve secuencia biográfica y una semblanza de las diversas dimensiones de su personalidad. El libro ha sido redactado a base de una amplia documentación, en especial de correspondencia y citas de prensa, por una persona que, además de haber tenido estrecho contacto familiar e intelectual con su padre, es ella misma una importante figura de la política y de la organización social del país.

Aunque a Robalino le interesaron los estudios históricos desde la juventud, su vocación de historiador fue más bien tardía. Escribió su obra fundamental *Orígenes del Ecuador de hoy* desde los años cuarenta hasta los sesenta. Pensada como una continuidad de la *Historia* de González Suárez, en sus diez tomos el autor estudió la historia republicana del país entre la fundación de 1830 y el fin del alfarismo en 1912. Lo hace con un amplio uso de fuentes, en especial documentos oficiales, prensa de la época, folletería y correspondencia de los propios protago-

---

\* Isabel Robalino B., *Luis Robalino Dávila, el hombre, el historiador, el político*, Quito, Corporación Editora Nacional, 2005.

nistas. En no pocos casos los materiales que usa son inéditos o consultados por primera vez.

El autor siguió en su obra la línea de Taine, quien escribió *Orígenes de la Francia contemporánea*, pero su énfasis metodológico se acentúa aún más en la secuencia de las biografías de los notables, concebidos como los grandes conductores del Ecuador. Si se quiere, es una “historia desde arriba”, vista desde el poder y el Estado. Por ello es una historia fundamentalmente política, casi sin referencias a las estructuras sociales y económicas. Robalino Dávila era meticuloso al escribir. Su principal preocupación era lograr un equilibrio en el análisis y en sus juicios, especialmente sobre las personas. Combatió el militarismo y lo censuró en su Historia.

Como político siguió la línea de su padre, Antonio Robalino, que era “progresista”, es decir “católico liberal”, pero esa opción se extinguió luego del triunfo del alfarismo. Por ello, en la práctica, militó en el liberalismo moderado, el “placismo”, y luego en el “bonifacismo”. En sus escritos, empero, persistió en mantener una línea “equidistante” entre conservadorismo y liberalismo, lo que en la práctica lo ubicó en una suerte de “centro derecha” intelectual. Como diplomático trató de ser eminentemente profesional y servir al país sin consignas sectarias. Como promotor del humanitarismo fue el fundador efectivo de la Cruz Roja Ecuatoriana.

Cuando los parientes escriben sobre sus consanguíneos notables, es frecuente hallar libros destinados a consagrar “vidas ejemplares”, con elogios desproporcionados, justificaciones inverosímiles, omisiones de conveniencia y, sobre todo, una ausencia del más mínimo ejercicio de la crítica. Felizmente, debemos reconocer que este no es el caso. Isabel Robalino escribe sobre su padre con devoción filial, desde luego, pero buscando el equilibrio que cultivó Luis Robalino Dávila. Por ello su aporte es muy valioso, y el libro una gran fuente para conocer a un hombre cuya obra es fuente insustituible de nuestra historia.

## *El Imperio y las Repúblicas del Pacífico,* de Luís Cláudio Villafañe\*

La dimensión internacional en los trabajos de investigación sobre la historia de nuestros países latinoamericanos, especialmente en el siglo XIX, ha sido desarrollada en términos más bien desiguales. En algunos de ellos, los mayores esfuerzos se centran en las historias nacionales, sin que sea infrecuente que se intenten explicar los hechos y los procesos solamente a partir de lo que ha sucedido dentro de las respectivas fronteras. Buena cantidad de investigaciones da cuenta de las relaciones de las economías exportadoras de productos primarios con los centros del capitalismo mundial. En especial durante los sesenta y setenta, los trabajos sobre la dependencia latinoamericana fueron numerosos. Hay, por fin, otro grupo de publicaciones que enfrentan las relaciones entre los países del subcontinente, pero se centran fundamentalmente en las guerras, los reclamos y conflictos territoriales y las relaciones fronterizas.

Salvo el caso de algunos libros de corte muy tradicional sobre las relaciones diplomáticas entre los Estados latinoamericanos, escritos por miembros o antiguos miembros del servicio exterior, hay muy poco para leer en lo que se refiere a las relaciones entre nuestros países. Los archivos de nuestras cancillerías están casi intocados y la información oficial y de prensa permanece poco menos que ignorada. Y si esta es una falencia de las investigaciones sobre los vínculos entre los Estados que surgieron del antiguo imperio español, el estudio sobre la relación entre ellos, especialmente las repúblicas andinas, y el Imperio del Brasil es prácticamente nulo.

El hecho de que exista escasa investigación sobre las relaciones de los nacientes países hispanoamericanos y Brasil es una falencia que debemos tratar de corregir. Verdad es que hay más responsabilidad de

---

\* Luís Cláudio Villafañe Gomes Santos, *El Imperio y las Repúblicas del Pacífico: las relaciones de Brasil, con Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú (1822-1889)*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Corporación Editora Nacional, 2007.

nuestro lado “hispano”, que desde el brasileño. Solo muy excepcionalmente los historiadores desde México hasta Chile han estudiado las relaciones con Brasil, o la presencia de ese país dentro del bloque latinoamericano. Autores brasileños, en cambio, sí han estudiado al subcontinente y las conexiones de su país con los demás o con el conjunto. Basta recordar los aportes que hace algunas décadas hicieron Cardoso y Dos Santos, como ejemplos representativos.

El interés más bien escaso de los historiadores en el estudio de las relaciones brasileño-hispanoamericanas no se corresponde, empero, con la significativa influencia que la actividad internacional de Brasil, desde tiempos del Imperio, ha tenido en América Latina. Por ello, no debe extrañar que uno de los trabajos pioneros en la investigación de relaciones externas sea el de Luís Cláudio Villafañe Gomes Santos, que se denominó *O Império e as Repúblicas do Pacífico: as relações do Brasil com Chile, Bolivia, Peru, Equador e Colombia, 1822-1889*, y ahora se publica en la Biblioteca de Historia con el título *El Imperio y las Repúblicas del Pacífico: las relaciones de Brasil con Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú (1822-1889)*.

Este libro de Villafañe está dedicado al estudio de las relaciones que el Imperio del Brasil desarrolló con las llamadas “repúblicas del Pacífico” que desde nuestro lado preferimos denominar América Andina (Nueva Granada, Ecuador, Perú, Chile y Chile). El trabajo establece los rasgos fundamentales de la política exterior brasileña centrada en la necesidad de obtener el reconocimiento del naciente imperio por las potencias europeas, la celebración de tratados de comercio y la prioridad de controlar la región Cisplatina, que se consolidaría luego como la República de Uruguay.

La obra estudió las negociaciones comerciales y de navegación con las repúblicas andinas y los esfuerzos del Brasil por establecer fronteras definidas y permanentes en la extensa Amazonía mediante la aplicación del principio de *uti possidetis juris*. Para ello revisa la documentación diplomática correspondiente a las misiones enviadas por el Imperio a Perú, Bolivia, Chile, Colombia y Ecuador. Especial interés pone en la postura brasileña respecto de dos conflictos bélicos de primera magnitud: la guerra de Perú y otras repúblicas contra España y la guerra de la “triple alianza” (Brasil, Argentina y Uruguay) contra Paraguay. Enfoca la posición brasileña frente al nuevo cuadro político y estratégico de

América del Sur en las décadas finales del siglo XIX y la subsecuente actitud de la Corte Imperial ante la Guerra del Pacífico, que enfrentó a Chile contra Perú y Bolivia. El trabajo pone especial atención a las preocupaciones de Brasil sobre el predominio de Chile en el Pacífico y sobre lo que el autor llama “el mito de la alianza informal brasileño-chilena”.

El trabajo de Villafañe es riguroso y refleja buen manejo de sus fuentes, adecuada formación metodológica y gran conocimiento de la realidad latinoamericana del período que estudia. Su lectura nos ofrece no solo una excelente visión de la política exterior brasileña respecto de las repúblicas de la América Andina, sino que también plantea una serie de interrogantes sobre la realidad de nuestros países en las etapas iniciales de su vida autónoma.

Quito, 2007.



## *Historia ilustrada del Ecuador,* de Eduardo Kingman\*

Eduardo Kingman fue uno de los mayores artistas del Ecuador en el siglo XX. Creador de grandes recursos e innovador notable de la plástica, fue también un hombre de vigorosa formación intelectual y posturas progresistas frente a una realidad nacional que su generación no solo interpretó y denunció, sino que contribuyó decisivamente a cambiar con una postura política de corte crítico y de alguna manera militante. Por ello esta *Historia ilustrada del Ecuador*, para la que Kingman preparó texto e ilustraciones, debe considerarse como un documento muy representativo de nuestra tradición cultural. De alguna manera es una obra única, puesto que no hay otra en el país de sus características y alcances, sin dejar de considerar, desde luego, su calidad estética y su contenido cultural.

La intención de esta obra fue ofrecer una versión de nuestra Historia Patria que fuera accesible a un amplio sector de lectores, desde los altos grupos sociales a una parte de los trabajadores, pasando por grupos medios, algunos de los cuales tenían posturas críticas sobre la vida del país, venidas del liberalismo alfarista y las corrientes socialistas que se difundían desde los años veinte.

El tono general de la obra es de corte nacionalista; reproduce interpretaciones laicas y en cierto modo anticlericales y anticonservadoras. Asume posturas críticas sobre la realidad del país. Puede decirse que se inscribe en las tendencias más progresistas y radicales de los años treinta y cuarenta. Pero, en lo que se refiere a la concepción misma de la historia, a la periodización y a la metodología, sigue las posturas tradicionales que para entonces se mantenían, aun en los círculos de izquierda. La secuencia, por ejemplo, sigue los patrones de interpretación que privilegian la acción de los personajes individuales, como actores fundamentales de los

---

\* Eduardo Kingman, *Historia ilustrada del Ecuador*, Guayaquil, Libresa / Vistazo, 2010.

hechos. Kingman sigue la tradición de bautizar a los períodos a partir de los nombres de sus figuras individuales más destacadas. El autor, sin embargo, no descuida mencionar lo que llama “aspectos sociales” de diversos momentos históricos. Demás está decir que da también enorme importancia al arte y la cultura, destacando a grandes personalidades como Velasco o Espejo, para mencionar dos casos. Pero, en general, el texto es producto de la lectura de las obras que estaban disponibles entonces, como las de Juan de Velasco, Pedro Fermín Cevallos, Federico González Suárez, Belisario Quevedo y otros.

Kingman valoriza las sociedades indígenas, especialmente el Tahuantinsuyo. Pone un énfasis muy crítico a los episodios de la conquista española; a la captura de Atahualpa en Cajamarca, para mencionar un caso. También destaca la explotación colonial de los aborígenes. Pero al mismo tiempo aprecia los aspectos positivos de la presencia hispánica, como el desarrollo de la agricultura, la cultura y los monumentos arquitectónicos. Su visión de la Independencia se inscribe en la tradición heroica y relievra la presencia de los personajes de la guerra. En los inicios de la Época Republicana destaca la acción de los caudillos, pero también las luchas democráticas, sin descuidar la controversial obra de Gabriel García Moreno. Como hombre de su tiempo, el artista tiene posturas nacionalistas antiperuanas.

La verdadera innovación del libro es que utiliza a fondo los recursos gráficos para estructurar su mensaje. Las figuras de los indígenas, por ejemplo, son altas y vigorosas, reflejan seguridad y firmeza. Los líderes patriotas de la independencia expresan la voluntad libertaria y el sentido justo de una lucha que se transformó en acto fundacional de la República. El artista dedica grandes espacios a la acción del pueblo en eventos de movilización como la Rebelión de las Alcabalas, la de los Estancos, la propia Independencia y las luchas de *El Quiteño Libre*. En general, Kingman se esfuerza por usar su gran capacidad de ilustrador para formular una visión positiva y optimista del Ecuador y su proceso histórico.

El autor dejó la obra inconclusa. Su texto con ilustraciones no fue más allá del “Garcianismo” (1860-1875). Los editores, por ello, resolvieron completar la Historia hasta nuestros días. Guadalupe Soasti fue encargada de preparar los textos y David Rosero los gráficos. La tarea fue,

sin duda, compleja. Guadalupe ha seguido la concepción básica original, incorporando algunas de las interpretaciones de la historiografía más reciente. El texto, en consecuencia, mantiene una visión tradicional con predominio de las grandes figuras de los gobernantes, a la que añade ciertos rasgos de análisis económico y social. Por su parte, el ilustrador ha realizado su labor siguiendo las líneas que esbozó Kingman, con algunos elementos contemporáneos.

Los lectores encontrarán muchos aspectos interesantes en esta *Historia ilustrada del Ecuador*, que ahora ha aparecido reeditada por Libresa con auspicio de *Vistazo*. Pero no cabe duda de que su principal aporte sea constituirse en una obra de divulgación. Descuidada y hasta despreciada por años, la divulgación es ahora más que nunca una necesidad de la cultura y la educación en el país, puesto que en estos agitados tiempos de globalización necesitamos reforzar los elementos de nuestra identidad nacional ecuatoriana.

*Procesos*, No. 33, 2011.



## *El proceso juliano: pensamiento, utopía y militares solidarios, de Jaime Breilh Paz y Miño y Fanny Herrera\**

La Revolución juliana sigue siendo, como lo fue hace ochenta años, un tema de estudio y debate entre quienes trabajan la historia del Ecuador. Los textos de historia general hacen referencia a ella. También hay estudios especializados, tanto escritos a pocos años del proceso, como recientes, que han ofrecido interesantes perspectivas sobre los acontecimientos. Unas pocas investigaciones sobre militares hacen referencia al suceso. Y, desde luego, se han escrito unas cuantas biografías sobre algunos de los protagonistas de esa etapa. Pero, sobre todo cuando se trata de caracterizar a la “revolución”, hay aún debates agitados.

Para algunos, el golpe de Estado de 1925 y los acontecimientos que lo siguieron no fueron una “revolución”, sino un mero salto de modernización estatal. Para otros, sí fue una transformación profunda del país. Hay escritos en que se la caracteriza como un acto “militarista” más en nuestra vida nacional, aunque en este caso, se reconoce, no fue un hecho caudillista, sino colectivo. No ha faltado quien, desde el cuarto oscuro del regionalismo, haya visto en ella un perverso intento de acabar con Guayaquil y sus instituciones.

El hecho es que, felizmente, hay buenos trabajos sobre el tema, sobre todo aquellos que han caracterizado al “movimiento juliano” como una irrupción de militares progresistas que echó abajo a la plutocracia y llevó adelante cambios que incorporaron al espacio público algunos elementos de corte social, especialmente orientados por una clase media en crecimiento.

---

\* Jaime Breilh Paz y Miño y Fanny Herrera, *El proceso juliano: pensamiento, utopía y militares solidarios*, Quito, Corporación Editora Nacional / Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 2011.

Pero casi no se ha trabajado sobre el pensamiento de esos militares jóvenes, sobre sus avances y limitaciones. Inclusive, se conoce muy poco la vida y hechos de algunos de ellos, sin duda referentes políticos importantes de ese proceso. Este libro de Jaime Breilh tiene como objeto cubrir ese vacío. Pretende insertar el pensamiento juliano en la historia de las ideas del Ecuador, establecer el carácter revolucionario del hecho, y rescatar del olvido a Luis Telmo Paz y Miño, uno de los líderes del movimiento juliano, destacado militar, geógrafo, historiador e innovador de nuestro pensamiento.

Para cumplir con su objetivo, Breilh explora los antecedentes del “pensamiento intelectual” en el país desde el siglo XIX, discute algunas bases epistemológicas, establece una periodización de las ideas, y se adentra en la cuestión nacional. Hace referencia a los antecedentes del golpe de Estado militar del 9 de julio de 1925, comenta y debate sobre los tres momentos que se definieron entre 1925 y 1931, y establece las principales características de los sucesivos gobiernos, desde las juntas plurales, hasta la dictadura y régimen constitucional de Isidro Ayora.

El autor se empeña en demostrar que la Revolución juliana no fue, como algunos la han visto, una continuidad sin más de la Revolución liberal, sino una ruptura, ya que sus paradigmas no apuntaron a la mera continuación del Estado laico, sino su transformación en un “Estado social”. Esto es verdad, aunque no llega a demostrar que la juliana fuera una verdadera revolución en lo político y social. Fue un cambio radical en el Estado ecuatoriano, sin duda, pero, a mi juicio, se quedó corta para ser revolución, pese a las propuestas iniciales de sus líderes militares, algunos de los cuales sí fueron, si se quiere, “revolucionarios”, al menos por un tiempo.

Es correcto subrayar que entre el pensamiento de los actores de la Revolución liberal y los del movimiento juliano hay una ruptura, es decir, un sustancial avance no solo en la forma de concebir la realidad nacional, sino en la manera en que se reformó al Estado. Pero, a riesgo de traicionar a la dialéctica y a la naturaleza del proceso, se debe también reconocer que hubo en los julianos una buena dosis de continuidad del alfarismo, es decir, del lado radical de la transformación liberal. Si no fuera por su visión de la participación popular y por los cambios que Alfaro introdujo en el Ejército, que se volvió más institucional y más “nacional”, los jóvenes militares julianos no hubieran existido. Podemos

decir, en este sentido, que tanto el movimiento juliano como el surgimiento del socialismo tuvieron una de sus vertientes en la lucha alfarista frente al latifundismo, al clericalismo y a la plutocracia.

Para apuntalar su argumentación, Jaime habla de la juliana como una “revolución traicionada”, aunque no dice quién la traicionó (me temo que, si fue así, el principal actor de la traición sería Isidro Ayora). Pero, más allá del recurso retórico, el autor establece con mucha claridad, por otra parte, el escenario en que se produjo y las dos vías posibles por las que el proceso juliano pudo optar. Y plantea, a mi juicio con mucha razón, que optó por la vía de la reforma más democrática. Y, en este caso, Ayora se revela como el gran gobernante que fue.

En general, la caracterización de la Revolución juliana es acertada, aunque algunos párrafos dan la impresión de que Breilh piensa que esta fue el arranque y el motor de un gran proceso social, con los militares a la cabeza. A mí me parece, en cambio (y, a ratos, por la lectura de otros párrafos específicos, creo que Jaime piensa igual), que desde los años veinte a los cuarenta el proceso de fondo fue una gran irrupción de las masas en la escena política y cultural. La Revolución juliana fue un acontecimiento (y ciertamente básico) de ese gran proceso, en que los protagonistas, llamémoslos estructurales o colectivos, fueron los trabajadores organizados y los sectores medios en ascenso. El movimiento juliano no fue causa, sino efecto, de una realidad de mayor alcance que configuró un período entero de nuestra historia: desde 1925 a 1947.

En este estudio, el autor discute con detenimiento algunos conceptos. Ya hemos mencionado a la “revolución”. También se debe observar que dedica un amplio espacio al papel de las “clases medias” en el proceso juliano, con sus avances y limitaciones. Es muy importante, adicionalmente, tomar en cuenta su énfasis en la “centralidad de la salud” de las acciones de los gobiernos julianos, especialmente en el de Isidro Ayora. De este modo, cumple su propuesta de trabajo de años, que relaciona la salud con sus determinantes sociales, un esfuerzo por el que se lo ha reconocido a nivel continental.

Uno de los elementos más llamativos de este libro es la reivindicación del general Luis Telmo Paz y Miño, que fue presidente de la “Junta Suprema Militar” en 1925, cuando era teniente coronel. De él apenas si se conocía su estudio pionero sobre la población, citado profusamente,

no solo porque era el único, sino, sobre todo, porque es muy bueno. Pero se desconocían sus otras facetas políticas, académicas y humanas.

Jaime Breilh demuestra que fue uno de los jefes del movimiento juliano, aunque no logra establecer si eso basta para considerarlo un revolucionario, sobre todo porque no cita otra fuente que un manifiesto de 1925, del todo insuficiente para calificar solo con esa base el pensamiento y la acción de una persona. Lo que sí consigue el autor, y con mucha claridad y fuerza, es mostrar a un Paz y Miño multifacético, innovador de la milicia y del servicio público, cultor de la geografía aplicada y de la historia lingüística, prolífico escritor, que incursionó en varios géneros, entre ellos la novela inédita *Farinango*.

De la propia lectura de este libro se desprende que, luego de un impulso renovador radical de 1925, Paz y Miño mantuvo ideas progresistas, pero optó por no militar en la izquierda, sino que se dedicó más bien a varias actividades de servicio público –fue, por ejemplo, el director del primer censo de nuestra historia– y a la producción intelectual en ámbitos pioneros. Todo lo cual lo coloca en un sitio importante de la historia de la cultura nacional.

La lectura de este libro arroja nueva luz sobre la Revolución juliana y sus actores. Ofrece nuevas perspectivas para la reflexión sobre política, pensamiento y salud pública. También provoca que nos comprometamos a conocer mejor a Luis Telmo Paz y Miño, así como a otros actores de esa etapa: militares como Ildefonso Mendoza, Luis Larrea Alba y Juan Manuel Lasso, entre otros; científicos como Pablo Arturo Suárez; pensadores y promotores como Luis Napoleón Dillon; así como soldados y trabajadores que permanecen anónimos. Para ello, esperamos que el Taller de Historia de la Salud que mantiene el Área de Salud de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, en cuyo marco se ha producido esta obra, publique pronto el anunciado libro colectivo sobre los procesos y personajes de la etapa juliana, tan importante en nuestra vida nacional, cuando en medio de una crisis, los trabajadores irrumpieron en la escena pública, y la sociedad toda comenzó a pensar por primera vez en la justicia social y en que el “hombre proletario” es actor central de la historia.

La huella de los historiadores



# El Padre Varguitas

Su imagen austera, pequeña pero vigorosa, era la del impecable doctor de la Orden de Predicadores que solo vemos ahora en las estampas. Detrás de tan solemne plantaje se escondía, sin embargo, una personalidad sencilla, jovial y transparente. Con él era muy fácil llegar a tener confianza sin perderle el respeto. Así se preocupaba por una elevada discusión sobre materias especializadas, como por la situación personal de sus alumnos, a muchos de los cuales recordaba, al cabo de los años, si no por nombre y apellido, por sus buenas o malas notas, por sus éxitos académicos o travesuras.

Así era fray José María Vargas, a quien muchos querían y respetaban en el Ecuador y fuera de él como una de las más altas personalidades de nuestra vida intelectual. Sería poco decir que fue un gran historiador con más de una centena de obras escritas. Era, más allá de eso, un espíritu abierto, un cerebro con abundante oxígeno a pesar de sus años. No solo fue un trabajador asiduo sino también un innovador, un pionero y un suscitador de nuevos valores e iniciativas.

Nacido en Chordeleg (provincia del Azuay) ingresó desde sus primeros años en la vida religiosa. Cumplió desde el principio con sus obligaciones monásticas, pero al mismo tiempo desarrolló su gran vocación, la Historia Nacional. Curioso, sistemático y gran lector desde su juventud, pudo aprender el oficio de los notables exponentes de la historiografía conservadora. Con uno de los más destacados, Jacinto Jijón y Caamaño, mantuvo una estrecha relación de amistad y una activa colaboración en el trabajo histórico.

La preocupación fundamental del padre Vargas fue la Historia del Arte Ecuatoriano. Conocía del tema y lo amaba como patriota y como clérigo defensor del aporte de la Iglesia. Pero no era apologista sin más. Tenía gran disposición crítica y responsabilidad profesional. No le faltaba, además, un original sentido para descubrir aspectos poco detectables del objeto de estudio. Es verdad, y creo que fue Benjamín Carrión quien lo dijo primero, tenía poca aptitud para la síntesis y el desarrollo

del pensamiento abstracto; pero esa es una generalizada limitación de los historiadores que se compensa con la precisión en la búsqueda del dato y el manejo de las fuentes.

Su ámbito, empero, no se circunscribió a la Historia del Arte. Escribió un trabajo sobre economía colonial que debe considerarse como pionero en su campo. Resulta, por ejemplo, interesante recordar que mientras se mantenía eso del “feudalismo” en el Ecuador como verdad de fe de los escritores de extrema derecha y los ideólogos comunistas, el padre Vargas aportó pruebas y reflexiones para aquello que luego se desarrollaría como una interpretación científica de nuestra compleja realidad en que el dogma “feudal” deformaba la verdad y encubría intereses atrasados de la dominación latifundista y concepciones reformistas de la izquierda, crónicamente mantenidas hasta hoy.

Uno de los temas que preocupó al padre Vargas fue el del desarrollo de la nacionalidad ecuatoriana. Sobre el asunto escribió mucho, aunque la obra ofrecida como visión general y sistemática no llegó a culminarla. El “mestizaje”, la cultura ecuatoriana y la propia religión como elemento nacional fueron objeto de su trabajo. Y, desde luego, muchas cuestiones más. Apenas hay aspecto de nuestra historiografía que no haya tocado. Hasta emprendió en una biografía de González Suárez. La obra salió bien. Y si eso es un triunfo para cualquier historiador, mucho más lo es para un dominico amoroso de su orden a quien le dolían las verdades del famoso “Tomo IV”.

Quienes pudimos verlo de cerca recordaremos del padre Vargas no solo su competencia como historiador, sino su generosa disposición de suscitador e interlocutor. Era capaz de destinar jornadas enteras al diálogo con un alumno, al que entregaba además un enorme cúmulo de información y sugerencias. Jamás tuvo eso que es, aunque duela reconocerlo, mala inclinación de historiadores: reservas para prestar documentos o revelar fuentes. Como si se diera cuenta que pese a su gran sentido de trabajo, no iba a poder hacerlo todo, comunicaba generosamente el resultado de años de labor, sin esperar otra cosa que sus interlocutores trabajaran bien.

Pese a su formación conservadora y a su apariencia externa tradicional, no era ni sectario ni dogmático. Tenía gran sentido de la vida, adquirido quizá en su humilde origen o en su trayectoria dentro de la

orden dominicana, mantenedora de una tradición de cuestionamiento dentro de la Iglesia y de cercanía a ciertas actitudes populares. Muchas veces fue afable consejero de jóvenes en aprietos o serio cuestionador del extremismo y clericalismo con que se ha dirigido la Universidad Católica en los últimos años.

Pese a que siempre estuvimos conscientes de su talla intelectual, su gran calor humano nos impedía tratarlo como “vaca sagrada”. Fray José María Vargas O.P. será siempre para quienes lo tuvimos como maestro y amigo, el “padre Varguitas”. No por irrespeto, sino por cariño. Rompiendo adrede el silencio de columnista mantenido mientras dura la gestión parlamentaria, he querido rendir un homenaje sincero a un hombre con quien el Ecuador está más endeudado que con los acreedores extranjeros. ¿Podremos pagar su contribución a la historia de la patria, solo tan grande como su humildad y sentido humano?

*El Comercio*, 5 de abril de 1988.



## En memoria de Agustín Cueva

En circunstancias diversas, estas líneas hubieran estado destinadas quizá al comentario de la última obra de Agustín Cueva. El hecho es que las escribo ahora con ocasión de su muerte, por lo que quiero dedicarlas a rememorar aquellos que algunos consideramos como los aspectos más relevantes de su vida intelectual.

Agustín Cueva fue hijo del jurista y maestro que llevaba su mismo nombre y que puede considerarse como uno de los fundadores de la sociología en el Ecuador. El Dr. Agustín Cueva, lojano, escribió varios ensayos de interpretación social y relaciones internacionales que lo colocaron en la primera línea de la vida intelectual en los años veinte. Al final de esa década presidió la Asamblea Constituyente que trajo profundos cambios a la vida del país. En sus años de madurez sirvió como magistrado en Ibarra y allí se casó y tuvo su hijo único, nacido en 1940.

En cierto sentido, aunque también realizó estudios de derecho, Agustín Cueva Dávila heredó la vocación sociológica de su padre y a la Sociología, o mejor aún, al ejercicio más amplio de las Ciencias Sociales, dedicó toda su vida. Fue maestro, ensayista, pionero de la enseñanza de la disciplina a nivel universitario, escritor y crítico literario. Hace más de dos décadas se consagró como uno de los intelectuales más influyentes del país y luego se destacó también, ya como profesor-investigador en México, en el ámbito latinoamericano. Su obra no solo se refiere al Ecuador, sino a todo el continente.

Agustín Cueva fue un trabajador riguroso. Manejaba sus ideas con enorme precisión y usaba las categorías del análisis social con toda propiedad. Todo esto, desde luego, no podía ser solo consecuencia de su gran talento y lucidez, de su formación y pasión por la lectura; era también resultado de una irreversible consecuencia con los postulados del socialismo científico. Fue un referente del pensamiento marxista no solo cuando era hasta elegante serlo, sino inclusive en nuestras épocas de reflujo conservador, en que bastantes “ortodoxos” de otra época se

han instalado cómoda y rentablemente en los círculos reformistas y “democráticos”, renegando de su despreocupada juventud.

Más de una vez su rigor y fidelidad a la dialéctica marxista llevaron a Agustín Cueva hasta las fronteras del dogmatismo y el esquematismo, pero, felizmente, el grueso de su obra está llena de fresca imaginación, entendida ésta no solo como la entienden los poetas, sino también como la concibe Wright Mills. Muchas veces, y en cuestiones de fondo, sin haber realizado todo el aparato de la investigación social, su reflexión se encaminó hacia una interpretación certera que se volvió base de todo un período de búsqueda y debate de más de una generación. Y esto sucedió no solo en el análisis coyuntural del escenario sociopolítico, sino también en la interpretación de la historia del país y en la crítica literaria.

Al rico legado de Agustín, que muchos han destacado en estos días, hay que añadir su indudable calidad de polemista, que le dio al país uno de los más importantes debates de esta mitad del siglo. Y, desde luego, sería imperdonable no decir aquí que a la claridad de sus ideas juntaba el uso adecuado y sencillo del idioma. Se hacía entender hasta de los estudiantes de colegio sin renunciar un ápice a la complejidad, buscaba palabras que pusieran al alcance de los lectores las explicaciones más abstractas. Dejó así establecido un estilo que resulta tanto más admirable como que se distingue a leguas de esa jerga seudocientífica que pretende ocultar no solo un cuasi analfabetismo, sino también una deliberada intención de no afrontar los problemas de fondo. Cueva era adversario de ese “idioma oficial” de “cientistas sociales” que han renunciado al compromiso para completar la canasta familiar en las sucursales académicas de menor cuantía del imperio, diseminadas por el continente.

Quienes además de sus lectores fuimos sus amigos, recordamos a Agustín no solo como la gran figura que es de nuestra cultura y nuestro pensamiento, sino también a un gran conversador; a un generoso contertulio que decía verdades sin herir; a un colega de un privilegiado sentido del humor; y, sobre todo, a un hombre que vivió la vida con sencillez y afrontó la muerte anunciada con tranquilidad. La última vez que lo vi, días antes de fallecer, se dio modos para comentar la vida política cotidiana, las complicaciones editoriales de su obra que resultó póstuma, las perspectivas electorales, las fortunas e infortunios de la *Nueva*

*Historia del Ecuador* de la que es colaborador. Allí habló serenamente sobre la integración y los planes de la Fundación Agustín Cueva, recientemente formada, y que tiene como objetivo fundamental, ahora que Agustín ya no está, el que sus obras y sus ideas no descansen en paz.

*Procesos*, No. 2, 1992.



## Alfredo Pareja, la huella de un buscador

La muerte encontró a Alfredo Pareja Diezcanseco cuando ya nadie dudaba de su gran talla académica, cuando el país entero reconocía su múltiple contribución a la cultura nacional. Ante su tumba desfiló no solamente la intelectualidad progresista del Ecuador; también se congregaron varios de los ideólogos de la derecha clerical que hasta hace algunos años lo consideraban un aventurero de la ciencia y hasta “hijo legítimo de Belcebú”.

Pareja había llegado al trabajo histórico cuando ya era uno de nuestros mayores novelistas, miembro del “Grupo de Guayaquil” del cual fue el último sobreviviente. Para entonces había escrito una docena de novelas, entre ellas varios de nuestros “clásicos”. Cuando, según él contaba, recibió la inesperada propuesta de escribir un Manual de Historia del Ecuador para una editorial extranjera, aceptó la oferta y produjo un libro que en poco tiempo se hizo famoso.

El clero y la derecha le cayeron a palos. Hubo un fraile feroz que hasta negó el valor de la obra como pieza literaria. Pero el librito fue imponiéndose como texto alternativo a la versión de la Historia Patria de los canonizadores de García Moreno. Desde luego, el trabajo tenía serias limitaciones. La más grande quizá es que el autor había tenido que improvisarse como historiador, aprender dolorosamente el manejo de las fuentes y aceptar que el pasado se reconstruye solamente a base de la presentación de evidencias.

Pero el que el novelista Pareja, identificado con las corrientes progresistas del liberalismo de los años treinta, haya devenido en historiador, no es coincidencia. La Revolución de 1895 había puesto al liberalismo en el poder pero, al cabo de transacciones y componendas realizadas sobre las cenizas de Don Eloy, las fuerzas del latifundismo lograron conservar un espacio de poder político y cultural, que en el caso de la historia fue casi absoluto. No se dio en el Ecuador una “Escuela Histórica Liberal”. Roberto Andrade, el apestado, Pío Jaramillo Alvarado, el gran

acusador de los asesinos de Alfaro, apenas lograron sobrevivir cultural y hasta materialmente. No pudieron consolidar una corriente alternativa a la que, comprometida con el proyecto político de la derecha, contaba, al mismo tiempo, con todos los recursos para hacer Historia: bibliotecas, archivos y tiempo de rentistas para dedicarlo a escribir.

Al haber renunciado el liberalismo a su propia interpretación de la Historia, los intelectuales de la izquierda liberal de entonces tuvieron que asumir la tarea de reivindicar los elementos progresistas y revolucionarios de la transformación liberal y más particularmente del alfarismo. Y algunos de ellos tuvieron que improvisarse como historiadores, para hacer la Historia Liberal que no había. En este contexto, Alfredo Pareja deviene en historiador y produce su Historia del Ecuador, transformándose en uno de los más lúcidos intelectuales orgánicos de la burguesía, al mismo tiempo defensor del laicismo y la democracia.

En la misma línea de trabajo historiográfico Pareja publicó su biografía de Eloy Alfaro, *La hoguera bárbara*, una obra escrita con pasión, con maestría de narrador y con la consigna de vender a los lectores la figura real y humana de un gran revolucionario. Aun con las opiniones en contrario, entre las que quizá se encontró la del autor, este libro y el texto de Historia son, sin duda, las obras de Pareja de mayor impacto en la cultura nacional.

La doble calidad de maestro del relato e historiador daban a Pareja una gran fuerza en su producción intelectual, pero también constituían su mayor límite, ya que su obra fluctúa desde intentos de interpretación global de la realidad, hasta explicaciones que empobrecen el análisis por la supervaloración de los conflictos personales y las causas subjetivas. La calidad del relato no corre paralela con el análisis económico y social, limitado, cuando no inexistente. Pareja fue un gran divulgador, pero su fuerte no era, al contrario de lo que han afirmado algunos de sus comentaristas en los últimos tiempos, la investigación de fuentes primeras en archivo. En ese sentido no fue un investigador y sus esfuerzos en este campo produjeron más bien magros resultados.

Todos reconocen que en su larga vida, Alfredo Pareja sirvió al país con rectitud como diplomático, llegando a ejercer el Ministerio de Relaciones Exteriores. Aunque sobre todo en los últimos años lo vimos a veces convertido en apologista de un gobierno y un partido, hasta en sus

políticas más lejanas al progresismo, en la larga duración de su producción de periodista y crítico reveló una inalterable conducta en defensa de los grandes valores de la democracia, tal como la entendía, limpia y honorablemente.

Más allá de estos límites es preciso reconocer en él dos valores fundamentales. El primero es que, precisamente por su antecedente literario, logra como ningún otro historiador, antiguo o nuevo, presentar un cuadro vivo, animado de la realidad, en donde los personajes y las circunstancias son expuestos con plasticidad y calor. El segundo es que su crítica militante, sistemática y fundamentada de la versión clerical conservadora de la Historia Nacional lo consagra como uno de los más firmes antecesores de la nueva corriente historiográfica de nuestro país.

*Procesos*, No. 4, 1993.



## Gonzalo Rubio Orbe, el rastro de un pionero

Gonzalo Rubio Orbe fue uno de los últimos sobrevivientes de una generación que intentó con profundidad hurgar en los repliegues más escondidos de nuestro ser como país, y entenderlo en su diversidad. Debemos recordarlo como científico social, militante y maestro.

Gonzalo Rubio nació en Otavalo, núcleo vigoroso de la cultura indígena del norte andino. Allí descubrió, muy tempranamente, su inclinación por el indigenismo, su vocación científica y su pasión de toda la vida. Fue discípulo y continuador de la obra de Pío Jaramillo Alvarado. Con ese compromiso escribió más de una docena de obras sobre el tema, trabajó como experto nacional e internacional y llegó a ejercer la dirección del Instituto Indigenista Interamericano en México.

Aunque sus obras, como *Rumiñahui*, *Espejo*, *Nuestros indios*, *La cuestión indígena en América*, *Políticas y estrategias en el destino de los indios de América*, *La población rural del Ecuador*, son ya clásicos de nuestra literatura científica, es importante destacar que Rubio Orbe no se ancló en sus ideas de pasadas décadas y mantuvo una permanente postura de autocrítica y renovación, que se destaca en *Los indios ecuatorianos*, donde plantea interpretaciones actuales sobre los avances del movimiento indígena en los últimos años.

Otavalo de los años veinte y treinta fue un centro de gran actividad cultural y de desarrollo del pensamiento socialista. Rubio fue uno de los más dinámicos integrantes de una brillante generación de intelectuales que dinamizaron el debate y la acción. Aunque por temperamento se alejaba de la acción política inmediata y por muchos años no tuvo presencia partidista directa, mantuvo hasta el fin de sus días su ideal socialista y su actitud de intelectual comprometido.

Uno de los aspectos más destacados de la carrera intelectual de Gonzalo fue su vocación de maestro. Fue desde maestro de escuela hasta catedrático universitario, labor que ejerció hasta el día de su muerte. Junto con figuras como su coterráneo Fernando Chávez, fue un renova-

dor de la pedagogía del Ecuador. Publicó *Aspectos educativos, Educación fundamental, Alfabetización en la educación de adultos*. Su última función fue la presidencia de la Academia Ecuatoriana de Educación, cuya revista editaba con grandes sacrificios.

La muerte de Gonzalo Rubio Orbe enluta a la cultura y la ciencia del país. Quienes fuimos sus amigos no podemos hablar de él solo como intelectual, sin recordar su gran calidad humana y su estilo personal que combinaba la sencillez con la profundidad. Su aporte intelectual será justamente valorado y su vacío personal será muy sentido.

*Procesos*, No. 6, 1994.

# Leopoldo Benites Vinueza, biógrafo del pueblo ecuatoriano

Leopoldo Benites Vinueza llegó a ser el primero y único ecuatoriano que presidió la Asamblea General de las Naciones Unidas. Con la noticia de su muerte, se ha vuelto a recordar este hecho, pero con la distancia que genera el paso de los años, es indudable que lo que hay que destacar principalmente en su trayectoria no es una lucida y larga carrera como diplomático e internacionalista, sino una profunda aunque poco prolífica vocación de escritor, cuya contribución a la historia del Ecuador es innegable.

Porque con una producción más bien limitada, habiendo escrito una secuencia de columnas periodísticas y unos pocos libros, entre las que se destaca *Argonautas de la selva*; en una sola obra, Benites logró dar un giro no solo a la historiografía, sino al desarrollo mismo de la identidad ecuatoriana, al publicar *Ecuador: drama y paradoja*.

La obra fue escrita para el Fondo de Cultura Económica en el auge de su participación política como militante socialista y periodista de barricada, luego de la “Gloriosa revolución” de mayo de 1944, mientras el autor ejercía la diputación funcional por el periodismo, que desempeñó hasta 1946.

Benites concibió su ensayo de interpretación general de nuestra historia nacional como “una biografía del pueblo ecuatoriano”. Con ella no solo estableció un récord de calidad estilística, sino que produjo una obra de transición que en muchos sentidos era continuidad de la tradición historiográfica del Ecuador y en otros era una ruptura.

Por una parte, el libro fue una continuidad de una larga tradición de ensayos y de aproximaciones biográficas al pasado, pero, por otra parte, la obra buscó un nuevo protagonista, el pueblo, para ponerlo al centro de la vida del Ecuador. Y lo hizo, adoptando las nuevas formas científicas que le permitían ofrecer a los lectores un renovado panorama de nuestra realidad.

La obra de Benites vio al pasado del Ecuador en la tragedia y la riqueza de sus contradicciones, recogiendo los elementos básicos de su iden-

tividad: territorio, multiplicidad étnica, lucha de clases, gestación de una cultura, enfrentamiento y complementariedad regional. Todo esto en un escenario en que el esfuerzo estético es crucial. Tuve la suerte de entrevistar al autor y averiguarle, entre otras cosas, por esa notable preocupación por dar a la obra una periodización que parecía un esfuerzo artístico, además de lógico. “Será, contestó, porque en el fondo no soy otra cosa que poeta”.

Como saben los que lo conocieron, Leopoldo Benites no era precisamente modesto, pero la claridad con que veía sus limitaciones era notable, hasta el punto de atribuir las a la ignorancia suya o la falta de mayor tiempo para escribir el libro. Creo, inclusive, que no fue nunca del todo consciente de la importancia cultural y científica de *Ecuador: drama y paradoja*. De allí que hasta se puede decir que maltrató editorialmente a su principal obra.

Cuando la muerte lo ha consagrado como uno de los grandes del pequeño Ecuador, debemos rendirle el homenaje que la cultura oficial le escamoteó cuando estaba vivo, quizá porque a pesar de que fue hasta “presidente de la asamblea del mundo”, Benites Vinuesa se atrevió en su juventud militante a desafiar el poder ideológico prevaleciente y a escribir un libro que en vez de exaltar las vidas de los notables, de los generales, de los prelados y los banqueros, esbozó la primera biografía del pueblo ecuatoriano.

*Procesos*, No. 7, 1995.

## Jorge Pérez Concha, internacionalista e historiador

Jorge Pérez Concha murió en plena brega, respetado por sus conocimientos y por su honradez intelectual, luego de una larga vida dedicada a la producción académica y a la enseñanza, sin haber cedido al tiempo o a la enfermedad. Escasas semanas antes de su muerte, todavía su punto de vista sobre la disputa territorial con el Perú orientaba al Ecuador.

Pérez Concha nació en Guayaquil en 1908. Sus raíces familiares se hundían en el pasado del puerto y en la lucha rebelde de los líderes esmeraldeños de la montonera. Su dedicación fundamental la compartieron el estudio de las relaciones internacionales y la historia del Ecuador. Tuvo larga experiencia como maestro, desde la enseñanza en establecimientos secundarios hasta la cátedra en la Universidad de Guayaquil, que le otorgó el *Doctorado Honoris Causa* en 1977.

A lo largo de su vida ejerció diversas funciones públicas, como las subsecretarías de los ministerios de Educación y Economía, miembro y vicepresidente de la Junta Consultiva del Ministerio de Relaciones Exteriores, presidente de la Casa de la Cultura del Guayas, director del diario *La Razón*, encargado de negocios en Oslo, embajador en La Habana y miembro de las delegaciones del país a reuniones de la OEA y la ONU.

Como historiador, además de la cátedra, ejerció funciones especializadas como director del Centro de Investigaciones Históricas de Guayaquil, presidente del Patronato del Archivo Histórico del Guayas y del Primer Congreso de Profesores de Historia y Geografía del Ecuador.

Su producción como estudioso de las relaciones internacionales es abundante, pero sin duda su obra de mayor aliento en este campo es *Ensayo histórico-crítico de las relaciones diplomáticas del Ecuador con los Estados limítrofes*, editada en dos volúmenes. La obra es una extensa relación de las negociaciones limítrofes, asentada sobre amplia documentación en algunos casos inédita y extensa bibliografía especializada. Sobre temas afines escribió, también, *Bolívar internacionalista*, *Derecho*

*territorial ecuatoriano, Política internacional contemporánea*, numerosos ensayos y conferencias.

Como historiador siguió la tradición nacional de producción biográfica. Dentro de este marco escribió *Eloy Alfaro, su vida y su obra*, una de las mejores biografías del Viejo Luchador, en la que pone una gran dosis de admiración por el personaje y un gran esfuerzo por defender su obra y su legado ideológico, sin dejar de ejercer el sentido crítico. En la misma línea publicó *Vargas Torres*, la primera biografía del notable montonero liberal esmeraldeño. Su obra en el campo de la historiografía liberal quedó trunca porque nunca fue dada a imprenta una anunciada biografía del coronel Carlos Concha, que parece nunca llegó a concretar.

Otros dos trabajos biográficos que deben mencionarse son *José de Lamar y Vida, pasión y muerte de Miguel de Santiago*. El primero intenta explicar la conflictiva vida del ilustre cuencano, y el segundo pretende establecer las condiciones históricas y personales de la producción del más grande artista plástico colonial quiteño.

Como internacionalista, como historiador y como maestro, Pérez Concha fue un hombre recto. Sostuvo sus convicciones toda su vida y murió inmensamente respetado en su tierra y en el país todo, como un exponente de una generación de intelectuales que hizo de su profesión la defensa de la democracia. La historiografía ecuatoriana de los últimos años debe mucho a su orientación e influencia.

*Procesos*, No. 7, 1995.

## Carlos de la Torre Reyes, historiador a pesar de sí mismo

Carlos de la Torre Reyes nació y se formó en años de agudizamiento del conflicto confesional. Fue un lúcido producto de la educación tradicionalista de su tiempo. Alejado del especialísimo, ávido lector, con talento multifacético, llegó a ser un auténtico polígrafo. La formación humanística y la visión de conjunto, en su caso, no fueron mero barniz, sino vocación. Supo combinar la reflexión con la calidad de un buen trabajador del idioma.

Desde su época de estudiante descolló en la actividad intelectual. En la secundaria dirigió una Academia de Historia y publicó en 1945 su primer poemario: *Primavera*. En 1955 publicó la novela *El plagio*, en colaboración con Francisco Mera. Fruto de sus estudios de Derecho en la Universidad Católica publicó, en 1955, *El delito político: su contenido jurídico y proyecciones sociales*. En ese tiempo inició su reputado curso de Historia del Derecho, en el que convergían sus preocupaciones de jurista, su conocimiento histórico y, sobre todo, sus lecturas bien digeridas, aunque a veces desordenadas, de connotados ensayistas y filósofos europeos.

La preocupación historiográfica de Carlos de la Torre fue muy temprana. En 1959 preparó *La Revolución de Quito de 1890*, una obra premiada en que ofrece una visión novedosa del proceso, averigua sus lados escondidos, sus aristas y sus limitaciones. Más allá de una visión de superhéroes, el autor da un salto al análisis en que los protagonistas son hombres y grupos con intereses, limitaciones, motivaciones materiales, que se imbricaban con proyectos políticos, ideologías y actos de heroísmo individual y colectivo. Del acostumbrado blanco y negro de las versiones sobre el hecho independentista, se da un paso hacia los matices, los colores y los claroscuros que ofrecen un cuadro mucho más real de los acontecimientos. Hay en el libro buen manejo de las fuentes, sobre todo, rigor y conocimiento para calificarlas. Esta fue la obra consagratoria de Carlos de la Torre como historiador.

En 1962 publicó *La espada sin mancha*, una consistente biografía de Julio Andrade. En 1963 apareció *Quito: albores del siglo XIX*, y en 1969 dio a imprenta *La visión histórica de González Suárez*. En 1968 publicó una nueva biografía que revela nuevamente gran manejo del oficio investigativo, *Piedrahita, un emigrado de su tiempo*.

En años posteriores fue abandonando la investigación histórica. Dedicado al periodismo concentró sus esfuerzos en la dirección de prensa, el comentario y el humorismo de coyuntura. Parte de esa producción la publicó en *Crónicas de Parsifal* y *Nuevas crónicas de Parsifal*. En años posteriores volvió a la novela con la publicación de *Y los dioses se volvieron hombres*. En estas obras se agudizó su sentido de la crítica y la autonomía ideológica.

La trayectoria de Carlos de la Torre revela interés en varios géneros y temas. Si la dedicación periodística fue atravesada por su deserción del trabajo historiográfico, se caracterizó por una persistente búsqueda y por la práctica de la tolerancia. Transitó desde las actitudes confesionales militantes de su juventud, hasta posturas de amplia crítica y apertura. La muerte lo encontró en una madurez serena que le permitía ver la vida con gran sentido de libertad. La huella humana que deja será tan valiosa como su legado intelectual.

## Patricio Ycaza, testimonio de coherencia

Los historiadores, quizá con mayor claridad que el resto, sabemos que tenemos que vivir no en los tiempos que queremos, sino en los que debemos. No podemos escoger las condiciones de nuestra propia época, sino que debemos afrontarlas. Pero quizá tenemos el privilegio de ser un poco más conscientes de su naturaleza. Y todo ello, sin duda, es un reto a la coherencia, porque debemos tratar de vivir de acuerdo con lo que pensamos.

La vida de Patricio Ycaza Cortez, trágicamente perdida hace algunas semanas, fue un gran testimonio de coherencia en tiempos de incertidumbres y claudicaciones.

Como muchos intelectuales de nuestra generación, Patricio Ycaza se formó en la tradición del laicismo radical ecuatoriano y muy tempranamente se comprometió con la lucha insurgente. Militó por años en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, del que llegó a ser dirigente nacional. En la última etapa de su vida, junto con otros antiguos miristas, se integró a las filas del Partido Socialista, cuya directiva provincial de Pichincha presidía cuando murió.

Patricio era un hombre tranquilo y ecuánime, de gran capacidad intelectual y con un agudo sentido del humor. Profundamente humano, era flexible frente a las debilidades humanas, pero sumamente rígido en la mantención de los principios del socialismo revolucionario. Mientras muchos han sido seducidos por la “governabilidad” y han optado por las tentaciones del acomodo, él se mantuvo en su actitud militante y crítica.

Era abogado de profesión, pero ante todo se sentía maestro. A la cátedra universitaria dedicó grandes esfuerzos. Descubrió su vocación de historiador por necesidad de la acción política en el sector sindical. Al cabo de años de trabajo, se transformó en uno de los profesionales más autorizados en ese campo. Él se autodefinía como un “aficionado”, pero era considerado un experto en la historia del movimiento obrero del

país, tema al que dedicó sus dos obras fundamentales y gran cantidad de artículos y conferencias.

También realizó trabajos de investigación en historia del deporte ecuatoriano, una de sus grandes pasiones. Fue uno de los propulsores de la gestación y mantenimiento de la Asociación de Historiadores del Ecuador, ADHIEC, y participó activamente de la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe, ADHILAC. En los últimos meses se integró al cuerpo de redacción de *Procesos: Revista Ecuatoriana de Historia*. Dos días antes de su muerte participamos con él en una reunión de programación editorial. Este número 11 publica un artículo de su autoría, a estas alturas ya póstumo.

En lo político fue un militante. Y en lo académico un gran trabajador de la historia del país. Como socialista trataba de actuar como un intelectual orgánico, y como marxista era un estudioso que buscaba aplicar creadoramente y sin dogmatismo la dialéctica como instrumento de análisis y clave explicativa de la realidad.

Su muerte fue profundamente sentida en muchos círculos académicos y políticos del Ecuador. El Comité Editorial de la revista *Procesos* manifiesta en estas líneas su testimonio de pesar por el trágico hecho, y expresa su admiración por un colega y amigo con quien tuvimos tan larga, entrañable y productiva relación académica y humana.

Vivió sin ceder en los principios, pero buscando activamente comprender los signos de las nuevas realidades del Ecuador y el mundo. En los tiempos de confusión y de acomodo que nos ha tocado vivir, su trayectoria vital fue, en muchos aspectos, un testimonio de coherencia.

*Procesos*, No. 11, 1997.

## El recuerdo de Fernando Velasco en el vigésimo aniversario de su muerte

En la madrugada del 9 de septiembre de 1978 un grupo directivo de la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas, FENOC, que viajaba a una reunión, tuvo un accidente en la carretera. El compañero que conducía el vehículo había trabajado hasta pocas horas antes sin ningún descanso y fue vencido por el agotamiento. Con el impacto sufrió severos traumas en el cerebro y murió en pocas horas.

Muchos creímos entonces que esa había sido una manera muy prosaica de morir para Fernando Velasco Abad, a quien desde entonces consideramos el más brillante de nuestra generación. Pero ahora, a los veinte años, quizá empezamos a comprender que fue una forma coherente de irse. Al fin y al cabo todo revolucionario sueña con morir luchando. Y nuestro querido *Conejo* se fue en plena lucha.

Porque esa muerte prosaica de quien había llegado a ser uno de los más altos referentes de la organización popular del Ecuador, fue parte de la opción política de un intelectual que supo que se debe conocer lo que se pretende cambiar, y por ello dedicó buena parte de su trabajo a explicar la realidad de este país y de América Latina.

Su contribución a las ciencias sociales del Ecuador fue significativa, pero esta no puede entenderse sino como la de un pensador que al mismo tiempo fue actor de un proceso crucial de la vida de nuestra patria. Su producción publicada se reduce a tres textos, verdaderos clásicos del pensamiento nacional.

*Ecuador, subdesarrollo y dependencia* lo produjo a los veinte años. Fue su tesis para el título de economista en la Universidad Católica del Ecuador. Allí confluyeron su formación profesional y sus lecturas de la literatura de punta sobre las teorías de la dependencia y la marginalidad. Pero también en ese trabajo estuvo presente su preocupación por contar con un texto que ofreciera una interpretación global de nuestra historia económica, destinado a la formación sindical y a la cátedra universitaria.

Esta fue una oportunidad para afinar el uso de nuevos conceptos, pero le permitió también un acercamiento histórico a la realidad y la consolidación de una postura marxista en que confluían la teoría y la práctica. El resultado fue un trabajo que, inédito por años debido al perfeccionismo del autor, fue leído en copias oficiosas por muchos, y se transformó en un eje de la Nueva Historia del Ecuador, no solo por sus enfoques interpretativos y metodológicos, sino también porque sirvió de base a varias obras que tenían interpretaciones opuestas.

Es mucho lo que podemos aprender aún hoy de este libro, pero quizá su más destacado aporte, además de su imaginativo e inédito esfuerzo de periodización, es el lúcido análisis del carácter capitalista de la sociedad ecuatoriana, de la naturaleza y evolución de sus sectores dominantes y de la acción, a veces confusa y a veces precipitada pero siempre determinante de las masas.

*Reforma agraria y movimiento campesino de la Sierra* es obra de su madurez, si podemos llamarla así, como analista y como dirigente. Realiza un estudio de la tenencia de la tierra y la lucha social dentro del proceso de reforma agraria del Ecuador. Parte de un análisis de la estructura agraria antes de 1964, para luego estudiar tanto el proceso de la reforma agraria como la acción del movimiento campesino en los años subsiguientes.

La obra esclarece un viejo debate, pero propone también una línea autónoma de desarrollo del movimiento campesino indígena, surgida de la acción de sus organizaciones más avanzadas y del esfuerzo por constituir un espacio político revolucionario socialista de nuevo tipo.

*La dependencia, el imperialismo y las empresas transnacionales* es una conferencia de Fernando Velasco que, desde su título, contiene palabras malditas, o al menos “anticuadas” en estos tiempos de globalización y posmodernidad. Pero este pequeño trabajo, que en muchos aspectos se adelantó a su tiempo, es una clave fundamental para entender el proceso que ahora viven nuestro país y América Latina. Estudia el funcionamiento de las grandes corporaciones transnacionales y la naturaleza del imperialismo no como una fuerza externa a las sociedades latinoamericanas, sino como una realidad presente y actuante a su interior. Hoy es todavía más necesario que cuando fue escrito releer este trabajo en el que nos topamos de manos a boca con los representantes

de los intereses del imperialismo entre nosotros, a los que el *Conejo* no consideraba posibles aliados, ni siquiera en nombre de la democracia y la gobernabilidad.

La preocupación militante de Fernando Velasco planteó también en diversas formas el problema de la construcción nacional. Y eso vuelve a su pensamiento tan actual como esta inacabada cuestión en medio de un realidad en que debemos replantear con seriedad y profundidad el proyecto nacional del Ecuador.

Con cariño de compañeros y amigos, pero también con reconocimiento de trabajadores de la Historia del Ecuador, los miembros del Comité Editorial de *Procesos* dedicamos el número 12 a la memoria de Fernando Velasco Abad.

*Procesos*, No. 12, 1998.



## Alfonso Rumazo González, biógrafo de los libertadores

Este año 2003 se conmemora el centenario de nacimiento de Alfonso Rumazo González, ilustre ecuatoriano que no hace mucho falleció en Caracas, cuando su vida se acercaba ya a la centuria. Tanto el hecho de su muerte, como la celebración del aniversario de su natalicio son ocasiones que el Ecuador debe destacar con solemnidad y respeto.

Alfonso Rumazo González nació en Quito en 1903, cuando se daban los profundos cambios de la Revolución Liberal. Creció en un ambiente intelectual propicio para su desarrollo como historiador y literato. Esas fueron sus preocupaciones académicas fundamentales durante su vida, que también dedicó al servicio público especialmente a funciones diplomáticas y culturales.

Rumazo tuvo una producción extensa. Escribió ensayos, trabajos de investigación y también relato. Pero su obra más destacada fueron las biografías de los grandes actores de la Independencia. Ocho libros constituyen esta gran serie, que incluye a Simón Bolívar, Manuela Sáenz, Antonio José de Sucre, Francisco de Miranda, José Martí, Daniel Florencio O'Leary, José de San Martín y Simón Rodríguez.

Al presentar una edición de sus ocho obras, patrocinada por la Presidencia de la República de Venezuela, Rumazo decía: "En esas biografías tuve el propósito de estudiar y profundizar la heroica hazaña del pueblo de nuestra América, en la tenaz y enérgica lucha para su independencia política. Partí de 1783, en que empieza la prédica revolucionaria mirandina, y cerré el lapso en 1898, año en el cual, por el Tratado de París, perdió España definitivamente su inmenso imperio en el Nuevo Mundo". Luego estableció el carácter de toda la serie:

Este ver fascinante del único hecho histórico realmente magno, en el ir de los siglos continentales, se realizó mediante el estudio del prodigioso hacer de los líderes insignes, con sus tenientes y conmitones, sus ejércitos y la muy esforzada población civil de hombres y mujeres; todos

en el empeño de hacerse libres, libérrimos. Miranda, el iniciador, cayó prisionero y murió en la Carraca de Cádiz en 1816, cuando todavía no se habían dado las batallas mayores. José Martí, al finalizar la guerra y próximo a culminar su valeroso reto, pereció en el combate de Dos Ríos, en Cuba.

En este breve enunciado se ve no solo el propósito de su obra, sino también su concepción histórica fundamental, que privilegia las acciones de los grandes actores. Entendida dentro de este marco, su producción responde a una época y a una orientación historiográfica definida, pero al mismo tiempo se constituye en el mayor aporte a la historia de nuestra Independencia común.

Rumazo hizo de Caracas su ciudad adoptiva. Venezuela, cuya política oficial ha sido por años exaltar a Bolívar y a la Independencia, auspició su trabajo y publicó sus obras. Allí vive también su hija Lupe, quien por derecho propio ocupa un destacado lugar en nuestras letras y ha realizado además una larga e importante labor diplomática.

Ecuador ha hecho poco reconocimiento a la obra de Rumazo. La celebración de su centenario es momento propicio para estudiar sus trabajos y para divulgarlos mejor en el país. Con ello no solo haremos justicia a un gran ecuatoriano, sino que aportaremos a la reflexión sobre la Independencia y sus figuras en la construcción de nuestras naciones latinoamericanas.

Quito, 2003.

## Reinaldo Miño, el legado de un luchador

Comenzaba un acto académico o político con el Himno Nacional, coreado por los asistentes... Luego del coro, cuando todo el mundo empezaba a cantar “Los primeros los hijos del suelo...”, una voz ronca y enérgica entonaba con la misma música “Indignados tus hijos del yugo...”. Muchos pensaban que se trataba de un despistado, pero los que lo conocíamos nos enterábamos por este curioso medio que allí estaba Reinado Miño, empeinado en sostener que la canción patria no debía ser mutilada; que no se debió nunca dejar de cantar su primera estrofa.

Así era Reinaldo Miño, un hombre de convicciones firmes que vivió una larga vida de lucha por sus pasiones indeclinables: la Patria, la Revolución y su Ambato nativa. Médico y ensayista histórico, nació en 1924, en medio de una agitada década de profundas transformaciones, y murió en 2006, cuando en toda América Latina vuelven a soplar aires de transformación.

Se formó en su ciudad natal hasta graduarse de bachiller en el Colegio Nacional Bolívar, para luego pasar a la Universidad Central del Ecuador, donde obtuvo el título de doctor en Medicina y Cirugía. Desde sus años de estudiante se inclinó por la izquierda y militó en el Partido Comunista toda la vida. Además de varios trabajos especializados en el campo de la salud, escribió numerosos ensayos históricos en los que ofreció una visión alternativa sobre temas de identidad nacional.

Hombre bueno, era muy atento y comedido con la gente. Pero cuando escribía utilizaba un agresivo tono polémico contra las ideas y los mitos que la cultura dominante ha impuesto. Una de sus grandes pasiones fue la Patria, nuestro Quito milenario, como le gustaba llamarlo. Buscó las raíces de la nación en los pueblos andinos anteriores al inca. Le gustaba repetir y defender con entusiasmo que los legendarios caras que vinieron de la costa manabita a la comarca de la capital, liderados por el legendario Quitumbe, estaban relacionados con los guayaquileños de entonces, que también hablaban una lengua de la familia del

quichua. “Guayaquil es quiteña” repetía, no solo como reclamo de una raíz histórica común, sino como un acto expreso de enfrentamiento del regionalismo impulsado por la derecha.

Escribió sobre las grandes figuras femeninas del país como las Manuelas; sobre las luchas populares, desde la Colonia al sindicalismo del siglo XX; sobre aspectos sociales de las enfermedades; sobre la vigencia de la paz en el mundo. Su devoción por Ambato se expresó en varias obras dedicadas a sus grandes figuras. Enfatizó en los aspectos más progresistas de Juan Montalvo, el gran ideólogo del liberalismo, y defendió los sesgos nacionalistas de Juan León Mera, autor del himno nacional, novelista pionero y fundador del Partido Conservador.

Fue un ardiente admirador de Eugenio Espejo, a quien no dudó en calificar como un revolucionario anticolonial en las limitadas condiciones del tiempo en que le tocó vivir. Dedicó un libro al conocido episodio de las “banderas rojas”, colocadas por el prócer desde la clandestinidad en las calles de Quito con la consigna “Seamos libres y consigamos felicidad y gloria”.

Siguiendo una vieja tradición ecuatoriana, Miño fue ante todo un ensayista, un polemista. Varias de sus propuestas enriquecen el debate académico. Otras alimentan, sin pretender ser científicas, el imaginario nacional. Él mismo confesó en *Discrepancias*, su obra póstuma: “Nunca he intentado ser historiador de primera clase. Me gusta la poesía, Me encanta la leyenda. Gozo con el ensayo”. Escribió hasta sus últimos días y murió como un luchador que deja un importante legado.

*Procesos*, No. 26, 2008.

# Salvador Lara

Al cabo de más de ocho décadas de vida productiva, Jorge Salvador Lara, historiador, hombre público y jurista, ha recibido el homenaje de su ciudad de Quito, que lo tuvo como su cronista oficial. El acto de reconocimiento lo ha hecho la urbe por su aporte como ciudadano y dirigente político, pero fundamentalmente como trabajador de nuestra Historia.

Nacido en esta capital en el seno de una tradicional familia católica, se formó en el pensionado Borja, en el Colegio San Gabriel y en la Universidad Católica, de la que fue alumno fundador y docente por muchos años. Sin dejar su trabajo de abogado, se dedicó desde su juventud a la investigación histórica. Fruto de ella fue su libro sobre el 10 de agosto de 1809, obra de gran aliento, profundamente polémica y continuadora de la tradición historiográfica conservadora, que lo consagró como referente historiográfico y destacó uno de los más profundos caracteres de su trayectoria vital: la Patria.

Ingresó tempranamente en la Academia Nacional de Historia, de la que llegó a ser director por un cuarto de siglo. Produjo más de doscientos libros y artículos científicos, gran cantidad de ponencias nacionales e internacionales, ensayos y estudios más cortos, comentarios, presentaciones y contribuciones para la prensa. No hay ni época ni género que no haya cultivado en su extensa vida productiva.

Con la consigna central de robustecer a la nación ecuatoriana, ha realizado estudios sobre el origen de los pobladores del actual Ecuador; ha defendido la existencia del Reino de Quito, tal como lo vio el P. Juan de Velasco; ha investigado sobre la Conquista y la Colonia; ha trabajado con énfasis en la Independencia, considerándola como acto fundacional de la nación; ha participado en los debates de la confesionalidad del Estado y sus principales figuras; ha escrito sobre Historia de la Ciencia y ha producido una breve versión de la Historia del Ecuador para circulación internacional. Trabajó en la edición de muchos números *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, y participó en la *Historia del Ecuador* editada por Salvat.

Como la gran mayoría de nuestros grandes historiadores, Salvador Lara optó por la militancia política activa. Se inició en el nacionalismo y luego se afilió al Partido Conservador, pugnando por orientarlo con la Doctrina Social de la Iglesia. Fue varias veces legislador y ministro. Fue también embajador y candidato a alcalde de Quito. Se mantuvo firme en sus luchas y consecuente con sus principios. Abandonó las filas conservadoras cuando fueron invadidas por el neoliberalismo, que su conciencia nacionalista y católica rechazaba.

Muchos habrán querido sumarse a su homenaje. Me atrevo a escribir estas líneas a nombre de ellos, en especial de sus exalumnos. Por eso va este modesto tributo al colega y amigo.

*El Comercio*, 2011.

## Leonardo Espinosa, renovador de la historia regional

Solía ser muy cuidadoso con sus palabras. Se preocupaba porque lo que decía o escribía correspondiera a su genuina percepción de la realidad. Enseñó y escribió por varias décadas con el objetivo de entender mejor su tierra, su región y el país, con el compromiso de cambiarlos para que se implantara una democracia radical y la justicia social. Leonardo Espinosa era, en el más profundo sentido de la palabra, un militante recio y un intelectual comprometido.

Leonardo Espinosa fue uno de los promotores de la renovación de los estudios sociales en el Ecuador, más particularmente, de la investigación de la historia socioeconómica. Realizó importantes trabajos sobre historia regional e historia del movimiento obrero, además de estudios económicos especializados.

Hasta los años setenta, los sectores conservadores habían dominado los estudios históricos en el Ecuador. Pero en esa década comenzaron a publicarse trabajos de nuevo cuño, que replantearon el conocimiento de la sociedad y desafiaron el predominio de la derecha. Desde la sociología, la economía y la antropología surgieron artículos y libros que fueron estructurando una visión renovada de la historia, que superó las interpretaciones de corte descriptivo y biográfico, para destacar los procesos y los actores sociales. Era el nacimiento de la corriente que luego se llamó “Nueva Historia” en nuestro país, como en otros de América Andina.

Leonardo Espinosa fue una de las figuras más destacadas de ese movimiento. Junto con Lucas Achig y varios colegas vinculados al IIR-DUC de la Universidad de Cuenca, que luego pasó a llamarse IDIS, desarrollaron investigaciones de historia y realidad socioeconómica con énfasis en la región austral. Los trabajos fueron pioneros en varios sentidos. Primero, por el esfuerzo de hacer análisis de estructura, más allá de la biografía, el costumbrismo o la glosa de datos censales. Segundo, porque por primera vez en el país desarrollaron estudios regionales, teniendo al austro como su objeto académico principal. Tercero, porque todo ello se realizó con un genuino esfuerzo por aplicar creativamente las categorías

del marxismo a nuestra realidad. Desde luego que Leonardo y sus colegas no fueron los únicos en hacer todo eso, pero estaban entre los grupos que trabajaron con esas preocupaciones intelectuales en nuestro país.

Desde sus años de alumno universitario se distinguió por su dedicación a los estudios sociales. Se graduó de economista en la Universidad de Cuenca. Como directivo universitario, impulsó la investigación y fue promotor de los “Encuentros de Historia y Realidad Económica y Social del Ecuador”, importantes foros para el avance de las nuevas corrientes, que comenzaron a realizarse en Cuenca en los años setenta. Promovió la fundación de la Asociación de Historiadores del Ecuador, ADHIEC, y fue también directivo de la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe, ADHILAC, por varios años. Fue incorporado como miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia.

Hizo aportes interesantes. Trabajó duro y formó generaciones de economistas y trabajadores de las ciencias sociales. Trató de aplicar rigurosamente el materialismo histórico y planteó algunas discusiones teóricas. Tuvo a veces una visión rígida. Pero, en general, se alejó del dogmatismo y el mecanicismo, buscando la verdad en lo complejo de nuestra realidad nacional y andina. Leonardo combinó la vida de investigador con la de gestor universitario y militante de izquierda. Fue presidente de la FEUE de Cuenca, miembro del Consejo Directivo y decano de la Facultad de Economía; dirigente del Partido Comunista y el FADI. En 1995 fue una de las figuras de la fusión con el Partido Socialista y desde entonces militó lealmente en el PS-FA. Participó como candidato a prefecto provincial y diputado. Elegido concejal de Cuenca, se desempeñó con gran dedicación y compromiso social.

Además de sus estudios de historia y de análisis económico social del presente, Leonardo Espinosa produjo trabajos de gran valor académico y político como sus estudios sobre planificación y su estudio demostrativo sobre el funcionamiento de las empresas municipales de Cuenca, un éxito de lo público descentralizado en medio de la avalancha privatista neoliberal que, por lo demás, ha sido un fracaso económico. Afectado de un cáncer que lo consumió durante sus últimos años, siguió trabajando y produjo trabajos hasta sus últimos días. Murió el 11 de diciembre de 2010, luchando contra el dolor y la injusticia.

## El legado de Agustín \*

Poseía imaginación y el don de explicar con sencillez cuestiones complejas. Tenía una vasta formación teórica, gran conocimiento de su país y América Latina. Buscaba explicaciones originales a problemas que muchos creían resueltos. No ocultaba sus posturas polémicas y las defendía con pasión y solidez. Era agudo y a veces usaba un agrio sentido del humor. Pero sobre todo tenía una enorme sensibilidad estética y un gran sentido humano.

Así era Agustín Cueva, uno de los pioneros de la renovación de las Ciencias Sociales en el país, y uno de los académicos ecuatorianos que mayor influencia tuvo a nivel latinoamericano. Fue director y animador de la Escuela de Sociología de la Universidad Central, docente en varios países del continente y profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde ganó enorme prestigio.

Hasta los años sesenta, las interpretaciones de la historia y la realidad nacional estaban dominadas por posturas tradicionales conservadoras y por el positivismo que se impuso con el Estado laico. El vigoroso pensamiento socialista que había surgido en los años veinte, mantenía sus elementos críticos, pero demandaba una actualización teórica. Entonces, una generación de académicos, una de cuyas figuras más relevantes fue Agustín Cueva, realizó una amplia tarea de renovación que se extendió por varias décadas.

Cueva escribió ensayos que abordaron temas cruciales sobre nuestra realidad nacional y la naturaleza de la literatura ecuatoriana. También produjo varias obras sobre la realidad latinoamericana y la teoría marxista. Sus textos se debatieron en universidades y centros especializados, pero fueron también leídos en las aulas educativas de secundaria. Mucha gente del común lo asumió como parte de su cultura general.

---

\* *Agustín Cueva, veinte años después*, Quito, Campaña de Lectura Eugenio Espejo, 2012.

Varios escritos de Agustín Cueva ya se consideraban clásicos de nuestros estudios sociales cuando el autor estaba todavía vivo. Ahora son elementos centrales de nuestro pensamiento. Sus grandes y originales aportes, sus intuiciones, vacíos, errores y limitaciones permitieron avanzar al pensamiento crítico en medio de contradicciones y enfrentamientos. Aunque suene a lugar común, digamos que la mayoría de ellos mantiene sorprendente actualidad.

La conmemoración de los veinte años de la muerte de Agustín ha sido ocasión para rendir homenaje a su memoria y reconocer su legado intelectual y humano. Para ello se han juntado la Escuela de Sociología de la Universidad Central, la Universidad Andina Simón Bolívar y la Universidad Técnica del Norte. Han desarrollado dos seminarios en Quito e Ibarra y se ha editado el libro *Agustín Cueva, veinte años después*, con el sello de la Campaña de Lectura Eugenio Espejo.

La obra circula en un momento de aguda polémica. No está mal para recordar a quien debe tanto el pensamiento crítico latinoamericano.

Ibarra, septiembre de 2012.

## Roberto Morales, promotor de la conciencia ibarreña

Si se tratara de hacer una corta lista de los ibarreños más destacados del último medio siglo, sin duda allí estaría Roberto Morales Almeida. En realidad nació en el Carchi pero, más que nadie, por su inmensa obra, se ganó el título de “ibarreño ad honorem”. Fue maestro, hombre público, periodista e historiador. Y en todas esas dimensiones de su vida se destacó.

Sus exalumnos, especialmente los del Colegio Nacional Teodoro Gómez de la Torre, donde ejerció la cátedra por muchos años y el rectorado por varios períodos, recuerdan sus exigencias y excentricidades, pero sobre todo lo reconocen como un profesor brillante y dedicado de Historia, Literatura, Sociología y Cívica que, sin dejar de preocuparse por la calidad de la enseñanza, ponía los valores por delante.

Desde su juventud se comprometió en ARNE con el nacionalismo, y participó en las contiendas políticas con pasión y radicalidad, pero al mismo tiempo con lealtad a la gente, incluso a sus adversarios de izquierda, que siempre lo apreciaron su seriedad talento y preocupación por la justicia social. Fue diputado por Imbabura y ejerció esa función con brillantez en los agitados años sesenta.

Desde los primeros años de la Sociedad de Cultura Cardijn, fundada por el entonces joven sacerdote Leonidas Proaño, se convirtió en uno de sus más asiduos colaboradores. Fue por más de cincuenta años redactor y editorialista del diario *La Verdad*, fundado por monseñor Proaño en 1944. Escribió crónica, columnas sobre la vida local y, sobre todo, los editoriales cotidianos del periódico, que desgraciadamente suspendió su edición hace un tiempo. Fue siempre leal a la persona y a la obra del gran obispo ibarreño.

Fue activo miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, en la que participó con aportes literarios e históricos. Fue, por ejemplo, un gran promotor de la novela *Plata y bronce* de Fernando Chaves, pionera del relato indigenista. Estudió la historia de la Literatura,

la Educación y el Periodismo de Imbabura. Investigó sobre la batalla de Ibarra, especialmente sobre la acción de Simón Bolívar y Agustín Agualongo. Se empeñó a rescatar la memoria de imbabureños notables como Calixto Miranda y Suárez, Pedro Moncayo y Teodoro Gómez de la Torre.

Cofundador de la Sociedad Cultural “Amigos de Ibarra”, la presidió por largos años y asumió la responsabilidad de editar la *Monografía de Ibarra*. Con gran esfuerzo, preocupación académica y persistencia logró publicar siete volúmenes de la monografía, que se ha transformado en la obra de mayor envergadura sobre la ciudad y el cantón. Queda pendiente la edición de su último tomo que, por pedido de los “Amigos de Ibarra”, asumiré como homenaje a la memoria de Roberto.

Como reconocimiento a sus trabajos historiográficos, fue designado miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia. Fue promovido luego a miembro de número. Por fin, la corporación le elevó a la categoría de miembro honorario, aunque murió pocos días antes de que se realizara la ceremonia correspondiente.

Al recordar a Roberto Morales Almeida, rendimos homenaje al gran promotor de la cultura imbabureña, al periodista, maestro e historiador que se convirtió en artesano de la conciencia y la memoria de su tierra adoptiva.

Ibarra, septiembre de 2013.

# Hitos en la construcción de la Nueva Historia



# La Nueva Historia, compromiso y desafío

## Presentación de la *Nueva Historia del Ecuador*

### **Cada gran período debe tener su nueva historia**

“Principiaré repitiendo lo que repetía el árabe aquel de *Las mil y una noches: yo no se más que las historias de mi patria*”. Esto decía, lejos en el tiempo, en 1871, Federico González Suárez, el mayor de nuestros historiadores, cuando comenzaba su rica y conflictiva vida intelectual y pública. Me he apropiado de esa frase, porque pareciera dicha como para este día en que comenzamos a recontar las historias de nuestra Patria.

Para cada pueblo, escribir y reescribir su historia es una necesidad de supervivencia. Más allá de la curiosidad o del prurito de coleccionar recuerdos, está el imperativo de conocer y asumir las propias raíces. Por ello el trabajo histórico es siempre necesario y siempre presente. Y esto no solo porque cada visión de la Historia se formula a partir de una experiencia concreta actual, sino también y sobre todo porque el cómo se ve la realidad pasada justifica una postura ideológica y una práctica social en el presente. Joseph Fontana es uno de los historiadores que con mayor lucidez ha planteado esta cuestión: “Toda visión global de la historia constituye una genealogía del presente. Selecciona y ordena los hechos del pasado de forma que conduzcan en su secuencia hasta dar cuenta de la configuración del presente, casi siempre con el fin, consciente o no, de justificarla”.

Cada gran período debe tener su nueva historia. Christopher Hill insiste: “la historia tiene que ser reescrita en cada generación porque, aunque el pasado no cambia, el presente sí lo hace; cada generación se hace nuevas preguntas sobre el pasado y encuentra nuevas áreas de sin-

tonía conforme vuelve a vivir nuevos aspectos de la experiencia de sus predecesores”.

## **La Historia: un producto social**

Desde luego, esta construcción o reconstrucción de la Historia a partir de aquí y ahora no es, aunque a veces así lo pareciera, una tarea individual, sujeta a los impulsos subjetivos del historiador. Es una elaboración colectiva, que se estructura como elemento de una cultura en movimiento, de una sociedad que se debate entre mantener y reformular sus relaciones constitutivas y sus formas de conciencia. Por aislado que viva un trabajador de la Historia, por contestatario que fuera, por deformación ideológica que soportara, su producto será siempre, de una manera u otra, producto social.

De allí que no exista dicotomía entre el cómo se ve y se hace la Historia y el cómo se ve y se enfrenta la realidad presente. Hay, pues, estrecha coherencia entre la versión que se tiene del pasado y la interpretación que se tiene de la realidad prevaleciente. Y esta interpretación, a su vez, está vitalmente conectada con la postura asumida frente al orden establecido, a sus contradicciones y racionalidades, a su continuidad o ruptura. La Historia va siempre junto con una explicación del sistema de relaciones vigentes y junto también a un proyecto hacia el futuro. Un “proyecto social”, como Fontana lo llama.

Quiere decir que los historiadores, más allá de sus alcances o límites personales, no poseen el don del dios Jano con sus dos caras, una para mirar el pasado y otra para mirar el futuro. Los historiadores ven siempre con la misma cara el pasado, el presente y el porvenir. Y vale decir que las mismas manos que escarban los despojos del pretérito, trabajan para subsistir material e intelectualmente en la cotidianidad y construyen la sociedad que creen debe venir.

Vista así la elaboración histórica, aparece nítidamente como una tarea comprometida. Se descubre de este modo la trampa de esos planteamientos pretendidamente científicos y asépticos que separan la visión del pasado de la postura política. El trabajo histórico es más lúcido y más científico en la medida en que descubre sus propias determinaciones y asume conscientemente su compromiso frente a la realidad prevaleciente.

## La elaboración histórica avanza con la sociedad

Entender la Historia como tarea comprometida no es, afortunadamente, ninguna novedad en el Ecuador. El más grande de nuestros historiadores, que no por coincidencia es también uno de los ecuatorianos más notables, Federico González Suárez, fue consciente de ello al defender la *verdad* como eje del “criterio histórico”, y al hacer compatible su trabajo especializado con su activa y polémica participación política. Sus discípulos, que constituyeron el núcleo más importante de la gran tradición histórica ecuatoriana, fueron también el más notable ejemplo de vinculación indisoluble entre la elaboración histórica y la definición política.

La elaboración histórica avanza, pues, con la sociedad, con sus contradicciones y sus luchas. La relación entre el historiador y el actor es indisoluble. De allí que junto a los grandes períodos de la sociedad se hayan ido también gastando grandes períodos en el quehacer de los historiadores.

## La Nueva Historia y su contexto

Hacia finales de los años sesenta e inicio de los setenta comenzó a consolidarse en el Ecuador una nueva tendencia académica que buscaba la renovación de los estudios historiográficos. El hecho no era una simple coincidencia. Para entonces se había superado el debate liberal-conservador sobre laicismo del Estado y, en general, la sociedad ecuatoriana experimentaba un rápido salto de modernización que afectó también a las esferas culturales. Junto a la emergencia de nuevos sectores dominantes y de formas inéditas de consolidación de la dependencia imperialista, se fue elevando también el nivel de organización y de lucha de las masas, en cuya presencia política pasó a ser referente fundamental la acción unitaria de las organizaciones representativas de los trabajadores.

La *Nueva Historia* ha surgido, pues, en un contexto social específico y su producción debe juzgarse dentro de ese marco. Aunque no se puede hallar ni una orientación teórico-metodológica específica, ni una temática especialmente tratada, son fácilmente rastreables al menos dos bases comunes de trabajo. Se parte, en primer lugar, de la aceptación de

que los protagonistas de la historia no son los individuos, sino los grupos (clases, etnias, sociedades). Se acepta, en segundo lugar, que el análisis de los fenómenos históricos parta de la consideración de la estructura económico-social. En este sentido, debe inscribirse el movimiento general en actitudes teórico-políticas, que van desde varias posiciones de izquierda hasta el reformismo. Luego de un primer momento en que especialistas de otras disciplinas hicieron historia, ha ido apareciendo una nueva generación de historiadores profesionales que han consolidado ya la Nueva Historia como actividad científica. Desde luego que en este proceso de consolidación han jugado un importantísimo papel diversas instituciones académicas de varios lugares del país, que han promovido y apoyado el trabajo.

Al cabo de una década de producción, comenzó a sentirse la necesidad de sistematizar y divulgar los avances iniciales logrados. Esta obra se concibió y preparó justamente bajo esa demanda. La *Nueva Historia del Ecuador* justifica ese nombre porque se trata, ciertamente, de una nueva versión, porque incorpora gran cantidad de innovaciones técnicas, pero sobre todo porque aparece como expresión comprometida de la madurez de un nuevo proyecto social, amplio y pluralista, pero radicalmente innovador, que se abre paso en el Ecuador y América Latina.

## Los actores colectivos en el proceso histórico

El conocimiento histórico y las formas de construirlo son objeto de intensa discusión teórica y también de activo debate ideológico. Estos párrafos no son el lugar apropiado para enfrentar la cuestión, puesto que están destinados a esbozar brevemente los grandes temas y las opciones de la *Nueva Historia del Ecuador*, pero ciertamente es pertinente la cita de un concepto de Pierre Vilar que expresa con gran nitidez la orientación básica de nuestra obra: “El objeto de la historia *no* es ‘hacer revivir el pasado’, sino *comprenderlo*. Para esto hay que desconfiar de los documentos brutos, de las supuestas experiencias vividas, de los juicios probables y relativos. Para hacer un trabajo de historiador *no basta* con hacer revivir una realidad política, sino que debe someterse un momento y una sociedad a un análisis de tipo científico”.

Tratando de superar los límites del ensayismo y las manías de anticuarios, esta *Historia* ha sido preparada con el más riguroso criterio científico. Para ello, desde luego, ha habido que afrontar complejos desafíos metodológicos e introducir en la discusión una serie de categorías y conceptos que, si bien no son novedad del trabajo historiográfico, han demandado, dada la naturaleza de la obra, un tratamiento específico y un alcance general.

Consolidando una línea metodológica ya seguida en América Latina y el Ecuador, la obra enfatiza la presencia de los actores colectivos del proceso histórico. Los grandes momentos de la vida de los pueblos no están ciertamente determinados por la acción individual, sino por la presencia protagónica de los grandes grupos humanos que los integran. La obra relievaa el origen, surgimiento, consolidación y disolución de las clases sociales, así como su presencia complementaria y contradictoria en la evolución histórica. Por otra parte no descuida un rasgo de primera magnitud en la vida de los pueblos andinos, que es la variable étnica. Para la historia tradicional, las comunidades aborígenes desaparecen de la escena con la conquista; nuestra historia mantiene la continuidad de su presencia protagónica a lo largo de todos los períodos, hasta el presente.

Assumiendo que los actores básicos de los procesos históricos son colectivos, los trabajos que integran la obra se asientan sobre la constatación de su causalidad compleja. Se ha tratado, por ello, de desterrar todo reduccionismo y todo mecanicismo. Esto, desde luego, no es incompatible, sino más bien condición de posibilidad, para que se organice el análisis a partir del estudio de las condiciones materiales objetivas. En todos los períodos el tratamiento de la temática arranca de las condiciones económicas y estructurales de la sociedad. El estudio de las condiciones estructurales se complementa con el énfasis dado a la presentación de secuencias o sinopsis cronológicas de los eventos. Allí los actores individuales, los hechos, conflictos circunstanciales, las fechas y los lugares específicos completan el cuadro de la vida histórica dentro del marco general de las interrelaciones y determinaciones de las estructuras socioeconómicas.

Historia de la complejidad, de la vida de nuestro pueblo. Esto quiere ser esta obra. Ya lo decía Gramsci: "La historia es un hacerse continuo y por tanto, imprevisible. Pero esto no significa que todo sea imprevisible dentro del hacerse de la historia, es decir, que la historia sea

dominada por el arbitrio y el capricho irresponsable. La historia es al mismo tiempo libertad y necesidad”.

## **Los períodos establecidos rompen tradicionales concepciones**

La complejidad de la obra demanda el concurso de la mayor cantidad de trabajadores de la Ciencias Sociales convocada para una tarea en el país. Aprovechando el gran esfuerzo multidisciplinario realizado, se ha tratado al mismo tiempo de dar a la obra un carácter básico y una perspectiva historiográfica consistente, que no solamente mantengan su unidad, sino que inscriban al conjunto en el género histórico. Para ello se ha buscado un equilibrio entre las aportaciones teóricas y de interpretación general y la exposición factual y de temas especializados. A lo largo de sus tomos y capítulos se hace uso extensivo y sistemático de una amplia base de información documental y material de investigación empírica.

El establecimiento de una periodización fue, sin duda, el punto que mayor esfuerzo demandó en la preparación de la Historia. La propuesta final que se publica sufrió una larga evolución en medio de la cual se fue enriqueciendo y completando una propuesta de trabajo inicial formulada por el Comité Editorial. Los hitos que dividen los períodos establecidos no tienen que ver con las tradicionales concepciones que relievan los eventos formales o la presunta influencia de caudillos o “personalidades fuertes”, son más bien aquellos que marcan los grandes cambios en la estructura de la sociedad. Hay, por otra parte, una innovación en la propia conceptualización de cada período.

Desde sus inicios esta *Historia* fue alentada por Hernán Malo. Él usó todo su esfuerzo de gestación y toda su capacidad de convocatoria para que se pusiera en marcha. Su publicación no puede menos que ser homenaje a su memoria y compromiso de continuar la labor que él inició. Esta Nueva Historia es también un homenaje a quienes realizaron trabajos pioneros, muy especialmente a Fernando Velasco Abad, entrañable compañero y amigo cuya obra académica y política significó un hito en las Ciencias Sociales y en la lucha del pueblo ecuatoriano por su liberación.

## **La Nueva Historia: tarea de conciencia de una generación**

Al cabo de algo más de un lustro de preparación, presentamos ahora a los ecuatorianos esta *Nueva Historia* tarea de conciencia de una generación que ha vivido el Ecuador de la prosperidad de no hace mucho y el de la crisis de ahora; que ha sentido la insurgencia de su pueblo, y la necesidad de escribir la biografía de sus luchas.

A nadie le debe quedar duda del compromiso de esta obra, que se ha escrito para entender mejor nuestro tránsito hacia un futuro de transformación. Sus páginas muestran que con la presencia de los montubios, los indios, los trabajadores e intelectuales, la historia se mueve, los cambios son posibles, las clases dominantes se derrumban desde abajo, el imperialismo es derrotable y el destino de América Latina puede cumplirse. En medio del pluralismo, este ha sido el gran articulador de nuestro esfuerzo.

Para mí, la experiencia de preparación de esta obra ha sido la mayor escuela de formación académica y compromiso intelectual a la que he concurrido. Al mismo tiempo, lo digo de corazón, ha sido también motivo de estrechar viejas amistades e iniciar nuevas. Por eso este día siento que debo dar las gracias a la inmensa cantidad de gente que ha puesto su cuota de cerebro y corazón en la obra común.

Corriendo a conciencia el riesgo de cometer el grave pecado de omisión múltiple, quisiera decir aquí gracias a Rosemarie Terán, Manuel Chiriboga, Jaime Durán, Carlos Landázuri, Segundo Moreno, Gonzalo Ortiz, Carlos Paladines, Vicente Pólit y Fernando Tinajero, que forman parte del Comité Editorial, motor colectivo de la obra. Mil gracias a Tito Cabezas, Luis Mora y demás miembros y funcionarios de la Corporación Editora Nacional, especialmente a Guillermo Bustos y Jorge Ortega, que tanta cuota de esfuerzo han brindado. Gracias también a todas aquellas personas de la función pública especialmente del Ministerio de Educación y de organismos internacionales, como la UNESCO, que entendieron el alcance de la obra, más allá de circunstancias coyunturales.

Debo también exteriorizar mi reconocimiento a Josep Fontana, gran maestro y amigo, que posibilitó el esfuerzo común con Grijalbo y a sus dos principales responsables en Quito, Ricardo Macías y Francesc Vendrell, apasionados de este proyecto que ya es realidad. Los autores

de esta Historia, muchos de quienes han aceptado pacientemente toda sobredosis de disculpas por el retraso, y algunos de los cuales nos han hecho sufrir dolores de espera que se compensan con el resultado final: reciban ahora el entrañable testimonio de agradecimiento, junto con la satisfacción de sabernos todos copartícipes de una gran tarea.

Esta obra ha reclamado también el concurso de muchos trabajadores gráficos, que han puesto en ella grandes dosis de esfuerzo e imaginación. A todos ellos, especialmente a los directivos y personal del taller de la Corporación e Imprenta Mariscal, muchas gracias.

Gracias a todos cuantos apoyaron de una manera u otra la producción y edición de esta obra. Pero, sobre todo, gracias al pueblo del Ecuador por sus sueños, sus ilusiones y sus mitos, por sus luchas y sus triunfos, por su dolor y sus esperanzas, que son motivo de esta obra, parida en días de crisis para ver venir mejores tiempos.

## **Una obra con conciencia de las limitaciones propias de su historicidad**

El cariño con que hablo de la *Nueva Historia del Ecuador*, y la pasión con que la he justificado, me parece que son explicables, pero no me llevan a desestimar sus limitaciones. La *Nueva Historia* no pretende constituirse en una obra que diga la “última palabra” sobre todos los temas de que trata. Semejante atrevimiento está bien lejos de la intención de los editores y colaboradores.

La *Nueva Historia* no es ciertamente una obra homogénea en su contenido. Y esto por varias razones. El nivel de desarrollo de la investigación histórica en el Ecuador es sumamente desigual. Hay temas que se han tratado ampliamente y hay otros, de estudio, más bien escaso. Hay también cuestiones sobre las que no existe propiamente trabajo investigativo, sino, a lo más, una atenta revisión bibliográfica. El contenido de los artículos no puede menos que reflejar esta realidad. Algunos de ellos afrontan temas prácticamente inéditos. Y vale quizá indicar que varios de los que demandaron mayor trabajo de elaboración son aquellos en los que el esfuerzo de cubrir lagunas es más notorio. No es extraño sino absolutamente lógico que la obra tenga vacíos. Y estos son advertencia y desafío para el ulterior trabajo historiográfico.

Pero sobre todo, esta *Nueva Historia del Ecuador* no es una obra para siempre. Los ideólogos de la dominación, los usufructuarios del pasado, pretenden escribir “libros definitivos”. Nosotros hemos escrito esta *Nueva Historia* para nuestro presente con la esperanza de que su mejor contribución sea volverse vieja. Esta es una obra con conciencia de las limitaciones propias de su historicidad. Sin pretensión de haber producido un libro sagrado, comprometidos en la lucha por cambiar el presente para el que se escribe, quisiéramos que en el Ecuador de los años futuros no solo se escriba otra “Nueva Historia”, sino que se la construya.

Y cuando esta *Nueva Historia* ya sea vieja; cuando haya recobrado su protagonista principal, el pueblo, su destino, en lo que ahora es el futuro, podremos, desafiando al tiempo, beber en la fuente inagotable de la memoria mítica de ese pueblo, y contar con alegría, como el árabe aquel de *Las mil y una noches*, solo las historias de nuestra Patria.

Quito, 29 de noviembre de 1988.



# El comienzo de una tradición

## Intervención a nombre de las instituciones auspiciantes en la inauguración del Congreso Ecuatoriano de Historia, 1993

### **El momento de la autocrítica**

La reunión de este Congreso Ecuatoriano de Historia es una privilegiada ocasión para un ejercicio de autocrítica que nos permita realizar un balance de nuestras actividades profesionales en las décadas recientes y también proponer las tareas que debemos enfrentar colectivamente en el futuro. Me parece, por ello, que lo más oportuno es formular unas pocas ideas en torno a ello.

Desde el inicio de la década de los setenta, la investigación histórica ecuatoriana experimentó un significativo impulso en su desarrollo y un giro en su orientación metodológica. En ese tiempo se fueron consolidando varios grupos de diversos lugares del Ecuador, que han realizado aportes verdaderamente significativos. Justamente el simposio principal de este Congreso está dedicado a una evaluación de ellos.

No cabe duda de que podemos mencionar varios logros del esfuerzo de estas dos décadas. La Historia Social y Económica, así como una nueva perspectiva de la Historia Política, han encontrado carta de naturalización entre nosotros. La Historia Regional ha encontrado nuevos parámetros de desarrollo. La Ethnohistoria ha dado pasos realmente grandes. Sobre todo si consideramos que toda esta producción se ha dado en un tiempo corto y con limitadísimos recursos, la significación de lo alcanzado se apreciará en sus reales dimensiones.

Por otra parte, también debemos recordar que en este lapso se han dado varias iniciativas académicas de formación de historiadores a nivel de pregrado y posgrado que, en el curso de varias promociones, han logrado formar una planta profesional de buen nivel, capacitada para enfrentar con solvencia las demandas del trabajo de investigación

y docencia. Una retrospectiva de estos años, en fin, nos muestra que se ha logrado ampliar el interés de los lectores en la Historia, como lo atestigua una amplia producción bibliográfica a la que, desgraciadamente, por la crisis y la reducción drástica de los ingresos, no puede acceder un amplio sector de ecuatorianos.

## Las tradiciones y los límites

En el tránsito historiográfico de estos años se ha mantenido una tradición y se ha roto otra. Siguiendo la línea trazada por el fundador Juan de Velasco y continuada, entre otros, por Moncayo, González Suárez, Andrade, Destruge, Jijón, Tobar, Benites Vinueza, nuestra producción histórica reciente ha sido también políticamente comprometida e inclusive militante. Trabajos como los de los pioneros Agustín Cueva y Fernando Velasco, para mencionar a los ya fallecidos, han mantenido la tradición de compromiso y, con una opción política definida, han denunciado nuestra realidad de explotación, miseria y dependencia. Pero si en esto se ha mantenido una continuidad, en cambio se ha roto con la irrupción de las mujeres, que en pocos años se han ganado un espacio privilegiado y el respeto general por su trabajo histórico.

Pero si llegamos a este congreso con todo ese cúmulo de indudables éxitos, es también claro que tenemos que afrontar limitaciones muy grandes para nuestro trabajo. La primera, y quizá la más visible para todos nosotros, es que el esfuerzo de formación académica realizada no se corresponde con una ampliación de las posibilidades de profesionalización. Aunque el grupo de historiadores en el Ecuador es reducido, el espacio de trabajo profesional es significativamente más reducido. Mucha gente formada para la investigación y la docencia superior en Historia no encuentra posibilidades de trabajo especializado. Inclusive la propia docencia secundaria es fuertemente limitada.

Esta limitación laboral se ha vuelto aún más aguda desde el gobierno anterior que cometió un desfalco cultural que el país no debe olvidar, y en esta administración que ha condenado al sector público ecuatoriano a un proceso de reducción drástica. La cultura y particularmente la historia han sido de las primeras víctimas de esa “modernización” que parece medir sus éxitos en el desmantelamiento de las grandes

conquistas sociales del Estado ecuatoriano y en el enriquecimiento de unos pocos a costa del empobrecimiento general.

Otra de las grandes limitaciones que la historia ecuatoriana sufre actualmente es el hecho de que no se ha logrado constituir espacios académicos para el desarrollo de la disciplina, especialmente de la investigación. Las universidades ecuatorianas y otros centros de nivel superior, las tradicionales instituciones o las nuevas organizaciones no gubernamentales, no han abierto la posibilidad de gestación y consolidación de centros específicos de historia que empleen historiadores ecuatorianos para desarrollar un trabajo profesional con aliento académico de mediano y largo plazo. Eso, entre otros motivos, ha originado un abandono masivo del trabajo historiográfico de profesionales formados que han encontrado otros campos de investigación, para los que sí existen recursos.

Por fin, para solo mencionar otra limitación de nuestro trabajo historiográfico actual, es preciso aceptar que, si bien se ha despertado el interés por la historia en algunos sectores y se ha ampliado un tanto su nivel de lectura, el ámbito de influencia de nuestro trabajo es reducidísimo y no ha logrado llegar a sectores importantes de opinión pública, o, lo que es más, no se ha conseguido extenderse a la educación, puesto que tanto los planes y programas como los materiales de enseñanza no han incorporado sino muy marginalmente los avances de investigación de los últimos veinte años.

En este Congreso Ecuatoriano de Historia, desde luego, no se podrán enfrentar todas estas complejas realidades, pero su reunión será un aporte para dar continuidad a los esfuerzos anteriores y para enfrentar las grandes limitaciones que constatamos en nuestro trabajo. El hecho de que hayamos podido reunirnos, de que la producción historiográfica sea motivo de análisis sistemático y de que, al final de este evento, se realice la Asamblea Nacional de la Asociación de Historiadores del Ecuador son síntomas muy alentadores.

## **Los desafíos y el futuro**

Hacia el futuro, los historiadores ecuatorianos tenemos que comprometernos a continuar la secuencia de logros brevemente enuncia-

da y a superar las limitaciones de nuestro trabajo. Para ello debemos ir dando serios pasos para lograr nuestra agremiación alrededor de la ADHIEC y, si es necesario, a través de la constitución del colegio respectivo. Pero, para ello, nosotros mismos debemos aclarar los espacios de nuestro trabajo profesional y el contenido necesario de los títulos habilitantes, distribuidos a veces por ciertas instituciones con afrentosa liberalidad.

Capítulo fundamental de nuestro esfuerzo hacia el futuro debe ser el reclamo de un espacio profesional en la investigación, la docencia y la consultoría. Una de nuestras consignas básicas deber ser el reclamo a las instituciones que mantienen trabajo académico en historia, de la apertura de un espacio para la investigación sobre nuestro país y la subregión, y el empleo de profesionales ecuatorianos. Y, en el campo más estrictamente laboral, es preciso no solamente sensibilizar al sector público, sino también al sector privado, cuyas actividades requieren de profesionales capacitados en historia.

Por fin, es preciso establecer la que es, a mi juicio, la más importante prioridad de trabajo futuro. Todo el grande y significativo esfuerzo de los años anteriores no puede quedar confinado a la discusión entre historiadores o a la lectura de unos pocos lectores atentos. Debemos esforzarnos porque los nuevos avances y perspectivas se incorporen al sistema educativo. Los historiadores le debemos al país una formulación de nuevos planes y programas y la elaboración de nuevos textos y materiales de enseñanza. Y entre ellos, muy especialmente los de Historia Territorial, para que nuestros estudiantes se formen con nuevas visiones que extirpen el sentimiento de inferioridad nacional y el guerrerismo.

## **Este congreso y sus gestores**

La reunión de este congreso ha sido fruto de un largo proceso de coordinación y preparación. Sus primeras iniciativas surgieron de los grupos de historiadores más jóvenes. Por ello, felizmente, no tiene ningún sello personal ni institucional exclusivo, sino el signo de la colaboración más abierta. La Universidad Andina Simón Bolívar junto con la Sección de Historia y Geografía de la Casa de la Cultura han patrocinado el evento, en cuyo comité ejecutivo han actuado representantes de las dos institucio-

nes, así como de la ADHIEC, del Taller de Estudios Históricos, MARKA, y una promoción de estudiantes del Departamento de Historia. Un equipo muy eficiente, no por coincidencia íntegramente femenino, ha llevado adelante el trabajo de coordinación y secretaría.

Es una satisfacción muy grande que este congreso haya tenido la respuesta que atestiguamos hoy. Más de doscientos ochenta ponentes, comentaristas y asistentes tiene el evento. Y la presentación de media centena de ponencias es síntoma del esfuerzo que ha suscitado. Por lo demás, es también ampliamente satisfactorio que hayan concurrido desde las consagradas figuras de nuestra profesión, hasta jóvenes estudiantes que se hallan en el camino de su formación inicial.

Quito, 16 de noviembre de 1993.

*Procesos*, No. 5, 1993-94.



# Historia para la paz y la integración

## Palabras de apertura del Congreso Ecuatoriano de Historia 1998 a nombre del Comité Organizador

### **Sentido y necesidad de la Historia**

Esta es quizá la única vez en la vida de la mayoría de nosotros, en que la conciencia nacional, los ecuatorianos comunes y corrientes, han descubierto que la historia tiene sentido, que los historiadores somos necesarios. Llegó por fin el día en que podemos caminar entre economistas, administradores de empresas, tenderos y guardias de tránsito, sin tener que andar explicando que nos dedicamos a una actividad necesaria pero incomprendida.

Las grandes perplejidades que ha dejado la finalización de las negociaciones de paz con el Perú nos ha vuelto de pronto necesarios para un país que trata de ratificar su identidad, de robustecer su proyecto nacional. Como nunca, nuestro trabajo ha ocupado las primeras páginas y se ha reconocido que ningún pueblo puede vivir sin que se conozca su pasado. Esta situación nos debe poner a reflexionar sobre el papel que cumple la Historia en el conjunto de la cultura, de la educación, de la defensa nacional, de la preparación del porvenir.

### **¿“Reescribir” la Historia?**

Pero, por emoción que nos cause el que se haya reconocido en la sociedad la necesaria vocación de los historiadores, debemos declarar que no estamos dispuestos a “reescribir la historia” del Ecuador en los términos en que lo demandan quienes creen que promover la paz significa renegar de nuestro pasado. Hay buenas razones para no acometer esa labor de “reescritura”.

Primera, porque detrás de esa demanda está un intento de olvidar los hechos, los grandes procesos, cuyos responsables deben responder

ante la historia de cómo gobernaron este país y lo condujeron al descalabro territorial. Se ha dicho tantas veces que pueblo que olvida su pasado está condenado a repetirlo. Segunda, porque el arreglo de paz con el Perú no puede ser motivo para un replanteamiento general de una trayectoria nacional compleja, en que la cuestión limítrofe es solo parte del pasado que se intenta conocer. Tercera, porque un esfuerzo de reinterpretación, surgido por motivos estructurales, está en marcha. Desde hace más de dos décadas muchos historiadores han venido realizando una tarea de replanteamiento de nuestra historia, cuyos resultados coadyuvaron a la búsqueda de la paz.

En el Ecuador, desde fines de los años setenta, se dio un significativo resurgimiento de los estudios históricos, que se tradujo en la publicación de quizá una centena de obras que constituyen aportes al conocimiento de nuestro pasado. Estos aportes, los nuevos enfoques, empero, solo en forma muy limitada han llegado al sistema educativo, al aula. Las razones para ello son complejas. Los historiadores no tuvimos los recursos, aunque también mantenemos una suerte de desprecio por trabajos de divulgación; el Estado ecuatoriano descuidó por años la realización de una reforma educativa a fondo y la actualización docente. Las universidades no se han propuesto investigar y desarrollar nuevas formas de conocimiento y enseñanza. Los maestros, aunque con numerosos excepciones, han preferido la comodidad de la rutina al desafío de la innovación. La sociedad toda no ha considerado la necesidad de la historia desde una práctica utilitarista.

## **La enseñanza de Historia**

Los últimos años han atestiguado un cambio saludable. Los historiadores nos estamos preocupando por la educación, el Estado lleva adelante iniciativas de reforma educativa, los maestros demandan mejores condiciones de enseñanza, actualización y materiales nuevos. La sociedad interpela a la historia en búsqueda de su identidad. Podemos decir, pues, que hay una favorable coyuntura para avanzar en un replanteamiento de la enseñanza de historia en el país.

Pero están equivocados quienes piensan que renovar los estudios de historia es solamente escribir nuevos textos. Una renovación sería

solo puede darse en el marco de una reforma educativa integral de toda la enseñanza, que abarque aspectos curriculares, de formación y actualización docente, gestión educativa y preparación de materiales nuevos para la enseñanza, entre ellos, los manuales y textos.

En este punto puedo comunicar una experiencia colectiva institucional. A petición del Ministerio de Educación, la Universidad Andina Simón Bolívar lleva adelante desde hace cinco años una iniciativa de Reforma Curricular del Bachillerato, que se aplica en forma voluntaria en sesenta y tres colegios de todo el país. Al avanzar en este esfuerzo nos hemos dado cuenta de la necesidad de que la reforma sea integral, que no se circunscriba a un área del conocimiento o a un aspecto de la enseñanza. En lo que se refiere a la historia, las propuestas preliminares que se aplican y que serán luego objeto de reajuste y evaluación, apuntan a recabar a la asignatura como una individualidad, articulada en los estudios sociales, pero con su propio perfil; establecen tres niveles de enseñanza con su respectiva programación; mantienen cursos de actualización; preparan materiales y entre ellos los manuales para los alumnos, que esperamos circulen el año 1999.

Este esfuerzo, debemos reconocerlo, hubiera sido inviable si no contaba con la activa participación de los maestros que, en muchos casos venciendo dificultades burocráticas y económicas inmensas, han apuntalado la propuesta de reforma. Esperamos que el Ministerio de Educación, a quien pertenece este programa, lo asuma y lo aplique en el país en un marco de renovación y crítica. Lo más lamentable sería que luego de un trabajo sostenido y con resultados visibles se intente iniciar ahora desde cero, desechando la experiencia existente. Los planes educativos fracasan cuando pretenden comenzar desde el primer día de la creación.

Pero la renovación de la enseñanza de la historia no solo demanda reforma del sistema educativo hasta el bachillerato; implica que las instituciones superiores la auspicien, sabiendo que jamás los estudios históricos serán rentables, que deben ser subsidiados como todas las ciencias básicas. Asimismo, el Estado debe asumir su responsabilidad sobre la precaria situación de nuestros archivos. Relegados a ser poco menos que los basureros de la nación, con recursos ínfimos e infraestructura deplorable, son repositorios de una identidad nacional recluida en buhardillas.

## Homenajes y reconocimientos

Justamente porque sabemos que el trabajo histórico debe darse en el Ecuador en condiciones adversas, adquiere más relieve el homenaje que el Comité Organizador de este Congreso resolvió tributar a distinguidos ecuatorianos que han hecho fundamentales contribuciones a nuestro oficio en el país. En su concepción y objetivos, es un homenaje colectivo a los maestros de historia del Ecuador. Más allá de la retórica, queremos reconocer su esfuerzo y aportar para que su tarea sea más lúcida y eficiente. Aquí mismo hay centenas de profesores que, realizando esfuerzos económicos y de traslado notables, han venido para participar. Al agradecerles su presencia les decimos que, de nuestra parte, este Congreso es también un espacio de enseñanza para los historiadores, que sabemos que el mejor homenaje que podemos hacerle al país es recobrar nuestra vocación de maestros.

Me complace también cumplir el cometido de agradecer a los colegas historiadores que han preparado los diversos eventos de este Congreso y que participan en él con grandes esfuerzos, sin apoyo oficial, como limitadísimos recursos, pero con gran sentido de trabajo y responsabilidad científica. A los historiadores de fuera de este país, a quienes jamás podemos considerar como extraños, les damos un abrazo de bienvenida, agradeciendo su contribución al evento y su interés por nuestro país. No es coincidencia que se haya pedido a su nombre inter venga en este acto Félix Denegri Luna, colega peruano que, al interés de toda su vida por el conocimiento de la historia de los países hermanos americanos y andinos, unió en los años pasados un significativo esfuerzo porque el arreglo definitivo entre nuestros pueblos nos lleve más allá de un pasado de enfrentamientos y distancias.

Expreso, en fin, el reconocimiento del Comité Organizador al Ministerio de Educación, a la UNESCO y al Convenio Andrés Bello y demás entidades que han auspiciado y apoyado este Congreso. Pero sobre todo agradezco a quienes concurren a él, pagando una inscripción, presentando una ponencia, concurrendo a sus eventos y participando en las actividades complementarias.

## Historia para la paz y la integración

El que sostenga categóricamente que la circunstancia de la suscripción de los acuerdos entre nuestro país y el Perú no es el arranque de una reescritura que nos va a hacer cambiar nuestra Historia, no quiere decir que este Congreso no deba ser consciente de haberse reunido en muy particulares circunstancias. Los historiadores hemos hecho en el pasado un significativo aporte a la paz. Debemos también hacerlo en el futuro. Pero la paz no es solo un papel firmado. Es un hecho cotidiano, construido a base de equidad y justicia, integración y lucha contra la pobreza.

Nuestra educación debe orientarse a promover la paz y la integración entre nuestros pueblos. Y eso no significa que debemos mentir, ocultar los hechos o deformarlos para no dar cuenta de un pasado de enfrentamientos y de injusticia. Educar para la paz es decir la verdad desde una perspectiva que permita entender el pasado para en el futuro afianzar la paz. En otros términos, es enseñar historia, la nuestra, con sus grandezas y sus miserias, promoviendo valores críticos y el imperativo ético de búsqueda de la justicia.

Por ello que enseñar historia con énfasis en los valores de paz e integración no es opuesto, sino complementario, con la tarea irrenunciable del historiador de aportar a la consolidación de una identidad vigorosa, que descubra en nuestro pasado las raíces de nuestra diversidad como pueblo y sus potencialidades. Hay grandes tareas por delante en la construcción de este país. Y esas tareas no se podrán cumplir si no planteamos nuestra tarea con el contenido político que toda historia tiene. Investigamos y enseñamos para que nuestro pueblo afirme su personalidad y para cambiar una realidad que sabemos injusta.

Quito, 23 de noviembre de 1988

*Procesos*, No. 5, 1998-99.



# Historias de ciudades en el cuarto centenario de Ibarra

Apertura del Congreso Ecuatoriano de Historia 2006

## Una reunión en Ibarra

Los historiadores estamos presentes en las grandes conmemoraciones, porque así cumplimos con nuestra vocación primordial, con aquello para lo cual nos formamos, para lo que trabajamos. Nuestra tarea es rastrear las raíces de nuestra identidad, estudiar el pasado, explicarlo para comprender mejor quiénes somos y a dónde vamos. Y los aniversarios de los destacados acontecimientos colectivos son ocasión para reflexionar y debatir, para orientar el trabajo histórico hacia temas que resultan cruciales en el avance del conocimiento de los procesos sociales.

La fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra en 1606 constituyó un hito importante en la trayectoria de lo que ahora es el Ecuador, nuestra patria. Fue un hecho que cerró el ciclo de fundaciones españolas de los ejes urbanos de la administración colonial en la Real Audiencia de Quito; fue también un paso en un empeño secular que habría de centrarse por siglos en la búsqueda de la salida al Mar Pacífico y a Panamá; fue, en fin, un momento de inicio de la construcción de la identidad de una ciudad que expresa en muchos sentidos lo que es este Ecuador múltiple y contradictorio.

En sus cuatrocientos años de vida, Ibarra, la ciudad que se definió como “blanca”, se desarrolló empero como un espacio de encuentro y conflicto de diversidades. La urbe es predominantemente mestiza, con ese mestizaje ambiguo y creativo que describió nuestro paisano Agustín Cueva. Por ello es un crisol de gestación y desarrollo de una forma de ser inédita y vigorosa en este país y en el continente latinoamericano. Por ello pudo dar a luz pensadores nacionales que ahondaron en las profundidades de la identidad ecuatoriana, como Humberto García Ortiz, Al-

fredo Pérez Guerrero, Leonidas Proaño, cuya presencia profética preside esta sala, Alfredo Albuja Galindo, Rodrigo Villegas y el propio Agustín Cueva. Esta ciudad es tributaria de la Imbabura afroecuatoriana, de esos negros del Chota que estos últimos años pusieron en nuestros labios el grito alegre “sí se puede”, pero que trabajaron desde siempre la tierra que, pese a que es más suya que de nadie, sigue siendo ajena. Aquí hay una vigorosa raíz indígena. Y no solo porque la cuna de Ibarra es Caranqui, la tierra de Atahualpa, cuya nieta doña Juana cedió las tierras en que se fundó la ciudad; sino porque hasta ahora es impensable sin la gente de La Esperanza, de Angochagua, de Zuleta.

Ibarra es un espacio de la diversidad abierta a los migrantes y a los visitantes. No en vano desarrolla ahora su vocación como centro turístico. Pero es también una urbe con profunda vocación de unidad. Es la capital histórica y actual de la provincia de Imbabura y un centro de articulación regional en el norte del país. Es un reconocido referente nacional con un claro perfil e identidad.

Por eso estamos aquí los historiadores. Para celebrar el cuadrigentésimo aniversario de esta ciudad, que en muchos sentidos expresa la unidad en la diversidad que es el Ecuador. Para rendir homenaje a su gente. Y también para hacer de esta fiesta de Ibarra una ocasión para avanzar en la reflexión sobre nuestro pasado y nuestro destino como nación en el marco de América Latina.

## **La tradición académica**

Este Congreso Ecuatoriano de Historia es una tradición académica en el país, donde la corriente de la Nueva Historia del Ecuador es ya parte de nuestro acervo intelectual. Porque ha logrado promover una renovación de los estudios científicos y, en general, de la visión social que tenemos de nuestro pasado. Porque en las últimas décadas hemos recobrado a nuestro pueblo como el protagonista de su propia historia. Porque hemos sentado nuestro trabajo comprometido con la base de la sociedad y sus perspectivas de transformación en el futuro.

El Congreso Ecuatoriano de Historia se reunió por primera vez en Quito en 1993 y lo ha hecho periódicamente desde entonces en 1995, 1998, 2000, 2002 y 2004. Además de reunirse en la capital, lo ha hecho

en Guayaquil y Cuenca. Ahora se instala en esta ciudad de Ibarra y reúne a investigadores y docentes de Historia, tanto del país como del exterior, para exponer avances de los resultados de sus estudios. También convoca, y esta es una de sus características más destacadas, a los maestros de Historia del sistema educativo nacional, con el fin de hacerles conocer nuevas investigaciones y recibir sus comentarios y demandas para aplicarlos a la enseñanza. Tiene un simposio principal que concentra la atención de todos los miembros en un tema relevante y organiza también varios simposios específicos con grupos que discuten avances investigativos y planean publicaciones. En el transcurso de los días del Congreso se organizan conferencias, mesas redondas, una feria del libro y otros eventos que propician el intercambio.

Este Congreso Ecuatoriano de Historia 2006, la séptima versión, tiene como tema de su simposio principal “Historias de Ciudades”, es decir, trata de establecer el papel de las urbes en el tiempo. Se han organizado, además, nueve simposios específicos, con temas del todo diversos. Hemos pedido a destacados intelectuales del país, entre ellos a Roberto Morales Almeida y Alexandra Kennedy, así como a importantes académicos de fuera de él como Juan Marchena, José María Muira, Michael Hammerly y otros, que dicten varias conferencias. Hemos hecho el mejor esfuerzo por hacer de este un gran espacio de encuentro y de debate.

## **Nuestro homenaje**

Si se realiza aquí en Ibarra, este Congreso debía comenzar por el principio. Por ello, el Comité Organizador resolvió rendir homenaje en este acto a seis destacados historiadores de Ibarra e Imbabura. No son ellos todos los que deberíamos honrar aquí. En verdad, en esta tierra hay muchas personas que han hecho notables contribuciones a la Historia del Ecuador. Pero todos los homenajeados merecen nuestro público reconocimiento. Aquí solo puedo mencionar brevísimamente sus personales méritos.

César Vásquez Fuller es una de las glorias culturales de su tierra, Otavalo. Es uno de los pioneros en la investigación de la Época Aborigen y sus trabajos abrieron caminos y debates que han sido reconocidos

como fundamentales en la comprensión de nuestro pasado. Alfredo Albuja Galindo nació en Cotacachi. Hombre público, dirigente político y militante socialista fue sobre todo y ante todo maestro. Para cumplir con esa vocación enseñó toda su vida y escribió obras como *Imbabura en páginas de historia y letras*, *Imbabura en la cultura nacional* y otros trabajos de reflexión y debate sobre Montalvo, la identidad latinoamericana y la Historia Nacional.

Rodrigo Villegas Domínguez nació en Atuntaqui. Abogado y maestro, trabajó sobre la Época Aborigen, escribió una biografía de Atahualpa y dedicó varios años a completar la *Historia de la Provincia de Imbabura*, una obra en la que pude trabajar junto con él, como lo hice, en la representación parlamentaria socialista por esta provincia. Su libro sigue siendo el principal para conocer una visión general de nuestro pasado y se reconoce como una de las mejores historias locales del país.

El padre Jorge Villalva Freire es ibarreño. Toda su vida combinó su vocación de jesuita con la investigación histórica y la preservación documental. Fue docente y director del Departamento de Historia de la Universidad Católica del Ecuador, donde nos formamos la mayoría de los integrantes de varias generaciones de historiadores. Ha dirigido y mantenido el Archivo Flores y escribió, entre muchos otros trabajos, la biografía del presidente Miguel de Ibarra, fundador de esta ciudad.

Fray Agustín Moreno es cotacacheño. Combina en su personalidad la sencillez de los frailes menores y la profundidad de quien ha dedicado su vida al conocimiento y rescate del arte y la cultura de Quito. Una de sus obras centrales es la biografía de Fray Jodoco Rique. Roberto Morales Almeida es carchense, pero representa como nadie la ibarreñidad. Como político nacionalista, maestro y periodista, ha hecho grandes contribuciones a nuestra identidad local, al estudiar, entre otros temas, la fundación de Ibarra y sus grandes figuras como Pedro Moncayo y Teodoro Gómez de la Torre. Los últimos años los ha dedicado, sin descuidar otras tareas, a la preparación de la *Monografía de Ibarra*, obra colectiva notable, que edita la Sociedad Cultural “Amigos de Ibarra”.

Hoy recibirán una placa de reconocimiento de los historiadores del Ecuador, buena parte de los cuales estamos aquí reunidos. Al rendirles homenaje, no solo reconocemos sus esfuerzos y aportes, también nos

honramos a nosotros mismos y ponemos su ejemplo como referente del trabajo por venir.

## **Reconocimientos**

La reunión de este Congreso es fruto del esfuerzo de mucha gente. Primero de las instituciones y personas que lo iniciamos en 1993: la Universidad Andina Simón Bolívar y su Área de Historia, el Taller de Estudios Históricos, la Sección de Historia y Geografía de la Matriz de Casa de la Cultura, la Asociación de Historiadores Ecuatorianos, cuyos representantes conforman el Comité Organizador. Todos comprometen un reconocimiento, en especial Guadalupe Soasti y su pequeño pero eficiente equipo de la Secretaría Ejecutiva. Para realizar el Congreso en Ibarra hemos contado con el aporte de la Corporación Imbabura, institución cultural que ha realizado el gran esfuerzo que supone la organización y la promoción local, con el grupo dirigido por Silvia Salgado y Ramiro Portilla. Dejo expresa constancia de nuestro reconocimiento por su labor.

Este Congreso se reúne con el auspicio del Ministerio de Educación y Cultura, del Consejo Provincial de Imbabura y del Banco Pichincha. Agradecemos ese apoyo en las personas del ministro Raúl Vallejo y la ministra en ejercicio, del prefecto Gustavo Pareja, de Fidel Egas Grijalva y Abel Castillo. A la Municipalidad de Ibarra y a su alcalde debemos la posibilidad de contar con los locales para el evento: este auditorio, el Salón Máximo, y los espacios del antiguo Cuartel, que esperamos sea pronto la sede del Museo de Artesanías más grande de las tres Américas. Otras instituciones y personas han colaborado también para este acontecimiento cultural y en esta ocasión les expresamos el más sentido reconocimiento.

Este es un congreso nacional, desde su primera versión ha contado con la presencia activa de académicos internacionales que vienen de fuera del Ecuador, a quienes nunca hemos sentido extranjeros entre nosotros. Sus ponencias enriquecen el conocimiento de nuestro país y de nuestro oficio. Agradezco por ello a las colegas y a los colegas de España, Estados Unidos, Alemania, Colombia, Bolivia y Perú que se han dado cita en este evento. De manera especial quiero reconocer la presen-

cia de Carlos D. Mesa, que accedió desde el primer momento en que le invitamos a venir aquí a pronunciar la conferencia inaugural del Congreso. Viene aquí con el prestigio del comunicador social más influyente de Bolivia, del historiador consagrado, y del ciudadano que, luego de pasar por el duro y conflictivo ejercicio de la jefatura del Estado, se ha quedado en su patria, dedicado a su trabajo, respondiendo con entereza y honradez por sus actos, dando un ejemplo de vida que recogerá la historia.

También quiero agradecer la presencia de Alejandro Serrano Aguilar, vicepresidente de la República, que aceptó con entusiasmo venir a declarar inaugurado este Congreso, ratificando con ello su vocación de intelectual comprometido con la cultura y la identidad del país.

Aunque los menciono al final, no son menos importantes quienes en realidad hacen el Congreso: los ponentes y los colegas inscritos en el evento. Ser historiador o historiadora en nuestro medio es una vocación heroica, propia de personas que saben que tienen mucho trabajo y al mismo tiempo poco espacio, poco reconocimiento, poca o ninguna remuneración. Venir aquí les cuesta grandes esfuerzos que reconocemos muy de veras, como también agradecemos la presencia de los maestros y las maestras de Historia de todo el país, que están aquí haciendo un sacrificio para elevar sus conocimientos y aptitudes para la enseñanza.

## **Aniversario de Ibarra**

Cuando el Comité Organizador me pidió que interviniera en este acto de inauguración, acepté con entusiasmo y gratitud el encargo. En su nombre me he dirigido a ustedes para delinear los propósitos y la organización de la reunión, para agradecer a sus gestores y participantes. Ahora expreso mi profunda complacencia porque mi tierra, esta Ibarra de mis mayores y de mis pequeñas historias, sea la sede de este evento. Por ello, ustedes disculparán que concluya con una referencia personal.

Desde la primera convocatoria en 1993 participé con entusiasmo en el Congreso Ecuatoriano de Historia y luego he tenido el privilegio de concurrir a todos ellos. De otra parte, desde hace algunos años he venido promoviendo la celebración del Cuarto Centenario de la Fundación de Ibarra. Apenas se habló del Congreso 2006, propuse y conse-

guí que la reunión tuviera lugar aquí, como homenaje a la ciudad y su celebración. Desde entonces puse mi empeño para garantizar el éxito del evento. En este Congreso se han juntado, pues, dos de mis grandes ilusiones. No solo es un notable logro colectivo, sino una hermosa experiencia personal que ocupara un sitio principal en mi memoria.

Ya estamos en este Congreso Ecuatoriano de Historia. Ibarra es el grato escenario de su desarrollo. Sus cuatrocientos años de vida serán motivo para sus debates y aliento para pensar que nuestra gente puede asumir grandes retos colectivos y llevarlos adelante a lo largo del tiempo, construyendo su propia historia.

Ibarra, 12 de julio de 2006  
*Procesos*, No. 24, 2006.



# En el Bicentenario de la Revolución de Quito

Apertura del Congreso Ecuatoriano de Historia, 2009

## **El día de la Patria**

El 10 de Agosto es el día de nuestra Patria. Y es también un gran momento en historia de la libertad de América. Con la Revolución de Quito que estalló esa fecha de 1809 comenzó también el camino de Independencia de nuestros pueblos.

La Independencia americana no fue solo un revuelta, un acto puntual, una batalla específica. Fue un proceso que se inició con el establecimiento de juntas de autogobierno a fines de la primera década del siglo XIX, continuó con la reacción de las autoridades coloniales y la radicalización de los líderes patriotas, y culminó con un esfuerzo combinado desde varios ámbitos, que produjo la derrota definitiva de las fuerzas españolas en 1824.

La Junta Suprema de Quito, y las de otras ciudades como Chuquisaca, La Paz, Caracas, Cartagena, Buenos Aires, Cali, Pamplona, Socorro, Bogotá, Santiago de Chile, y la rebelión mexicana, que se sucedieron entre 1809 y 1811, abrieron un proceso que llevaría a las independencias de casi todas las antiguas colonias ibéricas de América. Fueron el punto de partida de una ruptura que culminó con el inicio de la construcción de los modernos Estados nacionales en América Latina. Las independencias se han considerado desde el siglo XIX como actos fundacionales de nuestras repúblicas.

En 1809 se abrió un proceso político y militar de ruptura del vínculo colonial, que tuvo profundas raíces internas, económicas, sociales, políticas y culturales. Se dio en un marco internacional de revolución y guerra que, a su vez, también fue influenciado por los hechos americanos que, a su vez, dejaron huella en el panorama europeo y mundial de entonces.

Las independencias americanas, salvo excepciones, como la mexicana de 1810, se iniciaron con pronunciamientos protagonizados por las élites. Pero desde el inicio el pueblo se lanzó a las calles y con el tiempo se fueron incorporando otros sectores sociales y se integraron las fuerzas de varios países. Esa fue la clave del triunfo final. Y es que nuestro continente, entonces como ahora, era un espacio de grandes diversidades étnicas, culturales y regionales. El Libertador Simón Bolívar, en uno de sus primeros alegatos por la libertad destacó esta realidad, cuando dijo “somos un pequeño género humano”.

## Una tradición académica

El acto que ahora iniciamos tiene historia. Como consecuencia y continuidad del notable desarrollo de la investigación histórica que se dio en el Ecuador entre los años setenta y noventa, en 1993 se llevó a cabo el Congreso Ecuatoriano de Historia, promovido por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, la Sección Historia y Geografía de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, la Asociación de Historiadores del Ecuador (ADHIEC), y el Taller de Estudios Históricos (TEHIS). El Congreso se realizó en forma periódica en Quito, Guayaquil, Cuenca e Ibarra. Con sus seis versiones anteriores, ha logrado concitar la atención de especialistas, estudiantes y profesores de todo el país y se ha convertido en un referente de los debates académicos nacionales.

Cuando se trató de establecer el lugar de reunión del Congreso 2009, pareció claro que debía realizarse en esta capital, en el marco de la conmemoración del bicentenario de la Revolución de Quito. Se abrió entonces la posibilidad de que se efectuara junto con el Congreso Sudamericano de Historia que ya se había realizado en tres ocasiones por iniciativa de varios destacados especialistas latinoamericanos y latinoamericanistas de otras regiones. Su última reunión tuvo lugar en Mérida, Venezuela, en 2006, auspiciada por la Universidad de los Andes. Este acontecimiento académico ha logrado despertar creciente interés en los medios de investigadores y centros universitarios. Por ello se resolvió realizar los dos congresos en forma conjunta.

## Independencias y descolonización

Desde sus inicios, este congreso se organizó como un amplio espacio de crítica. Sin desechar los grandes esfuerzos historiográficos que se han hecho en el pasado sobre las independencias, se propone impulsar el estudio de esos procesos desde nuevas perspectivas y destacar la presencia de actores poco estudiados por los trabajos convencionales, como los sectores populares, artesanos, pequeños productores y comerciantes, mujeres y afroamericanos. Así entenderemos mejor nuestro pasado y las raíces de nuestra identidad diversa.

Para la mayoría de los países latinoamericanos la independencia fue un hecho del siglo XIX. Pero en ese mismo siglo, pocas décadas después, se dio el crecimiento y auge de los imperios coloniales en otros continentes. Fue en la segunda mitad del siglo XX que la independencia vino para grandes espacios en Asia, África y el Caribe. Entre la segunda posguerra y los años sesenta, se dio una acelerada decolonización. Los dos procesos, alejados por más de un siglo en el tiempo, tuvieron rasgos diversos. Pero también pueden hallarse en ellos elementos comunes, puesto que en ambos casos se enfrentó al colonialismo y se dieron circunstancias que cambiaron la realidad mundial.

Se ha escrito mucho sobre nuestras independencias nacionales. Pero poco para estudiarlas en un marco comparativo general. Hay todavía menos trabajos sobre su relación con lo que estaba aconteciendo en la Europa, que avanzaba en el camino de consolidarse como eje del sistema mundial moderno. Tampoco hay mucho respecto de la relación entre la Independencia de Estados Unidos y las de nuestros países. Y en lo que se refiere a comparar los procesos independentistas americanos con los africanos y asiáticos no existe literatura, al menos alguna que dé cuenta de un escenario global.

Por todo ello, hemos visto oportuno aprovechar la ocasión del sesquicentenario de la Revolución de Quito para realizar un acercamiento comparativo de las independencias latinoamericanas decimonónicas y los procesos de decolonización de otros lugares, especialmente de Asia y África, que se dieron en el siglo pasado, con enorme impacto en el ámbito internacional, y cambiaron en varios sentidos la historia del mundo. Esta debe ser una ocasión para promover, en forma pionera, un estudio

comparativo entre las dos realidades, en un marco global. Comparar los procesos, sus actores, sus continuidades y rupturas, es un gran desafío y un gran aporte académico.

Poner frente a frente estos dos grandes acontecimientos que marcaron el ocaso del colonialismo en la tierra y cambiaron la geopolítica internacional nos permitirá entenderlos mejor, y comprender cómo la acción de los pueblos, con sus grandes líderes a la cabeza, configuró el mundo actual. Ver a disímiles protagonistas colectivos de continentes distintos, o a figuras como el Libertador Simón Bolívar y al Mahatma Ghandi, unos junto a otros, hará posible apreciar dimensiones históricas que hasta ahora han sido desconocidas. También promoverá el trabajo conjunto de investigadores de diversos países y un diálogo Sur-Sur, entre académicos de regiones y pueblos que, aunque políticamente independientes, siguen siendo pobres y económica, tecnológica y culturalmente dependientes, empeñados en buscar aún su plena soberanía en el marco de la interculturalidad.

## **Este congreso**

Los congresos de historia han sido acontecimientos abiertos. Y este, dadas sus características, lo ha sido también con mayores dimensiones. Aquí estamos un total de 1.558 ponentes y asistentes inscritos en el Congreso. Entre ellos contamos con 231 docentes universitarios, investigadores y alumnos de Historia y disciplinas afines, que han venido de 24 países del mundo. Concurren también escritores, periodistas y público interesado. De manera especial debemos destacar que asisten 566 docentes de Historia de todas las provincias del país, que están aquí gracias a la colaboración del Ministerio de Educación. Hay más de doscientos invitados especiales. Se han organizado 21 simposios, con 220 ponentes, que trabajarán esta semana completa.

Este Congreso es el fruto de la cooperación de muchas instituciones y personas. Además de las entidades organizadoras, mencionaremos a las universidades y centros de educación superior del que proceden ponentes y asistentes. Debemos mencionar al Colegio de América y a la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, y a las instancias de cooperación internacional que han permitido la presencia de varios concurrentes.

Este Congreso se realiza con el auspicio del Gobierno del Ecuador, que le ha dado primera prioridad entre los actos programados por el Bicentenario. De manera especial se debe destacar el interés del Presidente de la República por su realización y el decisivo aporte del Ministerio de Cultura, cuyo actual titular, como su predecesor, merecen nuestro reconocimiento. El Ministerio de Educación ha contribuido con los recursos y promoción necesarios para la concurrencia de los maestros a este acto académico. Agradecemos especialmente al ministro por su apoyo.

Es imposible mencionar a todas las instituciones y personas que han contribuido para este Congreso. Debo, sin embargo, destacar al Municipio Metropolitano de Quito y su Alcalde, a la Empresa Metropolitana Quito Turismo, los museos y otras dependencias edilicias. Se debe reconocer el apoyo de los medios de comunicación, entre ellos diario *El Comercio*, que dio su auspicio desde el inicio. 17 editoras que producen publicaciones de Historia han venido a la Feria del Libro patrocinada por Banco del Pichincha. Una labor importante han desempeñado el grupo de la Secretaría Ejecutiva, el personal de la Universidad Andina Simón Bolívar, los alumnos de Turismo del Instituto Superior Cordillera, la Policía Nacional y la Metropolitana.

## **Historia comprometida**

Estudiar nuestras independencias y hacerlo desde la perspectiva que las ve como procesos anticoloniales es una postura comprometida. Por ello, al decir estas palabras de apertura del Congreso a nombre de su Comité Organizador, debo establecer también varios de los grandes compromisos que nos convocan.

Para los ecuatorianos, esta es una ocasión de reafirmar la identidad y unidad nacional. La Independencia no debe provocar división o enfrentamientos regionales. Los pueblos tuvieron cada cual su papel en el proceso. El de Quito fue un pionero y a él se sumaron luego otros pueblos de lo que hoy es el Ecuador, en una secuencia histórica en que se fue radicalizando y aclarando la propuesta independentista. En esta especial ocasión vuelvo a plantear una propuesta personal que comparten muchos colegas y ciudadanos. El salón del Palacio Nacional donde están los retratos de los jefes de Estado del Ecuador debe ser presidido

por las imágenes de Juan Pío Montúfar y José Joaquín de Olmedo, los jefes de los primeros gobiernos, como símbolos de la libertad y de la unidad de la Patria.

El estudio y conmemoración de nuestras independencias debe profundizar el compromiso por la integración de nuestros países. La integración no es un lujo, es una necesidad esencial para nuestros pueblos. Debemos defenderla ahora, que está amenazada. La unión de los países andinos, de los sudamericanos, es una de las grandes consignas de Bolívar. La integración andina es nuestra única integración posible. A partir de ella, de sus cuarenta años de experiencia, con avances, fracasos y tareas pendientes, podremos avanzar en la integración sudamericana y latinoamericana.

La Historia la hacen los pueblos. Tenemos que profundizar, por ello, nuestra visión de que, más allá de los notables y los héroes, es preciso valorar la presencia de los actores colectivos en la Revolución de Independencia americana, que debe ser vista como un proceso de grandes dimensiones en que el compromiso central fue la lucha por la libertad. Si las independencias nos interesan y convocan ahora es porque están aún pendientes tareas de liberación social y nacional, de enfrentamiento del poder imperial en un mundo globalizado, de lucha contra la explotación y la pobreza, de consolidación de la democracia, la participación y la interculturalidad.

Investigamos nuestra historia para conocer nuestras raíces. Y para ello no solo es preciso trabajar en la comprensión del pasado, sino también en la formación de docentes y la preparación de materiales de enseñanza. Nuestro compromiso es contribuir a mejorar la calidad de la docencia en Historia, investigar y al mismo tiempo divulgar el conocimiento historiográfico, como una tarea de identidad y hasta de supervivencia.

Bienvenidas todas, bienvenidos todos, a este Congreso. Al vernos aquí juntos, hablando de nuestro pasado y pensando en nuestras luchas futuras, sentimos que somos, como lo vio el Libertador, un pequeño género humano.

Quito, 27 de julio de 2009.



UNIVERSIDAD ANDINA  
SIMÓN BOLÍVAR  
Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución académica de nuevo tipo, creada para afrontar los desafíos del siglo XXI. Como centro de excelencia, se dedica a la investigación, la enseñanza y la prestación de servicios para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos.

La Universidad es un centro académico abierto a la cooperación internacional, tiene como eje fundamental de trabajo la reflexión sobre América Andina, su historia, su cultura, su desarrollo científico y tecnológico, su proceso de integración, y el papel de la subregión en Sudamérica, América Latina y el mundo.

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución de la Comunidad Andina (CAN). Como tal forma parte del Sistema Andino de Integración. Fue creada en 1985 por el Parlamento Andino. Además de su carácter de institución académica autónoma, goza del estatus de organismo de derecho público internacional. Tiene sedes académicas en Sucre (Bolivia), Quito (Ecuador), sedes locales en La Paz y Santa Cruz (Bolivia), y oficinas en Bogotá (Colombia) y Lima (Perú). La Universidad tiene especial relación con los países de la UNASUR.

La Universidad Andina Simón Bolívar se estableció en Ecuador en 1992. En ese año la Universidad suscribió un convenio de sede con el gobierno del Ecuador, representado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, que ratifica su carácter de organismo académico internacional. En 1997, el Congreso de la República del Ecuador, mediante ley, la incorporó al sistema de educación superior del Ecuador, y la Constitución de 1998 reconoció su estatus jurídico, ratificado posteriormente por la legislación ecuatoriana vigente. Es la primera universidad del Ecuador en recibir un certificado internacional de calidad y excelencia.

La Sede Ecuador realiza actividades con alcance nacional e internacional, dirigidas a la Comunidad Andina, América Latina y otros ámbitos del mundo, en el marco de áreas y programas de Letras, Estudios Culturales, Comunicación, Derecho, Relaciones Internacionales, Integración y Comercio, Estudios Latinoamericanos, Historia, Estudios sobre Democracia, Educación, Adolescencia, Salud y Medicinas Tradicionales, Medio Ambiente, Derechos Humanos, Migraciones, Gestión Pública, Dirección de Empresas, Economía y Finanzas, Estudios Agrarios, Estudios Interculturales, Indígenas y Afroecuatorianos.



Este libro es resultado de más de dos décadas de labor de Enrique Ayala Mora en la historia ecuatoriana. Contiene trabajos escritos con profesionalismo y sentido crítico que aportan al conocimiento de la producción historiográfica nacional.

La obra recoge estudios sobre autores representativos, comentarios sobre aportes bibliográficos especializados relativos al Ecuador, textos que enfocan el ámbito intelectual o profesional de personas relevantes en la cultura del país, y pronunciamientos sobre los aspectos más destacados de la evolución de la Nueva Historia del Ecuador.

El autor estudia las diversas dimensiones de la producción de destacados autores como Alfredo Pareja Diezcanseco, Oscar Efrén Reyes, José María Vargas, Leopoldo Benites Vinuesa, Jorge Pérez Concha, Alfonso Rumazo González, Isabel Robalino, Fernando Velasco Abad, Agustín Cueva, Manuel Chiriboga, Patricio Ycaza, Catalina León Pesantez, entre otros.

Ayala Mora es el historiador más representativo de la actual historiografía ecuatoriana. En esta obra suya confluyen el resultado de su notable formación profesional y de años de trabajo como investigador y docente.



UNIVERSIDAD ANDINA  
SIMÓN BOLÍVAR  
Ecuador



ABYA  
YALA

ISBN: 978-9942-09-218-2

